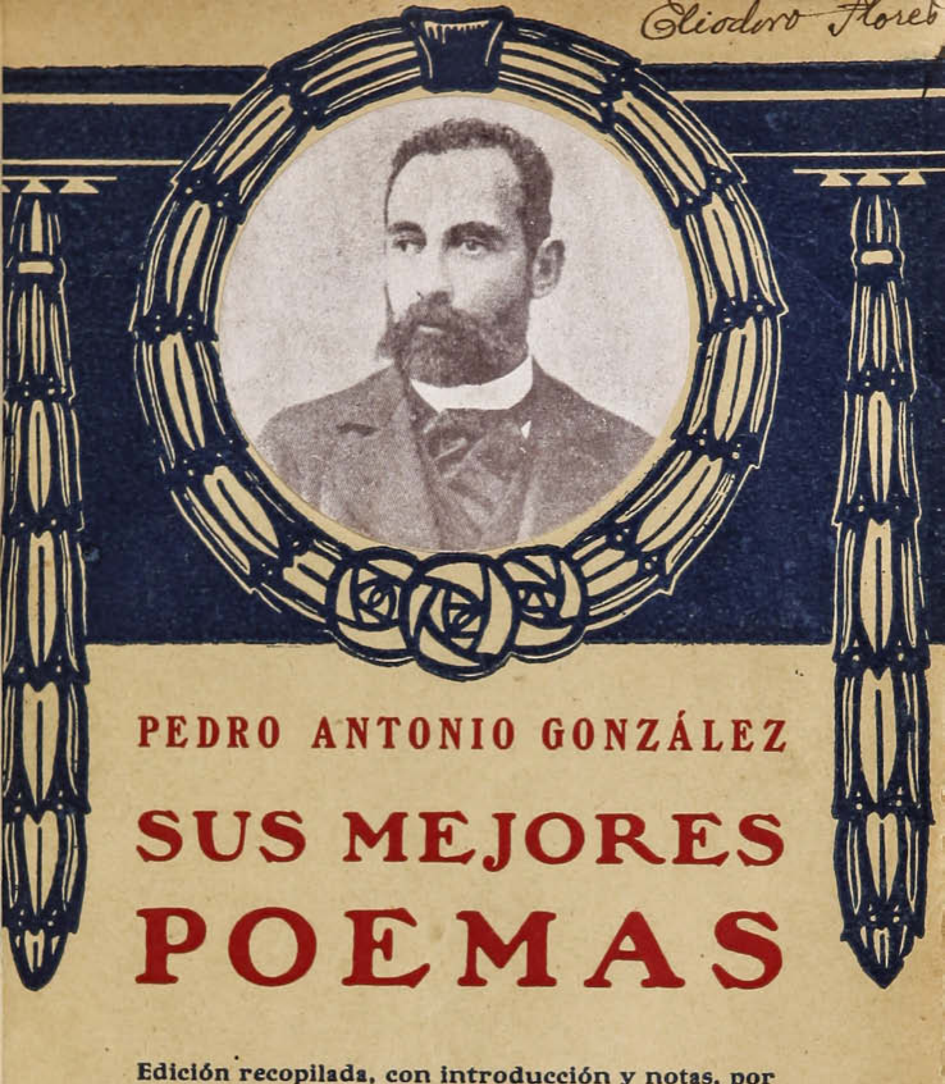


PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

SUS MEJORES POEMAS

Edición recopilada, con introducción y notas, por
ARMANDO DONOSO

CUARTA EDICIÓN

A S C I M E N T

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

POESIAS

Versos de Juventud - Ritmos - Temas
Poemas - Nuevos Ritmos - Cantos
Escolares - Asteroides - Ultimos Temas

Edición recopilada, con introducción y notas, por
ARMANDO DONOSO

Cuarta Edición

Editorial Nascimento
Santiago — Chile — 1927

Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento Arturo Prat 1430 Santiago de Chile.—1926

VIDA DE PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

Si existe en Chile un escritor que se pueda decir goza de verdadera popularidad, este es Pedro Antonio González. Ni Blest Gana, ni Matta, ni don Eusebio Lillo, ni Soffia fueron y continúan siendo tan leídos y recordados cual el autor de *Ritmos*. ¿Cómo justificar este general asenso ante un poeta que jamás se preció de ser ni sencillo ni vulgar? Tal vez sería posible explicarse la razón por el carácter sentimental de su obra y por el atractivo de su lirismo brillante, lleno de inusitadas sonoridades verbales, que hace sus versos tan pegadizos al oído cuanto apropiados para la recitación. Estas dos cualidades, fundamentales en su poesía, fueron cual dos alas rápidas que a González le permitieron tender su fácil vuelo sobre las multitudes, dejando el recuerdo de sus estrofas un surco profundo en todas las memorias. Porque, en tratándose de poesía, siempre estarán más cerca de la popularidad aquellos escritores que sepan hablarles sin rodeos a los

corazones más simples, ofreciéndose sencillamente en un lenguaje espontáneo y en la desnudez de sus ideas arrancadas al acervo del sentido vulgar. ¿Cómo explicarse de otro modo la boga de que gozan los versos más pobres de Espronceda, de Becquer, de Campoamor, de Manuel Acuña, de Gutiérrez Nájera, de Rubén Darío? La frecuencia del lugar común no puede menos de halagar al lector que no se precia de persona de gusto y sólo se contenta con leer, en renglones bien medidos, algo que, siéndole agradable por su cadencia, encuentra un eco en su sentimentalismo dulzón, que representa la suma total de su vida emotiva. De aquí que la mayor parte de esta poesía, que goza de popularidad, venga a ser; en su expresión última, respecto de la verdadera poesía, lo que el folletín es a la novela.

Así ha sucedido, desgraciadamente, con mucho, lo peor que escribió Pedro Antonio González en sus primeros tiempos. ¿Quién no ha oído recitar *El Monje* y *A Ema*? ¡Qué enorme privilegio sentimental no ha ganado el poeta con estos versos en todos los corazones femeninos! Y no es que, como ha pretendido explicarlo más de alguno, se deba ello al hecho de haber sido González profesor en tres colegios de señoritas, creándose de este modo un verdadero ascendiente entre quienes bien pronto llegó a tener un prestigio mágico. Atribuyámosle más bien a *El Monje*, cuyos fragmentos tienen siempre a flor de labios todas las muchachas sentimentales, la razón de este éxito que ha coronado de gloria lo más pasajero de su obra. Es perfectamente comprensible la preferencia de que goza este poemita entre las lectoras de *María* y de *Graciela*, ya que en él concibió González una especie de novelícula romántica, en versos agradables y muy sonoramente rimados, mientras otras de sus poesías, evidentemente superiores, sólo son pasto de algunos lectores devotos del poeta.

Pronto van a cumplirse tres lustros de la muerte del

autor de *Ritmos*, y durante este tiempo su fama no ha hecho sino crecer. Es indudable que en nuestra historia literaria su nombre debe ocupar un lugar muy alto y no faltan quienes le conceden a su obra la importancia de una línea divisoria que separa dos épocas bien definidas de la poesía chilena: antes de ella y después de ella.

El veredicto del tiempo ha sido favorable para sus versos, ya que no pasa día sin que se les tribute un nuevo homenaje y se les lea con mayor interés. Yerran tal vez quienes le juzgan severamente sin tomar en cuenta la época en que le tocó vivir, ya que fué González un poeta de transición que, arrancando de lo antiguo, participó de mucho de lo moderno. Su obra dió impulsos renovadores a nuestra poesía, que había llegado a un estado de completo adocenamiento. Si en lo pasado se saturó de la lírica huguiana, gustó de Andrade y de Guillermo Matta, en lo contemporáneo leyó mucho a Díaz Mirón y no fué ajeno a los milagros verbales de Darío y de Valencia. Hondamente influído por la moda de su tiempo, fué antes poeta de vocabulario que de ideas, y aunque se le juzgue duramente por todo lo que hay en su obra de ficticio y de vana adjetivación, no será posible negarle un grande ascendiente sobre la generación de su época, ni su importancia literaria en la evolución de nuestras letras. González ocupa un lugar muy alto, a pesar de sus defectos capitales, que nadie le podrá arrebatar, si menos significativo en la historia de la literatura americana que los de Olmedo, Heredia y Andrade, no menos importante para nosotros.

González representó en su momento un aspecto de esa poesía que cada día va siendo menos interesante para el gusto del lector moderno: el lirismo prosopopéyico, puramente verbal, que tantos han tratado de imitar del autor de la «Leyenda de los siglos» sin lograr acercársele siquiera. Es menester pensar que los versos del poeta de *Ritmos* son más para ser oídos, recitados en alta voz como

sucede con cierta clase de oratoria, que para ser leídos con atento espíritu analítico: figurémonos un instante *Dantesca* y *Las Ondinas* en boca de un buen declamador y se convertirán en una verdadera sinfonía del vocabulario, en una orquestación de versos sonoros, de rimas insólitas. Y es que González fué, ante todo, el más entonado de los oradores líricos: estruendoso y vehemente en sus invectivas, audaz en sus imágenes, rotundo en su verbo, solemne en sus metáforas y grandilocuente en sus perífrasis.

Para la generación literaria de la hora actual representa un nombre ya lejano, poco grato a sus gustos; para el gran público, en cambio, es uno de sus ídolos. Tal vez lo justo no está ni en aquella indiferencia egoísta ni en esta dilección ciega: González fué un poeta de su tiempo, y como tal participó de todas sus virtudes y de todos sus defectos. ¿Acaso quedaría algo de Lillo, Matta, Blest Gana, Soffia, de la Barra, si le juzgásemos prescindiendo del significado que tuvieron en su medio y en su época? ¿No decía, hace poco, un crítico inglés, que si a Víctor Hugo se le quitase el marco romántico, sólo restaría de él un volumen lírico de quinientas páginas? Y decir romanticismo supone determinar gran parte de su obra a una circunstancia histórica y juzgarla olvidándose de todo espíritu crítico inactual. No de otro modo debemos estudiar a González, que fué el poeta más sobresaliente de su época y en torno de quien la juventud literaria quemó el incienso de su más sincero entusiasmo.

* * *

Huraño y triste, compartiendo a veces su soledad con dos o tres amigos íntimos, vivió su existencia de altiva miseria Pedro Antonio González. Jamás participó de la camaradería de los cenáculos literarios; nunca dejó oir su voz en veladas populares; huyó siempre de la vana pompa

de la publicidad, odiando la fácil granjería de una gloria conquistada mediante el halago y las concesiones. Su silencio fué santo alcázar no violado por la liviana curiosidad de gacetilleros y admiradores. Se mostró siempre un escéptico, el mayor y más convencido de los escépticos, no siendo un egoísta en el fondo: sus versos hubieran permanecido inéditos durante muchos años, a no haber mediado la intervención de su amigo Marcial Cabrera Guerra, que los sustrajo a la indiferencia del poeta para darlos a la estampa, primero en los periódicos y luego en las páginas de un libro.

Fué un extraño temperamento el de González: humilde y modesto consigo mismo; bueno y manso de corazón para con sus amigos; altivo hasta el sarcasmo y el desprecio frente a los poderosos, favorecidos por la fortuna. Toda humildad honrada le pudo contar siempre por amigo; la vanidad insolente le tuvo por el más reñido de sus adversarios. Él, que a haberlo querido hubiese alcanzado altas distinciones, reservadas hoy a la mediocridad de los aduladores, jamás buscó a aquellos que otorgan mercedes, ni rindió sus alabanzas ante quienes le podían conceder prebendas. Fué altivo, sin ser petulante; su orgullo consistió en la conciencia de su dignidad de hombre, que no en vana jactancia de su propio valer.

Nunca se inclinó ante nadie y tuvo el valor de sobrellevar con dignidad su santa miseria antes que rebajarse a mendigar un favor. En cierta ocasión aquel hombre bueno y de corazón generoso que se llamó Carlos Toribio Robinet, se propuso conseguirle algunas clases en un establecimiento de instrucción secundaria, y para ello fué a empeñarse con su amigo Carlos Palacio Zapata, por ese entonces Ministro de Instrucción, quien le mandó recado a González para que le fuese a ver. Pero el poeta, en uno de esos rasgos de altivez, tan frecuentes en él, le respondió que él no iba al Ministerio; que le fuese a ver a su casa. Sólo así es posible explicarse que a González

le mirasen con cierta indiferencia muchos de aquellos que, conociéndole, pudieron influir en mejorarle su situación. Agreguemos a este su poco halagador trato social, su inquebrantable orgullo y la tirana necesidad de esa sed maldita que asesinó a Edgard Poe e hizo de Verlaine y de Rubén Darío miserables andrajos humanos. Si bien es cierto que González no apuró jamás el vaso hasta la embriaguez, en cambio gustó siempre de las bebidas alcohólicas, del terrible demonio del ajenjo y del aureo veneno del coñac. Tal vez su innato escepticismo, sus frecuentes privaciones, acaso la necesidad de estrangular la voz de esa amargura que enturbiaba sus mejores esperanzas; quién sabe si el afán de soñar mucho, de olvidar los dolores de su flaca carne pecadora, las acechanzas de cruentos recuerdos, le llevaron a ahogar su constante misantropía en la bebida, porque, como decía en su *Lord Byron*, iba a encontrar en ella el desvanecimiento y el ensueño.

En un escéptico, en un triste que nada espera de la vida y que aguarda con dulzura el piadoso consuelo de la muerte, es posible justificar y hasta concederle carácter de dignidad personal a esa tiranía de los paraísos artificiales, en cuyo olvido la acechanza de todas las inquietudes se convierten en tranquila indiferencia. Pero vosotros, los felices, que jamás habéis sentido la dentellada de las amarguras; que nunca supisteis de los dolores que hincan su aguijón en lo más hondo; que ignoráis las angustias de haber amado mucho, de contemplar la miseria cara a cara, de estar siempre solo, no podéis juzgar ni podéis condenar a un poeta que, como González, vivió en su santa soleded, lejos de todos, sin pedirle nada a nadie, sin alargar jamás la mano abierta del suplicante.

Murió el autor de *Ritmos* hace años: del hombre no queda más que su recuerdo; del poeta sus versos. Duerme en paz; con su muerte se llevó tras él sus miserias, sus angustias todas, sus dolores sin cuento y esa sed maldita que le hizo consumir su vida en hora temprana, a los

cuarenta años de edad, pero que le ayudó a sobrellevar el calvario de sus tristezas.

Recordemos con cariño y con piedad a este hombre, porque ese hombre llevaba una estrella sobre la frente.

* * *

Nacido González el 22 de Mayo de 1863 en Coipué, comuna de Gualleco, situada en el departamento de Curepto, de la provincia de Talca, corrió su niñez plácida y feliz en el seno del hogar, hasta que las necesidades de su educación movieron a un su pariente inmediato a hacerse cargo de él.

Fueron sus padres don José María González y doña Petronila Valenzuela, oriundos de Coipué y propietarios del lugar. Cuando apenas contaba cinco años el niño Pedro Antonio, le colocaron en la Escuela Pública de Gualleco, uno de tantos planteles donde se daban las primeras nociones de la enseñanza, preparando a los muchachuelos para ingresar más tarde a los Liceos, a los Seminarios o a las Escuelas Normales.

Cuatro fueron los hijos de ese matrimonio, dos hombres y dos mujeres, que en hora temprana iban a verse alejados del techo familiar. Ya, en edad prematura, mostrábase Pedro Antonio reservado de carácter, a menudo hosco y generalmente poco expansivo; llamaba la atención su temprana curiosidad por los libros y su ningún interés por la camaradería de los otros muchachos, en cuyos juegos nunca tomó parte. A los catorce años, le hemos oído recordar a su hermana Emperatriz, Pedro Antonio componía infantiles versos y devoraba cuanto papel impreso llegaba al alcance de su curiosidad.

Con el correr de los años, el rápido desenvolvimiento de su adolescencia no hacía sino acentuar en él su carácter taciturno, insólitamente escéptico, que, en más de una ocasión, hizo temer en su hogar fuese causa de alguna

extraña enfermedad, que minaba lentamente la salud del niño. Era aquel, un mal en verdad, pero una dolencia que arraigaba muy hondo e iba a ser causa de perturbaciones profundas, contra las cuales son insuficientes los recursos de la medicina y los cuidados de las madres.

Así comenzaba a formarse su juventud cuando un acontecimiento decidió de la definitiva orientación de su vida. Un tío carnal suyo, Fray Armengol Valenzuela, el hoy ilustre Arzobispo titular de Gangra, varón de muchas luces, que realizó rápida cuanto brillante carrera conquistando señalados triunfos en Roma hasta ser designado General de los Mercedarios, se hizo cargo de la educación de Pedro Antonio que, por esos años y tal vez queriendo seguir el ejemplo de su tío, mostraba firme inclinación por el sacerdocio, que Fray Armengol combatió firmemente, instándole a dedicarse a la abogacía, a fin de que con tal carrera llegase a ser más tarde el sostén de su familia.

Quince años tenía González cuando su tío le llevó a Santiago, donde él mismo se iba a ocupar activamente en dirigir su educación, repasándole lecciones de gramática y de latín, tras sus horas de clases en el colegio religioso de los Padres de la Merced. En el cotidiano cultivo escolar las aficiones literarias del niño no hacían más que irse perfeccionando constantemente en el despertar a más amplios horizontes con el trato frecuente de su tío Fray Armengol. Y fué así como, al saber la noticia de la muerte de su madre, un año después de su arribo a la metrópoli, escribió Pedro Antonio su primera poesía digna de recuerdo que, según el decir de uno de sus amigos, constituyó el anuncio del poeta que se iba a revelar bien pronto.

Espíritu culto, aunque no del todo indulgente, Fray Armengol Valenzuela sólo deseaba para su pupilo y sobrino un risueño porvenir y una educación esmerada, que hiciera de él un hombre útil para su hogar. Así, al trasladarse

a Valparaíso, cuando fué designado para Superior de la Orden de los Mercedarios, y como ya adivinaba las inclinaciones del niño, lo colocó en el Liceo, donde era rector a la sazón don Eduardo de la Barra que, por ese entonces, estaba en el apogeo de su gloria. Parece que González, durante esos años, no dió muestras muy señaladas de sus inclinaciones literarias, ni que don Eduardo tomó grande interés en su cultivo. Era de la Barra siempre indulgente con los jóvenes y en la mayoría de los casos se constituía en su más seguro apoyo; ¿por qué, entonces, las veces que hubo de aludir a González, años más tarde, en dos artículos, lo hizo con el profundo desdén de quien sólo menciona, obligado por las circunstancias, a un escritor sin importancia? Envidia, rivalidad, arguyó más de alguno; pero, quien tal dijere probaría dar muestras del más profundo desconocimiento del carácter de don Eduardo, que fué siempre generoso, amable con los jóvenes y sobre todo en quien adivinaba talento.

Dieciocho años tenía Pedro Antonio cuando su tío, debiendo partir a Roma por razones de su ministerio, trasladó a González al Colegio Salvador, que regentaba un comprovinciano suyo, don Salvador Rojas Carreño, oriundo de Pencahue y amigo muchos años de la familia. Nunca pudo Pedro Antonio llegar en tiempo más oportuno a un establecimiento que, por aquel entonces, corría el año 80, había logrado reunir en su seno a doctos maestros, cuyos nombres ha borrado la muerte de todo recuerdo. Dos de ellos tuvieron grande influencia en la formación literaria de González, llegando a ser el último uno de sus más íntimos amigos; era el primero el sacerdote don Juan Escobar Palma, que contaba con grande ascendiente en el clero, docto latinista, teólogo y filósofo; excelente profesor de derecho canónico y de física, que llegó a reemplazar en este último ramo a su maestro don Ignacio Domeyko, en el Seminario Conciliar, consumado gramático y profundo conocedor de la historia literaria, cuyas clases

tenía a su cargo en el colegio, y que, además de ser un sabio, ocultaba un noble corazón. La grande influencia que tuvo entre sus alumnos se debió a su método de enseñanza, persuasivo y amable; a su bondad ingénita; a su sencillez franca y cordial. Protector de los estudiantes pobres, no omitió jamás sacrificios para socorrerlos en la prosecución de sus estudios. De él aprendió González mucho y leyó no pocos libros de su escogida biblioteca, que la cultura y la penetración del maestro se complacían en explicar ante el discípulo, en cuanto no estaba al alcance de sus aun limitadas luces. Diz quien estuvo cerca de aquel docto varón, que González pagó aquella bondad con noble agradecimiento y eterno afecto, a pesar de que bien pronto el giro de sus ideas le iba a llevar muy lejos de las que sustentaba su preclaro maestro. Le tuvo como profesor el poeta durante algunos años y sólo dejó de verle cuando éste se trasladó a Quillota, donde iba a morir, poco más tarde, durante la epidemia del cólera.

Fué el segundo, Enrique Oportus, su maestro primero y amigo del alma luego: espíritu de selección, sabio a la edad en que otros se queman las pestañas en los libros escolares; hombre escéptico y bohemio desde su temprana juventud, que vió consumirse sus mejores días en el seno de las bibliotecas; docto conocedor de clásicos y modernos, de poetas y filósofos, de hablistas e historiadores; agitador político y hasta soldado cuando hizo gran parte de la campaña del Pacífico o terció en las más crudas agitaciones electorales; orador que cosechó frescos laureles en triunfos tan sonados como el que obtuvo con su brillante discurso en el seno de la asamblea que se reunió para celebrar el centenario de Voltaire, y tras el cual don Isidoro Errázuriz no pudo contener su entusiasmo echándole los brazos al cuello; hombre de pasiones doctrinarias, que cerca de Pedro León Gallo, de don Manuel Antonio Matta, de Palazuelos, compartió el entusiasmo de aquellos patriarcas fundadores del radicalismo, del que fué

siempre el soldado más fiel. Una enfermedad, contraída durante la guerra del Pacífico, le hizo víctima de amargas dolencias, llevándole a buscar el demonio de la morfina y del alcohol (1), que doblegaron bien pronto su vida debilitando su clara inteligencia. Una tarde de Julio murió Enrique Oportus, casi ignorado de todos, pobre y vencido ante las postreras asechanzas del destino: «Las manillas del cajón mortuorio eran seis,—ha recordado uno de sus amigos (2)—los acompañantes cinco; faltaba uno. Pedimos, entonces, el concurso de un vecino de ropa clara y de alma generosa a fin de que nos acompañase». ¿Puede concebirse un epílogo más triste en la vida de un hombre, que tenía sobradas razones para ser ilustre por su nacimiento y por su talento?

Quienes conocieron a Oportus y a González recuerdan esa amistad estrecha de muchos años, que sólo la muerte pudo tronchar; amistad que, nacida con la admiración del discípulo en los bancos del colegio, iba a unir pronto a esos dos espíritus, tan idealistas, pero igualmente escépticos, igualmente huraños, igualmente dignos en sus orgullos y en sus desdenes. Camaradas de horas bohemias, compatieron sus tristezas y sus raras alegrías en una amistad leal que, basándose en el acuerdo de sus sentimientos, se fortificó en la comunión de las mismas ideas y de análogas inquietudes. «Cuantas veces no asistí yo largas horas a sus diálogos magníficos—escribe Bórquez Solar—en que Dios, el Cosmos, las Causas Primeras, el Alma, se analizaban, se comentaban, o se hacía la crítica de todos los sistemas filosóficos desde el budhismo hasta el monismo de Haeckel». En el Colegio Salvador el maestro comenzó por comprender al discípulo que, andando el tiempo, iba

(1) «Debían ser horribles sus dolencias—nos escribía Samuel Ossa Borne—y no tenían alivio sino en el coñac que los médicos le daban como quien dice a pasto».

(2) Julio C. Barrenechea.

a reemplazarle en sus clases; desde aquellos días fueron compañeros y compartieron los mismos ideales políticos y literarios.

Por ese entonces González era un estudioso infatigable, que no sólo seguía sus cursos en el Colegio Salvador, con toda dedicación, sino que asistía a las clases de leyes de la Universidad con puntual constancia. Uno de sus amigos ha recordado que al poeta se le veía a menudo con un ejemplar del Código de Comercio, ajado por el uso, abundantemente anotado por él con menuda letra y que, sin embargo, no se atrevía a pasar en examen porque decía no saberlo. El estudio de ese Código le había llevado a profundizar no sólo esa materia sino todo lo que teniendo relación con ella podía serle útil: así pasó buenos días en la lectura de las obras de Marx y de Lasalle y de cuantos tratadistas han contribuído a introducir reformas y a impulsar nuevas tendencias en las doctrinas del Estado.

Tan pronto como González terminó sus estudios en el Colegio Salvador, entró a suceder a su maestro don Juan Escobar Palma y obtuvo como sueldo una pieza en el establecimiento, que le ahorraba el consabido desembolso de un alquiler, que no tenía como cubrir, pues su tío le había retirado su protección, en vista de las ideas poco ortodojas que se despertaban en él; gracia que bien pronto se iba a ver obligado a renunciar, pues sus clases restantes en otros colegios le demandaban buena parte de su tiempo, produciéndole más seguros rendimientos. Fué así como, poco a poco, obtuvo, primero por recomendaciones de sus amigos y más tarde gracias a su mismo prestigio de seriedad y sabiduría, clases en el Liceo Santa Teresa, de doña Antonia Tarragó; en el Liceo Santa Catalina; en el Liceo Rafael Valentín Valdivieso, y en el de la señora Isabel Le-Brun de Pinochet, haciendo indistintamente las asignaturas de gramática, historia, literatura, filosofía, y presentando él mismo sus cursos ante las comisiones universitarias.

En el Liceo de la señora Tarragó hizo González durante mucho tiempo las clases de gramática y filosofía, y en el de la señora Le-Brun las de Historia de América y de Chile, hasta 1889; a principios del siguiente pasó a reemplazar a don Santiago Escuti Orrego, que acababa de ser nombrado Rector del Liceo de Constitución, en las de literatura y filosofía. Además sirvió González, ocasionalmente, las asignaturas más diversas en variados establecimientos particulares; preparó exámenes a muchos estudiantes de humanidades y de leyes; improvisó flamantes bachilleres y llegó hasta escribir memorias para más de algún licenciado en Derecho, que ni siquiera le pagó su trabajo.

Era González, entre sus alumnas, bondadoso y sencillo, antes consejero y amigo que dómine, cuya palabra persuasiva y cuya variada cultura le permitían discurrir amable y profundamente sobre las más áridas y a veces engorrosas cuestiones. En los inquietos corazones femeninos ejerció González una noble tiranía, que robustecían su bondad y el ya creciente prestigio de sus versos. En el seno de las clases gozó el poeta de un ascendiente que raras veces pudo llegar a ser tan unánime: no hubo fiestas ni álbums que no recogieran una palpitación de su lirismo, siempre propicio ante las solicitaciones de la juventud y ante los entusiasmos de sus discípulas.

De aquellos sus años de más cruda pobreza cuando, habiendo terminado sus estudios en el Colegio Salvador apenas si tenía con qué subvenir a los gastos más indispensables, databan en el poeta los comienzos de su historia amorosa, que el tiempo y las circunstancias iban a exaltar en sus versos como el más alto sentimiento romántico.

La señora Margarita Sotta, madre de Ema Contador, su futura esposa, gustaba de las poesías de González, que ya comenzaban a ser muy leídas, manifestando una viva simpatía por su autor y vivos deseos de conocerle. Las circunstancias se iban a encargar bien pronto de lle-

var al poeta hasta el seno de su hogar. Vivía por ese entonces, le hemos oído recordar a don Fidel Pinochet, en la calle de los Huérfanos, muy abajo, donde les recibió el poeta y a él, más que en calidad de pensionista como a simples amigos, que vivían ligados por estrecha camaradería. Era una mujer de espíritu nada vulgar y muy versada en letras. Por ese entonces sufría de una afección asmática muy avanzada, que bien pronto le arrebató la vida. En aquel hogar fué acogido el poeta no como un extraño, sino como un pariente inmediato, que encontró franco cariño y noble confianza. Y allí, en el trato cotidiano, el prematuro escepticismo de González y su amarga soledad encontraron un fresco consuelo en la iniciación ingenua de un primer *flirt*, que se convirtió después en un amor decidido: «En esa época tuvo González su primer amor,—recordaba en su sentida impresión sobre *La mujer del poeta* Antonio Orrego Barros—una hermosa joven, prima de Ema, llamada Alicia, pero aquel amor fué fugitivo y abrió camino al gran afecto de González, otra prima de Ema, que a su natural hermosura reunía extraordinarias condiciones de inteligencia, llamada Melesia. A ella le escribió su más intensa poesía titulada «El Album»; al desvanecerse este nuevo amor, el poeta sintió nacer el afecto por la que debió ser su mujer: Ema Contador». ¿Por qué razón el poeta no se casó con Melesia? Ella pudo ser su mujer, nos decía en cierta ocasión Ema Contador; de ella estaba enamorado González; yo les llevaba las cartas.

En el correr de los años ese amor no podía menos que ir cavando más hondo en los sentimientos, hasta llegar a ser una imperiosa tiranía. Cuando, poco más tarde, ingresaba Ema al Liceo de la señora Isabel Le-Brun, pasó a ser su discípula. El trato diario en el hogar; la dulce idealidad con que la imaginación de González la veía revestida entre sus condiscípulas; la ingenua inocencia de la muchachuela, que aun no anunciaba a la mujer, exaltaron en

González una verdadera pasión, que su soledad y su escepticismo le hicieron entrever acaso como un amable refugio para su vida sombría; como un soplo de primavera ante el invierno de su amargo escepticismo. Bondadoso e ingenuo el poeta, soñaba con la ternura de una mano piadosa que tornase alegres las desdichadas horas de su juventud, huérfana de toda alegría. Pero, víctima de una ilusión desgraciada, creyó posible alcanzar la felicidad en el amor de una muchachuela frívola, que aun no despertaba a la pubertad y cuyo carácter alegre e inconstante iba a constituir la negación misma de la vida y de los hábitos de González.

Grande ascendiente tuvo en la existencia emotiva del poeta este fuerte y ciego amor. Negado por entero a la realidad, González vivía en una exaltación de ensueño puro, lejos de las cotidianas necesidades de la urbe civil y casi perdido en el místico sosiego de sus ensoñaciones. Porque en el lírico de «Ritmos» se dió la extraña antinomia de ser un materialista convencido y un radical en política, a la vez que un deísta puro en su inquietud metafísica. ¿Fué acaso Víctor Hugo quien influyó decisivamente en él? Tanto leyó González al poeta de «La leyenda de los siglos» que no resulta extraño el hecho que fuese de aquel lírico enemigo de las religiones y apasionado creyente en Dios, de quien imitase ese deísmo que resulta tan oportuno como recurso poético en sus versos.

Eterno atormentado, alma dolorosa la de González; siempre pensativo y siempre triste; alejado del hogar en hora temprana; viviendo durante todos sus primeros años de mocedad de la merced de un tío; soportando a diario la tiranía de cargos esclavizados que le proporcionaban una modesta asignación; la vida del poeta necesitaba un poco de ternura, esa pequeña felicidad que no dan los amigos y que sólo se esconde en la suave alegría del hogar, cerca de una esposa solícita y en medio de las alegrías de los hijos.

Enamorada del poeta más que del hombre su discípula, adolescente, en plena primavera, aceptó el afecto apasionado de González antes como una ofrenda que como un estallido sincero de pasión.

Le hemos oído referir a una antigua condiscípula de Ema Contador que ésta más de una vez le contó, con ingenuo orgullo e inocente alegría, muy propio de sus cortos años, que González la amaba y le había prometido casarse con ella y que, aprovechando estas confidencias sus compañeras le pedían que le suplicase al poeta les hiciera versos, a lo cual González accedía casi siempre enviándoles bonitas estrofas.

Así se amaron ambos desigualmente, como puede concebir el amor una muchacha ardorosa, ebria de inquietud y de vida, y como puede sentirlo un hombre indeferente, reflexivo, amargado por todas las decepciones de una existencia errabunda y pobre. Pensemos un instante en el contraste que pudo significar el amor del poeta, que se encontraba en el otoño melancólico de su existencia, más que por la edad por los azares de una vida desarreglada, y el de una locuela ajena a todas las graves especulaciones espirituales, que si había leído algunos libros no pasarían de ser otros que las vulgares poesías amorosas gustadas a hurtadillas o las estrofas que el mismo González le daba a conocer en sus clases.

El epílogo en la historia de estos amores constituye una página triste, como no podía menos de suceder en la vida de un poeta que ignoró siempre el valor de la existencia y de sus obligaciones.

La enfermedad de la madre de Ema no hizo más que anticipar el desenlace de esta historia infortunada, que los amigos de González debieron presentir dadas las condiciones de su carácter. La señora Sotta, estando ya muy grave, temió dejar a Ema abandonada, a pesar de contar con un hijo, Horacio, muy amigo de González; y comenzó a cifrar su esperanza, ¡buena madre al fin!, en que ésta,

a pesar de sus cortos años, aceptara a González como esposo. Ema se resistió a acatar el fallo de su madre cuando comprendió que la rosada ilusión del novio iba a convertirse en la cruda realidad del marido que, si como poeta encarnaba un ideal prometía ser una segura desgracia como hombre. Sus doce años tal vez la dejaron entrever un porvenir poco halagüeño cerca de aquel futuro esposo que, a pesar de esconder una alondra en el corazón, se le aparecía en cambio ante sus ojos siempre desgreñado y siempre huraño. Quiso la mala estrella de Ema que su madre muriese pronto, dejándola en la orfandad; entonces comenzó a sentir en torno de ella el vacío y la miseria, avivados por la indiferencia de sus parientes. Y fué así, como ante el asedio de su abuela materna ya que no de su hermano, que tal vez soñaba para ella una posible felicidad, se resolvió a rendir su voluntad ante el vínculo matrimonial, que la iba a ligar para siempre a González. Un día aciago, el 13 de Octubre de 1897, otorgó el sí al futuro esposo, ante el testimonio de dos amigos del poeta, Cabrera Guerra y Urzúa Cruzat; de su abuela y de su hermano Horacio Contador.

Nos ha referido Ema Contador que todo pareció presagiarle esa mañana un mal agüero: Cabrera Guerra, al llegar a la casa y reparar que era 13, exclamó:—Que no les sea fatal este día que es Martes y es 13. Hacía un mes que había muerto su madre, dejándola en un lamentable estado de pobreza. Aquel día de su matrimonio Ema llevaba la cabellera suelta y su traje de novia consistía en su ordinario vestido corto de colegiala; «no pudo ser de otra manera, la hemos oído recordar, ya que me casaron sorpresivamente, casi por la fuerza; era yo tan chiquilla e ignoraba, con el temor que se siente ante un acto demasiado serio, lo que en verdad querían hacer conmigo». Sólo se verificó la ceremonia civil ese día 13, dejándose para el siguiente el acto religioso, que diariamente se fué

postergando y no se realizó nunca, pues González decía que para ello se le obligaba a abjurar de sus ideas.

Si la historia de este matrimonio constituye una página triste, la de los primeros días de recién casados lo son más aún: González alquiló una pieza en una propiedad del administrador de la Casa de Orates, situada en la Avenida del Rosario; boharda cuyo único amoblado consistía en un catre de fierro, una tosca mesa, algunas sillas, una cómoda de arrimo y un modesto lavatorio. ¡Ese era el hogar que aguardaba a los recién desposados en su primera noche de connubio!

Allí dejó González a Ema al caer la tarde de ese día y no regresó hasta las tres de la madrugada del siguiente, completamente borracho; triste es recordarlo. ¿Cómo explicarse la conducta del poeta? ¿Cómo conciliar ese su amor hondo por Ema y este su completo olvido para con la mujer que cifraba ante él un alto ideal, el más alto ideal de su vida?

Tristes, desesperados días de abandono comenzaron a sucederse para la joven desposada; la vecindad de la Casa de Orates hacía más amarga su ausencia con los gritos siniestros de los locos, que la llenaban de terrores supersticiosos. El poeta regresaba al hogar muy entrada la noche y a veces por la madrugada, agravando ese abandono con su descuido, que rayó hasta en el olvido de no darle lo más indispensable para el cotidiano sustento.

Bien pronto la admiración que Ema sentía por el poeta principió a convertirse en una indiferencia dolorosa y luego en odio, en justiciero y levantado odio de mujer, que se rebelaba contra la desgracia de toda una vida rota como un cristal: «Una noche, desesperada,—nos refería hace poco—traté de suicidarme, tomándome un frasco de láudano; pero ni la muerte logré conseguir siquiera. Después huí tres veces de su lado, pero mis tíos y Marcial Cabrera me obligaron a juntarme. Poco a poco fuí comenzando a tenerle miedo a él, y, en el último tiempo,

cuando se acercaba la hora de su llegada, sentía terror, espanto, que me hacía temblar».

Un día, por fin, cansada de sufrir inútilmente, la esposa abandonó el hogar para siempre, dejando el anillo de la desposada sobre la rústica mesa de tosca madera, donde el poeta solía componer sus versos.

Ema nunca le volvió a ver, jamás trató de buscarle. La pobreza la fué arrastrando de caída en caída hasta verse obligada a sentar plaza de acróbata en un circo, luego a trabajar en escenarios de compañías de ínfimo orden, paseando «por todo Chile—recuerda Antonio Orrego Barros—como empresario de circos pequeños y de compañías teatrales de ínfimo orden que se componían de un cojo que tocaba el acordeón, algún payaso que hacía morisquetas con la cara embetunada, y de ella y alguien más que ejecutaban pruebas de acrobacia sobre el trapecio volante y el clásico caballito blanco que da vuelta a la pista al son de una murga».

Tal fué el epílogo de este idilio que, comenzado en un tono sentimental, terminó en esta tragedia íntima, perfectamente explicable en un poeta como Gónzález. ¿Hay acaso en esta historia alguna exageración? ¿Trata con ella de justificar deslices de conducta la esposa del poeta? No lo creemos: es perfectamente explicable este abandono de parte de quien hasta sus últimos años fué un hombre totalmente negado a la realidad, un temperamento totalmente ajeno a cuanto sucedía en torno suyo; que así como vivió olvidándose constantemente de sí mismo, olvidó en su primera noche de matrimonio a la esposa, que le aguardaba encendida en dulces ilusiones.

* * *

La vida literaria de González abarca casi íntegro uno de los períodos más interesantes en la evolución moderna de la poesía chilena. Tras el movimiento literario que pro-

movió el Certamen Varela, en torno del que hubo un verdadero despertar intelectual, y después de la publicación de *Azul*, de Rubén Darío, sobrevino, con la revolución del 91, un período corto, pero doloroso para todo el país, que acalló todas las voces e iba a durar hasta el año subsiguiente, durante el cual se inició, en el seno del antiguo Club del Progreso, una interesante actividad literaria.

La revolución del 91 no descubrió a ningún poeta de verdad como no lo había inspirado once años antes la guerra del Pacífico. El ardoroso despertar de una juventud entusiasta en el seno del Club del Progreso fué una señal de comienzos para las entumecidas actividades literarias del momento: de allí nacieron algunos escritores cuyas obras se iban a imponer en el curso de los años: Pedro Balmaceda, Jorge Huneeus, Julio Vicuña Cifuentes, Luis Orrego Luco, Narciso Tondreau, Alejandro Fuenzalida Grandón, Federico Gana, Luis Navarrete, Ricardo Montaner, Alfredo Irarrázaval, Samuel A. Lillo, y descollaron otros que bien pronto iban a trocar sus entusiasmos intelectuales por más necesarios menesteres, como el culto Luis Arrieta Cañas, José Santos Valenzuela y Enrique Matta Vial.

Habían enmudecido las voces de los antiguos poetas, después de conquistar los más altos triunfos: don Eusebio Lillo vivía recluído entre sus libros y obras de arte, gozando de los regalados dones de la fortuna; don Guillermo Blest Gana se hacía olvidar sirviendo una intendencia provinciana, en un rincón del Sur; don Guillermo Matta sólo en raras ocasiones meneaba su plectro; Rodríguez Velasco y Valderrama olvidaban sus frescas mocedades apolíneas en aras de más positivas labores; solamente, en medio de la nueva generación que se iniciaba, viril y entusiasta como un Apolo envejecido, don Eduardo de la Barra seguía componiendo versos o sorprendía de cuando en cuando al tranquilo público santiagüino con su prosa flamígera de polemista: ya con una controversia, luego en

una que otra crítica, como aquellas sus intencionadas contestaciones al docto Calandrelli o, por fin, con artículos de política internacional; Pedro Nolasco Préndez no dejaba secarse sus laureles ganados en el Certamen Varela, en liza abierta con Rubén Darío; don Francisco Concha Castillo pulsaba su lira, acordándola a sus antiguos gustos clásicos; Ricardo Fernández Montalva daba a la estampa hermosas estrofas; Julio Vicuña Cifuentes traducía a Horacio y dejaba presentir una cercana época de renovación literaria; Pedro N. Cruz ensayaba recios vuelos en frescas novelas, en áticas páginas de humor y en robustas críticas; Emilio Rodríguez Mendoza hacía sus primeras armas literarias.

Débilmente, como un balbuceo que se pierde en medio de la general indiferencia, comenzaron las primeras manifestaciones del modernismo literario: Pablo Garriga había sido un precursor tras el cual Rubén Darío iba a hacer florecer las más bellas efusiones verbales en *La canción del oro*, en *La muerte de la Emperatriz de la China*, en *Ananke*, en sus *Rimas* y en ese *Canto a las glorias de Chile* que, a pesar del juicio de Rodó y de la indiferencia con que más tarde lo iba a recordar su propio autor, es una bella oda lírica, digna de colocarse junto a la *Atlántida* de Andrade y a las estrofas de Heredia y Olmedo. Pedro Balmaceda y Manuel Rodríguez Mendoza participaron con Darío de ese lento espíritu de renovación, que comenzó a imponerse poco a poco, tras las lecturas de Hugo, Gautier, Los Goncourt, Silvestre, Mendès, Banville. Después de ellos las dos generaciones siguientes continuaron en esa lenta como segura obra de renovación literaria, sobre todo en la poesía, que había llegado en Chile a un estado de completo adocenamiento: Gustavo Valledor Sánchez, Vicuña Cifuentes, Abelardo Varela, traductor de los poetas franceses modernos, Samuel A. Lillo, Dublé Urrutia, y el mismo Préndez, y hasta don Eduardo de la Barra, que prologaba las «Rimas» de Darío con un pequeño poemita

en el cual rimaba con soltura y gracia versos de dieciséis sílabas, todos color y armonía, y algunos años después Pedro Antonio González, Antonio Bórquez Solar, Francisco Contreras, Miguel Luis Rocuant consumaron una verdadera reacción modernista.

Por esos años ya González había publicado algunos de sus versos en periódicos volanderos; estrofas que pasaron casi inadvertidas, pues el futuro poeta de «Ritmos» era poco conocido; no frecuentaba los cenáculos literarios; tenía contados amigos en los periódicos, viviendo alejado en su altiva soledad de bohemio. Pero, quiso un día la casualidad que su buena estrella le deparase por amigo a un hombre singular, estudioso y de corazón, que como aquel héroe de Daudet que tenía el cerebro de oro, iba prodigando su talento en publicaciones ocasionales, sin firma, escritas al azar de la necesidad, ajenas a toda pretensión literaria y que sólo respondían a una indispensable finalidad periodística. Tal era Marcial Cabrera Guerra.

La prosa llena de calor, expresiva en su adjetivación, rica en neologismos y oportuna siempre en sus citas, anunciaba en Cabrera Guerra a un escritor sobresaliente: su cultura literaria tan amplia cuanto moderna, revestía sus juicios de una autoridad que por aquellos años tenían muy pocos. El siguiente pequeño fragmento de su prosa, que arrancamos del prólogo escrito en 1900 para el primer libro de Bórquez Solar, *Campo lírico*, da la medida de su estilo característico, nervioso, cortante, apasionado; hijo de un temperamento tan singularmente inquieto cuanto sensitivo: «Habríais de reíros si yo os contara—escribía con esa su sinceridad característica, que tan útil le iba a ser al futuro autor de *La floresta de los leones*, a quien él fortaleció siempre en su amor por el arte,—que este demoníaco poeta, hoy segador lírico en los campos de Hugo y Verlaine con la hoz de Darío y Lugones, este gavillador exhuberante, era un arcaico y clásico frasista, un sintáxico literato, un hablista de léxico, y un exégeta *ad-*

pedem, en el fondo de un remoto pueblo de provincia, en la lejana región del antiguo Arauco, donde yo lo encontré, hace seis años, todo fatuo en el grotesco pedantismo de un flamante pedagogo, recién construído en los astilleros del Instituto, bajo la anticuada disciplina de los puristas. Reglas, léxico, erudicción, fábrica poética, todo en él era fundado sobre los manuales de composición y las hormas del catedrático de castellano, que se leía los romances y villancicos del siglo XIV en la Biblioteca Rivadeneira y aprendía el *index* de galicismos en la Gramática de Cuervo». Este trozo refleja el temperamento de aquel raro artista, que ayudó a muchos a subir e hizo tanto por los otros olvidándose de sí mismo. Si hubo alguna vez corazón de oro en pecho de acero y bondad dentro de un cerebro privilegiado, fué en el caso de este hombre singular y artista cultísimo para quien el triunfo de los extraños fué un regocijo propio.

Cabrera Guerra hizo florecer la soledad de González en bellas producciones: había leído mucho, conocía todos los autores, era hombre de gusto y de ideas progresistas, que se avenía a maravillas con el poeta hasta en sus aspiraciones políticas. Su viva curiosidad le había impulsado a conocer no sólo lo de casa sino que también las producciones americanas y europeas, siéndoles familiares el movimiento literario francés de los parnasianos y los simbolistas, las obras de Camilo Mauclair y de Carlos Morice, los versos de Rubén Darío, de José Asunción Silva, de Guillermo Valencia, de Leopoldo Lugones, de Ricardo Jaimes Freyre, de José Santos Chocano, que más tarde iba a dar a la estampa en los Anexos Dominicales de *La Ley* y en *Pluma y Lápiz*.

Los que vivieron durante aquellos años, haciendo intensa vida literaria, recuerdan la influencia que esas publicaciones tuvieron en la evolución del movimiento moderno de nuestra literatura. Registraron en sus páginas cuanto de más interesante se produjo durante un lustro no sólo

en la literatura nacional, sino que en la americana y europea, comentando o reproduciendo las obras de raros ignorados, como Peter Altenberg, Oscar Wilde, d'Annunzio, José Asunción Silva, Nietzsche, Guillermo Valencia, Poe, Baudelaire, Moréas, Verlaine, que por ese entonces apenas si eran conocidas más que de nombre.

Marcial Cabrera recibía las mejores revistas americanas, leía libros tan raros cuanto desconocidos y cultivaba relaciones intelectuales con los más prestigiosos escritores jóvenes de entonces, lo cual le facilitaba el conocimiento de autores y obras que gozaban de celebridad en otros países.

Para la inquietud y la curiosidad literaria de Pedro Antonio González, que por ese entonces no hacia sino leer a escritores como Víctor Hugo, Andrade, Quintana, Espronceda, Guillermo Matta, no podía menos de significarle una revelación esa inesperada amistad que le abriría horizontes hasta entonces ignorados. En el trato cotidiano, en la comunión íntima de esa gran intimidad, González iba a apreciar en Cabrera virtudes que hasta ese entonces no había conocido en ninguno de sus anteriores amigos: el don de una sensibilidad exquisita; la más amplia e interesante cultura literaria moderna que se traducía en una aversión ingénita contra el pasado literario español, que para él representaba la estrechez académica y la falta de amplia preocupación por las cuestiones sociales.

Bien pronto comprendió Cabrera Guerra el claro talento de su amigo, cuyos versos constituían la revelación interesante de un lirismo hasta ese entonces no sentido, que el poeta no se preocupaba gran cosa en cultivar con el estudio. Entonces él comenzó una acción constante de estímulo y de entusiasmo, hurtándole sus versos, que leía ante los amigos, que reveló en publicaciones como *La Vanguardia*, el *Almanaque* de Lathrop, la *Revista Cómica*, *La Ley* y que en 1895 reunió en un primer volumen, costeado por un hombre de talento, tan culto como mag-

nánimo, don Luis Arrieta Cañas. Así nació *Ritmos*, este libro cuya influencia fué grande entre la juventud de fines del pasado siglo.

Ocupa la mitad de la vida literaria de González su amistad con Cabrera Guerra, su mejor, más íntimo y constante amigo, a quien recordó con palabras sentidas en la dedicatoria lírica de su obra de mayor aliento, *El proscripto:*

A ti, caro Marcial, que tantas veces
alas me das y aliento
para sentirme fuerte en los reveses
y espaciar en la luz mi pensamiento;
que, como franco amigo,
mi mano estrechas con hidalga mano
y que compartes mi dolor contigo,
más bien que como amigo, como hermano;
que me infundes valor en la tarea
de dar forma y color, voz y armonía
al Verbo eterno de la eterna Idea
que a través d l abismo Dios me envía;
que me in undes la fe sagrada y loca
con que mi audaz buril de artista enano
esculpe y talla en miserable roca
las gigantes visiones del arcano, etc.

González llegó a considerar a Marcial Cabrera como su hermano en sentimientos, en gustos y en amarguras compartidas frecuentemente. ¿No recordaba también el poeta, en la dedicatoria de un ejemplar de «Ritmos», que este libro les pertenecía a ambos por todo lo que había en sus versos del talento, del entusiasmo y de la cultura de su amigo del alma? En esa dedicatoria, que Cabrera Guerra publicó autógrafa en el homenaje de *Pluma y Lápiz* cuando la muerte de González, fué posible apreciar, una vez más, su hondo y sincero testimonio de gratitud y de amistad. He aquí las palabras del poeta: «Marcial. Quiero que esta hoja sea confidencial. A la hora de la amistad se ha juntado la de la gratitud, hora suprema

porque es la de los primeros ajustes del corazón. Reitero aquí lo que ya he dicho muchas veces, y lo que diré siempre. Tú has sido el compañero más amigo y el amigo más hermano de cuantos han comulgado conmigo, mitad por mitad, la hostia del afecto. Sin los alientos que tú me has difundido en mis días negros y glaciales, yo hubiera sentido morir el ideal en el cerebro y el entusiasmo en el corazón. Tú me has empujado hacia la primera playa y hacia la primera aurora. Puedo, pues, remendar mi bajel, y reparar mis remos y aprestarme a una nueva travesía. Lo inagotable de tu abnegación me hace todavía contar siempre con tu auxilio. Yo no sé hasta qué punto sean tuyos y hasta que punto sean míos estos «Ritmos». Te los ofrendo en la parte que en ellos me corresponde. Acéptalos, pues, en esa parte, como el más profundo latido de amistad fraternal del corazón de Pedro A. González».

¡Sin los alientos que tu me has difundido en mis días negros y glaciales! le dice el poeta porque en su corazón agradecido habían dejado huella muy honda todos los rasgos de abnegación de quien no sólo llevaba sus versos hasta los periódicos sino que, más de una vez, fué nueva Verónica que le ayudase a mitigar sus angustias, a socorrer sus apremios económicos y a rehacer la perdida paz de su hogar. La constante tristeza del poeta; sus decepciones frecuentes; el fondo escéptico de todos sus sentires, se reanimaron siempre con el contacto de esa amistad que fué para él la de un hermano de corazón. Tuvo el poeta muchos buenos y nobles amigos, pero ninguno de ellos compartió su vida con la constancia y durante el tiempo que Marcial Cabrera Guerra. ¡Lástima grande que el infortunado *Guerrette* (1) no llegase a escribir nunca el tan prometido estudio sobre González, que acaso hubiera sido

(1) Pseudónimo de Cabrera Guerra.

una hermosa página definitiva, como lo fué la de Gautier sobre el poeta de «Las Flores del Mal»!

En los artículos efímeros dados a la estampa por Cabrera Guerra habló muchas veces de González, óra para recordar los días de su generosa amistad, ya para trazar un retrato del poeta en las breves líneas de una página novelesca. En el homenaje cònsagrado por *Pluma y Lápiz* al autor de «Ritmos» recordaba Cabrera: «Vivimos con él una estrecha fraternidad, de cerca de veinte años. Indomable en la rara tenacidad de su aislamiento y de su dolor, nunca fué posible reducirlo a la amable asociación de sus amigos; y sólo así tiene justificación el sombrío abandono en que él quiso siempre hacer su jornada hasta el fin. Respetando su enigma, había que caminar a su lado en un silencioso exaltamiento de veneración y de afecto, para ir descubriendo, en raras veces, las fugaces efusiones de su alma que en algunas ocasiones se alumbraba con rapidísimos lampos de alegría». Algunos años antes, en su cuadro de novela *La pluma blanca*, Cabrera Guerra había trazado su retrato evocándole perdido a través de las calles de los arrabales, con sus manuscritos bajo el brazo, esquivando los codazos de los transeuntes que corren a sus quehaceres, mientras el poeta caminaba absorto, perdido en el mundo de sus ideas, como un nuevo Atlante, para llegar a donde le aguardaba su amigo, en un figón de camaraderías: «Pedro,—recordaba Cabrera Guerra—el bardo nebuloso, metafísico, que llegaba trayendo los voluminosos manuscritos de sus versos, roídos, manchados, húmedos con los círculos violáceos de las copas de vino, a que servían de mantel, quemados a trechos por las chispas del cigarro, que vivía eternamente mordido entre los dientes del poeta filósofo...»

Fué la amistad de González y de Cabrera Guerra una de esas relaciones de corazón a corazón y de inteligencia a inteligencia cuyos lazos el tiempo no hizo sino atar mejor cada día que pasaba. Fiel hasta el último instante,

el amigo estuvo junto al lecho del poeta en su hora postrera, como para recoger sus palabras últimas.

¡Qué honda angustia no hubiera hechado su dogal a la garganta del poeta si hubiese llegado a presentir el fin sombrío que le reservaba el destino al malogrado compañero! Con triples creces pagó Cabrera Guerra los excesos de su juventud y los apasionados amores de sus últimos años: sensual, ardoroso hasta más allá de toda prudencia, contrajo en sus livianas aventuras una terrible avariosis que, poco a poco, le fué sumergiendo en la noche de una triste locura. La última vez que nosotros le vimos en la Casa de Orates, estaba en uno de esos ratos lúcidos, que le permitían recobrar el hilo interrumpido de su memoria y responder a alguna pregunta que le evocaba sus pasados tiempos de amable bohemia. Día a día su estado se fué agravando y una noche, hace de esto más de un lustro, murió entre los enfermeros de aquel asilo de sanidad, solo, completamente solo, sin un amigo. ¡Pobre, grande, bueno y noble Marcial Cabrera Guerra!

• • •

Fué la de González una existencia enigmática, indiferente a las preocupaciones sociales, extraña del todo a las cotidianas necesidades. Ni tuvo ambiciones, ni le preocuparon los ajenos juicios sobre su persona, y quien sabe si hasta sus versos hubiesen permanecido muchos años más ignorados, a no mediar el entusiasmo de su amigo íntimo. ¿No pudo fácilmente suceder que un descuido del poeta expusiera a una pérdida segura los originales de sus versos, como se extravió la serie de pequeños poemitas sobre asuntos bíblicos, que un criado tan inconsciente como torpe arrojó al cesto?

Pero, es preciso recordar que la pérdida de «Bíblicas» se debió a unos de esos constantes descuidos del poeta; durante el tiempo que vivía en el Instituto Nacional, gra-

cias a la bondadosa gentileza de su rector don Juan Espejo que con el pretexto de un cargo de inspector le daba una pieza y la comida en el establecimiento, solía González escribir durante toda la noche arrojando las carillas al suelo, de donde, en más de una ocasión, Carlos Madariaga, la única persona que tenía acceso franco a su cuarto, recogía los originales y, colocándolos en orden, los dejaba sobre la mesa de trabajo del poeta. Así, una mañana, al entrar a su pieza y quedarse asombrado viendo el suelo cubierto de blancas hojas escritas, revueltas con innumerables colillas de cigarros, el poeta le dijo: ese es *El Proscripto*, en su última forma. Juntó Madariaga con santa paciencia las carillas y las hizo encuadernar en un volumen que González perdió a los pocos días y que Marcial Cabrera Guerra felizmente encontró en un tranvía.

Hombre profundamente despreocupado, poco y nada reparaba en la realidad del medio en que le tocó vivir. Las horas del día sólo tenían para él cuenta por las obligaciones a que le tiranizaban sus clases, única fuente de su cotidiano sustento. Cuando terminaba sus labores docentes en los establecimientos donde era profesor, iba en busca de algunos de sus amigos, ya fuese Enrique Oportus, en la Biblioteca del Instituto Nacional, donde charlaban largamente, mientras González repasaba algún libro; o ya fuera Marcial Cabrera, en las oficinas de *La Ley*, donde tenía a su cargo la sección informativa. Generalmente las charlas con este último solían prolongarse hasta horas muy avanzadas: González aguardaba a su amigo que, una vez terminadas sus primeras tareas, iba con el poeta a comer a algún figón, para regresar luego ambos a la sala del diario y prolongar su charla en la camaradería periodística, a la que se daba término habitualmente en alguna taberna.

Porque, a pesar de ser González reservado entre los extraños, era un charlador tan ameno como incorregible entre sus amigos íntimos. Solamente en sus horas de so-

ledad le embargaba su natural inclinación a la misantropía; quienes a diario le vieron absorto en la contemplación de un rayito de sol o ante la página abierta de un libro, no atinaban a comprender esos instantes en que el poeta parecía revivir sus más intensas emociones, perdido en su mundo particular, mientras seguía el hilo de su ensueño.

Fué el poeta un noctámbulo incorregible en quien constituyó una tiranía el hábito inveterado de trasnochar. Generalmente componía sus versos durante las altas horas nocturnas, tomando café en abundancia, con el inseparable pitillo entre los labios. De este modo su organismo se fué envenenando lenta pero seguramente, envenenamiento que no hicieron sino agravar las diarias vigilias y el abuso de la bebida.

Raras veces se le vió frecuentar algún cenáculo: de cuando en cuando solamente asistía a las charlas sabatinas de *La Ley*, en cuyo seno hablaba poco, escuchando en cambio con mucha atención cuanto allí se dilucidaba o discutía. Le hemos oído recordar a un admirador del poeta, que por ese entonces era empleado en el gran diario, que en cierta ocasión que rodaba la charla sobre la gloria póstuma, González dijo que no creía en ella o por lo menos que no le importaba un ardite; luego, fustigando a los que corren tras su miraje, habló de los ricos que en la hora última hacen merced de considerables cantidades en dinero a la beneficencia, olvidándose tal vez que han amasado su riqueza a costa de tantas lágrimas.

Escondió González en su pecho un noble y generoso corazón: más de uno de aquellos que se dijeron sus amigos abusaron de él al amparo de su piadoso olvido, de su levantado abandono, de su ingenua benevolencia. Y, a pesar de ser pobre de solemnidad el poeta, no faltaron quienes le explotaron vilmente aprovechándose de sus rasgos de confianza. Es triste recordar el caso de cierto habilitado a quien González le encargaba recoger su sueldo de profesor y que, en más de una ocasión, no le dió cuenta

de sus haberes: un día ese amigo le remitió un sobre que contenía sesenta centavos en dinero, único saldo de su sueldo, que aquel había ocupado para cubrir una deuda premiosa. Al romper el sobrescrito el poeta y ver las monedas que caían al suelo, sólo atinó a exclamar: ¡Pobre!

Después del fracaso de todas sus ilusiones en el hogar, que él creyó iba a ser un santo refugio para sus tristezas, el poeta no hizo sino olvidarse más y más de sí mismo: fumaba horriblemente y bebía más que antes. Y sucedió lo que era lógico aconteciese: su naturaleza comenzó a resentirse seriamente con frecuentes trastornos, que denunciaban el seguro avance de una antigua afección cardíaca. En vano le aconsejaron sus amigos un régimen estricto y en vano los doctores le pronosticaban largos y cercanos padecimientos; poco y nada pareció ya importarle a González el fardo amargo de su vida.

En Septiembre de 1903 su insuficiencia aórtica, que se tradujo en frecuentes asfixias, comenzó a hacer temer ya muy seriamente por su vida y le obligó a ir en busca de uno de esos palacios de invierno que recogieron al pobre Verlaine, el Hospital de San Vicente. Allí se le sometió a un cuidado estricto que, en pocos días, repuso sus energías muy debilitadas; pero el poeta no observó, durante su primera convalescencia, los cuidados necesarios que le imponía su mal estado, olvidándose de la estricta prescripción médica. ¿Una copa más, acaso? ¿Tal vez el consumo de algunos cigarrillos? El hecho es que sufrió una recaída fatal, que no hizo sino acelerar su fin cercano.

Ya se le había desahuciado al poeta cuando recuerda haberle ido a visitar su amigo de otro tiempo, Fidel Pinochet. Le tenían en la Sala de San Carlos, entre dos biombos, que la hermana Clarisa había hecho colocar para aislarle de los otros enfermos. González estaba completamente hinchado, en un estado de gravedad que hacía presagiar su muerte cercana. Tenía atada la cabeza eon un

amplio pañuelo de yerbas, que le daba un aspecto singular. De pronto le interrogó el visitante:

—¿Quiere decirme, colega, para qué tiene atada la cabeza?

Y González le respondió, en tono de chanza:

—Para sentir la sensación de contorno, colega.

Angustiosos días le tocaron vivir al poeta en la promiscuidad de aquella sala común, en medio de toda esa miseria física, entre los pobres que arroja la vida en busca de la salud o de la muerte hasta el lecho que les depara la caridad pública.

Recuerda Antonio Bórquez Solar que González, poco antes de irse para siempre, le contaba que el dia en el hospital no le era muy penoso, pero que, al llegar la noche, renacían sus angustias más hondas.

—Cuando las puertas del hospital se cierran y ya está entrado el crepúsculo me pongo triste. Esta sala se va obscureciendo poco a poco. Voy persiguiendo la luz que se va por arriba del muro, por las ventanitas. Entonces entra la luz mortecina del farol. Pienso las cosas más disparatadas. Y aunque me han puesto este biombo para que no mire a los otros enfermos, miro todas las camas y me imagino los rostros flacos, amarillentos, con los ojos hundidos... Hay noches que oigo un gran suspiro y al día siguiente se encuentra uno tieso en su camita, que después veo que lo sacan por esta puerta. La otra noche me despertó una gran voz que decía: «¡Madre mía, madre mía!» En las primeras horas de la mañana, cuando entró la hermana, me dijo: «el número tantos amaneció muerto»...

Rápidamente se precipitó el desenlace de la terrible dolencia en el poeta. Deshecho, arruinado físicamente, soportó tan sólo algunos días su enfermedad. Obstruído completamente el funcionamiento de las válvulas auriculares del corazón, la sangre comenzó a no afluir con regularidad. Tres días antes de expirar tuvo que soportar Gon-

zález una muerte lenta y horrorosa: la putrefacción principió a corroerle un pie y luego un costado del cuerpo. La falta de circulación de la sangre, pues ya su débil corazón cansado no tenía energías suficientes para vaciarla a través de las venas, precipitó aquella decadencia lenta, desesperante.

Rodeado de algunos amigos, murió el tres de Octubre, cuando la primavera comenzaba a reventar en los árboles del patio del hospital, su pobre palacio. Se extinguió sin proferir un gesto de dolor, poco después de medio día, como un niño que se duerme. Cuando esa tarde la suave luna octubreña se asomó por entre el ramaje de los árboles, ya no encontró al poeta. ¡El lecho estaba vacío! Su disco de oro se alzaba incierto, cruzando el profundo cielo, mientras el poeta, como ya lo había presentido, estaba muy lejos de la playa:

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.

Quizá cuando la luna se alce incierta
yo esté ya lejos de la luz que vierta.

Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.

Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.

No sé quién de este mundo al fin me llama
de este mundo que no amo y que no me ama!

Poetas, artistas, amigos y admiradores le rindieron un sentido homenaje al poeta: en severa capilla ardiente velaron sus restos en la Escuela de Medicina y, al siguiente

día, le fueron a dejar hasta el Cementerio General, donde duerme, en modesto nicho, desde hace tres lustros, humilde rincón cuyo alquiler ha pagado un amigo caritativo...

Sic transit gloria mundi!

ARMANDO DONOSO.

ADVERTENCIA DE LA CUARTA EDICIÓN

Es la presente la edición más completa de los versos de Pedro Antonio González que hasta ahora se haya intentado reunir. Si bien es cierto que pueden haberse escapado al compilador algunas antiguas poesías publicadas en *La Ley*, en *La Libertad* de Talca o en algún periódico ocasional, o tales o cuales estrofas inéditas que obran en poder de amigos del poeta o de personas que las conservan como preciados tesoros, no es menos cierto también que ello en nada amengua el mérito de esta edición, reunida tras pacienzudas búsquedas, largas esperas, minucioso hurgar en los periódicos, que suman una labor de algunos años.

En este trabajo de compilación le debemos señalada ayuda a las siguientes personas, cuyos nombres nos hacemos un deber en estampar en estas páginas, como una prueba de nuestro agradecimiento que, en cierto modo, compartirán con nosotros los admiradores del poeta:

A don Fidel Pinochet Le-Brun, que nos proporcionó los cuadernos contentivos de los Versos de Juventud de González y algunos datos interesantes sobre su vida;

A don Carlos Valenzuela Cruchaga, poseedor de valiosos manuscritos del poeta, que puso a nuestra disposición una copia de *Asteroides*.

A don Luis Ignacio Silva, que obtuvo de la señora

Tarragó los *Cantos escolares*, cuyo original es el que reproducimos;

A don Carlos Contreras Puebla, poseedor de uno de los primeros originales de *El Proscripto*, que nos permitió un minucioso cotejo con los manuscritos posteriores;

A don Ernesto Montenegro, que nos hizo obsequio de algunas poesías inéditas del poeta, de una versión nueva de *Las Ondinas* y de un manuscrito que no conocíamos de *El Proscripto;*

A don Julio Molina Núñez, que nos cedió algunas copias de poesías inéditas y valiosas revistas antiguas, donde encontramos interesantes noticias sobre González;

A don Fernando Dahmen, que buscó uno de los *Temas* más interesantes que figuran en el volumen;

A don Evaristo Molina, a quien le debemos valiosos datos sobre la vida del poeta;

A don Antonio Bórquez Solar, que nos proporcionó una de las poesías del poeta y puso a nuestra disposición su interesante conferencia, algunas de cuyas noticias aparecen en la *Vida* que publicamos;

A la señora Ema Contador, viuda del poeta, a quien le debemos la mayor parte de los datos sobre su matrimonio;

Al Iltmo. y Rvdmo. Obispo titular de Gangra, Fray Armengol Valenzuela, cuyas noticias sobre la vida de González nos permitieron aclarar muchos puntos de su biografía;

A la señorita Emperatriz González, hermana del poeta, que le proporcionó a nuestro querido amigo Jorge González muchos datos sobre la vida de su hermano;

A don Enrique Barrenechea, que nos ayudó con interesantes noticias;

A don Horacio Contador, hermano de la esposa del poeta, cuyo valioso testimonio nos ha permitido enmendar más de un yerro en la primera edición;

A don Samuel Ossa Borne, cuyos justos reparos nos

sirvieron para completar algunas noticias de la biografía;

Y, en fin, a cuantas personas de buena voluntad tuvieron la bondad de enviarnos curiosas noticias y poesías no conocidas, que nunca agradeceremos lo bastante; personas cuyos nombres sería largo de consignar en estas páginas.

Para todas ellas nuestros agradecimientos.

EL COMPILADOR.

POESIAS

LA BELLEZA (1)

¿Qué es la belleza?

He aquí una pregunta siempre hecha y nunca respondida. Con efecto. Nosotros no podemos considerar como una genuina respuesta suya, sino únicamente una contestación categórica, capaz de satisfacer por su amplitud la universalidad de su espíritu.

La disparidad trascendental de las múltiples definiciones de la belleza es una antítesis que por sí sola prueba por lo menos que todas ellas son fórmulas casuísticas. Pruébalo todavía más perentoriamente el suceso mismo de que cada una de ellas se ha puesto siempre en el antípoda de todas las otras como el símbolo negro de una bandera sin cuartel.

Guardaremos un silencio prudente. No haremos caudal erudito ni mérito luctuoso de su largo catálogo histórico. Son fósiles, cuya estadística sepulcral se remonta fúnebremente desde más acá de Kant hasta más allá de Aristóteles.

Nosotros pensamos bajo la luz meridiana de la actual Estética en marcha que la belleza es a la vez una idea y una emoción. Una idea que es número y una emoción que es

---

(1) Por reiteradas instancias de Marcial Cabrera Guerra, su docto y noble amigo, el poeta escribió este pequeño ensayo, que numeraba como el primero de una serie que había de publicar bajo el rubro de LA BELLEZA, EL IDEAL, EL ARTE. *Desgraciadamente, no alcanzó a pasar más allá del primero, que se dió a la estampa en el* ANEXO DOMINICAL DE LA LEY *correspondiente al 19 de Mayo de 1899.*

exponente. Una idea que hace vibrar al unísono todas las almas y una emoción que hace dilatarse a compás todos los corazones.

Nosotros creemos que la belleza, como idea, es el concepto trascendental de la concordancia que con su Arquetipo supremo, guarda una cosa cualquiera, que se mueve hacia él como hacia su última forma posible; y que como emoción es el sentimiento íntimo de esta concordancia poderosa y ascendiente.

La Ciencia, cuando dice Especie, dice Arquetipo. El arte, cuando dice Arquetipo, dice Ideal.

Se ha rebatido mucho—quizás demasiado—el misterio mayor de si la belleza es un fenómeno subjetivo u objetivo. Nosotros creemos que es un fenómeno esencialmente subjetivo; pero eminentemente objetivable. Por lo demás reputamos que la solución de este obscuro misterio en uno o en otro sentido es del todo indiferente a los progresos positivos del Arte y de la Crítica.

Se ha ventilado también—paralelamente—otro problema magno, no menos antiguo: Es el relativo al principio originario de la belleza.

Acaso los primitivos poetas teogónicos del mundo helénico trataron de simbolizar el origen mismo de ella cuando inventaron el mito divino de Venus. La inspirada leyenda auroral presenta el nacimiento de la Diosa como un surgimiento majestuoso y sereno y de las cándidas espumas oceánicas en las alas del ritmo.

Si tal fuera lo que los poetas legendarios pretendieron simbolizar, habría entonces que confesar desde la cúspide de la Estética contemporánea que en la evolución secular del espíritu la fantasía se adelantó felizmente muchas etapas históricas a la Razón, y el Arte a la Filosofía.

Los filósofos—que después de los poetas empuñaron el cetro de la inteligencia occidental,—plantearon desde luego el problema del principio originario de la belleza en el tablero inquisitivo de los procesos racionales. Pero se engolfaron

en un mar de elucubraciones. Oscilaron alternativamente, durante largo tiempo, entre los límites de lo real y de lo ideal, como entre los dos polos de un eje infinito. Ellos arrojaron, sin embargo, muchos manojos de rayos sobre el núcleo del enigma.

Los corifeos que en torno suyo abanderaron más numerosos adeptos fueron al fin los que formularon la teoría semi-metafísica, semi-empírica de la armonía.

La armonía es el principio originario de la belleza—gritaron entonces a los cuatro puntos cardinales— los triunfantes heraldos de la buena noticia. Y el nuevo evangelio de la Estética recorrió el cosmos de las almas, encendiendo en el cenit como otras tantas estrellas las llamaradas de su verbo.

La teoría de la armonía era ciertamente un paso enorme hacia la verdad. Pero la última palabra estaba escrita en la frente de una esfinge todavía demasiado lejana.

Con efecto. Los espíritus independientes—pasado ya el momento solemne del primer estupor—notaron que la teoría de la armonía adolecía de vaguedades sin cuento, que a cada paso hacía necesaria una rectificación. El concepto clásico de la armonía no explicaba dentro de su órbita estricta el sentimiento estético con que dilataba el espíritu muchas creaciones sorprendentes de la Naturaleza y del Arte. Más aún. Un copioso número de figuras geométricas no eran bellas a pesar de ser rigurosamente armoniosas.

Era, pues, absolutamente indispensable reconsiderar el problema. Sin duda alguna se había escapado algún dato especial al despejar su incógnita.

Y así se hizo.

Y entonces el ojo neolatino le dirigió su visual profunda a través de todas las nebulosas amontonadas por la metafísica adicional. Y en la fuente arcaica de la esperanza leyó bajo el Sol: El principio originario de la belleza es la ARMONÍA MÁS LA VIDA!

VERSOS DE JUVENTUD
1883-1884



Debido a una gentil deferencia de don Fidel Pinochet Le-Brun, que nunca agradeceremos lo suficiente, nos ha sido posible conocer los versos de juventud del poeta, que ya dejaban adivinar al futuro lírico de *Las Ondinas*.

Copiados en dos cuadernos, de corto número de páginas, estos versos suman una buena cantidad de poesías juveniles de escaso mérito, y de entre las cuales seleccionamos aquellas que hemos estimado más interesantes y que dan una idea cabal y completa del González de aquel entonces, que sólo tenía veinte años. (Había nacido en 1863 y estos manuscritos datan del 83 y del 84).

El primer cuaderno ostenta, a modo de portada, el siguiente título: «Notas del alma»; y, más abajo, tarjado por una raya, el de Rimas. Rematan, como complemento, la página, una especie de anagrama del poeta: Lezzagon; o sea el apellido de González escrito al revés, y la fecha que reza 1883.

En la portada del segundo cuaderno se lee lo siguiente: «Notas del alma». Poesías por Lezzagon. Luego viene la fecha, al pie de la página: 1884.

Ambos cuadernos están escritos con fina y limpia caligrafía y sólo en algunas líneas aparecen frecuentes raspaduras y tachas.

Creemos que estos versos de juventud sólo tienen un interés retrospectivo, y permitirán conocer mejor la formación literaria de González; por esta razón les damos cabida en este volumen.

LA TEMPESTAD

¿OÍS? sus negras alas la tormenta
desplega por los mundos,
y agita las montañas de granito.
Sus rayos iracundos
de fosfórica lumbre amarillenta
tiñen el monte, el cielo, el infinito.
¡El mar! su azul cristal, su claro espejo,
destácase sombrío
al ceniciento, lívido reflejo
que ilumina el vacío.
Tronadora montaña
que el alta cumbre de las rocas baña,
arrastran los fornidos huracanes
de olas a la orilla.
Y el cárdeno fulgor de los volcanes
que serpentea y brilla
por las bóvedas lúgubres, siniestras,
centellea en sus crestas.
Los procelosos vientos
apagaron las lámparas, los soles
de los altos, azules firmamentos.
Las nubes, cual veloces, rojas moles
que algún Genio infernal inflama, anima,
se derrumban al mar desde la cima.
....

¡Oh! grandiosas escenas!
¡Oh! magnífico drama de los mundos!
Acaso las cadenas
allá, tras esos ámbitos profundos,
batallan por romper, con que sujetos
los tiene a movimientos, Dios, perpetuos!
....
Relámpagos sin fin, ardientes montes
de sombras y de fuego,
por los fríos, oscuros horizontes
se despeñan allá con furor ciego.
Eterna, mortal ruina
van sembrando en el lóbrego vacío.
Su luz sólo ilumina
un cielo cadavérico, sombrío!
....
Ya todo quedó en paz.
¿Los titanes, al fin, del infinito
cedieron en su ira?
¿Fué un ímpetu fugaz?
¿Por qué a las vibraciones del granito,
por qué a la universal, candente pira
sigue al fin el reposo más completo?
¿Qué fué de la eternal naturaleza?
¿Qué resta de su fúlgida grandeza?—
¿Un cadáver no más, un esqueleto?
¡Oh! nunca! no! la rebelión fué vana!
¿Qué pueden esos átomos errantes
contra la voz eterna, soberana?
Columna de gigantes
sobre quienes su Rey ni pasa lista
para tornarlos polvo, soplo, arista!
Ved cómo en turbulenta catarata
se despeña a los valles la tormenta.
Ved cómo en tintas de luciente plata
cambia su faz la esfera, antes sangrienta!

En balde destrozar el mundo anhela
la falanje de Genios infernales,
si Dios continuo vela
por el mundo y sus leyes eternales.
Dios su furor castiga.
Las hebras despedaza de su intriga.
Cuánto el pérfido Genio inventa, fragua,
todo Dios lo deshace en humo, en agua!

SOLUCIONES DEL AMOR

El Filósofo.—Es del alma un vago anhelo
que a la dicha siempre aspira.
Que en flujo perpetuo gira
de la forma a lo ideal.
Si es la sed de lo sensible,
simplemente es apetito,
si la sed de lo Infinito,
es entonces racional.

El Químico.—Una cuba, una retorta
donde hierven muchas sales:
Pues, tal es de los mortales
el mentado corazón.
Y el amor no es otra cosa
que el calor de ese compuesto.
Y en Química no es todo esto
más que una fermentación.

El Astrónomo.—Todos los cuerpos se atraen
por una ley, que es eterna:
sea tierra, el sol, la flor tierna,
cuanto hay en la inmensidad.

Y el amor, que al hombre arrastra,
no es una cosa diversa
de esa eterna, inmensa fuerza
que se llama Gravedad.

El Fisico.—A los cuerpos que poseen
la propiedad atractiva,
y a veces la repulsiva,
llaman los sabios Imán.
Si el amor mucho repele,
por asir lo que persigue,
y si esta regla se sigue,
¿pues, cómo lo llamarán?

El Poeta.—Mentira, dice el Filósofo.
Dice el Químico mentira.
El Astrónomo delira.
Dice el Físico un error.
No es es el amor una fuerza,
ni es un vago sentimiento,
no es un imán, ni un fermento:
¡El amor es el amor!

NOTA

SI muy adentro del fondo
de la mar te abalanzaras
tal vez te precipitaras
hacia su abismo fatal.
Por eso siempre procura,
cuando cruces su ribera,
sus embates desde afuera
contemplar del arenal.

Si acaso no andas prevista,
si tienes continuo abiertas
de tu corazón las puertas,
perderás tu corazón.
Pues, siempre el mundo lo acecha;
y en cuanto ya lo seduce,
hacia el fondo lo conduce
de un abismo: la Pasión.

Sírvate esto, incauta joven,
de lección y de experiencia,
mientras tanto tu existencia
ves sin lágrimas rodar.
Pues no olvides que se quema
quien se acerca mucho al Fuego,
que muy caro cuesta el juego
con el Corazón y el Mar.

LA RUBIA Y LA MORENA

AQUÉLLA en sus pupilas,
azules como el mar, cuando está en calma,
las ráfagas tranquilas
refleja de los éxtasis de su alma.

Ésta los sueños bellos
de sus pupilas en el negro plata,
con mágicos destellos
de su alma ardiente de volcán retrata.

Un astro es la morena
que en medio de la noche resplandece;

que entibia la serena
atmósfera sin fin en que se mece.

La rubia es un lucero
que se cierne en las brumas de la aurora;
que imprime, lisonjero,
besos de luz al alba, que le adora.

A...

MIENTRAS la luna las selvas
y el mustio valle ilumina,
niña, a la luna no vuelvas
tu hechicera faz divina...

Por contrariar mis antojos
su resplandor apagaras.
Y ¡ay! esta noche mis ojos,
niña, sin luna dejaras.

DEDICADA

NO pases junto a la fuente.
No quiero oirla gemir...
Serenas, lánguidamente
deja sus ondas dormir...

Quizás su desierta linfa,
niña, te tome al pasar,
por la infiel, perdida ninfa
que siempre la oigo llorar.

A UNA NUBE

BLANCA nube peregrina,
¿Dónde el austro te encamina?
Hallas muy dulce al rayo de la luna
flotar en el cristal de la laguna?
Acaso de otros astros, de otros soles,
anhelas los celajes y arreboles?
Que del globo en que moras, blanca nube,
el tedio agostador hasta ti sube?
El soplo de la sangre que él derrama
tus alas de vapor salpica, inflama?
Las notas que se ciernen sobre el suelo
temes que tornen tu vapor en hielo?...
Blanca nube peregrina,
¿Dónde el austro te encamina?

E...

CUANTAS veces el viento con que zumba
la copa del ciprés que le da sombra,
cuando lloro a los bordes de su tumba,
remedando su acento no me nombra!

Ambos, a un tiempo de la alegre cuna
sacudimos el sueño misterioso...
Ambos a un tiempo a la fatal Fortuna
le inmolamos después nuestro reposo...

Al borde de la cuna, cuántas veces
la miel de nuestros labios exprimimos!...

Era una copa sin amargas heces
la dulce copa en que el amor bebimos!

Ay! En el fondo de esa cuna hermosa
el eco murmuró de un juramento
que un día allá en el fondo de una fosa
debía resonar como un lamento!...

Apenas nuestros pies en los umbrales
pusimos de la tierra, peregrinos,
al través de sus tristes arenales
la Fortuna apartó nuestros caminos!

Del sepulcro a sus pasos el sendero,
lóbrego y triste, señaló la Suerte...
Ella aquel término tocó primero...
Por ella más piedad tuvo la Muerte!...

EPISODIO

I

LAS blancas olas de la mar profunda
contra el muro se estrellan de la orilla
y una luz, a lo lejos moribunda,
entre las nieblas y las nubes brilla.
Por la lúgubre mar que la circunda,
ella, quizás conduce una barquilla,
que abandonada a sus angustias solas,
sucumbiría en las profundas olas.

El viento azota con furor sañudo
las altas rocas de la agreste cima,
y a sus embates el peñón desnudo
parece que despierta y que se anima...
del viento bramador al choque rudo
su frente de granito se sublima...
y con terrible y formidable acento
responde a la voz fúnebre del viento...

La noche en turbias sombras se derrama
por el árido campo silencioso,
sólo los ecos de la mar que brama
interrumpen su sueño, su reposo.
Ni el ronco buho que las ruinas ama,
ni el errante fantasma misterioso
que ronda allá en los lóbregos osarios,
cruzan aquellos campos solitarios.

Y tumbas hay allí, terribles tumbas!
Oh, cúspide fatal, tu sombra aterra!,
es tiempo que ya ruedes, que sucumbas,
que el corazón te trague de la tierra!...
Pero ay! si con los siglos te derrumbas,
y la frente azuleja de tu sierra
en hondo precipicio se convierte.
¿Aun darás banquetes a la muerte?...

Rumor de remos a la costa umbría
se acerca en tanto que la sombra enluta
la luz que en el confín resplandecía,
y que al ancho arenal marcó su ruta.
Tal vez el nauta que a la barca guía
alguna empresa fúnebre ejecuta;
algo que el alma aterrará mañana
en la arenosa cima riberana.

Por una obscura y solitaria cuesta
trepa luego una sombra vacilante,
que en corto tiempo en la remota cresta
se cierne de la cúspide gigante.
Sobre las rocas de una cumbre opuesta,
teatro pocas horas, aterrante,
ella fija sus ojos un momento,
suelta la negra cabellera al viento.

Después, sin que el abismo la aterrara,
de lo alto de la cumbre se despeña,
cual si el rumbo ignorado no ignorara
por entre tanto risco y tanta breña.
Parece que algún Genio la alentara,
que el cansancio mortal no la domeña;
que del abismo a cuyos bordes gira,
las negras brumas, desafiante mira!

Y una vez sobre el campo de combate,
en un yerto cadáver mutilado
hunde su frente, para ver si late
su mustio seno, que la muerte ha helado...
—Madre infeliz! Su corazón se abate
por la angustia más honda desgarrado...
y estremece las tumbas del desierto,
de sus ayes el lúgubre concierto...

II

Señor! Si de una madre te conmueve
la interna angustia, el dolorido llanto,
¿por qué la muerte me arrancó tan breve
al hijo que en el mundo amaba tanto?

Por qué si la permites que se cebe
en lo que hay en la tierra de más santo,
cuando al hijo acomete airada y fiera,
no dejas que a la madre también hiera?

Ay de mí! Cuántas veces en mi frente
los besos resonaron de su boca!
Jamás gocé de un culto más ferviente,
jamás gocé de una pasión más loca.
Mi amor latía en su cerebro ardiente
cual la chispa en el fondo de la roca.
Nunca, nunca otro amor cupo en su seno:
del mío, del de Dios, estaba lleno.

Siempre sumiso, cariñoso, amante,
él jamás en su pecho dió cabida
a engaños que le hicieran inconstante
hacia la madre que le dió la vida.
Su frente, ante otras frentes arrogante,
jamás ante su madre se alzó erguida.
Como el culto que a Dios se da en el cielo
fué el culto que su amor me dió en el suelo.

¡Ay de mí! qué fatal! De mi destino
mi yerto corazón ya nada espera.
Cubrirán sólo zarzas el camino
que ayer con sus encantos me sonriera.
Hoy mis pasos de errante peregrino,
roto el lazo que al mundo ayer me uniera,
tan sólo orientará, rumbo a la Altura,
la muerte, la sombría sepultura!

Si me postra de muerte el cruento peso.
Del horrible dolor que me destroza,
cuando apenas con él la lucha empiezo,

¿saldré yo del combate victoriosa?
¡Señor! si cedo a su violento exceso,
y yo misma me labro mi ancha fosa,
de este crimen no culpes a mi mano,
¡culpa, Señor, a mi dolor tirano!...

Palpo su corazón y palpo hielo;
no alientan, están mudos, sus latidos.
Cubre sus ojos soporoso velo,
están en hondo sueño sumergidos.
A los tristes acentos de mi duelo
están sordos, sin ecos, sus oídos...
Soy su madre: ¡su cuerpo ya está inerte!
¡Señor! tenme piedad: dame la muerte!

¿Por qué, por qué yo le llevé en mi seno,
si pronto de mi seno destrozado,
cuando estuviese de su amor más lleno,
su amor debía serme arrebatado?
Si el pecho de una madre no es de cieno,
si una lágrima el mundo le ha arrancado,
¿podrá querer, si como madre adora,
ser madre aquí en un mundo en que se llora?

¡Y yo fuí madre! Y ¡ay! del mundo no era
desconocida para mi la historia;
sabía que era el mundo una quimera,
y una quimera su mentida gloria.
¿Acaso en vez de madre fuí una fiera?
¿Acaso tuve un corazón de escoria?
¿Cómo madre en el mundo ser me plugo
no ignorando que el mundo es un verdugo?

Su sueño perdurable, sin acabo,
se hace sordo, impasible, indiferente...

Pero su tumba fría riega al cabo
una lágrima santa, pura, ardiente...
¡Señor! yo misma su sepulcro cavo,
yo misma cubro su marchita frente...
¡Ay! es preciso que también sucumba,
que sea también Una nuestra tumba!

Sí. Yo lo espero. Mi fatal quebranto
yo sé que al trono del Eterno llega:
que siempre a compasión lo mueve el llanto
que los despojos de una tumba riega...
Yo sé que Dios recoge y pesa en tanto
que por sus hijos una madre ruega,
el llanto con que inunda su plegaria
de sus hijos la tumba solitaria...

¡Y yo soy madre! Mis ardientes ojos
riegan la tumba, cual un mar deshecho,
donde yacen inertes los despojos
del hijo que alenté dentro mi pecho...
Hoy el mundo me ofrece sólo abrojos;
en él mi corazón se siente estrecho...
La sola flor que amé, dobló su broche.
Ya pesa sobre mí la eterna noche!...

III

Su acento se apagó. Del fondo oscuro
de la noche eternal brotó la muerte.
Su alma al fin de la vida rompió el muro,
desplomado rodó su cuerpo inerte.
Contra el Destino más rebelde y duro
su espíritu azotó la fatal suerte.
De aquella madre huérfana, llorosa,
no quedó más recuerdo que una fosa.

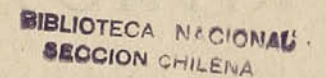
Jamás ninguno su sepulcro santo,
los despojos que en él dejarnos pudo,
rociará con las gotas de su llanto,
lleno de admiración, absorto, mudo?
Gastándolos el tiempo va entretanto
bajo el impulso de su aliento crudo...
Lo que hoy es una tumba desolada
mañana será un sueño; después... nada!

Pero ¡qué importa que la tierra entera
girando siga indiferente, loca!...
Jamás detuvo el mundo su carrera,
nunca latió su corazón de roca...
Ojalá que olvidada siempre fuera
esa tumba feliz, que nadie invoca...
Si el mundo ante su cruz se arrodillara
con su aliento tal vez la profanara!

RITMOS

Hemos reproducido íntegramente la primera parte de *Ritmos* o sean sus veintiocho primeras poesías, manteniendo la distribución que les dió el poeta, en la edición ordenada por el malogrado Marcial Cabrera Guerra, revisada por González y costeada por don Luis Arrieta.

En cuanto a *El Monje*, lo hemos incluído entre los poemas; los *Temas* figuran también en sección aparte, a la cual le hemos agregado varias poesías poco conocidas y otras inéditas.



PENTÁLOGO

I

La Pintura:

—YO soy la hermosa y opulenta Reina
que viste de flotantes arreboles;
y que sus bucles peina
bajo un nimbo de soles.
Yo hago brotar de las hirvientes linfas,
bajo la tenue bruma,
inmaculadas ninfas
con túnicas de espuma.
Es el pincel mi cetro soberano.
Yo llevo, como norma,
la visión del arcano,
el ritmo de la forma.
Es el éter azul mi vasto imperio.
Besa las orlas de mi regia gasa,
desde el hondo misterio,
cada estrella que pasa.
Llevo en mi frente que arde
y en mi pupila que sonríe y llora,
las sombras de la tarde,
los rayos de la aurora...

II

La Escultura:

—Yo soy la Reina de brillante clámide
y de pálido rostro pensativo.
Es la eterna pirámide
mi trono primitivo.
En mi culto se alternan
las edades veloces.
Y sus frentes olímpicas prosternan
los Genios y los Dioses.
Yo soy ante la aurora,
bajo el cielo infinito,
resurrección sonora,
grandiosa apoteosis de granito.
Es mi cetro el escoplo.
Es mi nimbo la yedra.
Yo hago, bajo mi soplo,
bullir el bronce, palpitar la piedra.
Bajo el éter que oscila
me saluda el gran Sol desde el Oriente:
llevo la majestad en la pupila;
llevo la eternidad sobre la frente...

III

La Música:

—Yo soy la Reina de celeste cuna
que en el misterio de las noches solas,
en un rayo de luna
se columpia en las olas.

Con el alba sin tules
y el pálido crepúsculo, converso.
Yo tengo alas azules.
Yo lleno con mi soplo el Universo.
Yo alzo hasta Dios en mi ondulante giro
la escala de mis sones.
En las auras suspiro;
rujo en los aquilones.
Soy undívaga fibra.
Soy clarín de batalla.
Soy ósculo que vibra.
Soy cólera que estalla.
Soy como los querubes:
vuelo con raudos, luminosos rastros,
más allá de las nubes,
más allá de los astros.
Sé todo lo que encierra
la estrella melancólica.
Yo no soy de la tierra.
Yo soy la misteriosa Reina eólica...

IV

La Poesía:

—Yo soy la Reina mágica que labra
el oro de la idea;
en el carro triunfal de la palabra
sus águilas pasea.
Yo lanzo hacia lo lejos
con mi fúlgido cetro de topacio,
cascadas de reflejos
que inflaman el espacio.
Mi carro cristalino
la excelsa cumbre del Olimpo salva;



y esmalta su camino
con las perlas del alba.
Cuando baten al viento mis corceles
sus raudas crines bellas,
florecen los laureles,
florecen las estrellas.
Yo describo sin calma
fantásticas eclípticas.
Yo hago brotar del alma
alas apocalípticas.
Cuando a mi soplo ruge
la formidable tempestad del verso,
con estrépito cruje
sobre su eterna base el Universo.

V

La Razón:

—Cesen ya vuestras odas.
Adoradme y amaos.
Yo soy la luz. Sin mí vosotras todas
sois pálidos fantasmas. ¡Sois el caos!

ARTE

Alerta, soñador! Mide tu anhelo.
Tu juicio flota en un delirio extraño.
Sed de la Tierra y éxtasis del Cielo.
Guillermo Matta.

A Enrique Oportus

OH joven! Tú que sientes
el ansia eterna de un afán profundo,

habla; toma el buril; pulsa la lira.
Da paso a los relámpagos potentes
que iluminan el mundo
que en lo infinito de tu mente gira.

II

Asómate al abismo
de tu ser, conmovido y agitado
bajo la gran mirada de Dios mismo.
Ese mundo sin nombre,
es un mundo que Dios te ha revelado.
Es tiempo ya de que a la cumbre vueles,
Es tiempo ya de que también tu al hombre
ese mundo gigante le reveles!

III

Quizás, desconocido peregrino,
la planta errante, la mirada incierta;
sin pan, sin tener donde
doblar la frente fatigada y mustia,
prosigues en silencio tu camino,
sin llamar nunca ante ninguna puerta,
porque nadie responde
al triste acento de tu amarga angustia.

IV

Acaso los imbéciles que eleva
la arbitraria fortuna,
cruzan, ¡ay! junto a ti sin que conmueva
la inmensidad de tu dolor sombrío
con emoción alguna
su miserable corazón vacío.

V

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Ahoga en ti la queja
con que tu ardiente corazón suspira.
Deja en la Tierra para siempre escrito,
fijo en la Tierra para siempre deja
tu ideal infinito.
Sea tu voz la voz del sacerdote;
tu dogma el ideal; tu culto el arte.
El resplandor de Dios de tu alma brote.
Si el mundo no te escucha desde luego,
al fin acabará por escucharte:
tu ideal es de fuego!

VI

Tú que tienes las alas poderosas
del águila atrevida,
sondea el grande abismo de las cosas,
sondea el grande abismo de la vida.
No es posible que calles
la gran misión para que Dios te nombra.
No es posible que sueñes y batalles
a solas en la sombra.

VII

Mezcla tu voz potente y soberana
al cántico magnífico y risueño
que ante Dios, que lo escucha,
alza el ave a la luz de la mañana,
la casta virgen al primer ensueño,
y al porvenir la humanidad que lucha.

VIII

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
No importa que con burla te responda
la turba vil de imbéciles que gira
sin que tras su envoltorio de materia,
—que arrastra apenas,—otra cosa esconda
que el hálito del fango y la miseria.

IX

Rompe tu cárcel. La mirada espacia
sin miedo, sin desmayo.
Surca la luz con la potente audacia
del águila caudal que rauda sube
a despertar el formidable rayo
que duerme en las entrañas de la nube.
No es tu patria la Tierra.
Es tu espléndida patria cada mundo
que en sus eternos ámbitos encierra
el espacio profundo.

X

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
La inmensidad sondea.
La gran mirada con que Dios te mira
tu libro eterno sea.
Notas y formas y colores bellos
la inmensidad te ofrece
para que encarnes para siempre en ellos
el mundo azul que en tu alma resplandece.

XI

Saluda reverente el sol del día
que soberbio y magnífico se eleva,
rasgando el manto de la noche umbría;
que en sus rayos ardientes
a donde quiera de la vida lleva
las fecundas corrientes:
que turba de los bosques el reposo
con proféticos ruidos,
haciendo de ternura y alborozo
en el follaje palpitar los nidos:
qn̈e desde el alta cima,
a impulsos de su llamada misteriosa,
el universo anima,
dando un ritmo inmortal a cada cosa.

XII

Acércate al santuario
de la cándida virgen soñadora;
oirás el coloquio solitario
de su alma con la aurora.
Es que ensaya el idioma sin rumores
que, absortas y arrobadas,
con la pálida luna hablan las flores
en las noches calladas.
Y verás desprenderse de su seno
lágrimas misteriosas
que mueren en mitad de su camino,
sin alcanzar con su raudal sereno
a salpicar los lirios y las rosas
de su rostro divino.
Es que ha sentido las estrofas bellas

de agreste aroma de los vientos vagos;
las estrofas de luz de las estrellas;
las estrofas de espumas de los lagos.
Es que ha sentido para siempre rota
una fibra escondida.
Es que ha sentido la primera nota
del himno de la vida!

XIII

Sacude, pues, la inercia que te abate;
sacude, pues, tu abrumador desmayo.
Apréstate al combate.
Habla; toma el buril; fulmina el rayo.
Haz temblar de pavor al retroceso.
Haz temblar de pavor a la mentira.
Señala nuevos rumbos al progreso,
que a lo infinito, que a lo eterno aspira.

XIV

También proscrito del feliz palacio,
y azotada la frente
por el furor de la tormenta recia,
cruzó las soledades del espacio,
llenando el orbe con su voz potente,
el poeta más grande de la Grecia.
El Dios Homero careció de un lecho
en donde hallar consoladora calma,
en donde hacer enmudecer el pecho,
en donde hacer enmudecer el alma.
El Dios Homero tuvo sed y frío
en su negra jornada de aquí abajo.
Y no halló ni una gota de rocío,
ni un miserable andrajo.

XV

Habla; toma el buril; pulsa la lira.
Al alto pensamiento,
al excelso ideal que Dios te inspira,
no falta ni una sola
de las cadencias múltiples del viento,
de las notas gigantes de la ola;
no falta ni uno solo de los rayos
con que al viejo pontífice levítico,
entre asombros, y espantos y desmayos,
hizo temblar el Verbo sinaítico.

SIQUIS

TRIPENTÁLICA

A Pedro Nolasco Préndez

I

YO soy la diosa del bardo excelso de alas inquietas
que como el cóndor bate y empuja los huracanes.
Yo enciendo arriba las nebulosas y los planetas:
yo enciendo abajo los corazones y los volcanes.

Yo tiño de oro, de ópalo y nieve las mariposas
de las riberas, de las colinas y los oteros.
Yo abro y desplego, para los nimbos de las esposas,
las azahares de que se cuajan los limoneros.

Yo hago aurorales con la lejana, trémula orquesta
de los olivos, de los laureles y de las palmas;
con el perfume de los miosotis de la floresta:
con la miel rubia que el primer beso vierte en las almas.

II

¡Oh! bardo mío!—-Yo abro tus alas, yo las explayo.
Yo hago a mi soplo bullir tu sangre, vibrar tus nervios;
y como audaces águilas raudas que aman el rayo,
brotar sin tregua de tu arpa de oro versos soberbios.

Son el gran templo de mi gran culto las lejanías:
y son mis aras inmaculadas los montes rubios;
y son mi coro los golfos roncos de olas bravías,
y son mi veste las nieblas vagas llenas de efluvios.

Y es mi incensario cada entreabierto, pálido lirio;
y es mi tributo la yema virgen de cada brote;
y es cada estrella de rayos de oro mi sacro cirio,
y es cada bardo de alas de fuego mi sacerdote.

III

¡Oh! bardo mío!—Tú amas las blondas vírgenes pálidas
de ojos azules, túrgidos senos, mórbidos músculos.
Tú les envías epitalamios de estrofas cálidas
sobre las alas del aura errante de los crepúsculos.

Yo trazo y fijo, bajo su peplo de aurino tizne,
en sus caderas, llena de ritmos y de aleteos,
y en los contornos de su garganta de blanco cisne,
las raudas curvas engendradoras de los deseos.

Yo desparramo sobre tus sienes, ¡oh bardo mío!
toda la espuma del argentino lago castálico,
cuando tú arrancas,—en tu nostalgia de Dios sombrío,—
de tu arpa de oro las notas locas del tripentálico.

IV

Yo soy la Diosa de las azules diáfanas calmas;
yo soy la Diosa de las tremendas, pálidas iras:
lanzo a mi antojo rayos y sombras sobre las almas;
ráfagas de auras y de huracanes sobre las liras.

Yo soy la Diosa de la Esperanza.—Yo dicto al bardo
idilios dulces, silbas ardientes, himnos risueños,
llenos de aromas de almendro y rosa, de malva y nardo,
cuando florece la blanca estrella de los ensueños.

Yo soy la Diosa de la Nostalgia.—Yo soy neurótica.
Yo dicto al bardo versos que rugen como aquilones,
cuando la noche del desengaño,—noche caótica,—
cubre su frente de Dios proscrito con sus crespones.

Yo, silenciosa, cuando de su alma se va el sosiego,
toco sus labios, los enmudezco, los aletargo;
y esparzo en ellos soplos de orgía, llenos de fuego;
y los inflamo con sed divina de ajenjo amargo.

V

¡Oh! bardo mío!—Yo soy la Diosa que amante puebla
de apariciones de blancas alas tu alma sombría,
cuando en los golfos de sus azules mares de niebla
el sacro ajenjo pasea en triunfo su fantasía.

Orlan la espuma del sacro ajenjo los soles blondos
que entre las sombras crepusculares del cielo opaco,
surcan al ritmo de misteriosos compaces hondos,
como bandadas de cisnes de oro, por el zodiaco.

En torno tuyo,—como un enjambre de ágiles garzas,—
hace su espuma danzar al ritmo de alegres liras,
deslumbradoras, vertiginosas, raudas comparsas
de bayaderas, y de bacantes y de hetaíras.

Y tú embriagado llamas al Numen. Cantas la copla
del coro inmenso del himno eterno de los edenes.
Brotan estrellas dentro de tu alma. Desciende y sopla
un viento extraño de apocalipsis sobre tus sienes.

CONFIDENCIAS

I

X

ME preguntas por qué mi pobre lira,
mi pobre lira que jamás reposa,
en lugar de reir siempre suspira,
en lugar de cantar siempre solloza.

Con el dolor en perdurable guerra
sin gozar nunca del menor encanto,
perdido en el desierto de la tierra,
marco mis huellas con acerbo llanto.

En busca de las fuentes de la vida,
para calmar la sed que me devora,
surco la inmensidad desconocida
a través de una noche sin aurora.

Oigo con ansiedad los ritmos vagos
de la infinita, misteriosa queja
que brota de las selvas y los lagos,
cuando ya del espacio el Sol se aleja.

Contemplo con pavor la fuerza extraña
con que, juguete de sus iras locas,
el piélago se estrella en la montaña
que desgarra su espuma con sus rocas.

II

Yo también tuve instantes halagüeños,
en que batieron con rumor sonoro
raudos enjambres de brillantes sueños
en derredor de mí sus alas de oro.

Sí. Yo también con íntimo embeleso,
en dulces horas de apacible calma,
me dormí muchas veces bajo el beso
de los sueños que cruzan por el alma.

Sí. Yo también cuando la luna asoma,
y argenta con serenos resplandores
las tibias brumas de la parda loma,
deliré con fantásticos amores.

Con un amor sin fin que antes mis ojos
hizo girar sin tregua, sin sosiego,
una mujer fatal de labios rojos,
de talle ondulador y ojos de fuego.

III

También yo puedo en mi dolor profundo
volver hacia el pasado la mirada,

y evocar con mis lágrimas un mundo
que para siempre ya se hundió en la nada.

Mas, ¡ay! Yo dejo que ese mundo duerma
con el sueño letal del polvo frío.
Él no puede llenar de mi alma enferma
el insondable sepulcral vacío.

IV

Cada murmullo con que el viento zumba
me parece el acento dulce y tierno
con que en su lecho el ángel de la tumba
me convida a dormir el sueño eterno.

Nada me importa ya que en lo infinito
reine la noche ni que el sol irradie.
Sólo sé que en el mundo en que me agito
nadie me entiende ni yo entiendo a nadie!

ALTA MAR

A Luis A. Frías.

I

SOBRE raudas estelas,
por entre negras sirtes de granito,
bate y empuja el huracán las velas
de la barca sin norte del proscrito.
Salvajes cánticos de ronca espuma

alzan al golpe de sus grandes tumbos,
hacia la inmensa bruma,
las vastas olas en sus vastos rumbos!
Cómo ruedan y pasan!
Cómo al cárdeno rayo se coloran!
Cómo se despedazan!
Cómo rugen y lloran!...

II

Con qué fatal imperio,
bajo la opaca Luna,
ve flotar el proscrito en el misterio
la sombra de la patria y de la cuna!
Con qué dolor, bajo su afán que cunde,
se reconcentra a solas,
y la hiel de sus lágrimas confunde
con la hiel de las olas!
Crece su amarga angustia.
Y su alma pensativa
se queda absorta y mustia,
con las alas abiertas hacia arriba!...

CANTA!...

I

ALZA tu acento! Déjame escucharte,
bella sacerdotisa
de la sublime religión del Arte.
Siempre que pulsas tu laúd sonoro,
una diáfana brisa
bate las hebras de tus bucles de oro.

Siempre que cantas, brota
de tu voz de ángel un rumor de cuna;
y en el cristal de tu pupila flota
un rayo azul de luna.
No es más dulce el rumor, lánguido y vago,
con que al abrir su inmaculado broche,
cuenta el lirio a la estrella, junto al lago,
su tierno amor en la callada noche.
Alza tu acento al cielo azul. Tú exhalas
notas de luz y efluvios,
gorjeos de visión, susurros de alas
de querubines rubios.
No es más dulce el rumor con que la onda
del viento fugitivo
besa la virgen cabellera blonda
del sauce pensativo...

II

Yo busco en vano, en vano,
entre los sueños que mi fiebre crea,
un sueño cuyo encanto soberano
con tus encantos comparable sea.
Dios puso en el cabello
que tu serena y casta frente ciñe,
los trémulos reflejos del destello
con que de oro el crepúsculo se tiñe.
Y en la sonrisa que en tu labio oscila
puso el dulce perfume de la malva.
Y en el éter azul de tu pupila
puso la luz del alba.
Y puso perlas en tu boca breve;
y en tus mejillas puso frescas rosas;

y en tu garganta puso fuego y nieve,
y puso en tu alma tierna
las múltiples visiones misteriosas
de la belleza eterna!

III

Cuántas veces también, con loco empeño,
sobre las alas de oro
del ideal gigante con que sueño,
yo no vuelo a los ámbitos profundos
para escuchar el cántico sonoro
que alzan a Dios, desde la luz, los mundos!
Con qué embriaguez en la solemne calma
de vasto abismo, lleno de arreboles,
yo no siento vibrar dentro del alma
el ritmo de los soles!
Mi ideal es la luz. La luz inmensa
que en raudas ondas fluye
del fondo del misterio, que comienza;
del fondo del misterio, que concluye.
Yo vuelo hacia la cima
porque una voz recóndita me llama;
porque un algo inmortal mi ser anima;
porque hay un algo en mí que sueña y ama!

IV

Tu laúd me revela en cada nota
que al cielo azul envía,
que el radiante ideal que en tu alma flota
es el mismo ideal del alma mía.
Mas tu laúd divino

le canta el himno de la fe y el gozo;
y mi triste laúd de peregrino,
el himno de la duda y el sollozo.

V

Feliz yo, si piadosa tú rasgaras
mi eterna noche, cada vez más densa;
y a surcar me invitaras
las vastas ondas de la luz inmensa!
Temblorosos los dos, los dos ardientes,
grabáramos a un tiempo nuestros rastros
en las pálidas frentes
de los callados, pensativos astros.
Y en la armonía universal y eterna
que de los mundos brota,
tú serías la nota dulce y tierna,
y yo la ronca y delirante nota.

VI

Déjame oír tu voz. Cuando la escucho,
siento rasgarse el velo
de las sombras eternas con que lucho!
Tu voz es una música del cielo!
Siempre que a las regiones infinitas
en ondas de armonía el alma exhalas,
parece que te agitas
con misteriosos movimientos de alas.

CALIDOSCOPIO

En un Album.

I

NOCHE negra.—No hay fuego en la carpa.
Entumece el hielático cierzo
las olímpicas cuerdas del arpa,
las intrépidas alas del verso.

Tengo sed, tengo frío, tengo hambre:
siento un recio, profundo trastorno:
veo alzarse un fatídico enjambre
de siniestros fantasmas, en torno.

Desfallesco,—mirando a las cimas,—
en mi mesa tripódica y rara,
desde donde se alzaban mis rimas
como se alzan las hostias del ara.

Soy el lóbrego cóndor proscrito
de la luz que las cúspides hiere;
soy el trágico bardo maldito;
soy el pálido cisne que muere.

El hielático cierzo no cesa,
yo, mirando a las cimas y enfermo,
en mi rara, y tripódica mesa
con la frente en las manos me duermo...

II

Y la noche hiemal y sombría
me amortaja en sus lóbregos tules.
Pero audaz mi febril fantasía
vuela en pos de los mundos azules.

Y ante mí veo entonces abiertas,
bajo el arco de rayos del Este,
las bruñidas y fúlgidas puertas
de un soberbio palacio celeste.

Y en sus altos y regios umbrales,
nueve vírgenes blondas, en coro,
cantan sáficos himnos triunfales,
pulsan diáfanas cítaras de oro.

Y ceñidas de sacros citisos,
a compás de su voz baten ellas
sus flotantes y undívagos rizos
salpicados de rayos de estrellas.

Y a su alcázar con ellas penetro,
y a su lánguido amor me abandono.
Y yo empuño en su alcázar un cetro.
Y yo ocupo en su alcázar un trono.

III

Y presido el banquete divino
de las rítmicas vírgenes blondas.
Y en los cálices de oro y platino
hierve el néctar de fúlgidas ondas.

Y bebemos, reímos y amamos.
Y vestidos de galas nupciales,
al gran sol al compás le cantamos
un excelsior azul de AURORALES.

Porque Apolo sus alas despliega,
y bendice las místicas bodas;
y con su arpa de luz nos entrega
sus idilios, sus silbas, sus odas.

Y arde el iris temblante y sereno
de las rojas anémonas cálidas,
en las túrgidas curvas del seno
de las rítmicas vírgenes pálidas.

Y despunta a lo lejos el día
de los locos y dulces desmayos.
Y en mi frente de esfinge sombría
vierte el alba perfumes y rayos.

A SOLAS

I

LEJOS del mundo, de su pompa lejos,
yo mi salvaje soledad bendigo:
baño mi corazón en tus reflejos;
me trasporto contigo.

II

Tu sombra azul halaga más mis ojos
si en torno mío sin testigo gira;
si cuando ya ante ti caigo de hinojos,
tan sólo Dios nos mira.

III

Cuando ya el sol se aleja pensativo
en su góndola de oro al Occidente,
tu mágico recuerdo fugitivo
canta sobre mi frente!

IV

Cuando ya con estático embeleso
la Luna riela la desierta playa,
tu imagen plega el ala y me da un beso;
y tiembla y se desmaya!

MI MUSA

YO de las Musas amo la que inspira
los cánticos patriotas,
y arranca de la lira
relámpagos y notas.

Yo de las Musas amo la que truena,
al par de la metralla,
sobre la roja arena
de la ardiente batalla.

Yo de las musas amo la que sopla
y enciende los olímpicos enconos;
y empuña la manopla
y hace astillas los tronos.

Yo de las musas amo la que grita
dentro del corazón y la cabeza:
—¡Viva la ley proscrita!
—¡Viva la Marsellesa!

EL ALBUM

I

OH, cuántas veces no me dijo a solas:
—¿Por qué está siempre tu semblante adusto?
¿Hallas a Dios para contigo injusto?
¿No amas el bien, la luz, la creación?
¿No tienes corazón ni pensamiento?
¿Heredó para siempre tu alma extraña
la salvaje aridez de la montaña
donde meció tu cuna el aquilón?

Tus comprimidos, macilentos labios
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.
Por tus pupilas nunca se divisa
un dulce rayo de pasión vagar.
Tú pareces un náufrago sin rumbo
que a donde quiera que a estrellarse vaya,
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,
se deja por las olas arrastrar.

Tú cruzas por la Tierra como cruza
la noche pavorosa por el Cielo.
Horror, silencio, oscuridad y hielo
es lo que tú derramas donde estás.
Tú no sueñas, no luchas. Tú no albergas
ni una sola ilusión. Tú no ambicionas
ni oro, ni amor, ni aplausos, ni coronas.
Como un fantasma por el mundo vas,

II

Un día en que su labio, como siempre,
junto a mi oído murmuró lo mismo,
mi corazón se estremeció en su abismo,
y la sangre a mi frente se agolpó.
Temblando entonces le pedí una pluma.
Y su acero bruñido y transparente,
al vivo impulso de mi fiebre ardiente,
sobre su Album, vibrando resbaló.

III

No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos.
De que canté la abnegación sublime
del corazón que olvida
la inmensidad de su dolor profundo
para enjugar el llanto con que gime
la orfandad desvalida
que sin pan ni vestido cruza el mundo.
De que alcé un himno a la primer mirada
que a un mismo tiempo de dos almas brota
y en un mismo volcán sus alas quema;

que, tornando la noche en alborada,
de un corazón hace una dulce nota
y de dos corazones un poema.
De que alcé un himno a la esperanza mía
de hallar un ángel que con fe me adore;
un ángel dulce que conmigo ría,
un ángel tierno que conmigo llore...
No sé lo que escribí. Me acuerdo apenas
de que en ritmos diversos,
y con palabras de entusiasmo llenas,
yo escribí muchos versos...

IV

Dejé la pluma y me quedé sombrío...
El moribundo Sol, ya desde lejos,
en sus mustios y lánguidos reflejos
enviaba al mundo su postrer adiós.
Ella tomó con loco afán el Álbum.
Y dando fin a sus amargas mofas,
leyó mis melancólicas estrofas,
en la vaga penumbra a media voz.

Palideció de súbito su frente.
Huyó la risa de sus labios rojos.
Brilló una lágrima en sus grandes ojos.
Y triste y silenciosa me miró.
Y desde entonces ¡ay! siempre que a solas,
siempre que a solas a su lado me hallo,
Ella se pone roja, y yo me callo;
Ella se turba y me estremezco yo.

ÓYEME

VIRGEN! Óyeme atenta.
Yo tengo alas; yo vuelo.
Yo sé lo que se cuenta
la Tierra con el Cielo.
La Musa azul que columpió mi cuna
me dicta versos vagos;
versos como los rayos de la Luna,
versos como la espuma de los lagos.
Yo te haré, virgen bella,
estrofas legendarias,
de arreboles de estrella,
de alas crepusculares.
Una ráfaga estiva
a la Tierra me trajo.
Sé que cantan los ángeles arriba
lo que sueñan las vírgenes abajo.
Yo desprecio las mofas.
Yo adoro los laureles y las palmas.
Yo amo la luz y el ritmo. Yo hago estrofas
que desposan las almas.

AL MAR

A Santiago Escuti Orrego

I

CUÁNTO me place, oh Mar, en tu ribera
ir por la tarde a meditar a solas!
Desplegas no sé qué grandeza fiera,

al par de no sé qué melancolía,
en el fragor de tus gigantes olas,
cuando detrás del pavoroso velo
de la noche sombría
se confunde la Tierra con el Cielo!

II

Veo temblar en tu brillante espuma
las imágenes bellas
que a través de tu inmóvil, densa bruma
proyectan las estrellas.
Y siento impulsos de llorar. Y lloro.
Lloro contigo. Riego
tu ancha ribera de esmeralda y oro
con lágrimas de fuego.
Lloro el adiós de las alegres horas
de sacrosanta calma
de mi niñez azul, desvanecida.
Entonces, sonrosados como auroras,
yo ví temblar en el cristal de mi alma
los primeros ensueños de la vida.

III

Hoy plaño junto al cauce
de la turbia corriente de los años,
como el fúnebre sauce
en cuya mustia copa el viento zumba
con los ritmos extraños
del monólogo eterno de la tumba.

IV

Oh Mar! Tú no descansas.
Ludibrio inmenso de tus mismas iras,
siempre siniestro a tu ribera avanzas.
Tan presto ruges, como ya suspiras.
Hay en tu voz un no sé qué del grito
que, ante cada esperanza que se escombra,
al Dios de lo infinito
alza el alma inmortal desde la sombra.

V

Cuántas veces las roncas tempestades
no sacuden tus lóbregas entrañas,
y ensordecen tus vastas soledades,
y convierten tus olas en montañas!
Así también el pensamiento humano
los inmóviles dogmas bambolea
cuando empuña su cetro soberano
y vibra el rayo de la eterna idea!

VI

Oh Mar! En vano en tu dolor sombrío
contra tu cárcel de granito invocas
el huracán bravío.
El huracán bravío no te escucha.
Si él lucha con tu cárcel de agrias rocas,
es contra el mismo Dios contra quien lucha.

VII

También la humanidad ruge y solloza.
Ella también estalla.
Piensa. Y es un misterio cada cosa.
Anda. Y es cada paso una batalla.
Pero rasga la sombra, y marcha inquieta.
Nada resiste al ímpetu rehacio
con que hace su ancho trono del planeta,
y su imperio infinito del espacio.

VIII

Oh Mar! Quizás el formidable acento
con que tú ruges en la noche a solas,
es la voz con que cuentan tu tormento
a sus sombras, tus olas.
Es inútil tu afán, oh Mar profundo!
Nunca escuchó la indiferencia muda
de la noche y el mundo
el grito de dolor y el de la duda!

LUCRECIA BORGIA

I

ERA la noche. Sembraba el miedo con el desmayo
la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube.
Zumbaba el noto, rugía el trueno, vibraba el rayo,
de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza,
fué a reclinarse junto a su lecho de oro y caoba.

Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza
por la ventana medio entreabierta de su amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones,
se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico.
Y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones
el formidable, vertiginoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas
que retumbaron en los lejanos, vagos confines,
como las locas notas de plata de las cascadas,
como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias
que dilataron por la siniestra noche sombría
sus arrebatos, y sus transportes y sus demencias,
mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía...

II

Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego,
por los soberbios, resplandecientes, vastos salones,
dejando en torno, con mis miradas llenas de fuego,
hecho pavesas, hecho cenizas los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas.
Yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra.
Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas,
como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía
sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios,
como una rauda, trémula lluvia de pedrería,
sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soy todo porque soy bella. Yo soy satánica.
Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca;
yo llevo el soplo de la candente llama volcánica
que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos
sombras que crecen, y que se empujan y que batallan.
Yo desparramo con mis miradas, ante mis pasos,
dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso
caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno;
y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso;
y en sus trasportes, en vez de un cielo, darle un infierno.

Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa,
tiemblan las novias que se desposa en los altares;
se pone blanca como la nieve su tez de rosa;
se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño;
y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías;
y en las tinieblas crepusculares del desengaño,
contar a solas, una por una sus agonías.

¡Oh, negra Noche! Yo te bendigo cuando tú velas.
Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas.
Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas:
tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos lóbregos pasos,
robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros:
tú por el cielo como la esfinge de los ocasos;
yo por la tierra como la esfinge de los sepulcros.

EXCELSIOR

AMÉMONOS los dos como se adoran
los astros que a lo lejos se levantan,
y que las negras nubes evaporan,
y que la gloria de los mundos cantan.

Pero que nuestro amor sea más fuerte
que la roca en que el piélago retumba;
que triunfe de las sombras de la muerte;
que haga estallar la loza de la tumba!

Que remonte sus alas de topacio,
desparramando efluvios y arreboles;
que sea en los abismos del espacio
un Sol que apague los más grandes soles!

Que ciña de laureles y de palmas
nuestras frentes olímpicas y bellas;
qun arrebate y empuje nuestras almas
más allá de las últimas estrellas!

NOSTALGIA

A una Poetisa.

I

FELIZ, feliz el bardo del ensueño
que con el ritmo diáfano y sonoro
de su laud risueño,

despierta el ritmo celestial que encierra
la dulce lira de oro
de un ángel, como tú, sobre la tierra!

II

Pero infeliz el bardo de la duda,
que caminando sin saber a dónde,
que siempre envuelto en un crespón sombrío,
a solas llora sobre su arpa muda,
porque a su voz ninguna voz responde,
porque su voz se pierde en el vacío!...

III

Si al bardo meláncólico le oyera
el ángel por quien gime,
el bardo melancólico sintiera
los ímpetus del águila sublime.
Volara lejos de la tierra, lejos,
por los inmensos horizontes rubios,
cantando la canción de los reflejos,
cantando la canción de los efluvios.
El escalara un trono de alabastro;
y pulsara la lira de la aurora;
y por nimbo nupcial pusiera un astro
en la frente del ángel por quien llora...

IV

Ángel! Remonta sin temor el vuelo
a la región sin límites del Arte;
haz que acudan la Tierra con el Cielo
de laurel y de luz a coronarte!

V

Ángel! No importa. no, que mientras tanto,
el bardo que en sus vértigos te nombra,
a solas llore con amargo llanto
su quimera imposible allá en la sombra.
No importa, no, que su quimera ardiente
lo arrastre hasta el abismo del delirio!
Él será grande! Llevará en la frente
la corona sublime del martirio!

TRIUNFAL

I

VOY en pos de las islas de Esmeralda
donde los bardos, en excelso coro,
pulsan, ceñidos de inmortal guirnalda,
arpas de plata en horizontes de oro.

Donde flotan balsámicos efluvios,
y hebras de luz las odaliscas peinan;
y los ensueños, bajo nimbos rubios,
baten las alas y los bardos reinan.

Donde los valles y los bosques bellos,
en el idilio que en el aura sube,
trémulos llaman a posarse en ellos
al arco iris y a la blanca nube.

Donde el golfo, y el río y la laguna
tañen la lira de sus verdes ondas,

y cántan en sus playas a la Luna
versos de lánguidas espumas blondas.

Donde núbiles vírgenes sin tules
danzan al pie de rumorosas palmas,
y en pálidos crepúsculos azules
florecen las estrellas y las almas.

Donde convidan a soñar despierto,
bajo follajes de inefable aroma,
sobre el rítmico seno descubierto,
castas Evas de cuello de paloma...

II

Y una visión azul de alas de nieve
flota ante mí bajo la parda bruma,
alzando al roce de su peplo leve
brillantes chispas de ópalo en la espuma.

Es la mística virgen de ojos bellos
que iluminó mi soledad sombría,
y ungió mis huracánicos cabellos
con efluvios de olímpica ambrosía.

La que da desde lo alto de su solio
al laurel de las selvas flores y hojas,
y al cisne de los lagos ritmo eolio,
y miel al beso de las bocas rojas.

La que danza a compás del áureo plectro
sobre alfombras de rosas y alelíes;
la que en regios alcázares de electro
lleva en la frente fúlgidos rubíes.

La de rápidos pies y hombros gallardos;
la que descuella por sus gracias todas;
la que proclaman sin rival los bardos
en dulces silbas y en ardientes odas,

La de ondulante cabellera de oro
que preside a los bardos como un astro,
y les escancia en el festín sonoro
néctar de fuego en copas de alabastro...

III

Y yo, embriagado con la hirviente copa
del licor de los éxtasis supremos,
tras la visión azul, de pie en la popa,
bato sin tregua los gallardos remos.

Y la barca triunfal resbala altiva
por entre sirtes de áspero cascajo,
bajo la estrella que florece arriba,
sobre la espuma que florece abajo.

Y en el verde cristal, como una cuna,
el céfiro columpia sus extremos;
y chispean los rayos de la Luna
en las olas rasgadas por los remos.

Cantamos a compás en mi odisea,
con el mar, que del ábrego se mofa:
el mar pone la nota, y yo la idea;
el mar pone la lira, y yo la estrofa.

Ensayamos los himnos de alas de oro
que, ceñidos de olímpica guirnalda,

en orgía de luz cantan en coro
los bardos de las Islas de Esmeralda.

Y entre dulces y lánguidos desmayos
vuelan al cielo azul las rimas bellas.
Y en su cáliz de pétalos de rayos
las recogen las pálidas estrellas...

HETAÍRICA

I

VIRGEN báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul el sosiego;
tendrá rosas tu cutis de nieve,
y tu sangre latidos de fuego.

Melancólica, y lívida y brava,
sin que nadie a tu espíritu llame,
tú cien veces, con pasos de esclava,
has marchado hacia el tálamo infame.

No has perdido tu olímpico rango:
a pesar de tu imsomnio estás bella:
si en tus plantas hay gotas de fango,
en tus sienes hay rayos de estrella.

Tu cabello es undívago y rubio;
y tu voz es un coro de escalas;
y tu aliento es un diáfano efluvio;
y tus hombros son gérmenes de alas.

Tu magnífico talle gallardo
lleva en torno el vapor de una nube,
donde flota el perfume del nardo
y el ensueño auroral del querube...

II

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la esperanza;
hará estelas de luz tu pie breve
bajo el raudo compás de la danza.

Son un arpa divina tus nervios.
Para tí son los regios coriambos;
los dactilos ardientes, soberbios;
los triunfales, pindáricos yambos.

Ni qué mórbida Venus fantástica,
ni qué huríes, ni qué bayaderas:
nadie tiene la música plástica
de tus rítmicas y anchas caderas.

Tu alma azul bate el ala y suspira
cuando escucha el adónico cálido,
que en la olímpica y sáfica lira
canta el bardo neurótico y pálido.

Eres diosa que huellas coronas
cuando el talle gallardo y apuesto
al vaivén de la danza abandonas,
bajo el soplo del raudo anapesto...

III

Virgen báquica y tísica, bebe:
cobrará tu alma azul la alegría.
Eres hija del Sol, eres Ebe:
sé la estrella auroral de la orgía.

Hierve el vino en las copas de plata,
y su espuma, con ritmo sonoro,
desde el fondo hasta el borde dilata
sus burbujas de púrpura y oro.

Él hará que tú dances y ondules
a compás del ardiente deseo,
bajo un nimbo de ensueños azules,
ante el ara del gran Gineceo.

Él hará que más bella que un astro,
entre aromas de rosa y de malva,
a tu lecho oriental de alabastro
marches tú bajo el nimbo del alba.

Él hará que los labios cerezos
de tu boca de virgen enferma,
tengan risas, y arrullos y besos
cuando el bardo en tus brazos se duerma...

MEDITACIÓN

I

ORA la inmensa creación.—Arriba
trémula engarza su argentino broche
la estrella pensativa
entre los negros bucles de la noche.
Ora la inmensa Creación.—Abajo
el límpido arroyuelo,
sobre su áspero lecho de cascajo,
copia al pálido cielo.
Hay un solo Satán. Con ansia inquieta
siente la voz con que la duda zumba.
Hay un solo Satán. Es el Poeta.
Medita ante una tumba.

II

—Oh cráneo sombrío
que con ta cavidad, desierta y vana,
proclamas el vacío
de las grandezas de la vida humana!
Cuántas veces también tú sentirías
rugir en lo interior de tu caverna,
ya para siempre solitaria y muda,
las tormentas bravías
del delirio del dogma, en lucha eterna
con el sarcasmo de la eterna duda!
Quizás tú fuistes el místico palacio
de un apóstol sublime
para quien la extensión del mismo espacio
fué lóbrega prisión, cárcel que oprime.

Pero si fuiste el templo por Dios hecho
para el autor de un dogma soberano,
por qué dentro de ti se siente estrecho
el mísero gusano?
Quizás tú fuiste el bizantino trono
del déspota más vil de que hay memoria,
de cuantos con su torpe y negro encono
provocaron los rayos de la Historia.
Pero si fuiste el pedestal sangriento
de un autor de cadenas,
por qué alza un himno en torno tuyo el viento,
y brotan azucenas?

III

Del hondo caos que al poeta espanta
se alza una voz profunda que le grita:
—Poeta melancólico! levanta
hacia el ámbito azul tu alma infinita!
El gran globo que surca el vasto abismo
donde mi eterna actividad yo explayo;
donde yo digo: *Sea!*
y brotan a mi voz, a un tiempo mismo,
del viento el soplo, de la nube el rayo,
del mar la espuma, de tu sér, la idea:
el globo apocalíptico que mece
en el ámbito azul su ardiente masa,
puede menos que tú! Pues él carece
del pensamiento audaz; del don bendito
de escrutar lo que pasa
en sus mismas entrañas de granito.
Hay algo, pues, en ti que vive aparte
de tu misma materia,
que por el fango vil suele arrastrarte;
algo que te engrandece; que te alumbra,

en medio de tu noche y tu miseria;
algo que, desde el fondo que devoras,
sobre alas huracánicas te encumbra,
y hace estallar sobre tu frente auroras!

ESTIVAL

I

NOCHE azul.—Todo es ritmo y efluvio.
Canta el aura en la linfa al mecerla;
y en el lánguido pétalo rubio
deja un beso y esparce una perla.

Puro el éter sus golfos dilata.
Y más puro que éter sin tizne,
a través de sus golfos de plata
bate el verso sus alas de cisne.

II

Virgen blonda de pálidas sienes,
sé que un hondo dolor te devora;
calmaré la nostalgia que tienes
con el himno triunfal de la aurora.

Bate al viento tus bucles sedeños;
bate al viento tus cándidos tules:
soy el bardo que arrulla los sueños
en las límpidas noches azules.

Es mi patria el gran Sol soberano;
es mi verbo el gran Ritmo sonoro:
llevo una arpa de plata en la mano,
y en la frente un relámpago de oro.

III

Mas por qué, virgen núbil y pura,
que entre todas las vírgenes brillas,
brotan rosas de fuego en la albura
de tus castas y tersas mejillas?

Virgen núbil, escucha en calma:
soy el bardo del arpa sonora;
yo respeto las rosas del alma;
canto el himno triunfal de la aurora.

V

Oh gran Sol! A tu trono tú subes,
más pomposo qne Joves y Osiris,
sobre el regio escabel de las nubes,
bajo el arco de triunfo del iris.

Cuando orlado de rayos tú asomas
ámbar de oro destilan las palmas;
vierte el loto inefables aromas;
canta un cisne divino en las almas.

Y en la pálida y húmeda niebla,
el pontífice alado del nido
de armonías eglógicas puebla
el santuario del bosque florido

Y se tiñe de púrpura el Este;
y en la margen estallan las ondas;
y se enciende la sangre celeste
de las pálidas vírgenes blondas.

Oh gran Sol! Tú la tierra fecundas
con tus ráfagas rítmicas y helias;
y a Saturno de anillos circundas;
y a la pálida Luna de antelias.

La eucarística novia tú igualas
con el cisne del lago argentino,
que hace un arco triunfal con las alas
cuando canta en su idioma divino.

Saturados de rosas y de álamos,
de albos lirios y almendros cerezos,
haces tú florecer en los tálamos
aurorales y rítmicos besos.

Cuando lejos tu disco declina,
se aproxima la madre a la cuna,
y preludia con voz columbina
una dulce romanza a la Luna...

Oh gran Sol! Por el ámbito opaco,
que a tu fúlgido cetro sujetas,
surcas tú como un dios el Zodiaco
con tu corte de rubios planetas.

En el arpa del bardo tú pones
las ardientes y dulces escalas
con que baten las blancas visiones
en las noches azules, las alas.

Y la virgen de cándida veste
al fantástico bardo provoca
a beber el efluvio celeste
de su fresca y purpúrea boca.

Y en un lánguido beso risueño,
ebrios de ámbar y orlados de nardo,
ante el ara de luz del ensueño
se desposan la virgen y el bardo.

TU Y YO

I

MIENTRAS tú por el mundo vas rodando
cual mustia flor que el huracán violento
de su tallo derrumba,
yo también la existencia voy cruzando,
extinguido el volcán del pensamiento,
helado el corazón como una tumba.

II

Tú naciste feliz. Con tierno halago
derramó su sonrisa
el ángel de la luz sobre tu cuna.
Fué tu niñez un lago
de ondas azules que rizó la brisa,
y que argentó la luna.

III

Después tú amaste con la fe con que ama
la casta virgen que por vez primera
en el misterio del amor se abisma.

Tu amor no halló con qué nutrir su llama;
entonces ¡ay! su formidable hoguera
te devoró a ti misma.

IV

Yo allá en la noche, en un fatal desierto,
abrí, llenos de lágrimas, los ojos.
Y con mortal desmayo,
desde que dí mi primer paso incierto,
bajo mis plantas vi brotar abrojos,
sobre mi frente vi cernerse el rayo.

V

Ya que ninguno de los dos podemos
cantar el himno del amor y el gozo,
sé tú mi amiga, y yo seré tu amigo.
Sobre unas mismas ruinas lloraremos.
Y en el fúnebre idioma del sollozo
tú me hablarás, y yo hablaré contigo.

ALBA

I

PALIDA virgen! Tú te paseas junto a los lagos;
y das al viento de la alborada las trenzas blondas;
y ávida bebes en la ribera los sumos vagos
de los rosales enmarañados sobre las ondas.

II

Yo soy el bardo que rasga el viento con las canciones
que oyes absorta junto a los lagos, en los rosales;
mientras que bogan los blancos cisnes, como ilusiones,
bajo la gloria del arco iris, en los cristales.

Para cantarte—como a las diosas cantan los dioses,—
mis *Aurorales* de enamorado bardo neurótico,
le pido efluvios, le pido ritmos, le pido voces,
al arpa de oro del bosque virgen y el mar caótico.

Yo hago canciones dulces, y vagas y misteriosas,
de arrobadoras, inimitables, raudas escalas.
Y en sus endechas con las estrellas rimo las rosas,
y engarzo versos que son ensueños que abren las alas...

III

Tú te desciñes en la ribera los leves tules;
y te abandonas sobre los lagos, bajo la bruma;
y pulsan ellos sus argentinas arpas azules,
y orlan tu frente de arcos triunfales de blanca espuma.

El raudo ambiente de la montaña cierne sonoro
entre las ondas,— mágicas musas de la ribera,—
como una nube de vagorosos contornos de oro,
sobre tu cuello de esbelta garza, tu cabellera.

Bajo los cielos matutinales, de calma llenos,
sobre la nieve de las espumas estrepitosas,
tus encendidos y virginales y castos senos
surgen, y tiemblan y resplandecen como dos rosas.

Y tus caderas rasgan las linfas y se modelan
con la brillante palidez pura del alabastro;
y dejan raudas, bajo la niebla, por donde rielan,
efluvios de ángel, ritmos de ensueños y estelas de astros...

LORD BYRON

MONÓLOGO PUESTO EN BOCA DEL POETA INGLÉS

A Eduardo Grez P.

I

REINA la noche ya! Suspira el lago.
Sueña la selva. Ruge el mar profundo.
Oigo el acento misterioso y vago
de otro hogar, de otra patria, de otro mundo.

II

Cuán bella estás! Circula sin sosiego
por tus arterias fecundante savia;
tu sangre ardiente guarda intacto el fuego
del blanco Sol del cielo azul de Arabia.

Brotan a un tiempo de tus labios rojos
cantos de ángel y risas de Satán.
Brotan a un tiempo de tus negros ojos
rayos de Luna y llamas de volcán.

Suelta tu pelo al céfiro de Europa
en torno de tu cuello alabastrino.
Y dame un beso, y lléname la copa.
Yo tengo sed de amor y sed de vino.

III

¿Por qué tiemblas? Qué bárbaro martirio
turba sin compasión tu alma serena,
que la profunda palidez del lirio
se desparrama por tu faz morena?

No tiembles. Ten valor. Nada te asombre.
Quiero beber, soñar, desvanecerme.
Es mi ancha copa el cráneo de un hombre
que es más feliz que yo porque él ya duerme.

Yo desde niño dilaté los ojos
por donde quiera con ardiente anhelo,
sin hallar en la tierra más que abrojos,
sin hallar más que sombras en el cielo.

No temas, no, los fúnebres crespones
de los arcos de triunfo de esta sala.
En sus lóbregos pliegues, las visiones
del vino y del amor baten el ala.

IV

Bebamos, pues. Ya el Chipre cristalino
con sus hirvientes olas nos convida
a detener en su veloz camino,
entre los brazos del amor, la vida.

Bajo aquel tul que el aire libre ondula,
no ves un ancho tálamo desierto
que con su forma rígida simula
un sepulcro glacial recién abierto?

En él irradiaremos sin medida,
y riendo a carcajadas de la suerte,
tú, la fiebre del alma, que es la vida;
yo, la fiebre del cuerpo, que es la muerte.

V

¡Ay! Es tan bello cernerse al borde
de los sepulcros la fragante rosa;
y escuchar del festín el dulce acorde
cuando en silencio el corazón solloza.

Es tan bello soñar sobre las ruinas
de un regio alcázar cuando el cierzo zumba;
y con frases ardientes y divinas
jurarse eterno amor sobre una tumba!

VI

Para que arda la virgen esperanza,
une al mío tu labio abrasador.
Ven! Giraremos en alegre danza
después del vino y antes del amor.

Dancemos, sí. Qué nos importa el mundo?
Dancemos, sí. Dancemos sin sociego;
tú, retratada en mi mirar profundo;
yo, calcinado en tu mirar de fuego.

Quiero ver tu gentil y esbelto talle
cimbrarse al viento perfumado y vago,
como se cimbra el lirio sobre el valle,
como se cimbra el cisne sobre el lago.

Dancemos, sí! Contra el fatal martirio
pontente bálsamo la danza encierra.
La danza es fiebre, vértigo, delirio,
vuelo del alma lejos de la tierra.

VII

Cuán bella estás! Jamás mujer alguna
iluminó la noche de mi vida
con la divina claridad de luna
del éter de tus ojos desprendida.

Cuán bella estás! Jamás en mis afanes,
sobre mi senda de ásperos abrojos,
llegó hasta mí la luz de los volcanes
como llegan los rayos de tus ojos.

Huríes de satánicos hechizos
me han estrechado con delirio ardiente;
mas con las hebras de tus negros rizos
jamás ninguna coronó mi frente.

Siento el efluvio del edén. Te adoro!
Qué dulce languidez! Qué afán tan dulce!
Es tiempo ya de que las cuerdas de oro
del arpa virgen del amor yo pulse.

VIII

Amor! Gigante amor! Tú con tu llama,
tú con tu aliento abrasador, fecundo,
alimentas el foco que derrama
las ondas de la vida en cada mundo.

A tu alto impulso, con rumor que alegra,
rauda desciende la copiosa lluvia,
del ancho seno de la nube negra,
sobre el capullo de la espiga rubia.

A tu impulso inmortal, con embeleso,
rompe el tosco botón la agreste malva;
y estalla entre relámpagos el beso
con que estremece al cielo azul el alba.

A tu impulso inmortal, el hombre escucha
cuando lo abate la borrasca fiera,
un hondo acento que le dice: *Lucha!*
un hondo acento que le dice: *Espera!*

A tu impulso inmortal, el torpe ensayo
de las frágiles alas se hace vuelo;
y la pálida idea se hace rayo;
y la lóbrega tierra se hace cielo.

A tu impulso inmortal, flotan querubes
en el misterio de la tarde a solas;
suben las olas a besar las nubes,
bajan las nubes a besar las olas.

A tu impulso inmortal, el día vago
en brazos de la noche se desmaya;
y azahares de espuma esparce el lago
en los bucles de junco de la playa.

A tu impulso inmortal, entre dos bocas
de botón recién roto de cerezo,
desplegando a la luz las alas locas,
se desposan dos almas en un beso.

NATALICIO

A la señorita E. R. C.

I

MELANCÓLICA virgen morena
de magníficos bucles castaños,
y de pálida tez de azucena:
yo saludo tus bellos quince años.

Junto a ti pulsan hoy sin sosiego,
en alegre y espléndido coro,
blancos ángeles de alas de fuego
sus eólicas cítaras de oro.

Al jardín de la aurora tú subes
en un carro de mirtos y rosas;
y en el tálamo azul de las nubes
con el dios de la luz te desposas.

De tus labios de pétalos rojos
brotan ritmos de brisas en calma:
y del negro cristal de tus ojos
brotan rayos que abrazan el alma.

II

Virgen griega de olímpica frente
y de cuello de terso alabastro,
y de talle de palma de oriente:
tú bajaste a la Tierra de un astro.

Cada undívago rizo florido
de tus rítmicos bucles sedeños,
es el mágico, edénico nido
de un enjambre de cándidos sueños.

Cada vago arrebol que colora
tus lozanas y frescas mejillas,
es un beso de amor de la aurora
donde flotas, y cantas y brillas.

Sueña, sueña en los cielos extraños
donde el éxtasis tu alma dilata.
Yo saludo tus bellos quince años,
y a tus pies pongo mi arpa de plata.

ULTRA TUMBA

I

ANGEL! Yo siempre allá en la tarde vago
por la desierta, silenciosa orilla
del transparente lago
que vió rodar nuestra niñez sencilla.
Y siempre entonces despertarse siento
en la solemne, religiosa calma
del vasto firmamento,
tu imagen melancólica en el alma.

II

Aun la linfa murmurante y loca,
al soplo de los céfiros inquietos,
me habla de ti, junto a la eterna roca

que oyó nuestros recónditos secretos.
Mas hoy, deshecha en lágrimas, se aleja
de sus ásperos flancos de granito;
y en su estela fugaz vibrando deja
un sollozo infinito!

III

Angel! El lago sordamente gime,
buscando en vano el impalpable rastro
de tu lánguido pie sobre la playa,
allá cuando temblando el Sol sublime
desciende de su trono de alabastro
y en brazos de la noche se desmaya.

IV

Del hondo abismo azul de tu pupila
brotaba un vago resplandor profundo:
algo como la excelsa luz tranquila
de otro Sol, de otro espacio, de otro mundo.
Palideces de estrella melancólica
bañaban tu serena faz sin tizne,
y despedía tu garganta eólica
dulces ritmos de cisnes.

V

Mas yo, pobre mortal, no comprendía
que el ideal bendito
que el fondo de tu ser estremecía,
era el alto ideal de lo infinito.
Por eso me escuchabas, loca, inquieta,
cuando de pie sobre los agrios montes,

yo entonaba los himnos que al poeta
le inspiran los lejanos horizontes...

VI

Era una tarde azul de fondo vago.
Víctima de un dolor que no se nombra,
yo me agitaba en derredor del lago,
como una errante sombra.
En vano, entonces, con sollozos hondos
te llamaba la dulce brisa cálida
para jugar con tus cabellos blondos
sobre tu frente pálida!

VII

La negra noche dilató su imperio
por la ribera muda.
Y sobre el mundo descendió el misterio.
Y sobre mi alma descendió la duda...
Acaso alegre y tierna
tú evocabas la imagen de algún hombre
y en el abismo de la nada eterna
arrojabas mi nombre!...

VIII

Angel, perdón! De súbito en mi oído
vibró un profundo, fervoroso acento:
algo como un gemido
que fué a perderse en la región del viento.
Era la voz con que la paz tranquila
del pálido crepúsculo turbaba
la monótona esquila
que en nuestra aldea sin cesar doblaba.

IX

Turbada el alma por infausta idea,
y con el corazón hecho pedazos,
a nuestra triste aldea
yo me lancé con presurosos pasos.
Ay! Cuál no fué mi bárbaro martirio
cuando ví destacarse, al rayo incierto
de un vacilante cirio,
en la capilla, tu cadáver yerto.
Sentí bajo mis pies temblar la Tierra,
y dejar de rodar y quedar fría;
y cuantas sombras el dolor encierra
amontonarse sobre el alma mía!...

X

Al calor de las ondas del aliento
de tu labio divino,
yo me sentía valeroso y fuerte
para triunfar del huracán violento
con que al hombre, en las rocas del camino,
sin compasión suele estrellar la suerte.

XI

Cada vez que a tu lado
el arpa de oro del amor pulsaba,
algo grande y sagrado,
algo de Dios mi espíritu agitaba.
Mi rauda fantasía sin sosiego
hería con sus alas las estrellas.
Y a sus ardientes ósculos de fuego
tras su manto de luz temblaban ellas.

XII

Todo acabó! Desde tu cruel partida,
mi arpa dulce y sonora,
del árbol del olvido suspendida,
ni canta dichas ni tristeza llora.
Siempre meditabundo,
busco tan sólo la perpetua calma.
Vago como un autómata en el mundo,
envuelta en noche sin aurora el alma.
Murió mi juventud! El ronco cierzo
gime en los sauces del sendero mío!
ya no me alumbra el Sol del universo!...
Angel! ¿Dónde estás tú? Yo tengo frío!

EL ULTIMO CANTO

A Alejandro Parra M.

I

COPIA el mar las estrellas en sus olas
con salvaje ternura.
Y en el santuario de la noche a solas,
entre dulces desmayos,
sobre los golfos de la costa obscura
canta versos de espumas y de rayos.

II

Sueña la Tierra virgen. Ella siente
sumergirse sus montes

en los albores de oro de otro Oriente,
en otros horizontes.
Ella siente brotar estremecida
de su seno fecundo,
orlada con la antelia de otra vida,
la larva cristalina de otro mundo...

III

El poeta inmortal, dios del planeta,
ante el ángel que adora
pulsa con hondo afán, con ansia inquieta
el arpa de la aurora.
El cántico divino que él ensaya,
ora murmura el lánguido delirio;
con que el aura del valle se desmaya
en el cáliz del lirio;
ora vibra el magnífico arrebato
con que, rasgando la flotante bruma,
el piélago insensato
alza montañas de brillante espuma.

IV

Él canta al Verbo cuya eterna llama,
de lo alto desprendida,
por donde quiera sin cesar derrama
las ondas de la vida.
Él canta al Verbo cuyo arcano encierra
el secreto bendito
del beso de los astros a la Tierra,
del beso de la Tierra a lo infinito.
Él canta al Verbo cuyo excelso nombre,
como una inmensa nota,
estremeciendo el corazón del hombre,

del corazón del universo brota.
Él canta al Verbo perdurable y solo,
que al lago azul hace copiar la Luna;
y girar a la aguja sobre el polo;
y a la virgen soñar con una cuna.

V

Pero el Poeta-Dios que sin sosiego
pulsa el arpa brillante de la aurora,
súbitamente calla.
Es que en los labios de hálitos de fuego
del ángel que él adora,
la carcajada de la burla estalla!

ODISEA

MAR sereno. Crepúsculo en calma.
Lejanías profundas y bellas.
Aleteos de alondra en el alma.
Arreboles. Efluvios. Estrellas.

Y la barca al gran viento sonoro
desplegó los undívagos tules,
recamados de púrpura y oro,
de sus rítmicas velas azules.

Iba el bardo a la ignota comarca
donde el alba dilata su imperio;
y de pie, como un dios, en la barca,
desafiaba al inmenso misterio.

Fué después cada estrella apagando
su sagrado fulgor poco a poco;
y en la niebla bogando, bogando,
él siguió por el mar como un loco.

Y batieron las olas bravías
en la inmóvil, caótica bruma,
como airadas esfinges sombrías,
su siniestra melena de espuma.

Y la barca del bardo rodaba,
describiendo soberbias estelas,
bajo el ronco huracán que entonaba
la canción del abismo en sus velas.

Y él de pie desafiaba su ira,
arrojando del alma el desmayo:
vió su cetro de dios, en su lira!
vió su nimbo de dios, en el rayo!...

A LA NOCHE

A Samuel A. Lillo.

I

OH noche! Cuántas cosas
no guardas tú bajo el silencio mudo
con que en la eterna inmensidad reposas.
Tú contemplas el duelo acerbo y crudo
que sin cesar empeña
en el gran torbellino de la vida,

contra la duda el corazón que sueña,
contra el recuerdo el corazón que olvida!

II

Tú escuchas el fragor, siempre sonoro,
con que en alas del vértigo infinito
giran en torno de sus ejes de oro
los formidables mundos de granito.
Tú escuchas la explosión, siempre fecunda,
con que allá en su ancho seno, entre arreboles,
siente estallar la nébula profunda
los gérmenes de fuego de los soles.

III

Tú oyes latir con ritmo soberano
el recóndito anhelo
con que hasta Dios el pensamiento humano
audaz remonta el vuelo.
El pensamiento humano! Las edades
por entre cuyas sombras él camina,
con regueros de eternas claridades
a su paso ilumina!

IV

Tú has visto al Dios Homero
cruzar la inmensidad muda, y desierta,
sin patria, sin hogor, sin derrotero.
Tú lo has visto vagar sin pan ni abrigo
de ciudad en ciudad, de puerta en puerta
como un triste mendigo!
Tú has visto descender entre desmayos,
al Ave Zeus, de hálitos de fuego,

a coronar de rayos
las olímpicas sienes del Dios griego.
Él vibró en su abandono
el Verso-Verbo de la Estrofa-Joya,
en cuyo ritmo audaz, desde su trono,
cada edad que en la historia se destaca
oye, temblando, el estertor, de Troya,
y el son del remo del bajel de Itaca.

V

Cruzar tú has visto, al dulce centelleo
del cielo heleno, siempre cristalino,
las playas de esmeralda del Egeo
a Platón, el divino.
El Dios del Atica vagaba a solas,
escuchando con éxtasis profundo
en la música eterna de las olas
el monólogo eterno de otro mundo.

VI

Tú has visto, bajo el cielo de Judea,
que orla a trechos la bruma,
ir siempre al Dios de la más grande idea,
ir siempre al Dios que iluminó el Calvario,
a rociar su ancha túnica en la espuma
del Jordán solitario.

VII

Tú has visto orar a Hipatia de rodillas
bajo el sagrado tilo
que el céfiro columpia en las orillas
del misterioso Nilo.
Hipatia virgen, cuando el sol se escombra,

iba siempre a verter lágrimas tiernas
            bajo tu inmensa sombra,
al pie de las pirámides eternas.

VIII

Tú has visto al gran Dios Dante
hacer, desde el Adriático al Tirreno,
de su alto numen, fúlgido derroche;
hacer brotar de su laúd gigante,
            con el ritmo del trueno,
el Verso-Día de la Italia-Noche.

IX

Llorar tú has visto en agrio cautiverio
al gran Dios Milton, cuya voz sublime
tiene el apocalíptico misterio
            del Dios Satán que gime.
Tú has visto descender a los querubes
            en melodioso coro
a disipar sus tenebrosas nubes
con las notas de luz de su arpa de oro.
Al Dios de Albión el bárbaro destino
hizo en vano brotar en su camino
sombras al Cielo, zarzas a la Tierra.
Sobre sus raudas alas de topacio
lo arrebató la excelsa poesía
hacia los horizontes de otro espacio,
hacia los resplandores de otro día.

X

Ir tú has visto al Dios Byron, sin ventura,
a vibrar desde el trono de granito
de los montes de Albión y Caledonia,

el ¡ay! de su recóndita amargura
con el ritmo infinito
del arpa hebrea y de la lira jonia.
Él luchó contra todo.
Él luchó contra un siglo que dudaba
de cada nueva aurora que nacía;
de cada etapa con que desde el lodo
iba sin tregua cada raza esclava
a la conquista de la luz del día.

XI

Luchar tú has visto contra el dogma aleve,
sin tregua, sin desmayo,
al primer Dios del siglo diecinueve.
Tú has visto al gran Dios Hugo
hacer temblar de espanto bajo el rayo
ante su misma víctima, al verdugo.
Él tuvo las congojas
y las ansias de luz de Prometeo;
y las cóleras rojas,
y las visiones del profeta hebreo.
Fué un Dios clarovidente
que señaló en la Tierra su odisea
con formidables rastros;
que lanzó desde lo alto de su frente
hacia los horizontes de la idea,
todos los resplandores de los astros!

XII

¡Oh Noche! tú has oído
vibrar los ósculos de amor y alegro
de cuantos seres el amor ha unido
bajo tu cielo negro.

Quizás el triste ritmo con que gime
bajo el ala del viento el sauce inerte,
no es más que el eco de su adiós sublime
bajo el ala sombría de la muerte.

XIII

Tú contemplas flotar en tu santuario
la aparición risueña
que vela junto al lecho solitario
de la cándida virgen, cuando sueña:
la aparición que, cuando duerme, evoca
la virgen inocente
con la dulce sonrisa de su boca,
con la casta pureza de su frente.

XIV

Tú escuchas el sollozo
que de la amante esposa rasga el pecho,
cuando al soñar con su inefable esposo
que inmóvil duerme en el sepulcro frío,
de súbito despierta allá en su lecho,
y lo encuentra vacío!...

XV

¡Oh Noche! Nada, nada
sobre la faz del Universo queda
oculto a tu mirada.
Al borde mismo del eterno ocaso
adonde el hombre tras el hombre rueda,
la humanidad tú sigues paso a paso.

CREPUSCULAR

I

MURMURA epitalamios
el piélago sonoro.
Baja el sol los olímpicos andamios
de su palacio de oro.
Tras él la Tierra cálida
rueda en su raudo coche,
como una novia pálida,
hacia el tálamo inmenso de la noche.
Abren sus cándidas corolas bellas,
bajo nimbos risueños,
arriba las estrellas,
abajo los ensueños.
El bosque melancólico
deja que el lirio y el laurel tremolen
bajo el céfiro eólico
que lleva el ritmo, el ósculo y el polen...

II

Oh virgen! Cruzan nubes de alabastro
el crepúsculo en calma.
El astro dice al alma: Tú eres astro,
El alma dice al astro: Tú eres alma.
Yo amo las nitideces
de tu garganta hermosa.
Yo amo las morbideces
de tus senos de Diosa.
Yo amo la curva obscura
de tus grandes ojeras.

Yo amo el raudo vaivén de tu cintura
el ritmo temblador de tus caderas.
Yo amo con embeleso
el éter vago de tus negros ojos.
Yo amo la miel del beso
que sólo saben dar tus labios rojos...

III

Oh virgen inocente!
todo canta y adora.
Todo lleva en el alma y en la frente
un cielo y una aurora.
Ya bajo el tul del tálamo sin fondo
de la noche serena,
se acarician a solas el Sol blondo
y la Tierra morena.
Yo te amo porque tienes
la mágica atracción de los imanes,
la llave de los místicos edenes,
la diadema triunfal de los Satanes.
Ya preludia su orquesta
la copa melancólica del álamo.
Virgen! En la floresta
ya nos aguarda el tálamo...
Tiemblas? No te sonrojes.
Yo te amo como pocos.
¡Virgen! ¡Eres un ángel! ¡No te enojes!
Yo soy el bardo de los cantos locos...

TEMAS

Hemos conservado el mismo orden de los *Temas* de «Ritmos», pero agregándole cuatro nuevas poesías.

A MANUEL ANTONIO MATTA

I

A tu tumba magnífica yo llego
para cantar de pie los himnos grandes
que inspiran los espíritus de fuego,
los ínclitos caudillos de los Andes.

II

La roca secular se bambolea
al recio embate con que el mar la labra.
Es roca el dogma, pero es mar la idea,
y es ola sin riberas la palabra.

La vieja Roma de los odios bravos,
en nombre de sus dogmas, ya caducos
levantó contra ti turbas de esclavos,
levantó contra ti turbas de eunucos.

Te armaste con la cólera del verbo;
te armaste con el rayo del profeta.
Y al fanatismo imbécil y protervo
le arrancaste la hipócrita careta.

III

Fuiste proscripto de tu patria. Ibas
de región en región, de zona en zona,
y tus ínclitas sienes, siempre altivas,
irradiaban la luz de una corona.

Baldón para los déspotas que oprimen!
Baldón para la estúpida canalla!
Himno! Fulmina ante esta tumba el crimen!
Pídele rayos al volcán, y estalla!

Ante esta tumba, pídele al Pacífico
as cóleras tremendas del Atlántico.
Y serás vengador: serás magnífico!
Serás apoteosis: serás cántico!

IV

Fuiste un grande adalid! Siempre la aurora
vió alzarse en el palenque tu alta talla;
y brillar en tu frente vencedora
el formidable casco de batalla.

Al recio embate de pujanza homérica
del firme ariete de tu pluma altiva,
tuvo el verbo de Chile ante la América
el triunfo abajo y el hosana arriba.

Al recio embate de perenne gloria
de tu pluma inmortal de esplendor helio,
tuvo el verbo de Chile ante la historia
la inmensa irradiación de un evangelio.

Libertadora de la idea esclava,
tu palabra de fuego, eterna y una,
henchida de relámpagos, vibraba,
en el gran Sinaí de la tribuna.

Vibraba con el ritmo y el empuje
con que en las rocas del Tabor resuena
el rayo vengador de un dios que ruge,
el rayo vengador de un dios que truena.

V

Fuiste un grande adalid! Siempre el progreso
te vió triunfar, desde su eterno solio;
y arrastrar el pendón del retroceso
por la arena del Circo al Capitolio.

Hizo audaz contra ti brutal derroche
de torpe rabia la canalla impía.
No pudo en torno tuyo hacer la noche:
llevabas tú sobre la frente el día.

Desafiaste la estúpida canalla
delante de las cumbres, de luz llenas,
y sellaste tu triunfo en la batalla
con pedazos de yugos y cadenas.

Enmudeció ante ti la turba loca
que ultimó en el Tabor al Dios hebreo;
que encadenó sobre siniestra roca
en el Cáucaso azul a Prometeo.

El tremendo huracán que vuela y brama
y troncha robles y derrumba aludes,

no empuja las arenas de Atacama
como empujabas tú las multitudes.

VI

Fuistes un grande adalid! Siempre la América
vió rodar a tus pies el dogma falso
sin la careta de la fe quimérica
que impone con la hoguera y el cadalso.

Alzaste audaz, ante su roto imperio,
sobre las mismas ruinas sin mañana
de la vieja Bastilla del misterio,
arcos de triunfo a la conciencia humana.

La libertad vió en ti su gran piloto:
contigo desafió las tempestades:
te erguías tú sobre su barco roto,
y enmudecía el ronco Tiberiades.

Pregonaba el clarín la lid titánica.
Y en la lid tú sembrabas el desmayo,
lanzando hacia la ráfaga huracánica
desde la arena la canción del rayo.

Al escuchar tu voz tembló Sodoma:
al escuchar tu voz tembló el perverso.
Arrojaste de Chile al Dios de Roma:
mostraste a Chile el Dios del universo.

VII

Fuiste un grande adalid! Siempre la idea
te vió irradiar la fe que no vacila;

y ocupar en la lucha ciclopea
el primer puesto en la primera fila.

Después de alzar su enseña inmaculada,
y de batirla al viento de la gloria,
y de ser el primero en la jornada,
huiste del festín de la victoria.

A tu acento de apóstol y profeta
se levantó de su ataúd estrecho,
armado con el gladio del atleta,
el Lázaro gigante del derecho.

La obscura multitud se abrió camino:
lanzó sus falsos ídolos al lodo.
Y tomó posesión de su destino,
y después de ser nada lo fué todo.

Desde su apocalíptica eminencia
vieron entonces fulgurar los Andes
la aurora de un gran sol en la conciencia
de un pueblo grande entre los pueblos grandes.

VIII

Descansa en paz, caudillo legendario!
Duerme el gran sueño azul ante el gran día!
En torno de tu espléndido santuario
se cierne el alma de la patria mía!

A tu tumba magnífica de piedra
vendrá el bardo a pulsar su arpa sonora;
y el mártir a colgar arcos de hiedra,
y el sabio a saludar la eterna aurora.

Ella será la cátedra gigante
desde cuyo sitial, con voz robusta,
siempre en pos del gran sol, siempre adelante
a Chile empujará tu sombra augusta!

A CUBA

EN SU REVOLUCIÓN EMANCIPADORA DE 1895

I

SALVE, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos de pie despliegan tu bandera,
al soplo de tus roncos huracanes,
sobre cada peñón de tu ribera!

Ellos cantan de pie tu himno guerrero
sobre cada peñón de tus confines.
Y hacen temblar el despotismo ibero
con la marcha triunfal de sus clarines.

Salve, Cuba inmortal, a tus titanes!
Ellos baten de pie sobre la arena,
el sangriento fulgor de tus volcanes,
bajo la tempestad, su ancha melena.

Ellos de pie tu inspiración reciben.
Y con el alfabeto de la gloria
sobre tus rocas de granito escriben
la página más grande de tu historia!

II

Cuba inmortal! El cóndor de la América,
a través de tus vastos horizontes,
remonta el vuelo con pujanza homérica
sobre las cumbres de tus agrios montes.

Bajo el lóbrego manto de la bruma,
sobre tus riscos ásperos, a solas,
sacude con estrépito la espuma
con que sus alas salpicó en las olas.

El raudo cóndor de los altos Andes
anhelan contemplar cómo batallan
en el palenque de los dogmas grandes
los pueblos indignados cuando estallan.

Está contigo el sacrosanto Verbo.
Ya es tiempo de que enciendas tus enconos;
y al orbe pruebes cómo un pueblo siervo
rompe cadenas y derrumba tronos!

III

Cuba inmortal! La fiera tiranía,
sin oír tus recónditos suspiros,
urante cuatro siglos de agonía
a saciado en tu sangre sus vampiros.

Las llanuras de límites remotos
donde hoy la espada del derecho esgrimes,
están cubiertas de cadalsos rotos
y de tumbas de mártires sublimes.

Cada lóbrego monte solitario
donde hoy flamean tus pendones fijos,
evoca el cruento, bárbaro calvario
de tus más grandes, más ilustres hijos!

Hace ya cuatro siglos que desmayas,
devorando tus lágrimas a solas.
Hace ya cuatro siglos que en tus playas
rugen de rabia y de dolor tus olas!

IV

Cuba inmortal! Al huracán deshecho
entona el himno de la lucha homérica.
Es tu causa el gran dogma del derecho.
Ponte de pie. Contigo está la América!

Tu grito audaz la América conmueve
de montaña en montaña soberana.
Es la gran voz del siglo diecinueve.
Es la gran voz de la conciencia humana!

Ya es tiempo de que enciendas tu odio bravo
y de que el rayo de tus iras vibres;
y al orbe pruebes cómo un pueblo esclavo
empuña el cetro de los pueblos libres.

Si el destino es adverso, no te asombres.
Siempre en las gigantescas odiseas;
al rodar con estrépito los hombres,
forman constelaciones las ideas.

Si el golpe rudo del destino adverso
tus legión de titanes hoy derrumba,

verá brotar mañana el universo
una legión de dioses de su tumba!

V

Salve, Cuba inmortal! Faltaba sólo
el episodio que tu lucha encierra
a la epopeya que de polo a polo
la América escribió sobre la tierra.

Sólo tu voz faltaba a los cantares
que en su ancha senda de brillantes rastros,
la América en la lira de sus mares
entona el porvenir bajo los astros.

Cuba inmortal! La libertad sagrada
es el gran sol que el universo anima.
Los pueblos que saludan su alborada,
la saludan de pie desde la cima!

UN LIBRO

«LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN» DE VALENTÍN LETELIER

A Alejandro Aguinet.

LO leí. Lo hallé audaz. Lo hallé soberbio.
La idea estalla. La palabra quema.
Es todo vibración. Es todo nervio.
Es doctrina. Es protesta. Es anatema.

Es música y relámpago. Es magnífico.
Hay algo en él de los empujes grandes
de las olas hirvientes del Pacífico,
de los volcanes rojos de los Andes.

Hay algo en él del gigantesco choque
entre la evolución y el retroceso.
Hay algo en él del formidable toque
de la gran marsellesa del progreso.

Él, sin careta, la verdad pregona
para que rauda y triunfadora vibre,
y empuñe el cetro, y ciña la corona,
y haga del alma esclava un alma libre.

Es la ciencia inmortal su fe más bella,
porque la ciencia hará, por donde avanza,
que mientras en el cielo haya una estrella,
haya sobre la tierra una esperanza.

En las pálidas noches sin alegros
en que apure sus páginas altivas,
yo me olvidé de mis ensueños negros,
yo me olvidé de mis nostalgias vivas.

En vano insulta la caduca secta
que unge tiranos y verdugos nombra
y hace del alma augusta una alma abyecta,
sus páginas de luz desde la sombra.

Ella en vano le grita: *¡Vade retro!*
desde la noche de su triste ocaso.
El, lleva la corona. Él lleva el cetro.
Y el siglo diecinueve le abre paso.

Es la ciencia el gran sol. En su odisea
la ciencia hará que entre gigantes odas
juntas comulguen una misma idea
al pie de un mismo altar, las razas todas.

DERECHO Y FUERZA

EN LA CONTRA MANIFESTACIÓN DEL CLUB RADICAL A LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DE PORTALES

I

NO es la Fuerza brutal el dios que lucha
por luz del cerebro que concibe!
Es el Derecho! América lo escucha!
Es el Derecho! América lo escribe!

II

Sinaí de la idea,
ella levanta sus eternos montes
entre nubes y rayos y huracanes.
América rodea
de una aurora sin fin sus horizontes
con sus apocalípticos volcanes.

III

No es la Fuerza brutal la gran conciencia
de un pueblo varonil, de un pueblo bravo.
Ella es la gran demencia
de un pueblo sin honor, de un pueblo esclavo.
Es el Derecho su conciencia augusta.
Es el Derecho su fecundo verbo.
El hace soberana, él hace justa
la cólera del siervo!

IV

Hoy una secta alborotada y loca,
al ver que su poder ya se derrumba,
para salvarlo evoca
la fantástica sombra de una tumba.

Hoy una secta con audacia impía,
—la vieja secta de misal y cirio,—
alza la piedra de una tumba fría,
y hace un dios de una sombra en su delirio!

V

No es el santo respeto a la memoria
de un hombre ilustre el móvil que hoy la lleva
delante de la tumba que profana.
Ella teme a la historia.
La historia es juez que humilla y juez que eleva.
Y ella será el gran reo de mañana!

VI

El móvil que hoy la lleva ante una tumba,
es el anhelo insano
de que a un viejo ideal que se derrumba
le cante *Hosanna!* un pueblo soberano.

VII

América no ha escrito en su ancha ruta
que Chile cante y vibre
la apoteosis de la Fuerza bruta!

Chile es pueblo inmortal! Es pueblo libre!
Es la patria del cóndor de los Andes!
Es el obrero de la eterna idea!
Marcha en las filas de los pueblos grandes!
Su anhelo a lo infinito,
en cada etapa audaz de su odisea
está con cien relámpagos escrito!

VIII

Chile inmortal! No temas! Adelante!
Harás polvo el obstáculo a tu paso
bajo el hacha gigante
de tu robusto, formidable brazo.
A un tiempo dogma y voz, doctrina y hecho,
tú vencerás en el combate rudo!
Tú vencerás porque será el Derecho
tú metralla, tú lábaro y escudo.

A PASTEUR

I

FUÉ ruda tu batalla: fué gigante!
pero tu alma fué audaz: fué ciclopea!
Te empujaron en triunfo hacia adelante
los grandes huracanes de la idea!

En vano la fatídica ignorancia
despertó de su estúpido marasmo;
y esgrimió con insólita arrogancia
la burla imbécil y el brutal sarcasmo.

No pudo con sus golpes derribarte,
y en cambio tú la derribaste entonces:
era la fe tu escudo y tu baluarte;
tú tenías el temple de los bronces.

Tu victoria titánica de Sabio,
a fuerza de ser grande fué quimérica;
escucharon el verbo de tu labio
muda la Europa, atónita la América!

II

Tú cruzaste el magnífico proscenio
del formidable siglo diecinueve,
vibrando los relámpagos del genio
que en gigantescas órbitas se mueve,

Con fe que abisma, con valor que pasma,
seguiste al cosmos en su vasta elipsis:
ibas en pos del colosal fantasma
de una nueva y grandiosa apocalipsis.

Oiste palpitar la Vida informe
en otro centro múltiple y diverso,
como una obscura nebulosa enorme,
allá en la inmensidad de otro universo.

Tenías la pujanza legendaria
de las soberbias águilas inquietas.
Tenías la visión crepuscularia
de la pupila audaz de los profetas?

Tu palabra lumínica y sonora
dilató por los ámbitos su imperio

y estalló como un trueno y una aurora
sobre la vasta noche del misterio!

Delante de tu espíritu profundo
se alzó del hondo arcano el microcosmos,
como un mundo del fondo de otro mundo,
como un cosmos del fondo de otro cosmos!

III

De nación en nación, de labio en labio,
en una tempestad de aplausos grandes,
trajo la fama tu blasón de Sabio
del raudo Sena a los inmensos Andes.

Pero trajo también, de coro en coro,
en el soberbio, poderoso treno
de su clarín titánico y sonoro,
como un emblema, tu blazón de Bueno.

El anciano y el niño ante tu paso
demandaron con fe siempre creciente,
doblando la rodilla, alzando el brazo,
la bendición de Dios sobre tu frente.

Fuiste genio y apóstol. Fué tu norma
disputar palmo a palmo el hombre enfermo
a la tétrica muerte, que transforma
la tierra en tumba y el hogar en yermo.

Cruzaste bajo el sol que brilla en calma
como un nuevo Mesías el abismo,
en profundo monólogo con tu alma,
en diálogo sublime con Dios mismo.

No hay grandeza mayor que la que encierra
la misión que da paz, que da consuelo:
enjugar una lágrima en la tierra
es mostrar una aurora allá en el cielo!

IV

Cesó ya tu misión fecunda y noble;
te disparó la muerte su guadaña.
Caiste ya. Caiste como el roble
que al rodar bambolea la montaña!

Cesó ya la misión fecunda y bella.
Volaste lejos de la vil escoria.
Volaste a constelar como una estrella
el inmenso horizonte de la historia!

Salve a ti que alumbraste el gran proscenio
del siglo diecinueve en cada rastro!
Salve a ti que aquí abajo fuiste un genio!
Salve a ti que allá arriba eres un astro!

Tú serás inmortal mientras que ruja
y encienda los crepúsculos profundos,
el viento apocalíptico que empuja
sobre sus vastas órbitas los mundos!

A LA MUJER

I

LEVANTATE ¡oh Mujer! ¡Alza la frente!
Vuela en pos de los mundos
del espacio del Arte y de la Ciencia.

Ya puedes desafiar omnipotente
sus misterios profundos
en alas de tu audaz inteligencia!

II

Ya victorioso desgarró el progreso
la noche secular que te envolvía.
No es ya tu dios el dios del retroceso.
Es ya tu excelso dios el dios del día.

III

Hoy no eres ya la sierva vil que gime,
la esclava que ante el amo se prosterna.
Hoy eres ya la intérprete sublime
de la armonía universal y eterna!

IV

Arrastró ya tu fúnebre sudario
en las ondas de luz de su corriente,
el progreso inmortal que nunca cesa!
De par en par ya tienes el santuario
donde bullir y palpitar se siente
el alma de la gran naturaleza:
Alma desconocida,
siempre en actividad, siempre fecunda;
que sin cesar hace brotar la vida
en la nada profunda!
Alma ardiente, gigante, creadora,
que hace estallar con ritmo soberano
en el caos la aurora,
y el pensamiento en el cerebro humano!

V

Levántate, oh Mujer! Anda. No temas.
No existe ya la fiera tiranía
que fulminó con torpes anatemas
la eterna ley de tu derecho al día.
El gran dios del progreso
ya derribó como una sombra vana,
al dios del retroceso
del santo altar de la conciencia humana.

VI

A través de radiantes claridades,
donde quiera se escucha
estrépito de sordas tempestades,
fragor de recia, formidable lucha.
Es el ritmo de yunque poderoso
donde, cumpliendo su inmortal tarea,
el pensamiento humano, sin reposo,
elabora los rayos de la idea!

VII

A los golpes supremos
con que todo a su paso lo estremece,
desde su centro el orbe a sus estremos
palpita, resplandece.
No lanzan a la faz de lo infinito
relámpagos más grandes
los volcanes que horadan el granito
de los eternos Andes.

VIII

Levántate, oh Mujer! Ya en tu camino
no hay tinieblas de muerte
que oscurezcan el sol de tu destino.
Con el gran porvenir de las naciones
ya para siempre confundió tu suerte
la ley de las eternas mutaciones:
eterna ley de redención que ha hecho
de este siglo de gloria
el siglo de la luz y del derecho,
el siglo más gigante de la historia!

REQUIEM

EN LA EXCOMUNIÓN ARZOBISPAL CONTRA EL DIARIO «LA LEY»

A Marcial Cabrera Guerra

I

Oh Dogma. Duerme en paz. No te sacudas.
No turbes el banquete que en tu arcano,
allá en tu noche de tinieblas mudas,
celebra en tu cadáver el gusano.

Duerme en paz! No acontezca que el progreso,
alzando tu cadáver de la escoria,
lo haga comparecer a tu proceso,
clavado en el banquillo de la historia.

No sea que el Progreso que fulminas
evoque tus ridículos vestiglos;
y alzando tu cadáver de las ruinas,
lo esponga ante la mofa de los siglos.

Ayer tú, con hipócritas asombros,
te armaste con la tea de tu infierno,
reduciendo a fatídicos escombros
el templo augusto del Progreso eterno!

Hoy el rayo de tu odio sin empuje
describe en vano tenebrosas curvas,
haciendo sólo, cada vez que ruge,
reir a carcajadas a las turbas!

II

Duerme en paz! Ya el altar de tus falsías
al peso del error se desmorona.
El Progreso inmortal es un Mesías:
cuanto lo insultas tú, Dios lo corona.

Resígnate a tu trágico destino
dentro de tu sarcófago de barro.
No insultes al Progreso en su camino:
empuja Dios las ruedas de su carro.

Hunde tus locas, impotentes iras,
bajo tu roto casco de batalla.
No provoques a Dios con tus mentiras,
porque el rayo de Dios al fin estalla.

III

Duerme en paz! No interrumpas la tarea
de las vastas y audaces muchedumbres
que leen en la biblia de la idea
la inmensa apocalipsis de las cumbres.

Ellas marchan en triunfo a los confines
del horizonte azul del pensamiento,
con el verbo inmortal de los clarines,
con la bandera de la luz al viento.

Marchan al porvenir entre arreboles,
a través de los ámbitos profundos,
saludando a su paso nuevos soles,
tomando posesión de nuevos mundos.

La ruta que entre roncas tempestades
bajo el dedo de Dios prosiguen ellas,
comienza más allá de las edades,
termina más allá de las estrellas!

A LA JUVENTUD RADICAL

EN LA INAUGURACIÓN DEL «CLUB ATLÉTICO SOCIAL MANUEL ANTONIO MATTA»

A Ramón Liborio Carvallo

I

Salve a ti, Juventud que altiva clavas
bajo el fragor del huracán deshecho,

sobre las cumbres bravas,
la enseña del derecho!
Jamás te vió el Dios Marte
abandonar enclenque
tu glorioso estandarte
sobre la ardiente arena del palenque.
Siempre te vió en la brecha,
luchando sin desmayo;
y respondiendo al golpe de la flecha
con el golpe titánico del rayo!

II

Hoy solloza la patria bajo el peso
con que audaces la oprimen
los eternos verdugos del progreso,
los eternos apóstoles del crimen!
Son ellos los que insultan su alto rango
y escupen tus altares,
y arrastran por el fango
sus lauros seculares!

III

Tú estás de pie. Tú escuchas
resonar en los lóbregos confines
la marsellesa de las grandes luchas
en los grandes clarines!
Tú estás de pie. Tú sola,
con fe que no desmaya,
oyes bramar la ola
con que estremece el huracán la playa!
Tú estás de pie. Tú ruges
sobre la vieja nao

con los recios empujes
de Matta y de Bilbao!

IV

Arriba, juventud! Es ya el momento
del generoso corazón que late
con el sonoro, formidable acento
del bronce del combate!
cuando el derecho grita
y la conciencia estalla,
la idea es dinamita,
la palabra es metralla!
Firme como los vástagos soberbios
de los soberbios troncos
templa tus recios nervios
con tus clarines roncos.
Esculpe tu decálogo en tu tabla
con el verbo que vive
de la tribuna que habla,
de la pluma que escribe!
Es tuya la grandiosia y santa herencia
de inmarcesible gloria
de la marcha triunfal de la conciencia
a través de la historia!

V

Salve a ti, Juventud, que nunca olvidas,
en los días supremos,
que los que no batallan son suicidas,
que los que son suicidas son blasfemos!
Salve a ti, que a la obscura muchedumbre
que en el abismo llora,

le muestras una cumbre,
le muestras una aurora!
Salve a ti, que en tu intrépida tarea
alzas el pueblo siervo
al trono de la idea
en las alas del verbo!

AL SOL DEL 14 DE JULIO

I

OH Sol que dardeas
el rayo que engendra las grandes ideas!
hosanna sonoro
a tu alba de oro.

II

Hoy toda la Francia, como una Sibila,
sumerge en tu aurora su enorme pupila,
y apuesto fustiga su genio bizarro
los fuertes corceles que arrastran su carro
y cien aquilones
tremolan a un tiempo sus cien pabellones,
las bíblicas aguas
no lanzan el trueno que lanzan sus fraguas!
Sus fraguas ardientes
que arrojan fulgores de inmensos orientes!

III

Hoy toda la Francia
saluda tus rayos, oh Sol de su infancia!

Hoy tú la fecundas
de ideas profundas
de ideas que se alzan, no ya como siervas,
sino como armadas, divinas Minervas!
Eres Sol glorioso,
arriba su Padre y abajo su Esposo.
Mira las leyendas
que están esculpidas en todas sus sendas,
son ellas victorias que el alma suspenden
por donde su vuelo las águilas tienden.
Cuéntalas. Son tantas
que igualan los rayos que a Dios tú levantas.

IV

Hoy toda la Francia de pie te saluda
y desde el oriente tu disco la escuda,
tu disco que brilla.
Bruñiendo el ariete que hundió la Bastilla,
hoy ya de las ruinas del viejo Fantasma
no queda ni un rastro, no queda ni un miasma.
Borraron sus huellas
las águilas de oro que vuelan sobre ellas,
las cubre las selvas de los estandartes
de todas las ciencias y todas las artes.
Nuevos Prometeos
tus hijos presiden sublimes torneos,
y Júpiter calla su olímpico encono
y oculta su cetro detrás de su trono.

JOSÉ MARTÍ

I

HAY espíritus astros. Son los genios.
A su paso triunfal se alzan los montes
para verlos cruzar por los proscenios
del fondo de los vastos horizontes.

Ellos con su fulgor marcan el rumbo
de las errantes, zozobrantes naos
de los pueblos que van de tumbo en tumbo
por entre las vorágines del caos.

Ellos sobre las cúspides se elevan
iluminando el derrotero acerbo
de los pueblos intrépidos que llevan
el santo tabernáculo del Verbo.

Ellos del Dios del porvenir reciben
los rayos de la luz desconocida
con que en las tablas del progreso escriben
el decálogo eterno de la vida.

II

Tal fué Martí. Vibró con voz sonora
por la llanura, el mar y la montaña
la marsellesa de una nueva aurora
contra la noche de la vieja España.

Sacudieron las notas de su cántico
desde un confín a otro confín la Tierra,

cerniéndose en las olas del Atlántico
como soberbias águilas de guerra.

Y se puso de pie su patria esclava
y quebrantó su miserable yugo
y lo estrelló, con ira santa y brava,
contra la misma faz de su verdugo,

y de su seno vió surgir falanges
que hicieron rebotar sus recios discos,
al sangriento fulgor de sus alfanjes
de cumbre en cumbre por sus agrios riscos.

. Falanges que atronaron los peñascos
de sus inmensas selvas de laureles,
al golpe estrepitoso de los cascos
de la rauda legión de sus corceles.

Falanges que entonaron su himno ronco
en el clarín titánico de América,
sellando cada roca, cada tronco,
con una colosal leyenda homérica.

III

Tal fué Martí. Mientras la aurora suba
a coronar de luz los horizontes
quemará incienso a su memoria Cuba
sobre el más alto de sus altos montes.

Se dirá sin cesar allá entre asombros
el mar bravío que a sus pies se estrella
que él fué el apóstol que en sus anchos hombros
llevó más lejos la bandera de ella.

Bajo su casco olímpico de hierro
él recogió con ímpetu bizarro
las ásperas etapas del destierro
tornando en un altar cada guijarro.

No lo arredraron nunca en su jornada
los bárbaros sarcasmos del destino.
Cada vez que escuchó una carcajada,
él siguió como un Dios por su camino.

Vió siempre en su agria ruta cada piedra
que cometió el baldón de desgarrarlo,
brotar bajo sus plantas una yedra
para enjugar su sangre y coronarlo.

IV

Tal fué Martí. Jamás desmayo alguno
desvió su barca de su rumbo al polo.
El fué poeta, gladiador, tribuno.
El fué un Mesías comparable a él solo.

Cuando la diana del clarín siniestro
le llevó el grito de su patria amada,
voló a sus playas demandando al estro
ser un titán para empuñar la espada.

Y la empuñó con la altivez guerrera
de los tremendos Hércules ciclópicos
que forja y templa la candente hoguera
de la gigante fragua de los trópicos.

V

Cayó en la arena. Lo tumbó el destino.
Cayó dejando en el palenque rudo

un reguero de luz en su camino
bajo el ronco estallido de su escudo!

Y como el cóndor que a los Andes sube
escaló la montaña de la gloria,
viendo alzarse tras él como una nube
la inmensa apoteosis de la Historia.

21 DE MAYO DE 1879

I

DORMÍA en paz la América. Soñaba
al raudo viento que sus selvas peina
en su pasado lóbrego de esclava
y en su soberbio porvenir de reina.

Guardaban su honda paz como titanes
bajo su inmenso pabellón de brumas
coronados los Andes de volcanes,
coronado el Pacífico de espumas.

Sus pueblos desde el uno al otro polo
al gran compás con que la tierra gira
marchaban todos, como un pueblo solo,
armados del martillo y de la lira.

Marchaban sobre el carro del Progreso
fatigando sus ruedas y sus rieles,
con el gigante, formidable peso
de su enorme montaña de laureles.

Marchaban como unísonas legiones
cantando la epopeya de su historia,
y batiendo sus ínclitos pendones
bajo el arco de estrellas de la gloria.

Empuñaban intrépidos el combo
y arrancaban sin tregua ni desmayo,
torrente de oro al corazón y al dombo
del agrio monte que fulmina el rayo.

De ardientes olas de sudor cubiertos
uncían el arado a sus cuadrigas,
y tornaban los páramos desiertos
en sonoros océanos de espigas...

II

Dormía en paz la América. Y entonces
sacudieron su centro y sus confines
el rayo pavoroso de cien bronces
y el trueno colosal de cien clarines.

Era el Satán siniestro de la guerra
que lanzaba su carro de ancho pértigo
por los ámbitos mudos de la Tierra
con el fúnebre estrépito del vértigo.

Pulverizaba los abruptos montes
como leves barreras de hojarascas,
llenando de pavor los horizontes
con su inmenso penacho de borrascas

Sublevaba los mares tras la bruma
bajo el cárdeno surco de sus rastros,

arrojando pirámides de espuma
contra la antorcha eterna de los astros.

Desataba en los hondos corazones
torbellinos de cóleras sangrientas
que hacían las tremendas explosiones
con que estallan las lóbregas tormentas.

Las madres al estruendo de su paso
modulaban antífonas extrañas
y oprimían, temblando, en su regazo
al hijo de sus férvidas entrañas.

Contemplaban las vírgenes, de hinojos,
enlutarse los místicos altares,
y rodar entre ruinas y despojos
sus guirnaldas de blancos azahares.

Tremolaron sus negros pabellones
Bolivia y Perú, dos pueblos fieros,
y lanzaron sus vastos escuadrones
al trágico palenque los primeros,

Y juraron los dos en su desfile
poniendo por testigo el Sol del Trópico
hacer su inmensa víctima de Chile,
pueblo espartano de valor ciclópico.

Y en el trastorno de su rabia histérica
soñaron derribarlo y escupirlo,
arrastrar su cadáver por la América
y después de arrastrarlo, maldecirlo.

Y avanzaron fatídicos. Temblaba
con formidable estrépito creciente
bajo el ronco fragor de su ira brava
sobre su eje de bronce el Continente.

Jamás los pavorosos cataclismos
coronados de sombras y destellos
atronaron con ellos los abismos,
atronaron las cúspides como ellos.

Chile entonces tocó su antigua diana
en el clarín de sus antiguas lides,
y al pie de su bandera soberana
vió alzarse cien legiones de adalides.

Cambió el pesado y áspero martillo
que horada el monte de altivez siniestra,
por el alfanje de potente brillo
que barre con sus rayos la palestra.

Sintió de nuevo palpitar como antes
allá en su pecho de valor preclaro
el corazón audaz de los gigantes
que acaudillaba el semidiós Lautaro.

Ni las montañas con su yerta escarcha,
ni los desiertos con su ardiente escoria,
pudieron nunca detener su marcha:
llevaba encadenada la victoria.

Llegó al palenque. Sacudió resuelto
su magnífica y lóbrega melena,
y saltó entre relámpagos envuelto,
de su ancho carro a la desierta arena.

Fué el Pacífico inmenso el escenario,
que desde lo alto señaló la fama
del primer episodio legendario
del primer acto del inmenso drama.

Bajo las gigantescas aureolas
con que surcan los astros lo infinito
aun lo evocan las soberbias olas
sobre sus vastas playas de granito.

La poderosa *Independencia* ufana
y el formidable *Huáscar* corpulento
desplegaron la enseña peruana
sobre sus altos mástiles al viento.

Batieron sus tremendos estandartes
como alas de fatídicos querubes
haciendo en derredor de sus baluartes
rugir las sirtes y tronar las nubes.

Y por entre graníticos peñascos
cortados por el rayo pique a pique,
hicieron rumbo con sus grandes cascos
hacia la ronca dársena de Iquique.

Allí junto a la enorme y agria falda
que abrupto risco sobre el mar prolonga
reposa la frágil *Esmeralda*
al lado de la frágil *Covadonga*.

Las olas a su antojo en su desfile
las columpiaban a compás con ellas
bajo la sombra del pendón de Chile
desplegado a la luz de las estrellas.

Vuelto al fondo magnífico del Orto
al golpe audaz del triunfo y de la salva,
los dos, con hondo corazón absorto,
aguardaban de pie la luz del alba.

Y el alba apareció. Y el alba trajo
entre sus ondas fúlgidas y grandes
una intuición profética que abajo
estremeció el Pacífico y los Andes.

Le trajo a la *Esmeralda* legendaria
entre las sinaíticas vislumbres
de sus rayos de luz crepuscularia,
la intuición soberana de las cumbres.

III

La lucha comenzó. Repercutieron
con formidable rosonancia loca
estruendo de volcán que sacudieron
el vasto litoral de roca en roca.

Lanzó la *Independencia* su alto esquife
sobre la frágil *Covadonga* inerte,
sembrando de arrecife en arrecife
el espanto y el vértigo y la muerte.

Pero soberbio de pujanza y bríos
alzarse vió la *Covadonga* entonces
a Carlos Condell, el titán bravío
que puso su alma en sus sonoros bronces.

Allá en su corazón la *Independencia*
cuando arreció la colosal batalla,
sintió con el furor de la impotencia
el golpe de cien rayos de metralla.

Se revolvió con el trastorno ciego
del hosco tigre herido que acomete,
y doblando su cólera de fuego
lanzó contra su víctima su ariete.

Pero la *Covadonga* giró rauda
ante su enorme, poderoso casco;
y le arrastró veloz, tras su ancha cauda,
por la garganta de un fatal peñasco.

Y con inmenso asombro del mar mismo
al recio empuje de sus fuerzas solas,
la estrelló entre las sirtes del abismo
y la tumbó sobre las roncas olas!...

Y en tanto, entre vorágines de espuma
se cruzaban sin tregua allá a lo lejos
desgarrando con ímpetu la bruma
torbellinos de lóbregos reflejos.

Hacia lo largo de la costa brava,
allá en un fondo trágico y magnífico,
con pavoroso estrépito flotaba
un mar de fuego sobre el mar Pacífico.

Era la tempestad de plomo artero
que el *Huáscar* sin cesar lanzaba en torno
de la montaña de bruñido acero
de su torre encendida como un horno.

Sobre la frágil *Esmeralda* enana
descargaba su furia satanesca,
y ella con loca audacia soberana
sostenía la lucha gigantesca.

Armado del relámpago y el trueno
mil veces la embatió con su acicate,
y con empuje indómito y sereno
ella cien veces rechazó su embate.

Era que en ella ante los plomos viles
que rasgaban los ábregos veloces,
se alzaba fiero como un nuevo Aquiles,
Arturo Prat, el hijo de los dioses.

Era imposible prolongar la lucha.
Atacada en la sombra por la espalda,
se hundió en el mar, con ruido que aun se escucha,
al pie de su bandera la *Esmeralda*.

El fuerte *Huáscar* en su sed inmensa
de áureo botín con que cargar sus hombros,
se estremeció de rabia y de vergüenza:
no halló siquiera ni un montón de escombros.

La *Esmeralda* se hundió. ¡Grandioso instante!
Hundióse coronada de aureola
en medio del estrépito gigante
del vasto *hossanna* de las vastas olas.

GUILLERMO MATTA

¡OH tumba que abres bajo el sol tus bordes
ante el pórtico excelso de la historia!
alúmbrote!—Recoges los acordes
de los altos clarines de la gloria!

Recógelos en tu amplio tabernáculo
para que los arrojes y los vibres

como un ardiente y luminoso oráculo,
sobre la ruta de los pueblos libres!

Tú vas a recibir ante los Andes
la sombra melancólica y homérica
del más viril de los poetas grandes
que engendró Chile bajo el sol de América!

Tú vas a recibir las cien visiones
del gran poeta que amasó en sus manos
el iris redentor de las naciones
y el rayo aplastador de los tiranos!

Él llevaba detrás de cada arista
de su regia y olímpica cabeza,
como un gigante y atrevido artista,
un latido del Dios—Naturaleza!

Llevaba un hervidero de volcanes
bajo la rigidez de la coraza
con que armaron su espíritu los manes
del capitolio de su altiva raza!

Asiste, pues, ¡oh tumba! allá en tu seno
a su augusta y triunfal metempsicosis,
delante del relámpago y el trueno
de su santa y solemne apoteosis!

POEMAS

EL MONJE

FRAGMENTO PRIMERO

I

NOCHE.—No turba la quietud profunda
con que el claustro magnífico reposa
más que el rumor del aura moribunda
que en los cipreses lóbregos solloza.

Mustia la frente, la cabeza baja;
negro fantasma que la fiebre crea;
cadáver medio envuelto en su mortaja,
un monje por el claustro se pasea.

De cuando en cuando de sus ojos brota
un súbito relámpago sombrío:
el trágico fulgor del alma rota
que gime y se retuerce en el vacío.

No lo acompaña en su mortal desmayo
más que la luna que las sombras ama;
que una lágrima azul en cada rayo
sobre las frentes pálidas derrama...

II

Es joven. Es su edad la del alegro;
la del himno, el ensueño y el efluvio;
en que es terso azabache el bucle negro
en que es oro bruñido el bucle rubio.

Sin conocer placeres ni pesares,
se alejó del hogar, siendo muy niño.
y fué a poner al pie de los altares
un corazón más puro que el armiño.

Algún recuerdo de la infancia acaso
rompe tenaz su místico sosiego;
y desata en su espíritu a su paso
huracánicas ráfagas de fuego.

Acaso las borrascas de la tierra
traspasan las barreras de su asilo;
y van con ronco estrépito de guerra
a desgarrar su corazón tranquilo ..

III

Un día vió en el templo, de rodillas,
desde un triclinio del solemne coro,
una virgen de pálidas mejillas,
de pupilas de cielo y trenzas de oro.

Y su gallarda imagen tentadora
lo persiguió con incesante empeño:
turbó su dulce paz hora tras hora,
en el recreo, en la oración y el sueño.

Cuántas veces, orando en el santuario.
no veía flotar en su ansia viva,
envuelta en la espiral del incensario,
su fantástica sombra fugitiva!

¡Cuántas veces, con hondo desvarío,
allá en sus noches de nostalgia loca,

no despertaba, trémulo de frío,
buscando el beso ardiente de su boca!

IV

De súbito interrumpe su paseo.
Y lívido y extático se queda.
Y mira con extraño devaneo
la blanca luna que a lo lejos rueda.

Y en la cúpula azul de pompa fídica
del templo secular de estilo mágico,
ensaya el ritmo de su voz fatídica
el ave de Satán, el cuervo trágico.

Y los cipreses lóbregos se quejan.
Y al vaivén de sus copas que se alcanzan,
sus siluetas se acercan y se alejan
como espectros fantásticos que danzan.

Y tras los horizontes de occidente
la luna melancólica se escombra.
Y allá en su corazón el monje siente
crecer la soledad, crecer la sombra!...

FRAGMENTO SEGUNDO

I

Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que a la cumbre vuela,
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se revela?

Por qué ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
a sostener con él recia batalla?

Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
oye sólo zumbar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruinas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo:
huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón a un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
sólo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ay!—le dice—del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que así misma se abandona,
y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,
rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satán; para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
a compás de una lúgubre plegaria,
verdugo de sí mismo se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y a través de las sombras del delirio,
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
que lo hace al cielo preferir la tierra!

FRAGMENTO TERCERO

I

Tiende la noche sus flotantes tules,
y se envían los astros desde lejos
a través de los ámbitos azules
dulces besos de amor en sus reflejos.

Y hunde el monje en el éter infinito
los tristes ojos con afán profundo;
acaso escruta lo que Dios ha escrito
allá en el corazón de cada mundo.

Y bajo el nimbo de su luz risueña,
la blanca luna en cada rayo exclama:
—«Soy una virgen pálida que sueña,
soy una virgen que se arroba y ama!»

Y ensaya el aura tibia sin sosiego,
en las trémulas copas de los álamos,
ritmos lejanos de ósculos de fuego
de bocas que se encienden en los tálamos.

II

Hace instantes no más. Con qué inocencia
la rubia virgen pálida que adora,
le abrió ante el tribunal de la conciencia
por la primera vez su alma de aurora!

Hondas huellas de horror en él dejaron,
los recios golpes de la lid sin nombre
que en su lóbrego espíritu trabaron
el ministro del cielo con el hombre.

Cada revelación que ella le hacía
era un tremendo vendaval deshecho
que sin piedad crispaba y retorcía
las recónditas fibras de su pecho.

III

Padre,—le dijo,—perdonad mi queja.
Siempre que caigo ante el altar de hinojos,
mi pensamiento del altar se aleja,
y se llenan de lágrimas mis ojos.

Al mismo altar con una audaz porfía
que hace que los sentidos se me arroben,
sigue mis pasos, tras la sombra mía,
la sombra melancólica de un joven.

Busco la soledad. Y en ella vago,
y de amor cada cosa me habla en ella:
me habla de amor la música del lago;
me habla de amor el ritmo de la estrella.

Dadme, pues, padre mío, algún consuelo.
Es ya inútil luchar. Estoy vencida.
¿No es verdad que el amor brota del cielo?
¿No es verdad que sin él no hay sol, no hay vida?

IV

Y él exclamó:—No es éste un gran problema:
Dios manda que ame cuanto ser existe.
Y su mandato es una ley suprema
a cuyo imperio ningún ser resiste.

Pero el amor su fin tan sólo alcanza
cuando con la conciencia se concilia;
cuando es su aspiración y es su esperanza
fundar el santo hogar de una familia.

Mas, el amor que ofende a la conciencia,
dando pábulo a instintos que la oprimen,
deja de ser sagrado, y es demencia;
deja de ser sagrado, y es un crimen!

V

Y el monje suspendió súbitamente
su evangélica plática sencilla,
y una lágrima trémula y ardiente
resbaló sin rumor por su mejilla.

La virgen núbil, por su rostro mudo,
desde el humilde sitio de su alfombra,
ver rodar esa lágrima no pudo,
porque esta lágrima rodó en la sombra.

FRAGMENTO CUARTO

I

Tarde estival.—El cielo se dilata
por el gigante piélago sonoro,
como una inmensa túnica de plata
cuajada de soberbias flores de oro.

Habla todo de Dios: la limpia onda
que su albo nimbo por la playa tiende;
la casta estrella que en la bruma blonda
del pálido crepúsculo se enciende.

II

Cubierto el monje con su tosca saya,
murmurando en silencio: «Dios lo exige»,
hacia una agreste aldea, por la playa,
bajo el sol que ya muere, se dirige.

Él allá en sus salvajes horizontes
olvidará tal vez sus agrias penas;
respirará la brisa de los montes;
recobrará la sangre de sus venas.

III

Sirve la humilde aldea un cura anciano
que cumple su misión con santo anhelo;
que en cada feligrés ve un tierno hermano
que Dios le ordena conducir al cielo.

Mas ya no puede soportar la carga
de su labor de apóstol y profeta.
El peso de la edad, ya lo aletarga.
Ya toca el linde de su vida inquieta.

IV

Le dice al monje:—Serás tú el baluarte
de la grey que Dios puso a mi cuidado:
tú empuñarás el místico estandarte
que yo abandono, porque estoy cansado.

Y el monje le oye, y le obedece y calla.
Y con fervor a la labor se entrega.
Y mayor goce en la labor él halla,
mientras mayor abnegación despliega.

V

Allá cuando a lo lejos ya declina
el blanco sol entre celajes rojos,
el monje hacia las playas se encamina,
trémulo el paso y húmedos los ojos.

Sus olas a sus pies el mar prosterna
con ritmo a un tiempo unísono y diverso.
Y le habla sin cesar del alma eterna
que difunde la vida al universo.

Del alma que es efluvio en la laguna;
y en la undívaga brisa ritmo eólico;
y en la serena, temblorosa luna,
lágrima azul del cielo melancólico.

Del alma que es visión que canta y vaga
allá en la nube trémula y bermeja;
y que en la mustia estrella que se apaga
es recuerdo que llora y que se aleja!...

FRAGMENTO QUINTO Y ÚLTIMO

I

En la capilla de la aldea tosca
denso gentío, de entusiasmo lleno,
se agita como el piélago que enrosca
a la luz del relámpago su seno.

Ante el altar el monje se dibuja,
lívido el rostro, la mirada triste,
extraño al gran tumulto que se empuja;
extraño a todo cuanto en torno existe.

II

Avanza al altar con pie seguro,
y reflejando en la pupila el cielo,
un apuesto doncel de traje obscuro
y una niña gentil de blanco velo.

El monje los contempla un corto instante
con el hondo y supremo paroxismo
de quien se ve de súbito delante
de la inmensa pendiente de un abismo.

En la diáfana tez de nieve y rosa,
y los bucles aurinos y sedeños,

y el talle de palmera de la esposa,
él descubre a la virgen de sus sueños.

En su fatal, desgarradora cuita,
en vano, en vano, en su interior batalla
con el volcán de su pasión que grita,
con el volcán de su pasión que estalla!

III

Se absorbe. Se transporta. Y a lo lejos,
desde el místico altar al lecho cálido,
ve marchar bajo un nimbo de reflejos
una novia gentil y un novio pálido.

Y oye entre raudos y variados giros
de misteriosas y argentinas brisas,
aleteos de besos y suspiros,
y músicas de arrullos y de risas.

Y ve jugar, bajo la luz eterna,
al umbral de un hogar, lleno de efluvios,
sobre el regazo de una madre tierna,
un enjambre auroral de ángeles rubios.

IV

Y tiende a otro horizonte la mirada,
y allá en el pálido confín divisa
una lóbrega celda abandonada
donde una triste lámpara agoniza.

Forman su techo que jamás se alegra
ásperas tablas de nudosos troncos,

siempre cubiertas por la noche negra,
siempre azotadas por los cierzos roncos.

Y a la luz de la lámpara que oscila
ve arrodillarse un monje en el vacío.
Lo ve enjugarse a solas la pupila,
y en su abandono tiritar de frío!

V

Y domina su bárbaro tormento
y la hiel de sus lágrimas devora.
Y a un hombre que no es él, con dulce acento
desposa él mismo la mujer que adora.

Y al soplo del dolor con que está en guerra,
siente su sangre transformarse en hielo;
huir veloz bajo sus pies la tierra;
sobre su frente derrumbarse el cielo.

Y entonces, ¡ay! a su pupila asoma
la noche allá en su espíritu escondida.
Y al pie del ara santa se desploma,
rígido el cuerpo, la razón perdida!

EL PROSCRIPTO (1)

DEDICATORIA

A Marcial Cabrera Guerra.

A ti caro Marcial, que tantas veces
alas me das y aliento
para sentirme fuerte en los reveses
y espaciar en la luz el pensamiento;
que, como franco amigo,
mi mano estrechas con hidalga mano
y que compartes mi dolor contigo,

---

1. Hemos tenido a la vista, antes de publicar íntegro «El Proscripto», los siguientes textos: *a)* El original escrito de puño y letra del poeta, que data de 1892 y al final de cuya introducción el propio González escribió sus cuatro iniciales P. A. G. V., esta última correspondiente al apellido materno que en manuscritos sucesivos del poeta no hemos visto estampada; *b)* Un cuaderno de cuarenta y cuatro páginas, con el título de «Páginas de Pedro Antonio González» escrito con hermosa letra y en el cual se han insertado varios fragmentos del poema: por sus variantes es fácil deducir que es de época muy posterior al primer original; *c)* Los fragmentos publicados por Marcial Cabrera Guerra en el número extraordinario que «Pluma y Lápiz» le consagró al poeta en 1903, con motivo de su muerte; y *d)* El texto publicado por el librero don Guillermo Miranda en su edición de las «Poesías» de González, que han reproducido en ediciones baratas y en toda clase de periódicos editores, aficionados y periodistas.

Después de un detenido estudio de dichos textos hemos utilizado el que creíamos en su forma última, corregido varias veces por González, cuidando sí de colocar al pie de la página las variantes de los textos anteriores, con lo cual el lector podrá comparar el minucioso trabajo de revisión realizado por el poeta constantemente en sus versos.

A fin de hacer las referencias bibliográficas con más claridad, indicaremos con las siguientes abreviaturas, las ediciones citadas: *a)* Edición de 1892=Ed. 92; *b)* «Páginas de Pedro Antonio González»=Págs. de P. A. G.; *c)* Fragmentos publicados en «Pluma y Lápiz»=Pluma y Lápiz; y *d)* Edición Miranda de las «Poesías»=Ed. Miranda.

más bien que como amigo, como hermano;
que me infundes valor en la tarea
de dar forma y color, voz y armonía,
al Verbo eterno de la eterna Idea [1]
que a través del abismo Dios me envía;
que me infundes la fe sagrada y loca
con que mi audaz buril de artista enano
esculpe y talla en miserable roca
las gigantes visiones del arcano:
que amas cuanto le arranca mi alma incierta
agotada sin tregua por el cierzo
a la Biblia infinita siempre abierta,
del Dios del Universo:
A ti te ofrendo en la nostalgia muda

---

1. En el original de 1892, a partir desde este verso hasta terminar en el número romano II, el poema es enteramente diverso; dice así aquel texto:

...a la impalpable idea
que a través de las sombras del abismo
a mi alma Dios envía,
como un eterno rayo de sí mismo:
que me infundes valor en la batalla
en que mi audaz buril de artista enano
en miserable roca el molde talla
del ideal gigante, soberano:
a ti, que aceptas con la fe sin nombre
que el ensueño del triunfo en ti despierta
todo laudable esfuerzo
con que pretende descifrar el hombre
la página infinita, siempre abierta,
de la biblia inmortal del universo:
a ti, con la franqueza siempre ruda
de mi tosca palabra,
te hago la santa y cariñosa ofrenda
de este poema de dolor, de duda,
antes de que, otra vez, de nuevo se abra,
pavorosa como él, como él sombría,
la vorágine lúgubre, tremenda,
de que tú mismo la salvaste un día!...

de mis ensueños santos,
este poema de dolor, de duda,
sin rúbrica, sin nombre
que lleva confundidas en sus cantos
las lágrimas del niño y las del hombre.

Hace ya mucho tiempo. Mas, entero
yo guardo[1] en la memoria
el triste cuadro que ofreció el anciano
en el instante aterrador, sin nombre,
en que al[2] fulgor postrero
del astro de la vida transitoria
el[3] negro velo del eterno arcano
ve descorrerse para siempre el hombre.

Temblorosa la voz; la frente mustia,
reflejando en la lóbrega mirada
una expresión de indefinible angustia,
quizás la eternidad, quizás la nada...
él me llamó con misterioso acento
junto a su cabecera;
y, concentrando su postrer aliento
para estrecharme por la vez postrera,
puso en mis manos con afán profundo
los revueltos[4] fragmentos en que escrito
el drama inmenso estaba
de su fatal jornada por el mundo,

---

1. ...yo guardo, amigo mío, en la memoria. Ed. 92.
2. *el*, error evidente en la Ed. Miranda.
3. *del*, error también en la Ed. Miranda.
4. En la Ed. 92 leemos: «*Estos quince* fragmentos en que escrito...; con lo cual podemos creer que el poeta siempre tuvo la idea de que éste su poema constara de quince fragmentos, siendo por lo tanto el correspondiente al número dieciséis de la Ed. Miranda o un trozo que debe ir intercalado en el cuerpo de «El Proscripto», o una poesía que nada tiene que hacer con él y que por error se incluyó en esa parte.

donde mártir como él, como él proscripto,
también, como él, yo sin cesar vagaba.

Ni rúbrica ni nombre los fragmentos
de este poema finaliza y cierra.
Son hojas ignoradas que los vientos
arrastran por la tierra.
Son un doliente, funeral gemido
que sin cesar mi corazón escucha
en las horas de afán, como de olvido;
en las horas de paz, como de lucha.

FRAGMENTO I

Yo en la cumbre nací de las montañas,
al eterno fragor del mar bravío,
y al rayo de la luna.
Entretejida con agrestes cañas,
de un roble añoso en el follaje umbrío
suspendieron mi cuna.

En mi fugaz niñez, con cuánto anhelo
no corrí de una sierra en otra sierra
por alcanzar el linde donde el cielo
se junta con la tierra.
Mas siempre, siempre, en mi carrera insana,
desgarraban mis plantas los abrojos,
y como sombra vana
se alejaba aquel linde de mis ojos.

Bien pronto en lo interior de mi alma inquieta
con acento profundo
sentí vibrar una solemne voz.
Aquella voz recóndita, secreta,

era la gran revelación de un mundo
era la gran revelación de un Dios.
—Del mundo de la ciencia[1] soberana
a cuyo vasto cielo
jamás podrá la inteligencia[2] humana
término hallar ni en su más alto vuelo.
—Del Dios inmenso que su nombre ha escrito
en los radiantes soles
que con eterno ritmo en lo infinito
balancean sus moles.

Amante de la gran naturaleza,
yo, en su seno salvaje,
me consagré de su inmortal grandeza,
a interpretar el inmortal lenguaje.
Vagando en su extención desconocida,
siempre sentí bajo su inmensa calma,
confundirse mi vida con su vida,
mi alma con su alma.

Del viento alado que con raudo[3] giro
sobre la excelsa cima
de los montes graníticos se queja,
yo traduje el suspiro:
el suspiro infinito con que rima,
en las tardes calladas,
el llanto de la ala que se aleja
hacia playas remotas, ignoradas.

---

[1] De la *inteligencia*... dice en la Ed. Miranda, con lo cual se presenta un verso largo que, de ninguna manera, puede resultar endecasílabo.

[2] Jamás podrá la *ciencia* humana... en la Ed. Miranda; este vocablo debía corresponder al verso anterior corregido. ¿Fué error del copista o del tipógrafo?

[3] *Mudo*, dice en la Ed. Miranda, debiendo ser *raudo*.

Los últimos reflejos
que el sol lanzaba al sumergir su frente
en la noche sombría,
su triste adiós me enviaban[1] desde lejos,
despertando con él en mi alma ardiente
honda melancolía.

Eran mi hogar las vastas soledades;
mi eterno dogma, el ideal bendito;
mi santa biblia, el universo inmenso
mi música, las roncas tempestades;
mi Dios, la luz; mi templo, lo infinito;
la niebla azul, mi incienso.[2]

FRAGMENTO II[3]

El recóndito afán del alma mía
fué modular el cántico sin nombre
de la idea fecunda,
que en la mente de Dios es armonía
y en la mente del hombre
revelación profunda.

---

[1] Enviaba, en la Ed. Miranda.

[2] En la Ed. 92 aparece cambiado el orden de estas estrofas, figurando primero la última y luego aquella. Sin embargo, parece ser ésta su forma definitiva si prestamos atención a su unidad descriptiva ideológica.

[3] La versión de este Fragmento segundo en a Ed. Miranda, difiere en mucho del que reproducimos anteriormente, que hemos encontrado en las pp. de P. A. G. y que estimamos el último por su forma. De todos modos, esta reproducción permitirá al lector establecer comparaciones útiles:

Yo siempre, siempre, con afán intenso
ví, cuando niño, en mi ilusión de gloria,
darme la humanidad su aplauso inmenso;
su eternidad la historia:
en la ilusión febril del alma mía,

Y la lira pulsé. Y en ella luego
las olímpicas cuerdas de alas de oro
desataron las ráfagas de fuego
del gran viento sonoro.

---

yo soñé batallar con fe sin nombre
por la idea fecunda,
que en la mente de Dios es armonía:
y en la mente del hombre
es gran revelación, es voz profunda.

Y el vuelo dilaté con el empuje
soberbio y altanero
con que, a compás del del huracán que ruge,
el águila caudal remonta el ala,
siguiendo audaz el vasto derrotero
que el rayo le señala.

Y la lira pulsé. Y en mi alma, luego
la inspiración bendita
desató su raudal de ardiente fuego,
su ráfaga infinita.

Y canté los eternos ideales
con entusiasmo que rayó en delirio.
Ensalcé la grandeza
del noble apóstol que del vil tirano
provoca sin temor la noble saña:
que las gradas fatales
de las aras sombrías del martirio,
coronada de rayos la cabeza,
encarnación de un dogma soberano,
con el torrente de su sangre baña.

Canté el ritmo del yunque omnipotente
con que el genio[1] en la noche en que camina,
en confidencia eterna con Dios mismo
elabora en la fragua de su mente,
el rayo que ilumina
las obscuras entrañas del abismo.

---

[1] ...con que *yendo* en la noche en que camina... dice en la Ed. Miranda: lo cual tornaba obscuro el verso y poco clara la idea del poeta.

Invoqué el numen, que en sus altas iras
empuña las titánicas manoplas
y hace tronar las liras
y centellear las coplas;
que dicta roncos, formidables versos
que hieren como rayos
la frente de los déspotas perversos.

Y canté la ilusión que, sin sosiego,
cadenciosa y sonora,
vaga junto a la virgen que ama y sueña;
que en sus ojos de fuego
refleja, cuando ríe y cuando llora,
el resplandor profundo
de un mundo cuya aurora se diseña
más allá de las sombras de este mundo.

Mas ay! Mi canto descendió al olvido,
como la triste, funeral plegaria
que, distante del nido
alza en la noche el ave solitaria;
como el rumor incierto
con que el silencio de la noche hiere
la ola que en la arena del desierto
en las tinieblas se retuerce y muere.[1]

Y al dilatar los ojos
no ví más que siniestras multitudes,
que con su pie, los últimos despojos
hollaban de las últimas virtudes.

Y bajo el peso de mi amarga cuita
proseguí mi camino,
viendo a mi paso en cada ser escrita
la irrisión del destino.

Ya no quedaban[2] de mi fe ni rastros.
Los sacrosantos nombres
que, remontando a Dios el pensamiento,

---

[1] *Mueve*... Ed. Miranda: error seguramente del cajista
[2] *Quedaba*, en la Ed. Miranda.

la espalda de los míseros lacayos;
versos que, como lóbregas borrascas,
avientan, bajo el Sol, reyes y eunucos
envueltos en las rotas hojarascas,
de los tronos caducos,
versos que como vastos cataclismos
sacuden a las vastas muchedumbres,
y que son como abismos,
y que son como cumbres.

Canté la fe sonora
de la víctima extraña
que recibe el bautismo de la aurora
sobre la apocalíptica montaña.
Canté la santa cólera del siervo,
que forja allá en los hondos subterráneos
los rayos con que el Verbo
ilumina la noche de los cráneos.

Mas ¡ay! mi canto descendió al olvido,
como la triste, funeral plegaria
que alza lejos del nido

---

yo aprendí a murmurar bajo los astros,
eran tan sólo en boca de los hombres
un sarcasmo sangriento.

¡Ay! Cuántas veces no bajé al arcano
de mi propia conciencia
en medio del clamor de mis pesares,
por si ella con su acento soberano,
aun me revelaba la presencia,
de Dios en sus altares!

Me hallé tan solo ante la negra duda:
ante un abismo de tinieblas lleno.
La voz de mi conciencia estaba muda:
ya Dios no hablaba en su profundo seno!

la alondra solitaria;
como el rumor incierto
con que el silencio hiere
la ola que en la arena del desierto
en las tinieblas se retuerce y muere.

Miré en torno. Rugían como mares
las ebrias multitudes;
rodaban de sus últimos altares
las últimas virtudes...,
y bajo el peso de mi amarga cuita
proseguí mi camino,
viendo a mi paso en cada frente escrita
la irrisión del destino.

Ya no quedan de mi fe ni rastros:
los sacrosantos nombres
que aprendí a murmurar bajo los astros
no eran más que un sarcasmo entre los hombres.

Me hallé tan solo ante la inmensa duda,
ante un abismo de tinieblas lleno!...
La voz de mi conciencia estaba muda...
Ya Dios no hablaba en su profundo seno.

FRAGMENTO III

Era una noche. Yo con paso incierto,
vagaba entre las sombras, cabizbajo.
Todo estaba desierto.
Ni un astro arriba. Ni un rumor abajo.

Palpitando[1] mi sien con[2] golpes rudos;
mi corazón sin fe; la Tierra helada;
mi conciencia sin Dios; los orbes mudos;
sentí las atracciones de la Nada.

Vino a librarme, al fin, de mi tormento
el murmullo sombrío
de una trémula ráfaga de viento
que expiró sollozando en torno mío.

Y avancé con afán hasta una puerta
donde posé temblando la mirada.
Ella de par en par estaba abierta.
Era libre la entrada.

Una mujer de sonrosada boca,
gentil como una flor del valle ameno,
voló a mi encuentro, delirante, loca,
y me estrechó contra su ardiente seno.

Allí, mofando a Dios y a sus deberes,
mofando a carcajas al Destino,
juntos vaciaban hombres y mujeres
la hirviente copa del amor y el vino.

En un vasto salón de seda y oro, [3]
a la luz de cien lámparas candentes,

---

[1] Sacudida, en la Ed.; error fácil de advertir.
[2] Por, en la Ed. Miranda.
[3] En la Ed. 92, la forma de esta estrofa es enteramente diversa, y muy inferior, por cierto. Decía así:

Y ambos entramos a un salón extenso,
donde, al fulgor de lámparas candentes,
con entusiasmo inmenso;
secas las fauces, húmedas las frentes;

en raudo, inmenso coro;
secas las fauces, húmedas las frentes,
las mejillas bermejas;
al estruendo de báquicas canciones,
giraban cien parejas,
como errantes, fantásticas visiones.

Y con vaivén vertiginoso y blando,
por la mullida alfombra, [1]
nos deslizamos ella y yo, formando
con nuestras sombras una misma sombra.

Y los dos respirábamos apenas
con nuestros giros de arrebato ciego. [2]
Y la sangre bullía en nuestras venas
como las olas de un raudal de fuego.
Y adelante seguíamos sin tino,
sin darnos ya ni de nosotros cuenta;

---

blancos los labios; rojas las mejillas;
al estruendo de báquicas canciones
giraban cien cuadrillas
como errantes fantásticas visiones.

[1] En la Ed. Miranda dice el verso:

por la crujiente, dilatada alfombra...

Si bien es cierto que se sacrifica un hermoso adjetivo en esa primera forma del verso, no es menos cierto que gana en sobriedad y exactitud.

[2] En la Ed. 92 dice:

en la embriaguez de aquel delirio ciego...

cual las hojas[1] que arrastra el torbellino,
como[2] nubes que azota la tormenta.

Después los dos en una misma copa,
igualmente sedientos,
un mismo hirviente líquido apuramos.
Y en desorden la ropa,
torpes los pies, los ojos soñolientos,
sobre un ancho sofá nos desplomamos.

Y yo en sus brazos recliné la frente,
nervioso, delirante,
anhelando dormirme eternamente
al ritmo de su seno palpitante.

Y ella clavó en mi faz sus negros ojos
con loco desvarío,
y en mis labios hundió[3] sus labios rojos,
haciendo arder su aliento con el mío...
Y ambos rodamos a un sopor profundo
oyendo ir a morir en lontananza,[4]
como vagos rumores de otro mundo,
los dulces cantos de la alegre danza!...

---

[1] En la Ed. Miranda:

... como arenas que enpuja el torbellino...

[2] En la Ed. 92:

... cual las nubes que azota la tormenta...

con lo cual se evita la repetición adverbial.

[3] Clavó, en la Ed. 92; repetición que González subsanó más tarde con esta corrección.

[4] En la Ed. 92, se lee:

Y los dos, poco a poco, al hondo arcano
rodando fuimos de un sopor profundo
oyendo ir a morir en lontananza—
como un rumor lejano
que brotara del fondo de otro mundo—
os dulcés cantos de la alegre danza.

FRAGMENTO IV

Después de que apuré los falsos goces
del amor y del vino,
comprendí tristemente, cuán veloces
en la nada sin fin se precipitan
los instantes que roban al destino
las almas yertas, que sin fe se agitan!

Algo sentí como el tormento mudo
con que el águila gime
al ver rotas las alas con que pudo
audaz cruzar la inmensidad sublime.

Quemantes gotas de profundo llanto
mojaron mis mejillas.
De mi conciencia tuve horror y espanto
y caí de rodillas.

Comprendí que la gloria,
la excelsa gloria, no era más que un nombre;
un terrible sarcasmo de la historia:
un miserable vértigo del hombre,

Comprendí que la tierra
no era más que un teatro de batalla,
donde nunca se escucha
otro rumor de vida que el de guerra,
otro salmo a la luz que el hondo grito
con que solloza el corazón que estalla·
con que solloza la razón que lucha,
en su eterna ascención al infinito.

Busqué la soledad. En su ancho seno,
nadando en una atmósfera de oro,
en presencia de Dios, lejos del mundo,
a mi arpa entonces, de entusiasmo lleno,
yo arrancaría un cántico sonoro,
yo arrancaría un cántico profundo.

Allí, las castas flores;
los frescos, murmurantes arroyuelos;
los vientos bramadores;
las montañas que se hunden en los cielos.
Allí, las pardas brumas,
los raudos astros que en silencio giran;
el piélago sin fin con sus espumas
que rugen y suspiran.

Allí los misteriosos llamamientos
del espacio a la tierra;
el [1] monólogo inmenso del abismo
cuyos vastos acentos
son la revelación de cuanto encierra
el pensamiento eterno de Dios mismo.

Lejos del mundo encaminé mis pasos,
sin otra compañía,
sin otro amor que el libro que redime.
Al confundirnos con[2] eternos lazos,
creí que contraía
un desposorio celestial, sublime.

Yo iba a saciar mi sed devoradora,
aspirando a mi antojo, en mi aislamiento

[1] Del, en la Ed. Miranda.
[2]. En, en la Ed. Miranda.

el raudo efluvio de la eterna aurora
en la copa de luz del firmamento.[1]

FRAGMENTO V

Sensaciones extrañas
conmovieron mi ser, cuando a lo lejos
volví a ver destacarse las montañas
donde yo de la luna a los reflejos,
y al estruendo del piélago infinito,
en una triste fecha, ya perdida,
con el hondo sollozo del proscripto
saludé las tinieblas de la vida.

Llanto de fuego se agolpó a mis ojos,
cuando ví sin verdor, sin hoja alguna,
ya reducida a fúnebres despojos,
el lóbrego ramaje
del roble secular, donde mi cuna
entretejida con agrestes cañas,
con ternura salvaje
columpió el huracán de las montañas.

¡Qué recóndita pena
me partió el alma, cuando ví la fosa
donde mi madre con la paz serena
del hondo sueño del no ser, reposa!

Con qué doliente, melodioso acorde,
con qué rumor tan tierno,
iban las olas a morir al borde
de su sepulcro eterno!

---

[1] Del pensamiento en otro de los manuscritos del poeta.

Reina un silencio funeral, profundo,
en el lóbrego seno
de aquellos altos montes de granito.
En vano intenta el piélago iracundo,
de formidables amenazas lleno,
turbar la paz de aquel rincón bendito.

En sus gigantes, seculares rocas,
van a morir con lánguido desmayo,
los raudos vientos, las tormentas locas,
las cóleras del rayo

En la grandiosa calma
de sus selvas eternas y sombrías,
resonar en su seno siente el alma
solemnes armonías.
Siente brotar del fondo de las cosas,
en inmensos raudales,
vibraciones de liras misteriosas
palpitaciones de almas inmortales.

Pero en medio del cántico bendito
que alza allí cuanto existe,
mi negra duda levantó su grito,
su grito ronco y triste.

¿Con qué fin la inmortal naturaleza
modulaba aquel cántico sublime
de armonías sin nombre?
¿Era para calmar la cruel tristeza
con que se arrastra y gime
desde la cuna hasta el sepulcro el hombre?

Ah! No podía ser! Hoja marchita
que por ignoto y áspero camino

entre nubes de polvo precipita
el raudo torbellino:
nube fugaz que apenas se dibuja,
cuando ya el mismo viento que la mece,
al desierto la empuja,
y en la nada sin fin la desvanece:
tal es el hombre. Sueña cuando piensa
que a consolarlo en su destino adverso,
del pedestal de su grandeza inmensa
desciende el universo.

FRAGMENTO VI[1]

Ay! cuántas veces ante el libro abierto
no me hallaron la noche con la aurora
en actitud febril, meditabunda,
de ardientes gotas de sudor cubierto
y la frágil razón enloquecida
luchando con afán, hora tras hora,
por encontrar la solución profunda
de los grandes misterios de la vida!

---

1. En la Ed. Miranda aparece la siguiente versión del Fragmento VI, enteramente diverso del que arriba reproducimos y que es el que hemos tenido a la vista en las ediciones de 1892 y en las págs. de P. A. G. Dice así el de la Ed. Miranda:

¡Cuántas veces la noche con la aurora
no me encontraron ante el libro abierto
luchando con afán, horas tras horas,
de ardientes gotas de sudor cubierto!

Yo, con la santa fe que el alma inunda
de luz desconocida,
buscaba en él la solución profunda
de los grandes misterios de la vida!

Por el inmenso abismo de la historia
dilaté la mirada
y en tropel agitaron mi memoria
las negras sombras de la edad pasada.
Artes y ciencias, religión, gobierno,
cuanto la humanidad en su camino
tuvo el delirio de llamar eterno,
no era más que un montón de ruinas frías:

Por el vasto horizonte de la Historia
dilaté la recóndita mirada.
Y de su hondo sarcófago de escoria
se levantó ante mí la edad pasada.

Ví desfilar el mártir y el verdugo,
los siervos y los reyes,
encadenados al siniestro yugo
de un mismo Dios y de unas mismas leyes

Ví desfilar hacia una misma fosa,
bajo un mismo anatema,
la virtud que solloza
y el vicio que blasfema!...

¡Ay de la Humanidad!—Ella no sabe,
y a comprender no alcanza,
ni de dónde partió su errante nave,
ni por qué rumbo ni hacia donde avanza.

Ella interroga en vano
en su negro camino
el insondable arcano
de su propio destino...

El ideal se aleja ante sus ojos
como una eterna esfinge fugitiva.
¡Y se aumentan abajo los abrojos
y las sombras arriba!

Por lo que se ve no sólo difiere el texto en este Fragmento, sino que es más corto también e inferior como poesía.

a donde iba a llorar solo el destino
que, sin cesar, con el rumor profundo
de sus alas sombrías,
alzaba el himno funeral de un mundo.

¡Cuántas revelaciones
en el silencio con que el tiempo rueda
hacia la eternidad desconocida!
¡Cuántas persecuciones
de las que apenas el recuerdo queda,
no han pretendido con horrendo grito,
no han pretendido en su furor insano
con la hoguera encendida
detener en su vuelo al infinito
al pensamiento humano!

¡Ay! de unas mismas leyes
encadenados al eterno yugo
ví desfilar los siervos y los reyes
ví desfilar el mártir y el verdugo.

Ví rodar, confundidos al reposo
de un mismo sueño, de una misma nada,
la virtud con su lúgubre sollozo
y el vicio con su torpe carcajada.

Vanos fantasmas solamente han sido
los pueblos que han cruzado por la tierra
asordando el espacio con su ruido,
mentira[1] fué su inexcusable esfuerzo
al disputarse en espantosa guerra
la eterna posesión del Universo.

---

[1] Estéril se lee en la Ed. 92.

Errando por inmensas soledades,
sin darse paz, la humanidad batalla;
es que en su seno lleva
un germen de sombrías tempestades
que sin cesar estalla
que sin cesar renace y se renueva.

Mas ¡ay! la inmensidad desierta y muda
siempre le muestra, inexorable y fría,
en vez de la verdad la eterna duda;
la perdurable noche en vez del día.

El ideal se aleja de mis ojos
cual visión fugitiva,
acrecentando bajo los abrojos
y las sombras arriba.

FRAGMENTO VII

En mi noche sombría
de cuando en cuando vagorosa y leve,
una fugaz aparición batía
sus alas de oro y nieve.

Era la tenue, la impalpable sombra
del querubín bendito
que allá en la tarde, cuando el sol se escombra
en el mar infinito,
yo cuando niño, resbalar miraba
envuelto apenas en el blanco velo
de cada rauda nube que cruzaba
la inmensidad del cielo.

Era la imagen pura[1], misteriosa
de la virgen divina
que, de los sueños de color de rosa
que se forjó mi juventud temprana,
vagaba entre los tules,
como vaga la estrella peregrina
en la bruma lejana
de los tibios crepúsculos azules.

Era la forma fugitiva, incierta
de la mujer celeste con que a solas,
en la playa desierta,
al dulce ritmo de las mansas olas,
un tiempo yo con lánguido desmayo,
mudo el laúd, sin vibración alguna,
iba a soñar al tembloroso rayo
de la pálida luna.

Mas la visión que entonces me arrobaba,
hondo raudal ahora
de lágrimas acerbas me arrancaba.
Ahora me traía
el cruel recuerdo del afán profundo
con que después, en noche sin aurora,
en vano el alma mía
su hermoso original buscó en el mundo.

Al batir, junto a mí, siempre constante,
sus alas peregrinas,
me hacía la impresión del ave errante
que anida entre las ruinas.
Del ave que sus íntimas congojas
viene a llorar, desde región lejana,

---

[1] Y misteriosa en la Ed. Miranda.

sobre el árbol, ya mustio, ya marchito,
desde cuyas alegres, verdes hojas,
una feliz mañana
alzó su primer canto a lo infinito.

Y mientras tanto, sin zozobra alguna
en un sublime arrobador idioma,
todo habla de amor en torno mío.
De amor hablaba con el mar la luna;
de amor el cielo azul con la paloma;
de amor con la violeta el sauce umbrío.

Y, mostrando, a lo lejos,
sobre su casta, inmaculada frente,
la corona nupcial de sus reflejos,
las fúlgidas estrellas
delante de Dios mismo que las mira,
de amor hablaban con afán ardiente
a la pálida tierra, que con ellas,
como un ensueño por el éter gira!...

Todo hablaba de amor; y todo, todo,
desde los astros mismos
hasta los negros átomos del lodo
que llena los abismos;
todo encontraba en la corriente ignota
con que el amor al universo inunda,
alguna dulce, alguna fresca gota
para su sed profunda.

Yo, solamente, en mi fatal jornada
hacia el sepulcro frío,
encontré siempre su raudal sin nada,
encontré siempre su raudal vacío.

Cuando el astro del día
detrás de las montañas de granito
de la desierta costa, ya se hundía;
y junto con los últimos fulgores
con que él teñía la escarpada sierra.
flotaba en lo infinito
el eco de los últimos rumores
que lanzaba la tierra;
imponentes y extraños pensamientos
cruzaban por mi alma,
trayéndome en sus alas misteriosas
los últimos acentos
con que en el fondo de la eterna calma
me convidaban a dormir las cosas!

FRAGMENTO VIII

Era una tarde azul y transparente
en que, rasgando con destellos vivos
el velo del crepúsculo, su frente
levantaban los astros pensativos:
en que a través del aura fresca y suave,
enviaba al éter vago,
la flor su aroma; su rumor, la abeja;
la fiera, su clamor; su trino, el ave;
la virgen, su oración; su ritmo, el lago;
en que el inmenso piélago gemía,
respondiendo con honda, amarga queja
al adiós melancólico de un día.

Yo espaciaba a lo lejos la pupila,
buscando a mi dolor, con hondo anhelo
un dulce olvido en la quietud tranquila,
en la calma profunda
con que envolvía la región del cielo
la tarde moribunda.

Mi vista errante, de improviso atrajo
una agreste cabaña
que, sobre el borde de un inmenso tajo,
labrado por el mar en la montaña,
se alzaba allá distante,
cuál águila caudal, que sin recelo,
contemplara la bóveda gigante
en actitud de remontar el vuelo.

Yo en ella entonces, por la vez primera,
los ojos detenía.
Meditaba en el vértigo sombrío
con que su techo la tormenta fiera
estremecerse hacía,
al retorcerse sobre el mar bravío.

Me la forjaba una morada sola,
una morada cuya eterna calma
no podría turbar más que la ola
o el pálido fantasma de algún alma.

Mas, de su fondo, luego,
ví surgir la fantástica silueta
de un ser que parecía un ser humano.
Y en medio del magnífico sosiego
la ví oscilar inquieta
sobre el limpio cristal del océano.

Y en su apacible giro
el raudo viento de la playa umbría
me trajo el melancólico suspiro
de un canto de inefable melodía.

Aquel canto sublime
tenía las divinas vibraciones
con que en la tumba de la virgen gime
el ángel de las blancas ilusiones.

Y en pos corrí del tajo
labrado por el mar en la montaña.
Con ímprobo trabajo,
hasta el umbral llegué de la cabaña.

Y pálida y absorta y pensativa,
envuelta en blanco velo
en las alas del aura fugitiva,
sueltos los bucles de su blondo pelo;
vagando sus pupilas en la bruma
del espacio lejano;
virgen recién brotada de la espuma
del azul oceano;
de pie sobre una roca, donde apenas
iba a dejar la ola
un beso y un suspiro en las arenas,
se alzaba una mujer, inmóvil, sola.

Eran sus tersos, lánguidos cabellos,
rubios como la nube que el sol hiere
con los rojos destellos
que lanza cuando nace o cuando muere.
Y la tinta fugaz de su mejilla,
era más seductora
que la tinta del lirio cuando brilla
bañado por la tarde o por la aurora.

Mientras el mar batía la montaña,
y ella gorjeaba al rayo de la luna,
del fondo de la lóbrega cabaña
no brotaba el rumor de voz alguna.

Yo de la puerta removí las hojas,
y entonces distinguir mi vista pudo,
a las centellas lúgubres y rojas
de agonizante vela,
angustiada la faz, juntas las manos;
la mirada en la sombra, el labio mudo;
fantasmas que el dolor azota y hiela;
delante de un cadáver, dos ancianos.

Eran dos tiernos padres que de hinojos
regaban con su llanto
los macilentos, fúnebres despojos
del hijo que hasta entonces fué su encanto.

Ay! Desde niño, a solas,
como ellos pescador, también, como ellos,
él desafió los vientos y las olas,
en la lóbrega noche, a los destellos
del relámpago mismo,
él siempre contempló con faz altiva
debajo de sus plantas el abismo;
y la tormenta, arriba.

Y hundió a la pobre niña su partida
en un dolor sin fin que no se nombra;
él era su ilusión, su misma vida;
por eso uniendo con la risa el llanto,
la pena con el gozo,
ella evocaba su impalpable sombra,
alzando en su delirio un tierno canto
con notas de sollozo.

Lejos de la ribera
hizo morir, en su ondulante giro,
las cadenciosas notas
de su inefable voz, el raudo viento;

y entonces ella, en actitud sencilla,
y como si ante Dios orar quisiera
con el rumor del último suspiro
de las alas ya rotas
de su ya moribundo pensamiento,
dobló sobre la roca la rodilla.

Y en su transporte se ofreció más bella
que el errante querube
que al dulce rayo de lejana estrella
se rinde al sueño sobre la blanca nube.

¿Pensaba en Él? En ese instante, acaso,
sus raudas almas en amante cita
se desposaban con un santo abrazo
en la callada bóveda infinita[1].

Desde aquella fatal noche de duelo,
yo de la niña y de los dos ancianos
ser me propuse un ángel de consuelo,
mas mis esfuerzos fueron siempre vanos
por hacer germinar de nuevo en ella
la flor de la ilusión desvanecida;
y hacer brillar de nuevo la centella
de la razón perdida.

Ay! Cuántas veces a los dos, a solas
allá, cuando el crepúsculo desmaya,
mientras iban gimiendo, de una en una,
a nuestras plantas a morir las olas,
no nos vió vagar juntos por la playa,
desde la eterna inmensidad, la luna!

---

[1] Hay interrogación en la Ed. Miranda. Error fácil de notar inmediatamente.

La blanca luna en cuya faz bendita
ella clavaba con afán los ojos,
dejando oír en la solemne calma
esa voz infinita
con que vibran los últimos despojos
de la lira del alma!

Y al encenderse la primera estrella,
que desgarraba el vaporoso prisma
de la bruma azulada,
cuántas veces también, a orar por ella,
no fuí con ella misma,
ante la tumba de mi madre amada!

Mas ay! como la planta que sin riego,
desde que nace hasta que muere el día,
está ya bajo la acción de un sol de fuego,
ella ya sin cesar languidecía.
Era una flor que, temblorosa y tierna,
plegaba ante la luz su blanco broche,
para entreabrirlo a la penumbra eterna
de una profunda noche!

FRAGMENTO IX

Fué todo, todo, solamente un sueño...
Pero fué un sueño que arrobó mis ojos,
cuando brilló magnífico y risueño,
en mi senda fatal, llena de abrojos.

Fué un sueño que, al volar lejos del mundo,
me dejó errando en la mitad del día,
en el limbo profundo
de una noche recóndita, sombría...

Ella con su presencia
aplacaba la lucha, sorda y cruda,
que en la noche interior de mi conciencia
yo, sin cesar, trataba con la duda.

Ella, con su mirada,
le retornaba a cada ser la vida;
su hogar perdido, al ave desterrada;
al corazón su fe desvanecida;
su cándida corola,
a la flor deshojada por el cierzo;
su música a la ola;
su Dios, al alma; su alma al universo.

Ella con su presencia y su mirada,
alas me daba para alzar el vuelo;
alas de luz para poblar la nada
con un ángel y un cielo.

Cuando con mano impía,
arrancó de mis brazos sus despojos
el cruel sepulturero,
me pareció que para siempre huía
de mis nublados ojos
la tierra, el sol, el universo entero.

Mas ¡ay! La creación indiferente,
contempló mi recóndita congoja:
ninguna estrella encapotó su frente;
ninguna planta se arrancó una hoja.

Todo siguió, como antes, sú camino,
sin dar la menor muestra
de comprender la página sombría,

que el bárbaro destino
agregaba en su cólera siniestra
a la tragedia mía.

La tierra sobre su eje de granito,
siguió rodando, sin cambiar de polo.
El sol siguió brillando en lo infinito;
y yo en la noche batallando solo.

¿Hacia la eterna nada
por el desierto del dolor yo iba?
Cuál era el fin de mi fatal jornada?
Él estaba aquí abajo? Estaba arriba?

¿Era sólo ilusión que allá a lo lejos,
de amor temblando, me aguardaba Ella?
Perdida en los magníficos reflejos
de la última estrella?

El culto ardiente de un amor sin nombre,
el mundo eterno presentir me hacía;
un mundo eterno, donde no era el hombre
fantasma melancólico de un día.

Cuando Ella ya se hundió detrás del velo
del misterio sombrío,
mi única religión quedó sin cielo;
mi único altar, vacío.

El eco todavía
en mis oídos tristemente zumba
de las trovas de amor, que placentero,
entre las brumas de la tarde fría,
cuando labraba junto al mar su tumba,
preludiaba el fatal sepulturero.

Y zumba el himno ardiente
que, con cadencias, misteriosas, suaves,
aquella misma tarde ante mis ojos,
al último fulgor del sol poniente,
vinieron a entonar dos negras aves
sobre el sauce que cubre sus despojos.

Y en mis pupilas tristemente flota
la tibia luz que desde la alta esfera,
indiferente a mi fatal fortuna,
por entre el velo de la niebla rota,
sobre su tumba por la vez primera,
vertió la blanca luna.
La blanca luna en cuya faz bendita,
ella clavaba con afán los ojos,
dejando oír en la solemne calma
esa voz infinita,
con que vibran los últimos despojos
de la lira del alma...[1]

Indiferente a su profundo sueño,
el genio de la alegre primavera,
con su arpa de oro al céfiro batida,
sobre su tumba, descendió risueño,
llenando el mar, el éter, la pradara,
de cánticos de vida.

Él en su tumba señaló sus rastros,
con rosas purpurinas,
que, temblando de amor en el vacío,

---

[1] Estos seis versos se encuentran también en la estrofa vigésima primera del canto octavo. ¿Fué repetición voluntaria introducida por el poeta para aumentar un efecto determinado?

se mostraban los astros
en la sarta de perlas cristalinas
de su nupcial diadema de rocío.

Ante la cruz de piedra,
que, coronada por las verdes guías
de trepadora hiedra,
guarda la paz de sus cenizas frías,
¡cuántas veces de hinojos
allá en la tarde, cuando el sol se escombra
en el mar infinito,
no desaté las fuentes[1] de mis ojos,
llamando en vano su impalpable sombra
en torno de la frente del proscripto!

¡Cuántas veces en vano, yo por Ella,
delante de su tumba solitaria,
al encenderse la primera estrella,
no intenté murmurar una plegaria!

Mi triste acento se apagó sin ruido,
como el suspiro con que el alma hiere
la vibración que al[2] arpa del gemido[3]
arranca el último ideal que muere...

Cada vez que rendido a mis congojas
con loco desvarío
yo traté de evocar mi fe, ya inerte,
bajo el sauce que cubre su morada,
en el sordo murmullo de sus hojas,

---

[1] La uente, se lee en la Ed. Miranda.
[2] El arpa, en la Ed. Miranda.
[3] Este verso resulta obscuro; seguramente lo corrigió más tarde González, aun cuando en las tres versiones que conocemos está igual.

creí sentir el diálogo sombrío
que sostiene la vida con la muerte
delante de la nada!

FRAGMENTO X

¡Oh vértigo sin nombre
el vértigo fatal con que se agita
en las tinieblas de la duda[1] el hombre!
Si audaz pretende dilatar su imperio
el astro errante que sobre él gravita,
va a estrellarse impotente en el misterio.

Sueño perdido en el profundo oceano
del espacio sin fin que le rodea;
medir la inmensidad pretende en vano,
con las frágiles alas de la idea.

Bajo la noche cada vez más densa
con que la duda sin cesar le oprime,
en convulsión desgarradora, intensa,
él siempre lucha, se retuerce y gime.

Sobre el planeta mismo,
dentro de cuyos límites solloza,
le presenta un abismo,
un insondable abismo cada cosa.

Es una nota ajena
al himno eterno, unísono, profundo,
con que la inmensidad desconocida
el universo llena:

---

[1] De la vida, dice en la Ed. Miranda, lo cual supone un violento error.

al himno que levanta cada mundo
con formidable voz en lo infinito,
vibrando bajo el soplo de la vida
como una arpa gigante de granito.

Es una ola errante
que cruza la extensión del oceano,
sin detenerse nunca un solo instante:
que al viento misterioso que la empuja,
busca, persigue en vano
una playa que nunca se dibuja.

Es un ser que se arrastra por el lodo,
ludibrio del furor de las pasiones
que en sus mismas entrañas él encierra:
que, ultrajándolo todo,
provoca sin cesar las maldiciones
del cielo y de la tierra.

¡Cuántas instituciones
en su febril delirio no elabora,
pretendiendo mudar las condiciones
de su suerte fatal, que él mismo ignora!

¿Qué fin vino a cumplir sobre el planeta,
cuya costra sombría
con vínculos fatales le sujeta?
Vino a ser costra inerte
predestinado a no ver nunca el día?
Vino a vivir la vida de la muerte?

¿Por qué, por qué batalla
por transformar las leyes misteriosas
cuyo código eterno, escrito se halla
en las mismas entrañas de las cosas?

¿Por qué? Si siempre de las nuevas leyes
con que se impone él mismo
religiones, gobiernos, dioses, reyes,
pronto se cansa; con voz ronca grita:
y al fondo del abismo
él mismo con su pie las precipita?

¿A qué condujo el insensato empeño
con que el gran Capitán de Macedonia,
cruzando como un sueño
el horizonte azul del mar de Jonia
hasta el fondo llegó del Asia ardiente,
pretendiendo eclipsar en su jornada
los rayos del eterno sol de Oriente
con los rayos de un día de su espada?

¿A qué condujo el humillante insulto
que el implacable Capitán romano,
al obligarlo a tributarle culto,
hizo al linaje humano?

¿A qué condujo la sangrienta escena
con que a su paso enrojeció la historia,
el formidable capitán del Sena,
que en hondas maldiciones
hizo estallar contra su infausta gloria
la voz de las naciones?

Cada ley, cada idioma, cada raza,
cada gigante imperio,
es un fantasma pálido que pasa,
que se hunde en el misterio.

Sólo es eterno lo que dicta y crea
el Verbo a cuya voz desconocida
del caos brota el ser; del ser la idea;
el Verbo a cuya voz las sombras callan,
y se encienden relámpagos profundos
y flotan arreboles;
y en explosión magnífica de vida
en los inmensos ámbitos estallan,
a centenares gérmenes de mundos;
a centenares gérmenes de soles.

FRAGMENTO XI

Tornaba una mañana
del fúnebre santuario en que reposa
la virgen que un instante ver me hizo,
por entre nubes de color de grana,
por entre nubes de color de rosa,
la luz del paraíso.

Caminaba con triste, lento paso,
pensando en el misterio que envolvía
el invisible pero eterno lazo
entre mi ser y entre su tumba fría.

A solas, a mí mismo,
me interrogaba con afán profundo,
con ansiedad sin nombre,
si más allá del insondable abismo
en cuya noche inmensa
va como un sueño a sumergirse el mundo
que riega con sus lágrimas el hombre,
otro mundo comienza.

Pensaba en Dios. Su idea se cernía
en el fondo de mi alma, ya desierta,
como el último rayo con que hiere,
en la tarde sombría,
a la nube fugaz que flota incierta
el sol que lejos agoniza y muere.

Pasaba por delante
de la modesta y lóbrega capilla
a donde el pescador, con santo anhelo,
antes de abandonarse al mar gigante,
va a doblar en la tierra la rodilla
y a levantar el corazón al cielo.

Ví junto al ara un sacerdote anciano,
que al mismo tiempo que en silencio oraba,
sobre dos bellos jóvenes la mano,
como en señal de bendición alzaba.

Consagraba la unión, la unión sublime
con que dos almas escuchando el grito
del santo amor que del dolor redime,
cumplían ya la ley de lo infinito.
La ley a cuya voz la fresca gota
de su efluvio a la flor, que el viento quema,
y vibrando en la luz, la dulce nota
da su ritmo al poema.

Los dos en su aire encantador, sencillo,
en su aspecto sereno,
reflejaban el terso y casto brillo
que irradian a la faz los corazones
que conservan intactas en su seno
sus blancas ilusiones.

Él era un joven valeroso y fuerte,
que al par mostraba en su pupila obscura
el arrojo del alma que a la muerte
con soberbia altivez siempre desdeña;
y la profunda y lánguida ternura
del alma que ama y sueña.

Era ella una virgen pudorosa
que a su senda de abrojos
trajo por toda y única fortuna:
en su cándida faz, tintas de rosa;
acentos de ángel en sus labios rojos;
y en su pupila azul, rayos de luna.

El raudo genio del amor divino
sus dulces alas con rumor sonoro
batía en su camino;
y a copiosos raudales la ambrosía
de su ancha copa de oro
sobre sus almas desbordarse hacía.

Enviábanse sus lánguidas miradas
un resplandor profundo:
algo como un efluvio de alboradas
donde flotaba la visión de un mundo:
del mundo acaso que, con ansia inquieta,
entre caricias locas,
ve brotar en sus sueños, el poeta,
del beso ardiente que se dan dos bocas.

Fué un indecible, un inefable arrullo
el sí que al pie del ara murmuraron:
se pareció al murmullo
con que en un tiempo al rayo de la luna,

voces de amor a mí también me hablaron
de un ángel y una cuna.

Sus almas inocentes,
flotando juntas en un mismo rayo,
abriéndose ambas a una misma aurora,
soñadoras y ardientes,
miraban, ya, con lánguido desmayo
venir, temblando, la suprema hora:
la santa hora en que, ante Dios condensa
el santo amor con místico embeleso,
la eternidad inmensa
en la explosión de luz del primer beso!

En mí rugió el dolor... Tuve sonrisas...
Me alejé pensativo...
Iba a encender, allá en mi hogar desierto,
las pálidas cenizas
del fuego que al partir, yo dejé vivo,
y que al volver encontraría muerto.

FRAGMENTO XII

Ya con honda, mortal melancolía
detrás de las montañas iba a hundirse
el sol de fuego del ardiente día
en que yo, lamentando mi fortuna,
delante del altar ví confundirse
dos tiernas almas para siempre en una.

Vagaba por la playa solitaria,
buscando a mi dolor un refrigerio
en el rumor de tímida plegaria
con que el mar siempre gime,

al avanzar la sombra y el misterio
de la noche sublime.

Yo sentía vibrar, crecer en mi alma,
al regar con mi llanto,
en el misterio de la tarde en calma,
las arenas que a solas,
en su eterno, recóndito quebranto,
riega el mar con sus olas.

Meciéndose a compás sobre los bordes
de sus flotantes nidos,
las aves al espacio sus acordes
enviaban confundidos.

Y sus tiernos hijuelos entre tanto,
estremeciéndose con hondo anhelo,
escuchaban su canto,
para ensayarlo con su voz divina
al desplegar sus alas hacia el cielo
a los besos del sol que lo ilumina.

Al grito de las voces misteriosas
con que en[1] cada profunda, oculta fibra
del alma de las cosas
el verbo del amor estalla y vibra,
también aquellos seres peregrinos,
inocentes y tiernos,
habían confundido sus destinos
con vínculos eternos.

Y no tuvo su unión sublime y santa,
más esplendor, más pompa, que el acento

---

[1] Falta en la Ed. Miranda.

con que al pie de las rocas de granito,
delante de los astros, la ola canta,
el abrazo que el mar y el firmamento
se dan ante Dios mismo en lo infinito.

Nadie representó sobre la tierra
la excelsa potestad del Dios sin nombre
que en los designios múltiples que encierra
hace que amen las aves, que ame el hombre.

El céfiro sonoro
que ellas batían con su raudo vuelo,
les trajo en el rumor de su arpa de oro
la santa y pura bendición del cielo.

El hombre solamente
prolongando el baldón de su caída,
sueña desviar la colosal corriente
de las gigantes olas de la vida.

Él, solamente, suplantar intenta,
cediendo al grito de su afán perverso,
con las leyes efímeras que inventa
el código inmortal del universo.

Vino la noche, al fin. Con voz extraña
parecieron de amor hablar en ella,
con el grano de arena, la montaña;
con la nube, la estrella.

No era un crespón sombrío, funerario,
su impenetrable velo.
Era el tul infinito del santuario
de la unión de la tierra con el cielo.

Bien pronto allá a lo lejos,
indiferente a mi fatal fortuna,
coronada de mágicos reflejos
se alzó la blanca luna.

Y al beso de los pálidos celajes
de su pálida frente desprendidos,
con vértigos de amor en los follajes
palpitaron los nidos.

Del fondo inmenso de la niebla rota,
repercutiendo intensa
en medio del magnífico sosiego;
dominando los ámbitos profundos;
algo brotó como una inmensa nota;
como el rumor de una caricia inmensa;
como un beso de fuego
que estremeció en sus órbitas los mundos.

Turbado el corazón; el paso incierto;
yo emprendí la partida
al triste seno de mi hogar desierto.
Ay! Todo hablaba en la solemne calma
el lenguaje sublime de la vida!
Sollozaba en silencio sólo mi alma!

Sobre el umbral me desplomé sombrío
me derribó el dolor con que se escucha
el último sollozo que al vacío
lanza ya la conciencia desgarrada
por la tremenda, pavorosa lucha
de la vida y la nada.

Yo era una nota extraña
al himno eterno, unísono, profundo,

que con ritmo diverso
alzaba el mar, la estrella, la montaña.
Fantasma de otro mundo,
me hallaba ante otra noche, negra y muda;
allá en la inmensidad de otro universo:
ante la noche de la eterna duda!

FRAGMENTO XIII

¡Cuántos recuerdos despertarse siento
al contemplar los niños cuando juegan;
cuando a las dulces ráfagas del viento
los cabellos despliegan!

Yo fuí también un ángel inocente,
un candoroso niño.
La pureza de mi alma y de mi frente
rivalizar podía
con la pureza del más puro armiño,
con la pureza de la luz del día.

Aurora casta y bella
del génesis de luz de un mundo vago,
la infancia tiene el ritmo de la estrella,
la música del lago.

Cuando la dulce infancia se desliza
al ocaso sin nombre,
huye también del labio la sonrisa,
y en un fantasma se convierte el hombre.

Entonces ¡ay! Los sueños tutelares
tienden lejos sus alas peregrinas,

dejando solitarios sus altares,
que el genio del dolor transforma en ruinas.

Entonces ¡ay! Ya el hombre no reposa;
ya no encuentra jamás tregua ni calma;
pues, siente qué algo, sin cesar solloza
en el desierto funeral de su alma.

Cada ilusión que muere,
dejar parece en cada rota fibra
del corazón que el desengaño hiere,
un hondo adiós que eternamente vibra.

Quizás cada ilusión que en flor se hiela,
bajo el sol de la vida,
dentro del corazón del hombre mismo,
es un signo fatal que le revela
que él dentro de su sér lleva escondida
la noche del abismo.

Mi loca fantasía
en vano, en vano, sin cesar se empeña
en evocar las horas de alegría,
en que se canta[1] y sueña.

Es vano, en vano, el perfumado ambiente,
cuando el día a lo lejos, triste acaba,
viene a buscar en mi abatida frente
los negros rizos con que ayer jugaba.

Muerta mi juventud, mi bien perdido,
nada en el mundo que esperar me queda:
soy una ave sin nido,
un despojo que ignora a dónde rueda.

---

[1] En la Ed. Miranda dice cansa, error tal vez del cajista.

¡Oh! niños inocentes
que alzar podéis a la radiante altura
vuestras cándidas frentes,
sin mancillar con ellas la luz pura:
si con mi mano, yo tocar pudiera
la bóveda infinita,
yo en ella para siempre detuviera
el raudo sol de vuestra edad bendita.

¡Ay! La celeste gasa
con que ella vuestras frentes hoy adorna,
es algo que también muy pronto pasa
y algo que, cuando pasa, nunca torna.

También vosotros, luego,
vais a tener que batallar a solas,
sin fe, desesperados, sin empuje,
con el torrente abasador, de fuego,
con el volcán de formidables olas [1]
de la pasión que ruge...

Y vosotras, ¡oh vírgenes hermosas!
que tenéis miel entre los labios rojos,
y en las mejillas, purpurinas rosas,
y reflejos celestes en los ojos;
que, cual raudas visiones de ala inquieta,
siempre vagáis en el azul santuario
del alma de alas de oro del poeta
que allá en la noche gime solitario;
también vosotras, como el ángel bello
que, ceñido de blancos azahares,
ante mí resbaló como un destello;
tendréis que abandonar vuestros altares,

[1] Alas, en la Ed. Miranda.

¡Ay! por el dedo del destino mismo
está escrito en el libro soberano,
con sombras del abismo,
que os devore también el vil gusano...

Y vos, ¿qué hacéis, oh juventud ardiente,
que entre las manos el laúd divino,
la excelsa inspiración sobre la frente;
y en el labio los himnos inmortales
emprendéis el camino
en pro de los eternos ideales?

¿Qué es lo que hacéis, que sin zozobra alguna,
el semblante risueño,
confiando en el favor de la fortuna,
váis en pos del ensueño?

¡También allá en un tiempo, ya lejano,
yo emprendí, como vos, la gran jornada:
hallé delante el insondable arcano;
hallé delante la insondable nada!

Luego también, con la cabeza baja,
vos cruzaréis el lóbrego desierto,
siendo vos misma la fatal mortaja
de vuestro corazón que habrá ya muerto!

FRAGMENTO XIV

¡Oh, Tú! Ser misterioso,
que dentro y fuera de mi ser yo siento
siempre en actividad, nunca en reposo!
que en mi conciencia, que en silencio llora,
eres duda, batalla, pensamiento,

y en el espacio azul, rumor y aurora.
¡Oh, Tú! Ser soberano,
que a la par te revelas y te escondes;
que a la par eres luz y eres arcano:
que a la par enmudeces y respondes
al perdurable grito
con que te llama en su camino incierto
la humanidad, que rueda en lo infinito
como un grano de arena en el desierto,
Tú, que eres causa, providencia, vida,
permite que un instante,
en mi fatal, recóndita tristeza,
mi humilde voz, resuene confundida
con el himno gigante
que te alza, la inmortal naturaleza!

En vano, en vano, el hombre
ante la inmensidad que le rodea,
en los estrechos límites de un nombre
audaz pretende contener[1] tu Idea.

Como sombra que el viento desvanece
en las vastas regiones
donde fulguran los eternos astros;
así desaparece
en la serie sin fin de evoluciones
del espacio y la historia,
dejando apenas fugitivos rastros,
cada sistema que, con torpe esfuerzo,
una forma tallada en vil escoria
pretende darte[2] oh Dios del Universo!

---

[1] En el original de la Ed. 92 aparece el vocablo *contener*, en forma de corrección sobre las palabras *hacer caber*. En la Ed. Miranda, por un error, dice *contraer*.

[2] Darle, en la Ed. Miranda.

Tú eres el Ser, en cuya mente vive
el eterno modelo
de cada ingente sol, de cada mundo
que formidables órbitas describe
en el fondo sin límites del cielo;
el Sér en cuya mente
vibra la forma, el número profundo,
del poema inmortal que en lo infinito
pregona tu grandeza omnipotente
con notas de granito.

Jamás, jamás, en la palabra humana
podrá ningún sistema
hacer caber la cifra soberana
del ritmo eterno de tu gran poema.

¿Qué melodiosa lira
puede expresar el íntimo murmullo,
con que la flor suspira
al desplegar su virginal capullo?
¿Traducir los cadencias, una a una,
de la queja de amor, del himno vago,
con que al copiar la imagen de la luna,
rompe el silencio de la noche el lago?
¿Interpretar las notas de la escala,
que preludia, risueña,
la primera ilusión que bate el ala
junto a la virgen que se turba y sueña?

¿Qué sonoro instrumento
las vibraciones remedar podría
de la música extraña
con que pregona su furor el viento,
en la copa sombría
del roble secular de la montaña?

—Del tremendo clarín, con que provoca
la ola ronca y fiera
a la gigante, formidable roca
que inmóvil se levanta en la ribera?
—De[1] la potente voz, con que tú mismo
hiciste ¡oh Dios sin nombre!
brotar de las tinieblas del abismo
la luz, la vida, el universo, el hombre?

Si más allá de la radiante esfera
el pensamiento el hombre remontara,
grotescos simulacros no fundiera:
tú serías el Dios que él adorara.

Entonces él jamás intentaría,
con torpe afán, con insensato esfuerzo,
suplantar con sus códigos de un día
el Código inmortal del universo.

Tú eres el Ser[2] a quien bendice y nombra,
a quien adora y canta,
el astro que del fondo de la sombra
a cruzar lo infinito se levanta.

Tú eres el Ser que el universo llena:
el Ser que con su voz desconocida
da ritmo al mar, al éter, claridades.
Tú eres el Sér que ordena
las eternas corrientes de la vida
a través del espacio y las edades.

---

[1] Es, dice la Ed. Miranda, y no figura el guión antepuesto que figura en el original de la Ed. 92.
[2] Dios, en la Ed. Miranda.

A oír no alcanza el hombre en su miseria
los latidos profundos
con que palpita cada inmensa fibra
de la inmortal materia,
que, desatada en un raudal de mundos,
de un polo al otro del misterio vibra.

Miserable gusano que resbala
por un profundo, tenebroso averno,
él no tiene ni una ala
con que surcar tu[1] luz ¡oh Dios eterno!

Sin oriente, sin brújula, sin norma,
sueña en vano entrever, en su flaqueza,
la última evolución, la última forma
del alma de la gran naturaleza.

Su ciencia es sombra, su poder es nada,
proscripto a cuya voz nadie responde,
él prosigue en la noche su jornada
sin saber hacia donde.

Y en su negro camino,
consigo mismo en perdurable lucha,
ludibrio de un eterno torbellino,
él nunca, oh Dios! tu llamamiento escucha.[2]

Y ¿cuál será el crisol que apartar pueda,
al fin de su existencia transitoria,
lo que en su sér, que entre tinieblas rueda,
hay de oro puro, de lo que hay de escoria?

---

[1] La, en la Ed. Miranda.
[2] Su excelsa voz escucha, era la antigua forma del verso, que aparece corregido en la Ed. 92, y cuya forma se conserva en la Ed. Miranda.

Ante el fatal secreto
que envuelve con su sombras su destino
yo, con santo respeto,
yo, con santo pavor, la frente inclino.

¡Oh Dios! Yo sólo sé que cuando mudo
el hombre se derrumba
al peso del dolor acerbo y crudo,
él sueña ver en su postrera hora,
a través de la noche de la tumba,
relámpagos[1] de aurora!

FRAGMENTO XV

La vida es inmortal: es el acento[2]
que esparce en el abismo
el ritmo con que vibra el pensamiento
en la mente infinita de Dios mismo.

La vida es inmortal: es Dios. No es ella
lo que muere en el ámbito profundo,
cuando rueda el cadáver de una estrella,
cuando en nubes de polvo estalla un mundo.

Sólo muere la forma: no la vida.
La esencia queda. Queda pura, intacta:
íntegra, su medida;
la cifra de sus átomos, exacta.

La evolución del Cosmos siempre avanza,
arrastrando en sus ondas la mentira

---

[1] En singular en la Ed. Miranda.

[2] Aliento, en su antigua forma, corregida ya en la Ed. 92, por el poeta. Se conserva aquella en la Ed. Miranda.

de la leyenda hebrea
que a comprender la creación no alcanza,
hablándonos de un génesis que expira
y de un Dios que maldice lo que crea.

También, cumpliendo la suprema norma
que en su alta esencia cada mundo encierra
por una nueva forma
su vieja forma cambiará la tierra.

Eternidad! En vano te pregona,
ante el negro cadalso,
el torpe rey para su vil corona.
Y te pregona en vano, con voz fiera
para su dogma falso,
el impostor de Dios ante la hoguera.

El gran momento llegará bien luego
en que la tierra sienta
en sus entrañas apagarse el fuego;
en que ruede a través de lo infinito,
rígida, macilenta,
como una inmensa tumba de granito.

Y al hundirse la tierra muda, inerte,
en el fatal marasmo
de la insondable, pavorosa muerte,
quedará convertida en sombra vana,
en lúgubre sarcasmo,
la eternidad de la grandeza humana.

Entonces ¡Ay! no quedará ni huella
ni pálida memoria
de cuanto monumento el hombre en ella
levantó a la quimera de la gloria.

Heridos ¡ay! por el tremendo azote
de un rayo más sangriento
que el rayo con que el rey y el sacerdote,
en sus negros enconos,
fulminaron la voz del pensamiento,
rodarán los altares y los tronos.

Y el laurel que en sus sienes, siempre altivo,
llevó el guerrero con orgullo insano,
y que guardó en sus hojas siempre vivo[1]
el rastro de la sangre del hermano,
se hundirá en las tinieblas infinitas
en consorcio sin nombre
con las páginas réprobas, malditas,
en que, lanzando a Dios torpes insultos,
el rey y el sacerdote, contra todo,
impusieron al hombre
códigos ruines, miserables cultos
que siempre lo arrastraron por el lodo.

Las altas notas de oro
de los bellos, eólicos cantares
con que, pulsando su laúd sonoro,
el ínclito poeta ofició un día,
cual pontífice augusto en los altares
de la eterna armonía,
serán quizás el eco postrimero,
la última plegaria,
que, estremeciendo el universo entero,
turbará con su voz, errante, incierta,
las sombras de la noche solitaria
de la tierra ya muerta...

---

[1] En la Ed. 92, el verso aparece en una forma irregular: Y que en sus hojas guardó siempre vivo, que se presta a un fácil cambio del ritmo.

También, cumpliendo su profunda norma,
la tierra, muda y fría,
renacerá bajo una nueva forma
a la luz virginal de un nuevo día.

Sin conservar del hombre un rastro solo,
y mostrando otros valles y otros montes,
quizás si entonces, más veloz, más bella,
girando en torno a otro eje, alce otro polo,
en otros horizontes,
hacia los rayos de una nueva estrella.

Quizás si verá alzarse del misterio
otras nuevas auroras;
y cubrirse su virgen planisferio
de nuevas faunas y de nuevas floras.

Y quizás si ya el hombre habrá quedado,
ante la inmensidad desconocida,
para siempre borrado
del Génesis eterno de la vida!

FRAGMENTO XVI[1]

La tierra morirá!—Sentirá luego,
entre lóbregas ráfagas extrañas,
extinguirse el ardiente y sacro fuego
que agita sus recónditas entrañas.

---

1. Este fragmento incluído por el editor don Guillermo Miranda al finalizar el poema de González, puede ser considerado como el remate de «El proscripto», pues, continuando el asunto en el poema sobre la extinción de la vida, supone que sólo la muerte reinará sobre el mundo batiendo su cetro. A pesar de que el poeta hablaba en su manuscrito de 1892 de quince cantos, bien pudo agregarle éste, más tarde, que debe considerarse como una continuación del quince.

Los astros ¡ay! contemplarán entonces
desde sus altas órbitas sombrías,
sordos y mudos como inmensos bronces,
sus hondas y espectrales agonías!

Entonces ¡ay! cada lejana estrella
cruzará indiferente a su martirio
entre el cielo sin límites y entre ella
como un siniestro, gigantesco cirio!

Sus montes, que, como ínclitos titanes,
batieron a los roncos aquilones
su soberbio pinacho de volcanes,
se alzarán como fúnebres visiones.

Sus mares turbulentos de olas fieras
quedarán enclavados bajo el cielo
en medio de sus ásperas riberas,
como enorme sarcófagos de hielo!...

La Tierra morirá!—Será el asombro
de la tremenda esfinge del abismo
cada montón de ruinas, cada escombro
de su vasto y sombrío cataclismo.

Doblarán el pavor de las cavernas
de su mudo y helado planisferio,
con sus alas inmóviles y eternas,
los lúgubres fantasmas del misterio.

Su disco batirá la extensión honda
con el viejo compás de su alto polo,
sin que desde los ámbitos responda
a su fúnebre ritmo un eco solo.

Allá en los horizontes visionarios
de sus desconocidos derroteros,
flotarán como lívidos sudarios
sus pálidos crepúsculos postreros.

Acaso desde su órbita remota,
símbolo de su trágica fortuna,
brillará en torno de su frente rota
como una yerta lágrima la Luna!...

La Tierra morirá!—Y entonces ella
rodará por el éter infinito,
a la luz funeral de cada estrella,
como una inmensa tumba de granito.

Ya el huracán veloz de alas sonoras
no turbará con sus acentos roncos
las grutas de sus selvas tembladoras
de altivas copas y soberbios troncos.

Ya no alzarán al Sol, bajo la bruma,
coronados de cándida guirnalda,
estrepitosos cánticos de espuma
los golfos de sus mares de esmeralda.

En sus hondas y mudas soledades
no quedarán entonces ni los rastros
con que por su ancho seno las edades
desfilaron en triunfo ante los astros!

Su esfera helada pavorosa y densa
no será entonces más que un vasto averno
en donde reinará la muerte inmensa
batiendo el cetro del silencio eterno!...

EL TOQUI

FRAGMENTO I

I

CIEN lustros desde entonces!—El sol cae,
dejando sobre el mar en lontananza,
delante de la tierra *Promaucae*,
la enorme mancha roja de una lanza!

La luna se alza en pos—de risco en risco—
sobre la cresta de los Andes pardos,
mostrando el haz de su siniestro disco
como un carcaj de flechas y de dardos!

Las olas de los golfos, tras las brumas,
sus cárdenos penachos despedazan.
Y rugen, tras las cúspides, los *pumas*
debajo de los *cóndores* que pasan!

Sacuden los laureles y los robles
el ancho ruedo de sus copas sordas,
remedando el fragor de los redobles
del choque estrepitoso de cien hordas!

El *Lonquimay* y el *Llaima*, desde el seno
de sus ardientes y atrevidos conos,
arrojan el relámpago y el trueno
como reyes erguidos en sus tronos!...

II

Dos *Úlmenes* de frente ya caduca,
encorvándose al peso de su espalda,
se alejan en silencio de una *ruca*
por el zig-zag de una escarpada falda.

Son dos esfinges de granito y nieve
que no revelan ni dolor ni alegro
debajo de la noche que se mueve
con un vago y extraño temblor negro.

Suben.—Penetran en un vasto bosque.
Y el Austro—que los árboles arranca—
bate sobre sus hombros el enrosque
de su salvaje cabellera blanca.

Llevan asida con su mano inerte
la mano de un doncel y una doncella.
El doncel es gallardo, altivo y fuerte.
La doncella es gentil, graciosa y bella.

Llegan al pie de una gigante roca
que conserva en sus ásperos soslayos
las agrias huellas de la furia loca
del recio contragolpe de cien rayos.

En un peñasco que su cuello alarga
en la penumbra lóbrega de él mismo,
con una majestad fatal y amarga,
sobre las soledades de un abismo.

En un peñasco secular que encierra,
debajo de su abrámide de sauco,

todos los ecos del Peán de guerra
de los antiguos hércules de Arauco.

Es cóncavo y glacial. Le da el encuentro
de la pálida luz de su vestíbulo
con la lívida sombra de su centro,
tintes de tabernáculo y patíbulo.

Templo del Dios *Pillán* y su Aquelarre,
no hay una piedra en su recinto infausto
que la leyenda bárbara no narre
de algún sangriento y fúnebre holocausto!

Cuando soplan a un tiempo de los Polos
el Austro vencedor y el Bóreas fuerte,
también él y el abismo entablan solos
un formidable diálogo de muerte!...

III

Los dos *Úlmenes* juntan sus mejillas
a las mejillas de los dos mancebos,
cuyas almas agrestes y sencillas
arden y hierven como dos Erebos.

Los dos entran con ellos paso a paso
a la extraña caverna de granito,
después de haberse vuelto hacia el Ocaso,
murmurando las fórmulas de un rito.

Atraviesan el antro como espectros,
mezclando el coro de su voz convulsa
al ronco somatén de los cien plectros
que al borde del abismo el Austro pulsa!

Se pierden como fúnebres siluetas
en su ámbito recóndito y obscuro,
haciendo resonar entre sus grietas
el compás de un monótono conjuro.

Se hunden allá en sus bóvedas tranquilas,
escrutando sus lóbregos contornos
con la antorcha febril de sus pupilas
que resplandecen como ardientes hornos!

Se detienen delante de una piedra,
debajo de la trémula penumbra
de una vetusta enmarañada yedra
que desde el vasto mar la luna alumbra.

Ven entonces temblar de hueco en hueco
cada destello de la luna escasa,
como un lejano, pavoroso fleco
del último sudario de su raza!...

IV

Es la piedra del antro un Altar sacro
que en un ángulo erial, que el Austro barre,
muestra en relieve el doble simulacro
del fiero Dios *Pillán* y su Aquelarre.

El fiero Dios *Pillán* crispa su diestra
dilatando sus músculos potentes.
Y ostenta en torno de su sien siniestra
un horrendo penacho de serpientes.

Descuella por el alto y ancho porte
de su rígido molde lapidario.

Está de pie. Despliega contra el norte
la temible actitud de un Sagitario!

Su Aquelarre fatal es una orgía
donde arde el corazón y el alma estalla.
Tiene espasmos de triunfo y de agonía,
delirios de festín y de batalla.

Los *Machis* de los verdes archipiélagos
celebran sus misterios subterráneos.
Y orlados de fatídicos murciélagos,
liban brevajes en enormes cráneos.

Los *Toquis* representan una danza
sin derrotero, ni compás ni yugo,
en derredor de una tremenda lanza
clavada en las entrañas de un verdugo.

Es el verdugo un gladiador ya inerte
que sus arpones en sus carnes hinca
y evoca entre sus vértigos la muerte!—
Es un Monarca del Imperio *Inca!*

V

Los Úlmenes de frente ya caduca
juran delante de su Dios sin émulo,
en nombre de su patria y de su *ruca*,
con eco a un tiempo amenazante y trémulo.

El uno jura así:—Primero se abra
bajo mis pies la tierra *Promaucae*,
antes que ser traidor a la palabra
que al altar de *Pillán* mi labio trae!

Ulmen:—Hoy no podemos como ancianos
defender como ayer nuestros terruños,
sin sentir resbalar de nuestras manos
la lanza que blandieron nuestros puños!

Ya no podemos descargar la maza!—
Somos dos presas de la edad inerme!—
Y hoy que el *Inca Tupac* nos amenaza
toda la tierra *Promaucae* duerme!

Tupac prepara ya su postrer horda
con todo el formidable empuje suyo.
Y sobre el *Biobío* ya desborda
las huestes del feroz *Tavantisuyo*.

Ya no puede abrigarse duda alguna
del presagio fatal que el Bóreas trae.
Habrá lucha ante el Sol y ante la Luna,
entre *Tavantisuyo* y *Promaucae*.

¡Ay!—Pero nuestra raza ya no existe!
No es ya más que una momia! No se mueve!
Brota la hiel de mi pupila triste
como brota el arroyo de la nieve!

¡Oh dolor!—Yo recuerdo y tú recuerdas
cómo tus hijas y mis hijos ciertos
fueron atados con horrendas cuerdas
y fueron ellas siervas y ellos muertos!

El raudal de mis lágrimas se agota
siempre que con los ojos en ti fijos
evoco la fatídica derrota
que ayer perdió tus hijas y mis hijos.

No pudimos triunfar de la pujanza
de que entonces como antes hizo alarde,
al cruzar con su lanza nuestra lanza,
la magnitud del número cobarde!

Pero si la edad tuya con la mía
el negro luto en nuestras almas siembra,
podemos consolarnos todavía!—
Yo conservo un barón y tú una hembra!

Desposémoslos, pues! Los dos son bellos.
Ella vibra ya el laqui y él la maza.
Renacerá de las entrañas de ellos
más audaz y más fuerte nuestra raza!

Yo juro por *Pillán* que si ella quiere
mezclar su sangre con la sangre suya,
él en las manos de su padre muere
si no mezcla mi estirpe con la tuya!...

—Y el otro jura así:—Bendita sea
mi última hija entre mis hijas todas
si unirse a tu hijo último desea!
si son sus bodas unas mismas bodas!

Yo juro por *Pillán*—ante el abismo—
que ella también, si acaso lo rechaza,
muere en las manos de su padre mismo
por vil traidora de su misma raza!

Ulmen:—Yo como tú también celebro
la unión de nuestros vástagos más caros,
Y a los pies de *Pillán* mi lanza quiebro
con todos mis postreros bríos raros!

Pero es preciso que también sus bodas
cumplan las formas del solemne rito
que a los connubios de la tribus todas
por nuestros *Machis* les está prescripto.

Es preciso que el mismo la rescate
como un guerrero valeroso y apto,
empeñando el intrépido combate
de su atrevido y temerario rapto.

Si sus bodas el rito no cumplieran,
el sol les negaría sus destellos;
y por la luna para siempre fueran
malditas ellas y malditos ellos!

VI

Se acercan el doncel y la doncella
al Altar de *Pillán* con aire noble,
viendo él la gracia de la palma en ella,
viendo ella en él la majestad del roble.

El ruge entonces:—¡Oh Úlmenes bravíos!
Juro por la Estación de los laureles
en que yo al Sol abrí los míos
seros siempre el más fiel de los más fieles!

Ella y yo somos niños todavía!—
Pero ella y yo, desde el albor más tierno
unimos su alegría y mi alegría
con la promesa de un amor eterno!

Después sopló el dolor!—Cayeron juntos
allá, en su juventud soberbia y bella,

mis cien hermanos, como cien difuntos!
como cien siervas las hermanas de ella!

Cayeron en la arena del palenque
donde, contra los libres y los bravos,
amontona *Tupac* con su rebenque
sus hordas de *Curacas* y de esclavos!

Entonces ella y yo lo unimos todo:—
el recuerdo, el amor y la esperanza,
y la sangre, y las lágrimas y el lodo!—
Y juramos el odio y la venganza!

Y oyeron nuestro eterno juramento
contra el cruel y feroz *Tavantisuyo*,
el *Lonquimay* y el *Llaima* allá en su asiento;
y la Luna y el Sol allá en el suyo!...

—Y ella suspira:—Juro por mi cuna
y la Estación de los nevados lirios
en que yo abrí los ojos a la Luna,
que son mi Patria y él, mis dos delirios!

FRAGMENTO II

I

¡Aurora!—Pronto el sol desde los Ortos
quebrará su primer destello brusco
en los viejos alcázares absortos
de la meseta colosal del *Cuzco*.

El *Cuzco* es el Olimpo de los reyes
del gran *Tavantisuyo*—siempre en guerra.

Él dilata sus dogmas y sus leyes
hacia los cuatro vientos de la tierra!

La enorme multitud de la Cosmópoli
se agolpa en la llanura larga y ancha
desde donde se impone a la Metrópoli
con sus cúpulas de oro el *Caricancha*.

Aguarda entre el asombro y el desmayo,
como un pálido monstruo multimembre,
la gloriosa explosión del primer rayo
del sagrado solsticio de Diciembre.

Aguárdala en silencio.—Lleva galas
alternadas de múltiples maneras
con todos los arpones y las alas
de su fauna de buitres y panteras.

Hasta el mismo monarca en su marasmo,
con los ojos clavados en la cumbre,
siente vibrar sobre su trono el pasmo
que agita como un mar la muchedumbre.

Está de pie sobre su trono.—Lleva
en cada regia mano soberana
un terso cáliz que temblando eleva
hacia la Majestad de la mañana.

De sus láminas de oro—que se embuten—
salta el licor que el *yanacona* extrae
del virginal, inmaculado gluten
del *magüey* de la tierra *Promaucae*.

II

Crece la turbación.—El sol estalla
sobre los Andes de nevados ámpagos,
vibrando sobre el piélago sin valla
su formidable cetro de relámpagos.

Brota de todas las ardientes bocas
un mismo y solo y gigantesco grito
que hace repercutir todas las rocas
de todas las montañas de granito!

Rueda sobre los páramos resecos,
más allá de las cúspides de escarcha,
con los extraños, pavorosos ecos
de una legión de truenos puesta en marcha!

El gran Monarca—con respeto sumo—
lleva a su labio el cáliz de su diestra,
presentando a su vez al *Villacumo*
el cáliz de su trémula siniestra.

Los mil *Curacas* con sus mil coronas
deponen sus espíritus protervos,
libando con los viles *yanaconas*
que son los siervos de sus mismos siervos.

Abre el baile sus círculos neuróticos
debajo de la atmósfera serena
al compás de los cánticos eróticos
con que rasga los céfiros la *quena!*...

III

La noche se levanta en las colinas
con su pálido *llauto* de topacios,
en medio del fragor de las bocinas
con que el Bóreas recorre los espacios.

El *Misti* allá a lo lejos reverbera
los rayos de sus trágicos enconos,
encima de la eterna Primavera
que se extiende a los pies de sus cien conos.

Cruzan sus llamaradas estentóreas
el *Titicaca* inmenso de olas glaucas
sobre las roncas ráfagas del Bóreas
hacia la vasta tierra de los *Aucas*.

Cada gran llamarada que ilumina
las nubes que del polo el Bóreas trae,
lleva envuelta en su cólera la ruina
de la soberbia raza Promaucae!

IV

El palacio imperial alza y dilata
hacia la roja púrpura de lo Alto
sus cien bruñidas cúpulas de plata
sobre sus mil columnas de basalto.

Sus cúpulas de vértices ciclópicos
que ignoran el baldón y el vilipendio,
fulguran en las brumas de los trópicos
como los cien fanales de un incendio.

El gran Monarca—valeroso y cauto—
preside en la más vasta de sus salas,
armado de su cetro y de su *llauto*,
sus mil *Curacas* de penachos de alas.

Cuando yergue la sien y alza la diestra,
brilla con un extraño fulgor tetro,
en medio de la atmósfera siniestra,
el oro de su *llauto* y de su cetro!

Los mil *Curacas* como recios troncos,
temiendo todos que la tierra se abra,
sienten vibrar entre los muros roncos
como rebote de hacha su palabra!

Les recuerda de pie, bajo la gloria
de su dosel de misteriosas plumas,
los Dogmas, y las Leyes y la Historia,
entre golpes de rayos y de espumas!

No sacudió jamás el mar huraño
con sus trombas de fuego el promontorio,
como él sacude con su acento extraño
el salvaje volcán de su auditorio!

V

Dice *Tupac:*—¡Oh mi glorioso imperio
que besas mis sandalias y mis huellas!
Yo desciendo al arcano del Misterio
y leo tu destino en las Estrellas.

Yo desciendo al arcano de las *Huacas*
que como tabernáculo Tú encomias!

y siento resonar bajo sus placas
el monólogo eterno de sus Momias!

¡Oh mis *Curacas* ínclitos! Es bello
dilatar bajo el Sol las altas Leyes
que de *Manco Capac* y *Mama Oello*
recibió la legión de vuestros Reyes!

Es bello alzar la Enseña que redime
de la vil podredumbre de su carie
las ruines tribus nómades que oprime
con sus garras de buitre la barbarie!

Es bello abandonar las blancas tiendas;
y unir bajo los bélicos equipos
una Leyenda más a las Leyendas
que desde cada Atlas narran los *Quipos!*

Los *Quipos* con sus nudos de colores
narran la gloría secular sin mancha
con que ante el Sol mis diez predecesores
penetraron en triunfo al *Caricancha.*

Ellos llevaron su pujante brazo
por regiones estériles y arbóreas:
los unos hacia el Orto y el Ocaso;
los otros hacia el Austro y hacia el Bóreas!

Si el día que en la *Huaca* yo me escombre
su leyenda y la mía no son una,
maldiga el Dios *Pachacamac* mi nombre
como padre del Sol y de la Luna!

¡Oh mis Curacas ínclitos!—Existe
detrás del caudaloso *Biobío*

una indómita raza que resiste
al golpe arrollador del brazo mío!

Es una fuerte y arrogante raza
que allá en su audacia temeraria y única
usa rodela en cambio de coraza
y arrastra el *poncho* en cambio de la túnica.

Es la bárbara raza *Promaucae*
que al ronco somatén de sus bocinas,
cuando en los charcos de su sangre cae
se alza siempre más grande de sus ruinas!

De las tribus que atruenan con sus voces
el basto *Biobío* de olas glaucas,
descuellan por el odio a nuestros Dioses
los cuatro *Butalmapus* de los *Aucas*.

La siniestra legión de sus guerreros—
siempre sorda a los nuevos infortunios—
ultima sin piedad sus prisioneros
a la luz de los blancos Plenilunios.

Los ata contra el pie de sus laureles,
de sus robles, sus olmos y sus lumas,
con el nudo fatal de los cordeles
de los recios tendones de sus *pumas*.

Los hiere entre sangrientos devaneos
con sus hondas, sus picas y sus hachas,
entonando salvajes *chivateos*
que arrastra el Austro con roncas rachas.

Los inmola después de que el martirio—
sin excepción de muchos ni de pocos—

los ha lanzado a todos al delirio
y uno por uno los ha vuelto locos!

¡Oh mis *Curacas* ínclitos!—Les narran
llenos de horror mis *chasquis* a mis greyes
la cólera brutal con que desgarran
los cuatro *Butalmapus* vuestros reyes.

Los *Butalmapus* en sus iras locas
arrojan en las lóbregas vorágines
de las infames y malditas bocas
del *Lonquimay* y el *Llaima* sus imágenes!

Raza del cruel *Pillán!*—Hay que abatirla
para poder un día levantarla,
para poder un día redimirla,
para poder un día iluminarla!

Yo he resuelto lanzarme contra ella
para que desde el último misterio
contemple con asombro cada Estrella,
los remotos confines de mi Imperio!

Yo he resuelto vengarme del insulto,
del insensato y miserable ultraje
con que arroja a los Dioses de mi culto
la espuma de su cólera salvaje!

No me importa la arena ni la escarcha!
Yo he resuelto querer si ella no quiere.
Yo he resuelto marchar si ella no marcha.
Yo he resuelto morir si ella no muere!

Yo juro por mi *llauto* y por mi cetro
que sólo escapará de mi alto encono

si abjura de rodillas su odio tetro
ante el Altar del Sol y ante mi trono.

¡Oh mis *Curacas* ínclitos! Arriba!
los *Úlmenes* de larga crin deshecha,
de montaña en montaña primitiva,
hacen ya contra Mí *correr la flecha!*

Sé que celebran con fragores de ola
el connubio de Reyes—no de esclavos—
del hijo solo y de la hija sola
de los dos viejos *Úlmenes* más bravos!

Celébranlos con músicas extrañas,
porque—según los *Machis* del Dios suyo—
saldrá de sus fatídicas entrañas
el verdugo del gran *Tavantisuyo!*

Arriba, pues, mis ínclitos guerreros!
Es un negro baldón—que yo rechazo—
que una raza que insulta nuestros fueros
ponga a raya mi brazo y vuestro brazo!

Es mi eterna, colosal vergüenza
que una raza sin dogmas y sin leyes
insulte siempre la grandeza inmensa
de vuestros Dioses y de vuestros Reyes!

Juro que por vencer el odio tetro
de sus tribus indómitas y agrestes,
haré fundir el oro de mi cetro
para forjar las lanzas de mis huestes!

Arriba, pues, mis ínclitos *Curacas!*
Lanzad vuestras legiones tras mis huellas!

Yo leo en las Estrellas y en las *Huacas!*
Lanzadlas sin temor!—Yo voy con ellas!

VI

El *Curaca* más joven y más fuerte
avanza ante *Tupac* y se arrodilla,
despidiendo un relámpago de muerte
que por la vasta sala rueda y brilla.

Es el *Curaca* de *Arequipa.*—Nadie
contra la raza de los *Aucas* tiene
un odio igual, que como el suyo irradie;
un odio igual, que como el suyo truene!

En su sangrienta y única esperanza
aventar entre vértigos y asombros,
bajo el ronco huracán de su venganza,
hasta sus negros y últimos escombros!

Liba en un ancho cráneo al pie del *Misti,*
como la hirviente sangre *Promaucae,*
la espuma del fatal *Lacrima Cristi*
que del *magüey* el *Yanacona* extrae!

Dice el *Curaca* de *Arequipa:*—¡Oh fuerte!
Vos lleváis con la paz o con la guerra
la enseña de la vida o de la muerte
desde un límite al otro de la tierra!

Os proclaman de pie vuestras Comarcas
del *Maule* a *Guayas*, de *Atacama* a *Cuyo*,
el primero de todos los Monarcas
del soberbio y audaz *Tavantisuyo!*

Una sola de todas vuestras sendas
basta para eclipsar con sus fulgores
los fulgores de todas las leyendas
de todos vuestros diez predecesores!

Yo no temblé jamás cuando sin valla
crucé el desierto y escalé el picacho,
bajo la tempestad de la batalla,
detrás de vuestro fúlgido penacho!

¡Oh recuerdo fatal!—Era un crepúsculo.
Batíame detrás del *Biobío*
Y caí sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Ulmen* más bravío!

Me ataba ya contra un vetusto roble
para herirme y romperme y ultimarme,
cuando sonó de súbito el redoble
con que marchasteis Vos a libertarme!

Y el *Ulmen* vive aún! Y es hijo suyo
el gladiador que con siniestro alegro
unió contra el audaz *Tavantisuyo*
al odio de una virgen su odio negro.

El joven gladiador es hoy el *Ulmen*
del remoto y salvaje *Carelmapus*.
Y es también por su talla de alto culmen
el *Toqui* de los cuatro *Butalmapus*.

Antes que el odio miserable y ciego
que rompe la corteza de su taima,
se apagará primero el mar de fuego
del corazón del *Lonquimay* y el *Llaima!*

Mandad a los *Curacas* que me escuchen!
Juro por vuestro mismo gran mandato
que las legiones que por Vos no luchen
son dignas de la muerte!—Y yo las mato!

FRAGMENTO III

I

Noche.—Los blancos astros reverberan
desde sus vastas órbitas tranquilas.
Y parecen llorar como si fueran
millares de millares de pupilas.

Avanzan cien legiones estertóreas
con un silencio sepulcral de claustro:
las unas desde el Austro contra el Bóreas;
las otras desde el Bóreas contra el Austro...

Madre Naturaleza.—Si tú miras
marchar tus hijos llenos de odios grandes,
alza, pues, con tu amor entre sus iras
una valla más alta que los Andes!

Si no abres a través de los abismos
los brazos de tu amor como custodios,
no podrán detener los Andes mismos
el bárbaro estallido de sus odios!

No verá nunca ni la misma Zona
que abre al Sol tropical sus lontananzas,
chocar las nubes de su gran corona
como las rojas puntas de sus lanzas.

Van a estrellar con ímpetu bravío
contra su pecho audaz su brazo fuerte.
Será su extraño cuerno el *BioBío*.
Será su extraño símbolo la muerte!

II

El *Ulmen* del remoto *Carelmapus*,
avanza como el *Toqui* de las hordas
de los cuatro soberbios *Butalmapus*,
cruzando un negro mar de selvas sordas.

Lleva sueltos los lóbregos enrosques
de su larga y revuelta cabellera,
bajo el trágico soplo de los bosques
al pie de la nevada Cordillera.

Avanza en pos de su legión de *pumas*
al vasto *Biobío* de olas glaucas,
que aguarda entre relámpagos y espumas
el choque de los *Incas* y los *Aucas*.

Cuando bate su larga y ancha penca
estremeciendo al *Cóndor* del picacho,
estalla en sus pupilas de ancha cuenca
un volcán que ilumina su penacho!

Cuando a lo lejos su índice levanta
desde las altas cúspides arbóreas,
siente su audaz legión bajo su planta
temblar la Tierra desde el Austro al Bóreas!

III

El Rey *Tupac* conduce desde el Norte
sus mil *Curacas* como mil atletas
marchando como un Sol ante su corte
de soberbios y fúlgidos planetas.

Entre sus mil *Curacas* ciclopeos,
cuya silueta el ámbito disipa,
descuella por su talla y sus arreos
el ínclito *Curaca* de *Arequipa*.

El gran *Curaca* evoca el gran crepúsculo
en que detrás del ronco *Biobío*
él cayó sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Ulmen* más bravío.

Evócalo en silencio.—Lo recuerda
bajo la negra imagen de la muerte,
bajo la negra imagen de la cuerda
ya próxima a tronchar su cuello inerte.

Jura por las Estrellas que iluminan
el lóbrego horizonte en lontananza,
que hasta las huestes que tras él caminan
temblarán bajo el choque de su lanza!

Jura que el hijo colosal del *Ulmen*
bajo su lanza—que *Tupac* encomia—
rodará con su talla de alto culmen
delante de sus pies como una Momia!

IV

Los trágicos y fieros Sagitarios
van detrás de *Tupac* y los *Curacas*,
evocando los Manes funerarios
que se ciernen en torno de las *Huacas*.

Al lento son con que la noche hieren,
evocan en la sombra lo que adoran:
unos sus padres que a lo lejos mueren:
otros sus hijos que a lo lejos lloran.

Les parece en su cólera guerrera
que el *Chasquis* misterioso de los vientos
en sus ráfagas sordas les trajera
murmullos de agonías y lamentos!

Evocan como un eco que se pierde.
la lluvia de los trémulos hisopos
con que un día rociaban las miés verde
de sus amenos y fecundos *Topos!*

Le gritarían a *Tupac:*—No luches!
Detente en tu fatídico desfile.
Vas contra los indómitos *Moluches*
del negro Valle donde grasna el *Trile!*

Pero ninguno con su voz se atreve
a gritarle a *Tupac* lo que medita.
El gesto de *Tupac* pone la nieve
en cada atrevimiento que palpita!

V

Tupac con su agrio látigo—que eleva—
avanza en pos de sus *Curacas* bravos,
como un tirano que sus pueblos lleva
al mercado del triunfo como esclavos.

Escucha que le grita la victoria
siempre *Adelante!* nunca *Vade retro!*
Y avanza altivo a redoblar la gloria
del oro de su *llauto* y de su cetro.

Lanzará sus enormes multitudes
al país del *Copihue* y de la yedra
como otros tantos bárbaros aludes,
no dejando ni piedra sobre piedra!

Cruzará montes, páramos y abismos
arrollando Aquelarres y Fetiches,
hasta llegar a los confines mismos
del lóbrego país de los *Huilliches!*

Llevará siempre incólume la Enseña
con que bajo los astros Él legisla.
Irá a clavarla en la más alta peña
que alza en el mar la más remota isla!

Tupac marcha soñando sueños grandes
ante la inmensidad que en torno abarca.
Ya ve alzarse más alta que los Andes
su talla de guerrero y de Monarca!

VI

Saluda el *Biobío* desde abajo
con la música ronca y primitiva
de su gigante *Quena* de cascajo
al Sol que lo saluda desde arriba.

Semeja con sus ondas y sus crestas
una llanura colosal y huraña,
cubierta con fantásticas florestas
de una púrpura trágica y extraña.

Tupac y el *Toqui*—bajo el Sol que oscila—
llegan a sus riberas de ancho trecho,
con un lampo de sangre en la pupila,
con un trueno de cólera en el pecho.

Llegan los dos a un tiempo.—Y al mirarse
lanzan los dos el estridente grito
con que el Bóreas y el Austro al estrellarse
bambolean las moles de granito!

Responden los *Curacas* y los *Úlmenes*
con una tempestad de acentos roncos
empinando ante el Sol los altos cúlmenes
de sus tallas robustas como troncos!

Responden en seguida sus legiones
de siniestra y famélica tarasca,
con el sordo fragor de los ciclones
con que azota los mares la borrasca!

Tiembla la Tierra y el Espacio truena
a través de los ámbitos nefastos

de la pálida atmósfera serena
de los profundos horizontes vastos!

VII

El *Toqui* aposta su legión de *pumas*
detrás del *Biobío* de olas glaucas,
hacia lo largo del cordón de espumas
que azota los peñascos de los *Aucas*.

No abriga duda ni temor.—La aposta
delante del extremo del estadio
que separa una costa de otra costa
con su más amplio y accesible radio.

Deja solas las márgenes cercanas
hacia la apuesta y escarpada margen,
porque no hay ni habrá nunca caravanas
que provoquen sus olas y las tarjen!

Sus olas apretadas por sus bordes
de líquenes y helechos y cilantros,
arrojan a las nubes sus acordes
con la voz pavorosa de cien antros!

El *Toqui* no se mueve.—*Tupac* ruge
desde un agrio peñón de su ribera,
ante el soberbio, temerario empuje
del impávido *Toqui* que lo espera.

El *Toqui* está de pie.—Sus *pumas* bravos
serán el recio y áspero baluarte
donde verá *Tupac* con sus esclavos
estrellarse su último estandarte!

Para cruzar el *Biobío* mismo
Tupac en vano invocará sus *Huacas!*
Tendrá primero que teñir su abismo
con la sangre de todos sus *Curacas!*

VIII

Los mil *Curacas*—con silencio extático—
forman al Sol—que sus penachos dora—
un vasto semi-círculo emblemático
en torno de *Tupac*, que los perora.

Tupac prorrumpe con terrible acento:—
¡Oh mis *Curacas* ínclitos!—Que asombre
al *Lonquimay* y al *Llaima* allá en su asiento
con su explosión de gloria vuestro nombre!

El Sol es con nosotros!—El sol brilla
para guiar al triunfo vuestros pasos,
bruñendo las mil lanzas sin mancilla
de vuestros firmes y potentes brazos!

Váis a marchar por las abruptas sendas
que a través de las flechas que desgarran
conducen a las ínclitas Leyendas.
que desde cada Altar los *Quipos* narran!

Cantará vuestro nombre ante los Dioses
entre nubes de aromas y de rayos,
atronando el espacio con sus voces,
el coro de los cien *Quipocomayos!*

Los cien *Quipocomayos* de mi Imperio
lo irán a descifrar entre las olas de humo

allá en las urnas de oro del misterio
que recibió del Sol el *Villacumo!*

¡Oh mis *Curacas* ínclitos!—Os digo
que el mismo raudo *Cóndor* que se espacia,
será pronto el atónito testigo
del prodigio mayor de vuestra audacia!

Mi fe no tiene límites!—Es justa!
Yo sé que váis a entrar a la palestra
con la conciencia indómita y augusta
de que al fin la victoria será vuestra!

Yo sé que váis a entrar a la batalla,
llevando en vuestras lanzas el empuje
del formidable rayo con que estalla
el gran *Tavantisuyo* cuando ruge!

Tendréis después—como ínclitos Vasallos,
en la sacra penumbra del misterio
de vuestros mil espléndidos serrallos,
las vírgenes más bellas de mi Imperio!

Partiré con vosotros las Comarcas
que van a contemplar vuestro desfile.
Y yo seré un Monarca de Monarcas
sobre la tierra del *Huemul* y el *Trile!*

Pero antes os declaro que vosotros,
con la legión que cada cual equipa,
debéis marchar los unos y los otros
a la voz del *Curaca* de *Arequipa!*

¡Oh gran *Curaca* de *Arequipa!*—Espero
que el ronco *Biobío* de olas glaucas

verá alzarse tu talla de guerrero
más alta que los robles de los *Aucas!*

Espero que la lanza que fulminas
cruzará por los cuatro *Butalmapus!*
amontonando ruinas sobre ruinas,
hasta llegar al mismo *Carelmapus!*

Espero que la lanza que tu blandes
contra el país del *puma* y el murciélago
llegará, con asombro de los Andes,
hasta el confín del último Archipiélago!

¡Arriba, pues! Recuerda el gran crepúsculo
en que detrás del ronco *Biobío*
caíste sin aliento—sin un músculo—
prisionero del *Ulmen* más bravío!

FRAGMENTO IV

I

Sol meridiano.—Como un dardo a plomo
cada destello de su disco cae
sobre el abrupto y escarpado lomo
de la gran cordillera *Promaucae.*

El Austro por los ámbitos resbala.
Y ruge y vuela. Y amenaza y sopla.
Y sacude y agita cada ala
como una recia y colosal manopla!

La cordillera *Promaucae* siente
temblar sus promontorios de agrios flancos

al fragor con que el piélago rugente
bate a las nubes sus penachos blancos!

II

Alza *Tupac* su trono de campaña
sobre un peñón de la ribera inculta,
para observar desde su cresta huraña
la derrota del *Toqui* que lo insulta.

Los *Curacas* empujan con firmeza
la gran legión que cada cual equipa,
y llevan con orgullo a su cabeza
al ínclito *Curaca* de *Arequipa*.

Cruzan el caudaloso *Biobío*.
Y dejan tras su paso—sobre el agua—
zigzajes que enrojecen el vacío
con sangrientos relámpagos de fragua.

Abren la marcha audaz los sagitarios—
a cual más empinado y más derecho—
desgarrando los cárdenos sudarios
con que azota la espuma su ancho pecho.

Después desfilan las enormes huestes
de lanza y hacha, de macana y maza
atronando los ámbitos agrestes
con los himnos guerreros de su raza.

Tupac está de pie.—*Tupac* conserva
en derredor de su fatal tizona
la formidable, colosal reserva
de la Guarda imperial de su persona.

III

El *Toqui* ve a los fieros sagitarios
cruzar el *Biobío* de olas glaucas.
Y él opone a sus arcos temerarios
los mortíferos arcos de los *Aucas.*

Aguarda inmóvil—tras un ronco sauce
batido por cien ráfagas deshechas—
que lleguen hasta el centro de su cauce
para envolverlos en un mar de flechas.

Los ve llegar al fin.—Y a un tiempo mismo
del arco de los *Úlmenes* gallardos—
él hace rebotar contra el abismo
un torbellino de sangrientos dardos!

IV

Los sagitarios rugen.—Mas no arredra
la lucha desigual su atrevimiento.
Avanzan sin cesar—de piedra en piedra—
con el carcaj al sol y el arco al viento!

Atraviesan impávidos los charcos
con que tiñe las raudas olas glaucas
la tempestad que parte de los arcos
de la legión más fiera de los *Aucas!*

Las rocas de los *Aucas* los atraen.—
Marchan clavando en ellas las pupilas.
sin mirar los cadáveres que caen
dejando negros huecos en sus filas.

El disco cenital del sol se esconde
tras el diluvio de los roncos dardos
con que su arco fatídico responde
al arco de los *Úlmenes* gallardos!

Se detienen de súbito.—Comprenden
que sólo abordarán la costa brava
los lívidos cadáveres que tienden
los arqueros del *Toqui* con su aljaba!

Es que llenos de horror—delante de ellos,
en medio de las olas que porfían—
ven caer—dando al viento los cabellos—
uno de los *Curacas* que los guían!

V

El gran *Curaca* de *Arequipa* avanza
ante los sagitarios de altos cúlmenes.
Y les infunde la viril pujanza
que deben desplegar contra los *Úlmenes*.

Él estorba su pánico.—Lo estorba
con su bárbara y trágica elocuencia,
arrastrando con ella su alma torva
hasta el loco furor de la demencia!

Él mismo salta sobre el rojo charco
donde flota el cadáver del *Curaca*.
Y le arranca la aljaba con el arco.
Y el centro de los *Úlmenes* ataca.

Se vuelve a sus arqueros.—Les ordena,
con voz que en las dos márgenes escucha,
que desde la vorágine que truena
continúen inmóviles la lucha!

No se puede abordar la abrupta playa
del *Toqui* sanguinario y altanero,
sin barrer la siniestra y negra raya
de los pérfidos *Úlmenes*, primero!

Ábrese la batalla como nunca
bajo los roncos dardos instantáneos
con que la muerte audaz la vida trunca
rasgando el viento y horadando cráneos.

Jamás los sagitarios—ya deshechos—
sintieron arrebatos más bravíos
que los que pone entonces en su pecho
el ínclito *Curaca* con sus bríos.

VI

Los *Úlmenes* vacilan un instante
bajo los dardos con que el sol disipa—
en medio de su estrépito gigante—
el arco del *Curaca* de *Arequipa*.

Retroceden atónitos.—Su pulso—
bajo las alas de su roja savia—
palpita y arde—trémulo y convulso—
con la fiebre del vértigo y la rabia.

Los dardos del *Curaca* y sus titanes
rebotan en sus pechos descubiertos,
como lanzados por los altos manes
de los siniestros sagitarios muertos!

VII

El *Toqui* avanza entonces.—La melena
que corona su enorme y recia talla
ondea bajo el Sol.—sobre la arena—
como una negra enseña de batalla!

Ondea bajo el soplo de los bosques
y de los Archipiélagos salóbregos
lanzando en derredor de sus enrosques
un torbellino de fulgores lóbregos!

Avanza ante los *Úlmenes*.—Les dice
con voz en que la rabia truena y arde:
¡Úlmenes!—Escuchad—*Pillán* maldice
al pecho ruin y al corazón cobarde!

Guarda después silencio.—Y paso a paso,
de peñón en peñón, de raya en raya,
sin doblegar ni su arco ni su brazo,
él se adelanta solo hacia la playa!

Atónitos los *Úlmenes* lo miran
disparar una flecha y otra flecha;
y abrir en los *Curacas*,—que deliran,—
una sangrienta, pavorosa brecha!

Sus mortíferos dardos van derechos
a rebotar contra las anchas placas
de las corazas de los anchos pechos
de los más impertérritos *Curacas!*

Alza cada tremendo dardo suyo
una espiral de espuma cuando cae.

Y hace temblar al gran *Tavantisuyo*
delante de la tierra *Promaucae!*

VIII

Los *Úlmenes* de larga cabellera
sienten bajo su pánico de escarcha
tronar y arder como un volcán la hoguera
que el *Toqui* enciende en ellos con su marcha!

Lo ven marchar a solas bajo el día
al soplo del colérico derroche
con que han visto en su loca fantasía
marchar al Dios *Pillán* bajo la noche!

Se lanzan tras el *Toqui;*—van resueltos—
con una furia cada vez más densa—
a dejar sus cadáveres envueltos
en la arena que azota su vergüenza!

Se lanzan—con asombro de los buitres—
entre los *chivateos* de agrios sones
con que cruzan sus quiscos y sus litres
llevando a sangre y fuego sus *Malones.*

No arrastra más veloz el torbellino
su fantástico carro de ancho pértigo,
como entonces arrastra en su camino
la legión de los *Úlmenes* el vértigo!

IX

Los *Úlmenes* se agolpan a la falda
desde donde—soberbio como un *puma*—

el *Toqui* siembra; sin volver la espalda,
de lívidos cadáveres la espuma!

Hacen bien en llegar.—Ya el *Toqui* acaso—
ante las huestes que con él se baten—
siente temblar el arco allá en su brazo,
cansado de matar sin que lo maten!

Al semblante del *Toqui*—que no finge—
brota un gesto de imperio y de dominio
que le da la grandeza de la esfinge
de la desolación y el exterminio!

El *Toqui* con su diestra el arco estruja.
Y en tropel a los *Ulmenes* disipa
en pos del litoral que ya dibuja
la sombra del *Curaca* de *Arequipa*.

Vuelan ellos con ímpetu violento,
dejando tras su indómita melena
el zumbido del trueno allá en el viento,
la cauda de un cometa allá en la arena!

X

El *Toqui* denodado—desde lo alto—
y el *Curaca* tenaz—desde el abismo—
se lanzan al rechazo y al asalto
con un mismo valor y un odio mismo!

Retumba el litoral de roca en roca,
como una gigantesca y sorda placa,
bajo el vaivén de la avalancha loca
del furor que resiste y del que ataca!

No importa, no, que el *Toqui* en pos se lance!
Los arqueros del gran *Tavantisuyo*
no retroceden en su firme avance,
confiados en el número—que es suyo.

No importa, no, que por un *Ulmen* rueden
veinte *Curacas* de imponente culmen;
si otros veinte *Curacas* les suceden;
y ningún *Ulmen* le sucede al *Ulmen*.

Recrudece la lid.—Los choques fieros
hacen enmudecer todas las voces,
y dan a los intrépidos arqueros
la excelsa talla de los mismos Dioses!

XI

Las dos reservas de las otras armas—
del *Toqui* y del *Curaca* de *Arequipa*—
avanzan a la margen entre alarmas
bajo el Sol que a lo lejos se disipa.

Se detienen.—Se queda en acecho
con aire amenazante y taciturno,
esperando de pie—con hosco pecho—
el somatén de su sangriento turno.

Guardan silencio tenebroso y hondo.
Sólo de cuando en cuando se levanta
del antro de su cólera sin fondo
un grito que a los *cóndores* espanta!

XII

Los arqueros no amainan. Si sucumbe
bajo sus roncos dardos una fila,
redobla el huracán de su derrumbe
el volcán y su pecho y su pupila!

No son seres de humanos protoplasmas!
Son sombras del delirio de la guerra!
Son seres imposibles! Son fantasmas
de un vértigo que cruza por la tierra!

Las espumas arrastran como rollos
en sus largos y múltiples zigzajes—
a través de los ásperos escollos—
cadáveres, penachos y carcajes!

Los grandes charcos, rojos como fraguas,
resplandecen al Sol como ascuas grises,
simulando a lo lejos—en las aguas—
fantásticas y enormes cicatrices!

XIII

Cesa al fin la batalla.—La reserva
del ínclito *Curaca* se abre paso
haciendo torpe ostentación proterva
de su número ruin—no de su brazo!

El intrépido *Toqui* se retira
ante el turbión de la avalancha sorda
que desde la vorágine que gira
sobre la vasta playa se desborda.

Se retira cubierto de prestigio,
batiendo al sol poniente su matraca,
después de hacer cien veces el prodigio
de barrer las columnas del *Curaca*.

El *Toqui* retrocede porque busca
más allá de la playa—que lo enerva—
una zona más áspera y más brusca
que le asegure el triunfo a su reserva.

El ínclito *Curaca* aborda y toma
el escarpado litoral enjuto
con la actitud de un Hércules que doma
la salvaje altivez de un monstruo hirsuto!

Revista sus legiones bajo el viento
que sopla en torno suyo desde el polo.
Se alzan de los *Curacas*... sólo ciento!
Y de los sagitarios... ni uno solo!

FRAGMENTOS DEL POEMA «PARÍS Y ROMA»

FRAGMENTO PRIMERO

La Tierra

I

ESTREMECE los ámbitos profundos
un acento gigante, soberano.
A su ronco fragor tiemblan los mundos;
tiembla el astro lejano;

tiembla el radiante sol sobre su centro
de encendido granito;
tiembla la creación: viene a su encuentro
el Dios de lo infinito.

II

Viene Dios al espacio.
Le falta un mundo a un último sistema
del Cosmos palpitante.
Dios hará un mundo del mejor topacio
de la ardiente diadema
de la frente inmortal del sol radiante.

III

Inmaculada y bella,
de la frente del Sol la Tierra brota.
Y de férvido amor estremecida,
saluda a cada mundo, a cada estrella
con la primera nota
del himno de la luz y de la vida.

IV

La bendición de Dios, ella recibe,
y surca el éter con la voz del trueno;
y formidables órbitas describe.
Y en su carrera siente
estallar el volcán bajo su seno;
bramar la tempestad bajo su frente.

V

Y a través de la lámina bruñida
de su costra de rocas seculares,
siente brotar las ondas de la vida
con rumores de selvas y de mares.

VI

Y no desgarrará su costra eterna
el rayo que devora sus entrañas.
Y el torbellino formidable y ciego,
revolcando en el polvo su ala rota,
irá a hundirse en la lóbrega caverna
de las altas montañas,
con el sangriento látigo de fuego
con que su frente azota.

VII

Con dulce ritmo bajo el Sol sereno,
ella bate su rubia cabellera.
Es que en el gran misterio de su seno
brotar ya siente la primera flora
y la fauna primera.
Es que siente brotar el primer día;
y con la luz de la primera aurora,
la primera armonía!

VIII

Con el murmullo sonoro,
del fondo de la peña calcinada,

por ancho cauce de esmeralda y oro
precipita sus ondas la cascada.
Y sorprendida de su imagen bella,
sobre su ancha corriente cristalina,
temblorosa la estrella,
desde la eterna inmensidad se inclina.

IX

Y alza su cáliz a la eterna esfera
la selva primitiva,
sobre sus aras de fundido cuajo.
Y entonces ora por la vez primera
ante la inmensa nébula de arriba
con el rumor del génesis de abajo.

X

Y el mar canta y suspira
con todos los acentos del abismo.
Y la gigante, formidable lira
con que suspira y canta,
hasta el inmenso trono de Dios mismo
su ritmo apocalíptico levanta!

FRAGMENTO SEGUNDO

El Humus

I

Al ver sin SACERDOTE sus altares,
a cada errante estrella,
con la voz de sus selvas y sus mares,

le pregunta la tierra primitiva
por el gran Dios de abajo que sobre ella
será la imagen del gran Dios de arriba.

II

Y la estrella del polo,
desgarrando la niebla que la esconde,
surge del horizonte mudo y solo.
Y al mar inmenso y a la selva eterna
con gigantes relámpagos responde,
dibujando una sombra misteriosa
dentro de cada lóbrega caverna,
en medio del temblor de cada cosa.

III

La visión que en las rocas seculares
de la caverna lóbrega diseña
la luz de los relámpagos polares,
es la visión sin nombre
del Dios de abajo que la Tierra sueña:
—Es la visión profética del Hombre.

IV

Batiendo abismos, horadando montes,
desde la redondez desconocida
de todos los radiantes horizontes,
a unirse entonces en un mismo centro
van las múltiples ondas de la vida
en formidable encuentro.

V

Sus ondas, a través del universo,
con ritmo cristalino,
a un mismo tiempo unísona y diverso,
filtran del corazón de cada mundo
un efluvio divino
que arrastran con estrépito profundo.

VI

Ellas lo filtran de la luz primera
con que el verde cristal del mar sonoro
el Sol virgen, de rubia cabellera,
tiñe de ópalo y oro.
Lo filtran del peñasco solitario
que oye mudo y sereno
palpitar el arroyo en el santuario
de su calizo seno.
Lo filtran de las ráfagas inciertas
con que fugaz, bajo la niebla obscura,
en las selvas desiertas
el aura melancólica murmura.
Lo filtran del metal que, ante los astros,
en anchas espirales retorcido,
aun revela en cada tersa fibra
los pavorosos rastros
del crisol del volcán que estremecido
en las entrañas de la tierra vibra.

VII

Del recóndito centro
donde chocan las ondas de la vida

con formidable encuentro,
—más puro que el efluvio de la aurora,
que la espuma en las rocas escondida,
que el rayo de la estrella tembladora,
que el iris vago de la llama inquieta
con que brillan las hebras virginales
del oro y del platino,
a través de los poros del planeta,
desatado en magníficos raudales
brota el HUMUS divino.

VIII

Y el celaje, y el ruido y el aroma,
cuanto la eterna inmensidad encierra,
todo saluda en su más santo idioma
al más santo misterio de la Tierra.
Lo saluda la flor en el murmullo
con que de casto amor estremecida,
recuerda la explosión de su capullo
al ósculo primero de la vida.
Lo saluda la ola tras la bruma
de la extensión desierta
en el ritmo caótico en que ensaya
el cántico de espuma
con que, de roja púrpura cubierta,
recuerda el primer beso de la playa,
Y en el fulgor crepuscular y vago
con que recuerda la primera tarde
en que su blanca imagen besó el lago,
absorta lo saluda desde lejos
la estrella virgen que palpita y arde
bajo su ancha diadema de reflejos.

IX

Es que el HUMUS inmortal, fecundo,
que del Cosmos extrajo
la eterna Vida en su labor sin nombre,
atónito contempla cada mundo
brillar la aurora del gran Dios de abajo,
resplandecer el génesis del Hombre.

LA MUJER

FRAGMENTO DEL POEMA «LA RAZÓN Y EL DOGMA»

EL hombre no está solo. No es el hombre
un réprobo funesto
lanzado sobre un páramo profundo.
Está con él un ángel cuyo nombre
es la nota más bella.
Está con él un ángel en que ha puesto
todas sus armonías cada mundo;
todos sus resplandores, cada estrella.

Es la Mujer. Su sér es un poema
en que rima la nieve con la rosa;
el bucle temblador con la diadema,
la virgen con la diosa.
Su sér es un misterio en que se abraza
con el recuerdo el rayo de la luna;
la eternidad, con la ilusión que pasa;
Dios, con el hombre; el cielo, con la cuna.

Brota de su garganta
algo como un rumor de arpa sonora;

algo como una música que canta
        entre rayos de aurora.
De su boca encendida y hechicera,
        roja como el cerezo,
más dulce que la miel de la palmera
        brota la miel de un beso.

El Dios de abajo, que no teme ni ama:
que audaz responde con su flecha al rayo,
y con su acento al huracán que brama;
el Dios de abajo, en cuyos ojos brilla
        la cólera salvaje;
delante de ella con febril desmayo,
dobla la frente, postra la rodilla
        y le rinde homenaje.

Es que en su voz la excelsa Diosa encierra
        algo que lo levanta
a un mundo más excelso que la tierra
        que él holla con su planta.
Es que la excelsa Diosa lo fascina
con sus ardientes soñadores ojos,
        llenos de luz divina.
Es que el gran Dios de abajo absorto siente,
cuando delante de ella está de hinojos,
rayos de eternidad sobre la frente.

Él oye entonces un murmullo vago
de algo infinito que en la sombra pasa:
de ósculo inflamador del astro al lago;
        de hondo estremecimiento
de la yedra inmortal que al cedro abraza;
        de audaz desgarramiento
de las entrañas de las rocas mudas
al choque de volcanes que se agitan
        con sacudidas rudas;

de ensayos de alas que su vuelo tienden
en pos de las estrellas que palpitan;
de cantos de crepúsculos que flotan
en medio de las vastas soledades;
de sollozos de noches que se encienden
 al temblor con que brotan
del abismo del tiempo las edades!

NUEVOS RITMOS

OCCIDENTALES

I

SOY el viejo Monarca del Sur!—Soy el Austro!
Yo sacudo el Planeta con mi áspero cuerno
cuando lanzo a sus vastos confines mi plaustro
en las lóbregas alas del vértigo eterno!

Yo soy mucho más viejo que el Tiempo y la Aurora.
Yo vibré con mi cuerno magnífico y hondo
la primer colosal sinfonía sonora
que turbó la extensión del espacio sin fondo!

Más allá de la edad de los siglos profundos
que aguardaban la luz como inmóviles naos,
yo mecí los embriones de todos los mundos
y la sombra de Dios en las aguas del Caos!

Fuí la voz con que Dios dialogó con Él mismo
en la mística noche del éter disperso.
Fuí la voz con que Dios arrancó del abismo
las miriadas de Soles del vasto Universo!

Soy el viejo Monarca del Sur—Soy el alma
de las cien creaciones que atónitas duermen

en las cien Nebulosas que aguardan en calma
la explosión de los Cosmos que llevan en germen!

Yo camino sin tregua de exodo en exodo.
Yo gravito y me cierno. Yo vuelo y me arrastro.
Soy la nota del astro delante del lodo!
Soy la nota del lodo delante del astro!

Yo batí bajo el Sol de la Aurora primera
mi siniestro penacho de negros efluvios,
desplegando mi ronca, flotante cimera
en la marcha triunfal de los grandes Diluvios!

Yo arranqué cien planetas de su eje decrépito,
presidiendo en la noche de su hondo desmayo
con mi trágico cuerno de fúnebre estrépito
las sombrías victorias del trueno y del rayo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el soplo
de las hondas y mudas y abruptas cavernas
que el fatal cataclismo labró con su escoplo
en el recio cristal de las nieves eternas!

Soy el fiero Titán del país de los Hielos.
Yo desquicio y aviento sus lívidas moles,
apagando con ellas detrás de los Cielos
la gigante espiral de la luz de los Soles!

Yo acaudillo las nubes del Trópico mismo
en mi audaz y veloz rotación meridiana,
arrastrando el inmenso temblor del abismo
en el ronco fragor de mi marcha oceana!

Yo paseo el sangriento pendón de las olas,
de confín en confín, con furor siempre nuevo,

bajo el arco triunfal de las cien aureolas
de Eridano y Orión, del Terror y el Erebro!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el grito
del siniestro y sombrío Prodigio mayúsculo!
Soy la voz del Enigma de espuma y granito
del extraño y solemne país del Crepúsculo!

Yo dilato la noche caótica y rauda
por las órbitas de oro del éter sereno,
despertando al compás de mi undívaga cauda
las cien roncas y ardientes campanas del trueno!

Yo abro y rompo mi marcha titánica y fuerte
como heraldo veloz de los negros presagios,
arrancando a mi cuerno detrás de la Muerte
la salmodia fatal de los grandes naufragios!

Yo convoco a lo lejos las fúnebres rondas
de los cuervos del agrio, salvaje archipiélago
al festín de las mudas catástrofes hondas
con que aterro a mi paso las sirtes del piélago!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy Eolo!
Yo vi alzarse del Ponto la América informe.
Yo la vi dilatarse de un Polo a otro Polo
bajo el nimbo espectral de un relámpago enorme.

Yo la vi levantarse del ámbito opaco
de la noche sin fondo del vasto Nirvanna.
Yo la vi saludar el inmenso Zodiaco
con la voz colosal del clarín del hosanna!

Yo vi alzarse sus Islas del Ponto sonoro.
Yo las vi desplegarse gallardas y esbeltas.

Yo las vi constelar como pléyades de oro
los caóticos Golfos que azotan sus Deltas!

Yo vi erguirse los Andes detrás de la bruma.
Yo los vi descollar como un Rey de cien cascos,
entre cien formidables columnas de espuma
con su ardiente diadema de abruptos peñascos!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Genio
del país del cristal del abismo salóbrego.
Yo dilato mi voz más allá del proscenio
del Pacífico azul y Atlántico lóbrego!

Yo desplego y enciendo la cárdena mecha
con que estalla y retumba la eléctrica bomba
de la ronca y gigante borrasca deshecha
que desposa en el rayo la nube y la tromba!

Yo arrebato en las alas del vértigo ciego
el salvaje compás de las liras estigias
con que cantan las nupcias de espuma y de fuego
de la Tierra y la Luna y el Sol las Cicigias!

Yo levanto cien negras pirámides de agua
bajo el vasto vaivén del pendón que tremolo,
arrastrando a la cumbre del agrio Aconcagua
la legión de los cien torbellinos del Polo!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy la Rima
de los hondos y extraños y obscuros salterios
con que canta la Esfinge del antro o la cima
el Enigma fatal de los negros misterios.

Yo llevé de ola en ola con ímpetu ronco
al profundo confín de la Europa remota,

esculpida en la enorme corteza de un tronco
la grandiosa visión de la América ignota!

Yo vi erguirse la Iberia detrás de sus barcos;
y lanzarse a las playas del gran Mundo Edenio:
y escalar sus volcanes de fúlgidos arcos,
y clavar en sus nubes la enseña del Genio!

Yo vi enanos sus hijos después de ser grandes,
Yo los vi ser infames después de ser justos.
Yo los vi transformar el altar de los Andes
en cadalso brutal de cien pueblos augustos!

Soy el viejo Monarca del Sur!—Soy el Gonce
que rodar en sus antros los siglos escuchan,
cuando marchan soplando sus trompas de bronce
entre nubes de fuego los pueblos que luchan!

Cuba, sierva, batalla!—Convoca sus Iras,
tremolando en la arena su enseña de gloria!
Yo recojo en mi cuerno la voz de sus Liras,
y la lanzo en las alas del trueno a la Historia!

Mi hondo cuerno retumba!—Que vibre! Que vibre!
Que atraviese la noche! Que suba! Que suba!
Que fulmine el baldón de la América Libre
ante el trágico altar de las Hostias de Cuba!

Soy el látigo rojo que azota y que hiere.
Soy el índice eterno que se alza y que manda:
—¡Oh vil Pueblo Opresor! Arrodíllate y muere!
—Oh gran Pueblo Oprimido! Levántate y anda!

Soy el viejo Monarca del Sur! —Soy la Alfanje
que sacude Dios mismo con ira siniestra,

cuando sobre la torpe, rebelde falange
de los pueblos insanos descarga su diestra!

Soy la inmensa venganza de Dios! —Yo derribo
los imperios malditos que Él mismo me nombra.
Yo anonado su orgullo soberbio y altivo
aventando sus ruinas, borrando su sombra!

Yo llevé las tinieblas del hondo desmayo
a las negras pupilas del Águila ibérica,
encendiendo la llama del cárdeno rayo
en las rojas pupilas del Cóndor de América!

Yo atroné con mi cuerno recóndito entonces
a Eridano y Orión, al Terror y al Erebo,
entonando los coros, batiendo los bronces
del primer Himno Libre del gran Mundo Nuevo!

—América Salve!—Ya se alza la raza de bravos titanes
que allá en tus gigantes y ardientes entrañas tú alientas y animas.
Ya mide sus iras con tus formidables, sangrientos volcanes!
Ya mide su tallo con tus colosales, graníticas cimas!

—América Salve!—Ya cruzan tus huestes de audaces guerreros
tus pampas de arenas, tus cumbres de nieve, tus vastos confines!
Ya llevan tendidos al arco del rayo tus tersos aceros!
Ya llevan tendidos al arco del trueno sus roncos clarines!

Son todas las hondas de tus voladores, crinados corceles
borrascas que ruedan al lóbrego empuje de cien aquilones!
Son todas las selvas de tus diluvianos, gallardos laureles
miriadas de liras que arrojan al viento miriadas de sones!

Tus pardos leones desfilan rugiendo por donde tú avanzas.
Y parten dejando los rastros sangrientos de sus espumajes.

Y cruzan las mudas llanuras de fuego de tus lontananzas,
batiendo en la bruma sus largas melenas de reyes salvajes!

Tus cóndores negros desfilan graznando por donde tú subes.
Y escalan contigo de abismo en abismo tus agrios peñascos.
Y entonan soberbios y roncos Peanes detrás de las nubes,
encima del cráter que enciende tus lanzas y alumbra tus cascos!

Tú trazas con hondo fulgor cometario tus cien trayectorias,
llevando en las alas de tu visionaria, sublime neurosis;
los rojos trofeos de cien luminosas y excelsas victorias
delante del ara del gran Capitolio de la Apoteosis!

II

Oh, mi arpa de salvaje acento ronco.
Hércules cinceló su caja recia
en el más fuerte y más vetusto tronco
de las inmensas selvas de la Grecia.
Tejió después su bárbaro cordaje,
en las ásperas márgenes del Rauco,
con los nervios del tigre más salvaje,
Caupolicán, el semi-Dios de Arauco.
Oh, ¡mi soberbio Numen! Cómo vuela
tras el rojo zig-zag de la metralla,
que enrosca la serpiente de su estela
en torno de su casco de batalla.
Cómo sacude al huracán entonces
el haz de sus relámpagos dispersos,
y cómo funde los sonoros bronces
de las notas de fuego de mis versos.
En sus alas ardientes y salvajes
como la de los cóndores altivos,
él lleva todavía los celajes
de los grandes volcanes primitivos.

Vuela con el estrépito profundo
con que en el caos resonó la salva
que arrancó de su sueño al primer mundo
cuando resplandeció la primer alba.
Oh, mi soberbio Numen. Sus cantares
no conocen más ritmos ni más pompas
que los de las montañas y los mares,
que los de los clarines y las trompas!

III

América! Sacude tus cien músculos!
Y despliega tus ímpetus más grandes!
Y ponte tu penacho de crepúsculos
y yérguete de pie sobre los Andes.
Sube al más alto de tus altos montes
a ver flotar tu colosal silueta
más allá de los hondos horizontes
donde bate sus polos el Planeta.
Levántate, ya es tiempo. Sube, sube!
Ya los cien bardos que engendró tu seno
sienten venir como una inmensa nube
la excelsa inspiración de alas de trueno.
Resonarán las notas de su cántico
más que el fragor del Niágara magnífico.
Volarán del Pacífico al Atlántico
Volarán del Atlántico al Pacífico.
Es tuyo el porvenir. Tus cien orfeos
arrancarán a tus más altas cimas,
como una gran legión de Prometeos,
los relámpagos de oro de sus rimas.
Sube al más alto de tus altos montes
por la roja espiral de sus escalas.
Corona tus azules horizontes
con el arco de triunfo de tus alas,

Ya van a desfilar con sus bocinas
las formidables águilas del verso,
llevando al corazón de tus encinas
la gran palpitación del universo.

A LA LUNA

QUÉ triste que asomas, oh Luna lejana,
por entre las nubes que el Bóreas esparce!
Parece que fueras la pálida hermana
del último sueño que ví disiparse!

Parece que fueras allá en la penumbra
que ciñe a tu disco crespones extraños,
la antorcha gemela del cirio que alumbra
la selva dantesca de mis desengaños!

Parece que fueran tus rayos marchitos
las perlas del llanto monótono y lerdo
de todos los tristes y grandes proscriptos
que llevan a cuestas la cruz del recuerdo!

Acaso tu disco, que trémulo riela,
remonta la noche llorando el estrago
del Bóreas que a solas con su hálito hiela
el último cisne y el último lago!...

LA TRINITARIA

LA pálida Trinitaria
turbada y trémula gira
en su celda solitaria

a la luz crepuscularia
de la tarde que ya expira.

Ve su lecho de madera
en un ángulo sombrío.
Ve que tras la luz postrera,
él en la noche la espera
siempre mudo, siempre frío!

Y se queda pensativa
ante Sirio que ya sube,
ante Sirio que allá arriba
como una lágrima viva
titila tras una nube.

Piensa que ella fué una palma
más esbelta que ninguna.
Piensa que ella soñó en calma
unir su alma con otra alma,
como dos rayos de luna.

Piensa que oyó entre las frondas
el *Cantar de los Cantares*
mientras el aura en sus ondas
bañaba sus hebras blondas
de un fresco olor de azahares.

Unos bárbaros sayones
la victimaron con dolo.
Si ella, bajo sus crespones,
tuviera cien corazones
para maldecirlos solo!

Se esfumó como quimera
su esperanza dulce y cara.
Alzóse allá en la pradera

de su ardiente Primavera,
en vez del tálamo, el ara!

La mente vaga insegura
como la ola que en vano
se detiene y se apresura
para oír la voz obscura
del alma del oceano.

Su mente de virgen sueña
una visión que la hiere.
Su cabellera sedeña
flota como extraña enseña
bajo la tarde que muere.

Abrasa sus garzos ojos
la llama que en ellos arde.
En vano cae de hinojos
poniendo en sus labios rojos
el *Angelus* de la tarde.

El *Angelus* se resiste
a musitar en su boca,
que ante un Cristo mudo y triste
contra Dios y cuanto existe
lanza una blasfemia loca.

Ella ante Dios no responde
de la injuria que le arranca
el hondo infierno que esconde.
Que su alma Dios mismo sonde
y El verá que su alma es blanca!

Su errático pensamiento
melancólico se asoma

hacia un mundo soñoliento
que esparce no sé qué acento
que esparce no sé qué aroma.

La brisa de alas veloces,
meciendo sus blondos rizos,
le habla con lánguidas voces
de desconocidos goces
e ignorados paraísos.

No hay en el claustro una cosa
que el pecho no le taladre.
Es su sueño de oro y rosa,
acostarse siendo esposa,
levantarse siendo madre!

ROXANA Y ESTATIRA

LA Reina Roxana se turba y suspira
delante de la alba princesa Estatira.
Fulguran sus ojos con el centelleo
de las esmeraldas del límpido Egeo,
del límpido Egeo que desde la Jonia,
se quiebra en la playa de la Macedonia.

Mitad de Alejandro la Reina Roxana
es tal cual su esposo también soberana.
Mas ella ve alzarse tras su poderío
la hija del viejo Monarca Darío.
La Hija de ojos de lánguida inercia,
del viejo Darío Monarca de Persia.

La hermosa Estatira se yergue y florece
tal cual la azucena que al sol resplandece.
Parece que fuera la voz de Estatira,
la voz de una Musa, la voz de una Lira.
Al son de las copas del Chipre que vacia
la llama Alejandro la Estrella del Asia.

Es por su nostalgia y es por su belleza
la hermosa Estatira dos veces princesa.
Son de oro bruñido, son de Oro de Oriente
los bucles que rizan su ebúrnica frente.
Sus grandes pupilas son cual dos lagunas
que rielan dos Soles, que rielan dos Lunas,
que irisa las playas del mar de Golconda.
Su cuello es más terso que el cuello febeo
que ondulan las garzas del golfo Eritreo.
Detrás de sus leves, indianos tisúes,
su talle se cimbra tal cual los bambúes.

La hermosa Estatira parece una Musa,
del trágico cielo del reino de Susa.
Sus lágrimas brotan,—sin que ella lo evite—
de un lago más negro que el lago Asfaltite.
Evoca en silencio la sombra que hiela
de su ínclito padre vencido en Arbela.
De su ínclito padre que al fin fué por eso
la víctima roja del Sátrapa Neso.
No aleja su cuita ni el Genio de Pella
que su ánfora de oro levanta por ella.
Del Genio de Pella que en los Porvenires
le ofrece el imperio de inmensos Ofires...
....

La hermosa Estatira no ve el puñal rodio
que blande Roxana detrás de su odio!...

DANTESCA

DANTE!—Legión inmensa!
Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa—
cruzan como relámpagos el viento!
Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna o el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del diluvio!
Dante!—los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa!
Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águilas que rugen y que cantan
encima de la noche!
Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos!

Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena
delante de los vértigos de Italia!
Oh, la Selva sombría
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!
Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!

Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!
Oh, las mudas congojas!
Oh, los obscuros miasmas!
Oh, las espumas rojas
de los monstruos fantasmas!
Oh, la luz del idilio!
Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!
Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

Dante!—Ni las Sibilas—desde el Túsculo—
ni los pálidos Druídas—desde el Elba—
vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su selva.
La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos

de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Y ambos penetran luego
por la cárdena boca
de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.

Oh, los nueve gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
Oh, la espantosa base
del fulgurante electro
que a los abismos, Satanás les hace
con sus alas fantásticas de espectro!
Oh, la lóbrega noche de su limen!
Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
su torpe infamia para siempre borra!
Oh, los inmensos focos
Oh, los largos caminos!
Oh, los vértigos locos
de los inacabables torbellinos!
Oh, las treguas y calmas
que invoca la blasfemia tras el ruego!
Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
Oh, los negros afanes!
Oh, los profundos ayes subterráneos!
Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

Dante!—Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:
sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas;
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombro en escombro,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro!
Su colosal deslumbramiento sube
más allá de los altos luminares
en alas de la nube
de una pena más onda que los mares.

Oh, la voz del idilio!
Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

Trepan los dos viajeros
a la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierden en el pálido horizonte.
Ascienden tras su blanco simulacro
las místicas escalas,
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta

del pórtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles,
en el cenit del Purgatario gira!
Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra
los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!
Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimenta el dolor con sus abrojos!
Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!
Oh, los rítmicos vuelos
de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!
Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus cándidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos eólicos
de las constelaciones del Zodiaco,
vuelan como dos pálidos querubes,
al compás de dos cítaras sonoras,

sobre dos blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras!
Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de una águila más grande que un cometa!

Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo
cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

Dante!—Por sus oídos
pasa un viento sedeño
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz.—Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías—
los siete firmamentos colosales!
Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre

las siete escalas de los siete cielos
que se alzan en la luz como una torre.
Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que baten los arcángeles absortos
delante del gran Triángulo divino.
Oh, la constelación de los altares!
Oh, los órganos de oro!
Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
a los florecimientos
de las eternas primaveras místicas!
Dante!—No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abruma y oprime
el Triángulo divino su cabeza!
La Tierra con su espíritu recorre.
Ve sus montes mayúsculos.
—Juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

Le da Beatriz su bendición.—Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus risos,
se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

Él, parte bajo el sol.—Vuela sereno.
Arrastra sin desmayo
como cascabel el trueno,
como dosel el rayo!

La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!
Sus alas son dos ampos de nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!

PARIS Y ELENA

ESTÁTICA noche de mágica Luna.
El rítmico Eurotas sin música alguna.

Las trémulas cañas que bordan su orilla
sombrean sin ruido su espejo que brilla.

Dialoga consigo, dialoga en secreto
la pálida esfinge del negro Taïjeto.

Inmóvil Esparta, la de los Atridas,
reposa en la tierra de los Heraclidas.

Destácase el rojo palacio de Electro
del rey Menelao tal cual un espectro.

Tal cual un espectro que huir contemplara
la diosa de Esparta del nimbo de su ara.

Solloza a lo lejos su gran melopea
En su arpa marina la ráfaga egea.

Dos filas de remos con son simultáneo
dividen la espuma del Mediterráneo.

Parece que fuera la rápida barca
el cisne de una alba y extraña comarca,

el cándido cisne de la alba laguna
de alguna comarca de allá de la Luna.

La rápida barca de pompa sidonia
se aleja del agrio país de Laconia.

La empujan sus remos de cedro y acacia
en pos del divino misterio del Asia.

Del Asia que es cuna de amor y martirio
y ciñe los rayos del nimbo de Sirio.

La luna se quiebra tal cual una joya
y borda de plata la ruta de Troya.

El céfiro sopla de golfos remotos
y esparce perfumes de aloes y lotos.

La barca que surca la espuma serena
columpia el ensueño de Páris y Elena.

Consorte de Elena, Menelao el Rubio
maldice en silencio su infausto connubio.

Y a Némesis le habla, colérico y tetro,
su regia diadema, su olímpo cetro.

Agamenón de Argos, rey hosco y arisco,
conjura a su hermano, vibrando su disco.

También es su esposa, la cruel Clitemnestra,
hermana de Elena, la reina siniestra.

Los fieros atridas agitan los solios
de todos los reyes aqueos y eolios.

Las islas gravitan con todo su peso
en torno del cetro de Peloponeso.

Y armada de escudo, de casco y sandalia
gravita con ellas la misma Tesalia.

Agamenón de Argos, por ley de las leyes,
es ante los pueblos el rey de los reyes.

Los reyes acuden a un rojo proscenio
donde arden sus iras durante un decenio,

descuellan y brillan allá en sus desfiles
la talla y las armas del ínclito Aquiles;

del ínclito Aquiles, rey Sol de Larisa
que claman las voces de la pitonisa.

Y el límpido Egeo de espuma salóbrega
ensaya peanes de música lóbrega.

TU

VIRGEN núbil. Tu talle
es gentil como el lirio del valle
donde bate la niebla su undívago tul.
Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.
Tu pupila a lo lejos
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival.
Tu mejilla escultúrea

desparrama la tinta purpúrea
de los besos del Sol a la nube auroral.
Tu garganta gorjea
con el son de la cítara hebrea
que alboroza los coros de Sión con su voz.
Tu garganta suspira
con el son de la mística lira
del hosanna celeste del ángel a Dios.
Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y trasporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.
Bajo el sol no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.
Virgen núbil. Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.
Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en tu regio palacio te brinda el amor.

HOJA DE ALBUM

Para la señorita M. E. P. S.

MARÍA. Yo abro tu álbum. Lo contemplo.
Y más puras sus hojas me parecen
que el santo tabernáculo del templo
donde las blancas hostias resplandecen.

Me parecen más puras que las alas
con que allá en el misterio los querubes

entretejen, cantando, las escalas
por donde a solas al Edén tú subes.

Me parecen más puros que los velos
de las profundas lejanías bellas,
donde abren como lirios de los cielos
sus cálices de plata las estrellas.

María. Se dichosa. Nunca ruja
el ala de los roncos aquilones
sobre el ala del céfiro que empuja
la barca de tus blancas ilusiones.

Nunca la noche con sus negros tules
en tus lánguidos éxtasis risueños
apague los crepúsculos azules
en donde se columpian tus ensueños.

Nunca el dolor, como un espectro llegue
en tu inefable y apacible calma
a romper con su soplo un solo pliegue
de la cándida túnica de tu alma.

María, que el autor de tu existencia,
apóstol de la excelsa poesía,
ante el ángel que guarda tu inocencia
al contemplar tu faz siempre sonría.

Que siempre pueda alzar a tus virtudes
el mejor de tus cantos soberanos
en el mejor laúd de los laudes
que puso el sacro numen en sus manos.

Que halle siempre el mayor de sus consuelos
en tu alma, pura como el sol sin tizne,

al sentir la nostalgia de los cielos
en la tierra que él cruza como un cisne.

EL CORCEL

EL hosco guerrero de olímpica talla
cruzaba llanuras, saltaba peñascos,
dejando un cometa detrás de los cascos
de su tenebroso corcel de batalla.

La crin de su negro corcel en su senda
flotaba a lo lejos a modo de un nimbo
formado por todas las sombras del Limbo
de que habla la extraña y antigua leyenda.

Volaba su negro corcel en la bruma,
marcando los mudos y lóbregos campos
con los vaporosos y cándidos ampos
de su amplia melena cuajada de espuma.

Volaba a lo lejos con todo el derroche
de todos sus cascos más rápidos que alas,
llevando en sus raudas y audaces escalas
el arco del cuello tendido a la noche.

Volaba y volaba, sin paz ni sosiego,
trepando montañas de abrupto granito
y hundiendo en el antro del cielo infinito
sus grandes pupilas henchidas de fuego.

Su piel de azabache, sin mácula alguna,
quebraba los rayos de los oriflamas

que desde el misterio de sus panoramas
por entre una nube lanzaba la Luna!...

Yo dije con mezcla de asombro y de miedo
—¿Quién es el guerrero que mi alma se finge?
Y entonces me dijo la voz de una esfinge:
—Es Byron que sueña su eterno *Manfredo!* ..

MANDOBLES

A un criticastro.

GRITA, Criticastro!—Grita
contra el poeta que lleva
sobre su espalda bendita
un par de alas que lo agita
un par de alas que lo eleva!

No le importan tus asombros
ni mendiga tus mercedes!
Él—sin mirar tus escombros—
conduce sobre sus hombros
un mundo que tú no puedes!

Resígnate al triste marco
del fango donde resbalas!
Tú no ves desde tu charco
ni la gran sombra del arco
que él describe con sus alas!

Dobla tu rodilla sierva!
Agradécele de hinojos

que un patán de tu caterva
él le deje sin reserva
ir a hozar en sus rastrojos!

Está de más tu zozobra;
de más la hiel de tu vaso.
Él a ti nada te cobra
por ninguna sola sobra
de las que te arroja al paso!

Tus zahurdas son abortos
de unas sienes siempre estrechas,
que nunca hirieron absortos
los astros desde los Ortos
con el oro de sus flechas!

Tus zahurdas son hijastras
de unas sienes siempre obtusas
que en vano azotas y arrastras
contra el pie de las pilastras
del gran templo de las Musas!

Escúchame bien!—Tú ignoras
que los criticastros bufos,
aunque rueden cien auroras
y cien faunas y cien floras
no serán más que Tartufos!

A TI

MAS dulce que el reflejo de la tarde
es el fulgor de tu mirar divino.

La intensa llama que en tus ojos arde,
es el sol que me alumbra en mi camino.

Sediento de tu amor, sueño contigo.
y entonces ¡ay! feliz hasta el exceso,
a solas en tus brazos sin testigos,
con ardiente delirio yo te beso.

Al confundir mi aliento con tu aliento
late mi corazón con fuego santo.
Ver tu sonrisa es mi mayor contento;
oír tu voz es mi más dulce encanto.

Sentir siempre el calor de tu albo seno,
oprimirlo y besarlo noche y día;
tal es la dicha por la cual yo peno,
así es el bien que sueña el alma mía.

A SANTA TERESA DE JESÚS

Para la señora Antonia Tarragó.

OH casta Belleza!
Oh mística Virgen ¡Oh Santa Teresa!
Hosanna al celeste, divino perfume
que esparce la hoguera que tu alma consume.
Es tu alma un efluvio que flota y que vaga
y el ángel embriaga.
Es Flor de Martirio
Es Rosa y es Lirio.
Huyes, oh Teresa, de la vana sombra
del mundo insensato que reina te nombra.

Sientes que te oprime, sientes que te quema
su falsa diadema.
Baten tus sentidos
todos los recuerdos, todos los olvidos.
Pero allá en tus hondas solitarias luchas
un coro lejano de Hosanna tú escuchas.
Un coro que ensayan con rítmico son
las Vírgenes todas del Reino de Sión.
Es el coro en que Ellas con su voz lejana
desde el gran Misterio te llaman su hermana.
Jesús te descubre sus sienes divinas.
Y tú amas su roja corona de espinas.
Y vas a su encuentro
como una Paloma que busca su centro!
Y herida de ardientes divinos flechazos
caes en sus dulces y extáticos brazos.
En sus amplios brazos que están siempre abiertos
a todos los vivos y a todos los muertos.
No nombra la hoguera que a solas te abraza
la lengua de plata de ninguna haza!
Si ensaya nombrarla, se estrella en su mengua
la más vasta lengua!
La fragante Viola
no da los aromas que da tu corola.
No copia en su linfa ningún arroyuelo
como tú en tu cáliz la imagen del cielo.
Eres Pasionaria
cuyos frescos efluvios se cambia en plegaria.
En plegaria alada que de tu alma sube
como desde el ara la mística nube.
La nube de incienso
en donde va el trueno del órgano inmenso...!

MI VELA

CERCA de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra..

Despide mi vela la llama de un cirio
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.—
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,
sin ver brillar nunca la estrella temprana
que vieron delante de su caravana
brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito!—Yo ignoro!
cuál es el Mesías en cuyos altares
pondré con mi lira de alados cantares
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de la puerta de mi buhardilla.
Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas!...

LAS ONDINAS

LA Luna a lo lejos se quiebra en la falda
tal cual una perla sobre una esmeralda.

Vestidas de espuma las castas ondinas
cantando abandonan sus grutas marinas.

Sus grutas marinas que argenta y que dora
la luz de una extraña, fantástica aurora.

Sus muros de nácar se envían reflejos
como rutilantes, bruñidos espejos.

Las estalactitas de sus columnatas
pregonan el triunfo de sus escarlatas.

Su murgo se hiende tal cual una alfombra
en que se desmayan la luz y la sombra.

Las castas ondinas modulan compases,
batiendo sus bucles de undívagos haces.

Su veste impregnada de rica ambrosía
deslumbra y arroba con su pedrería.

Parece que danzan al son de sus trovas
las trémulas algas, las trémulas ovas.

Las castas ondinas, dejando sus tálamos,
ensayan en coro sus mágicos cálamos.

Saludan en ellos a la Primavera
que espléndida gira por toda la esfera.

Son trovas divinas, van unas tras una
como almas de alondra en pos de la Luna!...

¡Hosanna, oh rosada, gentil Primavera,
que en tu hálito traes la vida a los seres!
Tú cambias el éter en una pradera
con tus amarantos y tus rosicleres.

Por tí, bella reina de las estaciones,
delante del áurea y errática duna,
el lánguido ritmo de nuestras canciones
nos mecen los golfos en su media luna.

Por ti allá en la aurora, por ti allá en la tarde,
la nube del bosque de sándalo y nópalo,
al fúlgido rayo del fuego con que arde,
nos orla con nimbos de púrpura y ópalo.

Tú esparces en torno, viajera celeste,
las hebras de plata con que recamamos
los pliegues del alba y undívaga veste
que al céfiro alado por ti desplegamos.

Nosotras amamos los pálidos manes
de las caravanas que el piélago eterno
ve hundirse a los golpes de los huracanes
que contra su ruta desata el Invierno

El lóbrego Invierno con sus tenebrarios
apaga los faros de los promontorios,

y todos los iris que allá en los estuarios
enciende el enjambre de los infusorios.

Es el caudillo del agria cohorte
de las cataratas y los arrecifes.
El hunde en los antros las quillas sin norte
de los solitarios y errantes esquifes.

Nosotras al ritmo de lánguidas flautas
y sobre las alas de los huracanes,
llevamos los manes de todos los nautas
al mágico alcázar de los Egipanes.

Su mágico alcázar se eleva en los flancos
de un terso y esbelto peñón submarino.
Lo alzaron en vagos crepúsculos blancos
los pólipos todos con su arte divino.

Sus altas columnas de rojos corales
se apoyan abajo sobre áureos cimientos.
Y arriba sustentan bruñidos cristales
que irradian los lampos de los firmamentos.

Su trono de amianto despliega doseles
de flámulas que arden cual los carmesíes;
y quiebra en el nácar de sus escabeles
el haz de sus perlas y de sus rubíes.

El haz de sus perlas esparce las huellas
con que ante las vetas que cuajan diamantes
argentan las blancas, lejanas estrellas
sus limpios Orientes allá en sus Levantes.

Y su haz de rubíes estalla y alumbra,
orlando al contacto de sus arreboles,

la trémula niebla, la vaga penumbra,
con ortos de lunas y puestas de soles.

Los manes evocan allá en su beleño
la erótica virgen de eróticos opios
que tras de los prismas de su último ensueño
cruzó allá en la tierra su caleidoscopios.

Y plañen entonces las trágicas notas
de un desconocido y exótico canto
que se hunde en las vagas distancias remotas
dejando las hondas estelas del llanto!

¡Oh Tú, misterioso, divino Monarca de los Egipanes
que todo lo puedes detrás de la noche del piélago lóbrego!
¡Escucha las voces que a un tiempo te alzamos los pálidos Manes
que juntos regamos tu mágico alcázar con llanto salóbrego!

El brillo del nácar que en su amplio recinto tu alcázar encierra
ni ahora ni nunca podrá con sus iris llegar a empañarnos
la imagen ardiente de la hospitalaria y erótica Tierra
que sobre las alas de todos los sueños acude a besarnos.

Las irradiaciones que trémulas brotan de la pedrería
que argenta la niebla de que tus vasallos tomaron tu velo,
no tienen el fuego del ósculo de oro con que el Mediodía
desposa a la Tierra con el luminoso Monarca del cielo.

¡Nosotros amamos la Tierra lejana! Su imagen ardiente
va en pos de nosotros como una inefable y halada quimera.
¡Va en pos de nosotros nimbada del alba del último Oriente
que hirió nuestros ojos al darle la santa mirada postrera!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que al fin contem-
[plamos!
¡El Sol,—Rey de Reyes,—se irguió entre las nubes en medio del coro
que unísono al éter, de pie en nuestra popa, nosotros le alzamos
debajo del vasto diluvio de rosas de su ánfora de oro!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que hirió la ribera!
¡El mar parecía debajo del palio del Dios de la aurora
la enorme llanura, la selva sin linde, la inmensa pradera
de una gigantesca, multimatizada, fantástica flora!

Nosotros, cantando tendimos al viento las velas latinas,
y el viento nos trajo los ritmos que a un tiempo las olas ensayan
detrás de las rocas que en fila decoran como alas marinas
las playas remotas en donde la Luna y el Sol se desmayan.

Mas, ¡ay! de improviso se hicieron las sombras allá en el Ocaso
Graznaron los roncos y lóbregos cuervos allá en lontananza.
Y atónitos vimos rodar hecho astillas—pedazo a pedazo,—
el árbol divino de nuestra florida, suprema esperanza.

Y náufragos todos en las soledades sin luz ni equilibrio
del piélago insano que alzaba y hundía sus montes de espuma,
también fuimos todos el desventurado, salvaje ludibrio
del rayo y el trueno, la sirte y el Bóreas, el agua y la bruma.

Y vimos entonces flotar nuestros cuerpos—ya todos sin vida.—
Los cuerpos que un tiempo ligó a nuestros Manes un íntimo lazo.
Los cuerpos que un tiempo colmó de deleites la virgen querida
que a solas nos daba detrás del misterio su cálido abrazo.

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca de los Egipanes!
al fin se apiadaron de nuestra nefasta, misérrima suerte.
Y nos condujeron a tu ínclito alcázar en los huracanes,
cruzando el sendero que bajo la noche transita la muerte.

Las castas Ondinas, oh excelso Monarca del mar cristalino,
son dignas princesas de tu ínclito alcázar! ¡Hossanna por ellas!
¡Parece que fueran las cándidas hijas de un genio divino,
o de las espumas, o de las auroras, o de las estrellas!

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas, porque ellas son seres
que se desvanecen cuando uno las palpa, cuando uno las toca.
No tienen el fuego del beso vibrante que dan las mujeres
que ponen la gloria de todas las mieles en su húmeda boca.

¡Al fin a la tierra devuélvenos pronto, sublime Monarca!
¡La virgen amada ya espera y aguarda tal vez pensativa
el dulce retorno de nuestra soberbia y espléndida barca
al puerto lejano de nuestra adorada ribera nativa.

¡La virgen amada! ¡Las castas Ondinas nos traigan sus cálamos!
Y te cantaremos en tu ínclito alcázar las mágicas trovas
de los paraísos que sobre la Tierra y allá nuestros tálamos
florecen del beso que turban el silencio de nuestras alcobas!

¡La virgen amada! ¡La vista se embriaga, la vista se embebe
cuando uno contempla—destrás del misterio fantástico y mudo—
los tintes de rosa que bañan apenas la ebúrnica nieve
con que resplandece su busto estatuario, su cuerpo desnudo!

Nosotros amamos sus formas mortales, sus formas terrenas.
Su solo contacto nos ritma los nervios como una caricia.
Su solo contacto como una caricia nos ritma las venas.
¡Y cual su contacto no existe en tu alcázar ninguna delicia!

LAS PERLAS Y LAS UVAS

I

SUBE en silencio el bardo
las nítidas escalas
de un esquife gallardo
cuyas velas son alas.

Va en busca de unas perlas...
a un país del Oriente,
delirando ponerlas
en una regia frente.

—En la frente divina,
y de nimbo sedeño,
de una Musa argentina
del Olimpo del Sueño.—

Boga al País de plata
en donde las lagunas
de ópalo y escarlata
las cuajan como Lunas.

Navega al País de oro,
de tamiz de arreboles,
en donde el mar sonoro
las cuajas como Soles...

II

Pero en su viaje el bardo
aspira el sacro efluvio

del gran País del nardo
y del pámpano rubio.

Ven con febril pupila
que como allá en las lides
a torrentes destila
la sangre de las vides.

Ve a través de las cubas,
al tiempo de mecerlas,
que el iris de las uvas
eclipsa el de las perlas.

Por fin a su viaje
al País de la Aurora
delante del brevaje
que las ánforas dora.

Canta una serenata
bajo el poniente opaco.
Y alza un cáliz de plata
sobre el altar de Baco...

A UN FIGONERO

¡OH! Burgués de estómago ancho
que entre estúpidas sonrisas
sientes como un nuevo Sancho
bajo tu abdómen de chancho
crujir la tierra que pisas!

Te equivocas medio a medio
ante tus platos y copas,

si en tu idiotez sin remedio
juzgas que piensa en tu asedio
cada prójimo que topas.

Tú, que no tienes más Dioses
que tu metro y tu balanza,
no comprendes, no conoces,
que hay bajo el Sol muchos goces
que no son los de la panza.

Escucha!—Por el camino
por donde tú vas y vienes,
cruza más de un peregrino
que desprecia tu tocino
más que tus mismos desdenes!

Tu torpe espíritu yerra
retando a todos a duelo.
No hagas a nadie la guerra.
Si tú devoras la Tierra,
que otros devoren el Cielo!

¡A tí la Tierra te basta!
Tú, por más que el Sol arrecie,
no ves más allá del asta
que a tu ruin cráneo se engasta
como un signo de tu especie.

¡Tú puedes estar tranquilo!
Están contigo de acuerdo—
como un filo y otro filo
del diente de un cocodrilo—
tanto el asno como el cerdo!

OTRA VEZ

Neo Décimas

HÉME otra vez en tu Tienda,
santo Ideal soberano,
con el pie sobre tu senda,
con la pupila en tu arcano!
Héme otra vez ante el sigma
donde presides uſano
el banquete de tu estigma!
Quién no acude al ſalansterio,
donde guardas tu misterio,
sólo merece tu estigma!

No rehuyo la tarea
que hoy me impone el Verbo tuyo
y anatema al ſin yo sea
si mañana la rehuyo!
No me arredra el gran camino
donde hoy deja el rastro suyo
mi bordón de peregrino!
Como Moisés, yo me elevo
de otro Farán a otro Nebo,
bajo otro norte divino!

Quizás si en la cumbre agreste
de la escarpada montaña
la negra Arquera me aseste
en tenebrosa guadaña!
Quizás si tras la subida
me niegue la Arquera herraña
la luz del Sol de la Vida!

Quizás si mis pies no bajen
al valle en que está la imagen
de la Tierra prometida!

No puede ser!—Yo no temo
el sendero que me muestra
el caduceo supremo
de tu lumánica diestra!
No temo el bosque del Dante,
ni el monstruo que está al extremo!
Llevo tu norte delante!
Voy a una inmensa Comarca
cuya conquista me marea
el compás de tu cuadrante!

LA MONTAÑA Y EL ARTE

SALVE a ti, montaña espesa!
Siento, al verte agigantarte,
cerca, la Naturaleza;
lejos, muy lejos, el Arte!
Desde que a tus pies yo estuve,
vengo siempre a contemplarte.
Tu enorme cúspide sube
sobre el vuelo que yo ensayo!
Se ilumina con el rayo
que forja la inmensa nube!

Como un ronco trueno cruza
por tus crestas hiperbóreas
el hosanna de la Musa,
que en sus alas lleva el Bóreas!
Hacen resonar sus flancos
sus cien notas estentóreas,
a través de los barrancos
de tu masa de granito,

de infinito en infinito,
hasta tus picos más blancos!

Eres una cordillera
que ostenta en su agrio relieve
la esmeralda en la ladera,
y en la cúspide la nieve!
Bajo el sol—monarca rubio—
en ti encuentra y en ti bebe
su agua, su espuma, su efluvio,
el mar que contra sus costas,
sintiendo que son angostas,
se estrella con un diluvio!

Qué de armonías tú sabes!
Ellas, lejos de ti suenan
con golpes hondos y graves
que el vasto horizonte llenan!
Allá en tus orgullos nobles,
que sinfonías estrenan
los cien soberbios redobles
con que hace el Bóreas que sopla
estallar la inmensa copla
que alzan en coro tus robles!

Ahora, sí, que adivino
la ruin pequeñez del Arte;
la estrechez ruin del camino
donde arrastra tu estandarte!
Es el Arte tan enano,
que, después de contemplarte,
me parece un sueño vano,
una torpe pesadilla,
un fuego fatuo que brilla
sobre un lóbrego pantano!

La paleta de la aurora
junta tus agrios contornos
y los recama y decora
con el oro de sus hornos!
No iguala nada en riqueza
las pompas y los adornos
de la gran Naturaleza,
que con su compás supremo
recorre de extremo a extremo
la escala de la belleza!

Allá en su rítmica ſuga,
su amplio compás baja y sube
desde el águila a la oruga,
desde el muérdago a la nube!
No hay potencia conocida
que como la suya incube,
allá en su cuna escondida,
nada que iguale como émulo,
ni al pobre lirio que trémulo
saluda al Sol de la Vida.

A UN HIPÓCRITA

BUENOS días, buenos días
Rey de la Enseñanza libre,
que por tan múltiples vías
a tantos jóvenes guías
hasta que en su alma el Sol vibre!

No te extrañes del vocablo,
ni por él a mí me acuses,
si te digo—ya que te hablo—
que no falta quien al Diablo
lo haya visto vender cruces.

No te extrañes, no te extrañes
de que aunque con maña astuta
de miel tus palabras bañes,
no siempre a todos tu engañes
con tu juego de batuta.

No falta quien desde niño,
viendo un lobo de piel vieja,
aunque el lobo esté de armiño
y marche en medio del piño
lo distinga de la oveja.

Dejó de ser un misterio
el arte de la falsía
para cuyo magisterio
en su obscuro falansterio
te inició la hipocresía.

Siempre el mundo tu especulas
abriendo y cerrando el puño.
Siempre ante ti que lo adulas,
las lágrimas fueron nulas
porque ellas no tienen cuño.

Ni una madre te conmueve
cuando te implora un apoyo,
aunque la hiel que ella bebe
salte hasta tu faz de nieve
y a tus pies forme un arroyo!

Por tu corazón de hierro,
tú eres de la turba crasa,
que idólatra del Becerro,
se compadece de un perro,
pero nunca de su raza!

EN UN ALBUM

De la señorita Elvira Dea Préndes

ELVIRA:—que los versos
que a mi laúd le arrancas,
crucen tus cielos, para siempre tersos,
como divinas mariposas blancas.

—Que evoquen sin desmayo
tus juegos juveniles,
meciéndose a lo lejos en un rayo
del sol de fuego de tus trece abriles.

—Que esparzan en tus sienes
las cristalinas perlas
que el aura, bajo el sol de los Edenes,
esparce en las violetas al mecerlas.

—Que ellos con sus escalas
te recuerden que el cielo
te dió como a los ángeles, dos alas
para tender hacia la luz el vuelo.

—Que hagan, cuando los leas
junto a tu tierno padre,
que detrás de su sombra siempre veas
la dulce sombra de tu dulce madre!...

SOMBRA

I

¡EMA! Perdona que yo a solas llore
cuando tu imagen en silencio evoco.
Perdona que yo te ame, que te adore
con el delirio de un poeta loco.

Perdona que te cuente la agonía
de mi existencia que a la tumba avanza,
y turbe tu reposo y tu alegría
con el ¡ay! de mi amor sin esperanza.

Perdona que me atreva a confesarte
que no puedo vivir sin comprenderte;
que no puedo vivir sin adorarte;
que no puedo vivir sin poseerte...

II

Detrás de las fatídicas sonrisas
con que finjo ante ti la paz y el gozo,
allá en mi corazón hecho cenizas,
vibra siempre un recóndito sollozo.

Desterrado del cándido santuario
que tu celeste corazón encierra,
yo voy como un espectro solitario
a través de las sombras de la tierra...

III

Perdona que te cuente mi martirio
y haga brotar el odio a tus mejillas.
Perdona que en mi trágico delirio
yo caiga ante tus plantas de rodillas.

Yo no puedo luchar contra la fuerza
con que tú me doblegas y quebrantas;
con que tú me haces, en mi suerte adversa,
caer como un esclavo ante tus plantas...

IV

¡Ema! Con qué amargura yo me postro
al evocar las noches vibradoras
en que, mirando extático tu rostro,
vi brillar ante mí dulces auroras!

Tú recitabas mis ardientes versos
con la celeste voz de los querubes
que vuelan por los vastos universos
perdiéndose a lo lejos en las nubes.

Yo, entonces, oh gentil y esbelta Ema,
vi tus bucles sedeños y castaños
flor como una olímpica diadema
en tu frente de virgen de quince años...

V

Mas ¡ay! ¿a qué evocar en mi retiro
las horas de mi dicha ya pasada,
si ellas fueron más rudas que un suspiro,
si ya se hundieron en la eterna nada?

VI

¡Ema, fatal! ¿te ofenderá mi ruego
si te pido que tú, cuando sucumba,
derrames una lágrima de fuego
sobre la humilde piedra de mi tumba?

Tú no te ofenderás. No eres severa.
¿Qué te puede importar, si eres dichosa,
derramar una lágrima cualquiera
bajo el fúnebre sauce de mi fosa?...

VII

¡Sé feliz! Desde el ámbito sin nombre
de mi profunda tenebrosa calma,
yo tendré bendiciones para el hombre
por quien me arrojas del altar de tu alma!...

DEDICATORIA

De un ejemplar de «Ritmos»

YO, señora Rita, batiendo una malva,
le ofrendo violetas que abrieron su broche
no bajo el Lucero, principe del Alba,
sí bajo la Luna, Reina de la Noche.

Pero son violetas que bajo el imperio
del tiempo, que a solas su cáliz consume,
conservando intacto todo su misterio,
conservan intacto todo su perfume.

Son ellas más puras que el místico lirio,
porque son santuarios que guardan la huella
de mi silencioso, sagrado martirio,
que es lágrima abajo y arriba es estrella...

RIMAS

LUCHA el mar con los flancos de las rocas
y con las sombras de la duda el alma.
Y Dios desde el recóndito misterio
contempla la batalla.

Pero al fin los peñascos se derrumban
y las sombras se rasgan.
Y el mar a nuevas costas se abre paso,
y a nuevos mundos se abre paso el alma.

HIMNOS ESCOLARES

(Temas abiertos)

DEDICATORIA

Al laborioso y abnegado filántropo de la infancia y la juventud que buscan la vida y el porvenir en el libro, señor don Carlos T. Robinet, tiene el honor de dedicar estos *Himnos Escolares* su modesto autor.

P. A. G.

Parece que en época de aguda crisis pecuniaria de González el generoso Carlos Toribio Robinet le insinuó la posibilidad de que el Fisco le adquiriría una colección de cantos escolares para las escuelas; puso manos a la obra de poeta con intenso empeño y brotaron de su imaginación estos «Himnos escolares», en los cuales se esforzó por ser sencillo y transparentes en sus emociones.

Pero, sea que cayó del poder el Ministro amigo o que el poeta no quiso llegar hasta las antesalas de la Moneda a mendigar una prebenda, el hecho es que los «Himnos» fueron a parar a su mesa de trabajo, y luego pasaron a manos amigas.

El cuaderno de estos «Himnos», escrito de puño y letra de González, perteneció a la señora Antonia Tarragó, quien le hizo obsequio de él al conservador de la Biblioteca del Instituto Nacional don Ignacio Silva quien, a su vez, tuvo la gentil amabilidad de hacerlo llegar hasta nuestro poder.

HOGAR

I

BARDOS divinos
en la mañana
preludian trinos
en mi ventana.

Sus raudas odas
quiebran el viento,
formando todas
un gran concento.

Ellos con ellas
truenan su salva
a las centellas
que vibra el alma.

Yo mezclo al coro
del nuevo día
el ritmo de oro
del alma mía.

Con un suspiro
mi madre abrazo.
Y me retiro
de su regazo.

Voy a la escuela
donde ya brilla
y al aire vuela
la campanilla.

II

El brujo y el duende
son una quimera
que apenas comprende
hoy ya nuestra Era.

Son sólo a lo sumo,
y en último caso,
fantasmas que el humo
construye a su paso.

Son simples consejas
que allá en el Invierno
se cuentan las viejas
con son sempiterno.

Son vanos fantoches
con que ellas decoran
las lóbregas noches
que a solas devoran!

III

Mi hermano pequeñuelo
se arroba con la orquesta
que ensaya en la floresta
el plácido arroyuelo.

Si alguna mariposa
su espíritu fatiga.

se duerme ante una espiga
se duerme ante una rosa.

Él es más inocente
que el tímido jilguero
que anida en el alero,
encima de su frente.

Ignora todavía
que nuestra madre pena
por ver la mesa llena
del pan de cada día.

Ignora allá en su juego
que nuestra madre amasa
el pan de nuestra casa
con lágrimas de fuego!

IV

Padre mío! Te saludo
con ardiente regocijo.
Aunque esté mi labio mudo,
está en él tu nombre fijo.

En el coro y en la clase,
y en la arena del gimnasio,
siempre es él la primer frase
con que a solas yo me espacio!

Yo bendigo, padre mío,
tu alma noble—siempre abierta—
que a torrentes, como un río,
vierte vida en mi alma muerta!

Eres tú, gentil patriarca,
por mi amor y tu derecho,
el más ínclito monarca
del alcázar de mi pecho!

V

Cuando estaba más ufano
del autor de mi existencia,
el dolor lo puso cano
y de rara transparencia.

Parecía que un acento
lo llamaba sordamente
en la música del viento
que soplaba de Occidente.

La recóndita tristeza
de su trágica agonía
tuvo siempre la grandeza
del sublime adiós del día.

Cedió al fin a la avalancha
de su insólito destino,
sin dejar ninguna mancha
sobre su áspero camino!

VI

Tengo una hermana que adoro mucho
porque es muy pura, porque es muy buena.
Por ella brego, por ella lucho.
Por ella doblo mi agria faena.

Es ella un ángel que me dió el Cielo
en una noche de Luna opaca,
cuando lloraba mi desconsuelo
de verme solo sobre mi hamaca.

Juntos crecimos, juntos jugamos.
Nunca una queja, munca un hastío.
Fué siempre entonces, si sollozamos,
mi llanto el suyo, su llanto el mío.

Tiene las gracias de la violeta.
De sus encantos jamás presume.
Su alma de armiño—siempre discreta—
plega las alas, guarda el perfume!

VII

De los autores de mi existencia,
el más valioso, rico tesoro
que yo ambiciono como alta herencia,
es la cultura, que es más que el oro.

Los abolengos, los pergaminos
son viejos fardos, son viejas cargas,
que se abandonan en los caminos
cuando se emprenden jornadas largas.

Los montes de oro de la fortuna
son los vaivenes que dan a solas
sobre los mares, bajo la Luna,
al son del viento las raudas olas.

Las grandes almas que escalan cimas
no necesitan sus locos tumbos

para forjarse las recias limas
con que se labran sus altos rumbos.

Es la cultura lo que porfío.
Es la cultura lo que batallo.
Yo amo la escuela como algo mío
porque en la escuela yo sé que la hallo!

VIII

Vamos, niños, al punto a la escuela
a escrutar el sencillo alfabeto.
Pues el alma siente alas y vuela
cuando él le abre su claro secreto.

A la escuela corramos al punto.
Hace mal, hace mal, quien retarda
ir a ver descifrar su conjunto
al maestro que espera y aguarda.

El hogar se deshonra del niño
que no acude a la escuela temprano
para ser el blasón del cariño
del maestro que estrecha su mano.

Cada letra parece una esfinge.
No es verdad, no es verdad que lo sea.
Cada letra tan sólo la finge.
Pues ninguno, ninguno, le crea!

IX

El hogar es el templo del niño
porque en él su alma virgen encuentra
sobre altares de cándido armiño
eucarísticas hostias cuando entra.

Ellas son las maternas sonrisas
que hacia el bien—desde el pie de la cuna—
lo conducen sobre alas de brisas
y entre rayos de Sol y de Luna.

Ellas son las miradas paternas
que le muestran el faro sin nombre
que ilumina las cumbres eternas
donde acaba la ruta del hombre.

Es la ruta del hombre un misterio
donde él puede labrar su destino;
donde él puede fundar el Imperio
de lo que hay en su ser de divino!

X

Es el niño una flor que cultiva
cada cuál de dos bellos jardines:
el hogar que ambiciona que viva
y la escuela que labra sus fines.

De los dos brotarán los conciertos
con que al cabo la Ciencia y el Arte
guiarán a los pueblos cubiertos
por las ondas de un mismo estandarte.

Callará para siempre los bronces
de sus viejas bocinas la guerra.
De las razas ninguna ya entonces
será reina ni esclava en la Tierra!

Todas ellas en órganos de oro.
dilatando al unísono el pecho.

no alzarán bajo el Sol más que un coro
en el Verbo de un mismo Derecho!

Y la vida que es múltiple y varia
no tendrá más que un credo y un nombre.
Y a las bárbaras Eras del paria
seguirán las etapas del hombre!

PATRIA

I

NO son las de Arauco
leyendas caducas.
Las canta el mar glauco
al pie de sus rucas.

Con su estro de acero
el mar se proclama
el único Homero
de su única fama

El cóndor arisco
remeda sus rimas
al borde del risco
que horada las cimas.

Los ábregos tetros,
allá en las cavernas,
remedan sus metros,
sus notas eternas.

Recorren sus notas
los valles, las cumbres,
como almas remotas
de cien muchedumbres.

Sus notas son dianas
que en las soledades
evocan mañanas
de grandes edades.

De edades divinas
con que hace el mar glauco
soñar las encinas
del mundo de Arauco!

II

El gran *Toqui* Colocolo
cruza el fondo de la selva
sin que tema ningún dolo,
sin que atrás la vista vuelva.

En la tierra de su cuna
su silueta se agiganta
bajo el disco de la Luna
que en los Andes se levanta.

Colocolo monologa,
maldiciendo el rojo sello
de la cruel, sangrienta soga
que su patria lleva al cuello.

Monologa ante su suerte
bajo el son del soplo ronco

con que zumba el Austro fuerte
al chocar de tronco en tronco.

La asamblea que lo aguarda
bajo el disco de la Luna,
es altiva y es gallarda
como él nunca vió ninguna.

Colocolo ante ella truena
con su acento grave y noble.
Y ella ruge allá en la arena
donde él se alza como un roble!

III

Que el gran Sol sus rayos siempre
sobre el campo de la nube
de la Enseña de Septiembre
que en la Historia flota y sube.

Ella ondea, sube y flota,
conduciendo allá en su seno,
como un alma y una nota
el relámpago y el trueno.

Ella va de meta en meta,
tremolando en todas partes
el compás y la paleta
de las Ciencias y las Artes!

Ella va de clima en clima
sobre hielos, sobre frondas,
dilatando hacia la cima
sus cien pliegues, sus cien ondas!

IV

Es cada niño como la base,
como el cimiento de un nuevo muro
que allá en la tierra sobre que nace
labra la patria para el futuro.

Ella sin tregua por él se afana
porque lo inicia para una senda
donde sus hechos puedan mañana
ser una hermosa vasta leyenda.

Todo buen niño por eso debe
rendirle culto de día en día,
y guardar pura como la nieve
allá en su pecho su idolatría.

Tendrá el buen niño que así se porte
juntas la estatua con la medalla,
porque su nombre será cohorte
lejos y cerca de la batalla!

V

Es la patria un conjunto que encierra
tradiciones, costumbres, derechos.
Es un santo pedazo de tierra
que una raza ilustró con sus hechos.

Es la patria una fuerza que absorbe,
y aproxima, confunde y amasa,
en cualquier horizonte del Orbe,
las ideas de toda una raza.

Es la patria un inmenso poema
en que son solamente episodios
de su augusto y espléndido tema,
las zozobras, las dudas, los odios.

Son el golpe de luz de sus mares,
las eternas conquistas del Verbo
que ante el solio que cubre con su arco
hace iguales al amo y al siervo!

VI

Es Rancagua, la fúlgida etapa,
donde al son de su trompa guerrera
Chile ilustra su historia y su mapa,
encendiendo su aurora primera.

Su exterminio el Ibero resuelve,
de recóndita cólera ciego.
Y el cordón de sus muros envuelve
en un círculo de humo y de fuego!

La sublime, inmortal *Patria Vieja*
ve de súbito arder a Rancagua
como un sordo volcán que semeja
una enorme, ciclópica fragua.

Una fragua que forja al sol rojo
de su foco de inmenso martirio
adalides que llevan su arrojo
más allá del supremo delirio!

Su falange sus tercios integra;
y alza al viento—que surcan las balas—

la bandera fatídica y negra
donde cierne la muerte las alas.

Y al compás de sus roncas bocinas
se abre paso con su épico acero,
a través de montañas de ruinas,
por las filas del bárbaro Ibero!

VII

Es la liza de Maipo una estrella
que en la noche polar del destino
se levanta magnífica y bella
desde el Orto Chileno-Argentino.

Es un astro que se alza a los cielos,
coronando de lampos de gloria
a dos pueblos que son dos gemelos
en la marcha triunfal de la Historia!

Es un astro sin cifra ninguna
que corona a dos patrias hermanas
que abandonan a un tiempo la cuna
y confunden sus dos caravanas!

Aún Maipo conserva las notas
de sus hondos, vibrantes clarines
en las peñas sangrientas y rotas
de sus agrios y agrestes confines.

Desplegando a compás sus banderas,
las dos patrias se arrojan al centro
donde aguardan las huestes iberas
como un muro de bronce su encuentro!

Y a la luz de sus cien lontananzas
la magnífica liza parece
una espléndida selva de lanzas
que una racha de fuego estremece!

A través de la nube que vela
el soberbio y sangriento episodio,
una ronda de cóndores vuela
en un rayo de cólera y odio!

Como el vasto palenque de Homero,
también tiembla el de Maipo entre alarmas,
cada vez que al caer un guerrero
se desploman y chocan sus armas!

De la fragua del recio combate
debe alzarse una patria que vibre
al sublime compás con que late
la conciencia de un gran pueblo libre!

Es la patria de Chile que avanza,
rota ya su fatal servidumbre,
dilatando su altiva pujanza
por el mar, el desierto y la cumbre!

VIII

De la nave *Esmeralda* se eleva
como desde el santuario del Arca,
una fúlgida ráfaga nueva
que una ruta magnífica marca.

Una ruta de estela brillante,
cuyo largo, profundo horizonte
sólo puede cruzar un gigante
que es capaz de marchar con un monte!

Una ruta que va por la arena
del palenque de honor de la Historia
a la cumbre lejana que truena
con la gran tempestad de la Gloria!

IX

Es la industria que horada la tierra
un raudal de vertiente escondida
que a la patria en la paz y en la guerra
da el poder, la salud y la vida.

Ella pone en su mano el arado
que en el valle, la selva y la falda
labra el surco en que el trigo dorado
se transforma en un mar de esmeralda.

En un mar de esmeralda que luego,
al efluvio del viento sonoro,
bajo el Sol—que es astro de fuego—
se transforma en un piélago de oro!

Ella pone en su mano el ariete
que en espléndidas alas desata
del peñón de atrevido casquete
las arterias de cobre y de plata.

Ante el vicio—-que arranca de cuajo—
ella pone en su enérgico pecho,
sobre el gran pedestal del trabajo,
la conciencia viril del Derecho!

X

Son la Ciencia y el Arte dos cimas
donde ostentan su augusta grandeza,

bajo un coro de olímpicas rimas,
la Verdad, la Bondad, la Belleza.

Son dos cimas que tocan el cielo
bajo un arco de pléyades de oro
que sobre ambas detienen su vuelo
ante el doble huracán de su coro!

Son dos cimas que cantan y alumbran
con la voz y la luz de un Oráculo;
y que al Sol las naciones encumbran
cuando escalan su gran Tabernáculo!

Son el doble y unísono Verbo
cuya trompa en su rítmica salva
brilla y truena en la noche del siervo
como un ínclito heraldo del Alba!

HUMANIDAD

I

DA tu cariño
y ama y adora
a cada niño
y a cada aurora.

Los niños ama
porque son ellos
luz que derrama
nuevos destellos.

Ellos son todos
como querubes,

que odian los lodos
y aman las nubes.

Son todos ellos
con su presencia
como los sellos
de la Inocencia!

II

Gime un mendigo
bajo tu puerta.
Dále a tu amigo
tu mano abierta.

Dale un mendrugo
que en su camino
endulce el yugo
de su destino

Dale un consuelo
para que entienda
que hay bajo el cielo
quien lo comprenda.

Pon en su mano
tu mismo abrigo,
porque es tu hermano
más que tu amigo.

No alces su velo.
Guarda su nombre.
Es tu gemelo
porque es un hombre!

III

Descubre tu frente
si pasa un anciano.
Él es un Vidente
que lleva un arcano.

Después del exodo
de su agria jornada,
él sabe de todo,
tú nada de nada.

Él sabe en su ocaso
el largo camino
que hirió con su paso
de gran peregrino.

Al pie de su tienda
él puede decirte
la ronca leyenda
del viento a la sirte!

IV

El Verbo aproxima
sin odios ni menguas
al pie de su cima
naciones y lenguas.

Los pueblos sencillos
del polo lejano
también son anillos
del Género humano.

Como almas humanas,
alcemos los pechos.
Y amemos sus chozas,
sus santos derechos.

Que al mismo regazo
de su áspera nieve
también nuestro abrazo
el Verbo les lleve!

V

Carga fuego de los astros
sobre el monstruo de la guerra
que ensangrienta con sus rastros
los altares de la Tierra.

Es un monstruo que camina
por senderos siempre rojos;
y que va de ruina en ruina
sobre lágrimas y abrojos.

Es un monstruo que su paso
en un páramo convierte,
porque asida de su brazo
va la esfinge de la muerte.

Es un monstruo del averno,
que alza tétrico, iracundo,
el compás del mal eterno
que gravita sobre el mundo!

VI

Salve a ti, Comercio grande,
cuyo tronco—siempre fresco—
por los ámbitos expande
su ramaje gigantesco!

Tú vinculas con tus guías
el antiguo al nuevo mundo,
en tus vastas travesías
por el piélago profundo.

Tú tremolas bajo el viento
sus innúmeras banderas
por las dársenas sin cuento
de sus múltiples riberas.

Tú que así dos mundos atas
los antípodas concilias,
y confundes y dilatas
pueblos, tribus y familias.

VII

Hay un vasto dolor en la tierra
que mitigan apenas las mieles
que el panal filantrópico encierra
para todas las ásperas hieles.

Cada vez un acíbar más hondo,
como sorda vorágine diaria,
se desbordan del antro sin fondo
de la inmensa orfandad proletaria.

De la noche del mal suben voces
que a la sed y al ayuno que gimen
les prometen quiméricos goces
en la senda del odio y del crimen.

No dejemos que se hunda en el barro
el mendigo que marcha sin tino.
Pues él va de guijarro en guijarro,
ya cansado de su agrio camino.

Pierde al fin su derecho a la vida.
Pierde al fin su derecho a su nombre,
todo pueblo insensato que olvida
que es el hombre el hermano del hombre!

VIII

El audaz siglo XV ya muere!
Pero vibra de su ínclita meta
una flecha de fuego que hiere
a la esfinge del viejo planeta.

Y su flecha flamíjera alumbra
a través de su estela sonora,
más allá de la rota penumbra,
otra vida, otra fauna, otra flora.

Y Colón, bajo el cielo de Octubre,
al hosanna del mar y la brisa,
con la brújula eterna descubre
a la América roja y cobriza.

Y alza en ella a través de los rastros
de su marcha triunfal—siempre franca—

como un nuevo archipiélago de astros,
el pendón de la gran raza blanca!

IX

Salve a ti, salve a ti, Gutemberg de Maguncia,
cuyo genio inmortal en sí mismo se absorbe,
y a los lóbregos siglos de súbito anuncia
que ya se hace la luz en la noche del Orbe!

Cada chispa que brota del viejo alfabeto,
al moverse al impulso de tu ínclita mano
de la plancha fatal en que estaba sujeto,
es un rayo que estalla de arcano en arcano!

Y en la senda que hoy cruzan los pueblos robustos,
de conquista en conquista, de hazaña en hazaña,
las ideas encienden sus faros augustos
como soles que se alzan sobre una montaña!

Y en la luz de la nueva y espléndida aurora
ya se escucha vibrar en las ondas del viento
el compás de una gran sinfonía sonora
en la cual cada raza levanta un acento!

X

Los Penates del Tíber sacuden las ruinas
en que hundió la barbarie la luz de la Italia.
Y pasean sus viejas antorchas divinas
bajo el diáfano azul de la Iberia y la Galia.

Y en su ardiente grisol la Edad Media elabora,
con los átomos de oro del Verbo de Lacio,
el undívago efluvio, la esencia sonora,
de las rítmicas lenguas que hoy van al Espacio!

Y como alta vanguardia, la raza latina
hoy avanza delante del mundo moderno,
entonando con ellas, allá en su bocina
su magnífica hosanna, su cántico eterno!

NATURALEZA

I

SALVE a ti, Naturaleza,
que sin límites ni vallas,
siempre vibras, siempre estallas,
en tu incógnita grandeza!

Tú a medida que caminas,
forjas nuevos Universos
en los ámbitos dispersos
que en tu tránsito iluminas.

Tú en tus hondos y altos roles
vas de escalas en escalas,
incubando con tus alas
nuevos mundos, nuevos soles.

Tú no dejas de moverte.
Tú no dejas de agitarte.
Tú eres Ciencias y eres Arte.
Tú eres Vida! No eres Muerte!

II

Salve a ti, Rey de los astros,
que decoras tus planetas

con los oros y alabastros
de cien mágicas paletas!

Son tus noches y tus días,
tu Orto azul, tu Ocaso denso,
explosiones de armonías
que se pierden en lo inmenso!

Eres tú quien abre y cierra
las sagradas Estaciones
que desfilan por la Tierra
como augustas Creaciones!

III

Madre Tierra! Madre mía!
A tí sola yo te debo
el compás con que me elevo
al cenit del Rey del día.

Yo por tí palpito y lato
bajo el Sol siempre bendito—
y a través de lo infinito
como el cóndor me dilato.

Madre Tierra! Tú eres hija
del gran Sol, que desde lejos
te conduce entre reflejos
por su meta siempre fija.

Por su meta de topacio
cuyo límite se esconde
donde acaba el postrer *Dónde*
de la esfinge del Espacio!

IV

Yo te adoro, blanca Luna,
porque allá cuando era niño
tú nimbaste ante mi cuna
a mi madre con tu armiño.

A mi madre, que velaba
mi inocencia misteriosa,
como sierva, como esclava,
como reina, como Diosa.

Tú levantas con tu casco
las magníficas mareas
que estremecen el peñasco
con sus roncas melopeas.

Tú gravitas con las fases
de tu casco de granito
a los rítmicos compases
del planeta que yo habito.

Tú como Hada te engalanas
en las noches de la Tierra,
que en sus páginas arcanas
tu hondo Génesis encierra!

V

Aunque el cierzo en torno ruja,
yo camino, yo camino.
La Esperanza siempre empuja
mi bordón de peregrino.

Voy confiado en la Esperanza
porque es faro que me alienta,
como el Iris de la Alianza,
en la paz y en la tormenta.

Por que es alta Nebulosa
que columpia en lo profundo
en un alba de oro y rosa
la crisálida de un mundo! [1].

---

[1] A continuación de esta poesía hacía figurar González los primeros veinticuatro versos de *Las Ondinas* que, seguramente, al darle, más tarde, extensión de pequeño poema el poeta se vió obligado a sacarlo de esta colección de *Himnos Escolares*.

ULTIMOS TEMAS

JUAN GONZALO MATTA

I

MURIÓ apóstol!—Murió mártir!—Murió solo.
Llegó al linde fatal de su camino
como llegan los náufragos del polo
a los pies de la cruz de su destino!

Era un gran luchador. Era un atleta.
—En el palenque de la vida diaria
dejó como filósofo y poeta
la estela de una gloria legendaria!

Ante la audaz montaña de los Andes
fué siempre de los próceres primeros,
cuando en las horas de las cuitas grandes
tocó diana su patria a sus guerreros.

Y fué de los primeros en el coro
que en la noche del coro—como hermano—
alzó Chile después—como iris de oro—
bajo el cenit del cielo americano!

Por eso Chile sus cenizas sella...
Por eso, al contemplar que se derrumba,
pasea entre sus lágrimas su estrella
a través del misterio de su tumba!...

Fué su fin el más bárbaro holocausto
que de todas las víctimas preclaras
hizo nunca el sicario más infausto
sobre el ara más santa de las aras!...

II

¿Por qué ruedan los estandartes?
¿Por qué las almas luminosas gimen?
¿Por qué triunfa el dolor por todas partes?
¿Por qué contra los buenos se arma el crimen?

¿Dónde está la Justicia?—¿Por qué cierra
el templo de su cólera de fuego
sin herir con su látigo la Tierra?
¿Dónde está el rayo que no estalla luego?

¡Oh piélago espantoso de la vida,
tú haces temblar el corazón del fuerte!
Tú allá en tus olas llevas escondida
la perpetua victoria de la muerte!

Ayer no más los cánticos de plata
del estro vibrador de su arpa homérica
cruzaba como enorme catarata
las selvas diluvianas de la América!

Ayer no más con la mirada altiva,
siempre igual en la gloria y en la desgracia,
luchaba con el águila cautiva
de la virgen y eterna Democracia.

Ayer no más con mano ciclopea
izaba entre huracanes y arreboles

el pendón soberano de la Idea
que labra mundos y que forja soles!...

Dijo adiós a la luz del mediodía
lejos del cielo del materno atrio.
Y no tuvo siquiera en su agonía
ni el postrer beso de su gran sol patrio!...

Es ya un cadáver.—Murió en él la llama
con que desde el augusto altar del pecho
en el palenque de la vida se ama
el dogma sacrosanto del Derecho!

Es ya un cadáver!—Nadie sabe dónde
está el Dios de la luz, el Dios del día.
Hoy el Dios providente no responde
a los que lloran en su tumba fría!

Es ya un cadáver!—¡Oh siniestro cielo!
Tú eres la esfinge del dolor humano!
Hay almas que son águilas!—Su vuelo
sólo encuentra la nada allá en su arcano!

A LA RAZON

EN nombre del misterio,
quiere fijar el Fanatismo en vano
límites a tu imperio,
eterno sol del pensamiento humano!
Envidia ruin lo ciega
cuando al notar sus manchas en tu espejo
la libertad te niega,
y niega que de Dios eres reflejo!

Nunca sin las hipócritas ruindades
con que te hace la guerra
lo hubieran contemplado las edades
la frente ensangrentando de la tierra!
Ni tú sin los engaños
con que dió muerte a tu primer destello,
hubierais ¡ay! en tus primeros años
arrastrado cadenas a tu cuello!

Mas, pronto de sus pérfidos rencores
el velo desgarraste;
y armada de tus rayos vengadores,
heroica te alzaste!
Hechos pedazos, de tu frente el yugo,
y de tu cárcel los pesados bronces,
contra la misma faz de tu verdugo
los estrellaste victoriosa entonces!

Tú disipar debías
con tus rayos divinos, a tu paso,
las densas brumas, las tinieblas frías,
con que del orbe en noche aterradora,
eterna, sin ocaso,
ahogar soñaba la inmortal aurora!

Tu esclavitud rompiste. Y en tu vuelo
sin que ya el peso tus robustas alas
del Fanatismo encorve,
grada por grada, el escalón del cielo,
con los destellos que a la altura exhalas,
vas alumbrando al orbe:
al orbe que rodaba en lo infinito
como un sepulcro en noche eterna envuelto;
como un negro fantasma de granito
hacia la nada vuelto...

El águila altanera
vivir no puede sin la luz del cielo;
en la infinita esfera
el centro está en su infinito anhelo.
¡Oh! Con qué afán tan hondo
a embriagarse en su fúlgido arrebol,
de la sin fin, vertiginosa altura,
la hace arrojarse al fondo,
la eternamente pura,
la eternamente virgen luz del sol!

Aguila tú también, de un cielo inmenso
sin nubes, necesitas
cuando tus alas con ardor intenso
tus ansias infinitas
lanzan en pos de la invisible cumbre
desde donde las ondas eternales
a darles vida, de su eterna lumbre
Dios envía a los orbes a raudales!

A una ley inmutable obedeciste
cuando del fanatismo los altares
estremecerse hiciste,
y estremecerse sus sangrientos lares.
Tú nunca puedes permitir que al hombre,
a lo que hay de más vil y más infausto,
a su ambición sin nombre,
lo ofrezca en holocausto.
No, para ser testigo
de sus insultos a la faz del cielo,
y dejar sus insultos sin castigo,
tú descendiste del suelo!

Fuera de Dios no hay nada.
Razón humana que eclipsarte pueda.

No hay abismo en la tierra dilatada,
ni en el cielo sin límites, misterio,
que al paso no te ceda,
ni sobre él reconozca al fin tu imperio!

Uno y otro podrán por un instante
sus barreras de sombras oponerte;
y en tu soberbio empuje vacilante
también por un instante podrás verte.
Pero nunca podrán esas barreras
las alas abatir con que te agitas,
porque son de tus alas altaneras
invencibles la fuerzas, infinitas!

Prosigue sin reposo
en tu jornada colosal: no temas
del Fanatismo odioso
los torpes, los cobardes anatemas!
¡Ah! son los gritos de impotente rabia
del cuerpo hambriento que agotar en vano
sueña la fuente de tu ardiente savia;
del cuervo hambriento que se siente enano
aun para seguirte con los ojos
en tu gigante, en tu inmortal carrera!
Del cuervo hambriento, en fin, que en tus despojos,
clavar sus garras ansía,
y escalar con tus garras otra esfera
te mira con asombro cada día!

A LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

I

AÚN de vuestras tumbas no ha podido,
por las naciones y por Dios benditas,
arrancar vuestros nombres el olvido!
Aun conserva las brillantes huellas
de vuestras plantas en su faz escrita
la hermosa senda que os condujo a ellas!

II

De sus divinos lares
la patria, que os bendice, que os admira,
convirtió vuestras tumbas en altares!
Y la fama, entre tanto, vuestros nombres,
en torno de ella incesante gira,
repitiendo a las siglos y a los hombres...

III

Y de su trompa al escuchar las notas
destrozados los cetros de sus manos,
y de su frente las diademas, rotas,
ven saltar los tiranos!
Y sienten escapárseles del pecho
los que más hacen opresión alarde
hechos pedazos, mil astillas hechos,
el corazón cobarde!

IV

Dormid tranquilos! Nunca por las plantas
del Genio del Olvido
serán holladas vuestas tumbas santas!
Por ellas vela un pueblo agradecido!
Un pueblo que sumido en negras penas
hoy quizás lloraría,
si no hubierais vosotros sus cadenas
despedazado un día!
Un pueblo que a vosotros la fortuna
os debió de vencer la injusta suerte
que al borde había de su misma cuna
el fallo escrito de su eterna muerte!
Un pueblo amante, cariñoso, tierno,
que con ánimo audaz y planta leve
salvando abismos y salvando montes
del porvenir eterno
que a vuestros santos sacrificios debe,
dilata sin cesar los horizontes!...

V

Vuestros nietos a viles mercenarios
no dejarán jamás, estad seguros,
venir a profanar vuestros santuarios!
Ah! Lo juraron y no son perjuros!
Al sacudir sus alas frente a ellos,
eclipsadas las roncas tempestades,
verán, por vuestra gloria, sus destellos.

Y detenerse hará con sus acordes
vuestra Fama inmortal a las Edades,
extáticas y absortas, a sus bordes...

Si acaso profanarlas algún día
intentara algún déspota extranjero
necesario las tumbas le sería
de vuestros nietos profanar primero!

VI

Dormid tranquilos! No temáis la saña
del tiempo ni los hombres:
en tanto en las esferas luminosas
estén los astros y los orbes fijos,
una firme barrera, una montaña,
entre el mundo y el tiempo y vuestras fosas,
el amor alzará que a vuestros nombres
rinde la Patria de que fuisteis hijos!

AL PROGRESO

I

SALVE, radiante, sacrosanta aurora
del progreso bendito!
Absorta ante la lumbre redentora
con que soberbia brillas
en el ámbito azul de lo infinito,
la mujer te saluda de rodillas!
Tú, con el gran torrente
de fulgurantes ondas que desatas,
las alas de su mente
por la gigante inmensidad dilatas.

II

Águila altiva, el pensamiento humano
el espacio sondea;
y audaz provoca al formidable arcano,
armado con el rayo de la idea.
Al poderoso imperio
de su alto acento, la verdad dormida
se estremece en la noche del misterio
y despierta a la vida.

III

Instituciones, pueblos, dioses, reyes,
todo se hunde del tiempo bajo el peso.
Solamente tus leyes
son augustas y eternas, oh, Progreso!
Salvando cataclismos, tempestades,
tú contemplas altivo en tu jornada
hundirse las edades
cual pálidos fantasmas en la nada.
Y adelante prosigues tu carrera
a través de los ámbitos profundos
de la insondable esfera,
dejando atrás las sombras de sus mundos!

IV

De las tinieblas del error, que abate,
ya para siempre a la mujer redimes.
Alzar ya puede la mujer su acento
al impulso del fuego con que late
el corazón magnánimo que encierra.
Ya puede alzar los cánticos sublimes
con que pregona, estremeciendo el viento,

tus victorias espléndidas la tierra.
Sin que el error insano
sus raudas alas con su peso encorve,
tender ya puede el vuelo soberano
más allá de los límites del orbe.
Roto su cautiverio,
ya, libre, puede en su triunfal camino
arrancar al misterio
la gran revelación de su destino.

V

El arte excelso, que atrevido labra
la roca endurecida,
y que difunde al lienzo y la palabra
el soplo de la vida;
la ciencia que en el fondo de las cosas
procura sorprender, con hondo anhelo,
las vastas armonías misteriosas
de la tierra y el cielo:
ambos le gritan que veloz remonte
las libres alas por su inmenso abismo;
a que salve el confín de su horizonte,
a que vuele hasta el trono de Dios mismo.

A DOMINGO URZÚA CRUZAT

I

NO importa que la voz del retroceso
del fondo de la noche se levante,
gritando sin cesar contra el progreso!
—La bandera de Dios sigue adelante!

Flamea sobre su asta triunfadora,
dejando atrás las ráfagas del viento.
Lleva como un heraldo de la aurora
de mundo en mundo el Sol del pensamiento!

Salva golfos, vorágines y metas
sobre invisibles, misteriosas naos;
y constela de fúlgidos cometas
los tenebrosos ámbitos del Caos!

II

Arriba el luchador! No dejes nunca
que los desmayos el valor te roben.
Jamás, el hacha del destino trunca
los grandes sueños de un atleta joven!

Tienes adelante el porvenir, la gloria.
Ya dentro de tu patria se te aclama.
Ya se forja el clarín de tu victoria.
Ya se abren las cien alas de tu fama!

Es tiempo ya de que a la lid despiertes!
—Siempre del fondo azul de los crisoles
las nobles almas de quilates fuertes
se alzaron luminosas como soles!

III

Las olas, tras los pálidos crepúsculos,
siente ya con estrépito que pasma
surcar un monstruo de bruñidos músculos
su vasta inmensidad como un fantasma.

Al trémulo fulgor de las estrellas
que arden como fanales tras la bruma,
rasgar ya con su ariete sienten ellas
una esfinge triunfal su ronca espuma.

Y levantan al sol que las escalda
la pirámide audaz del torbellino
bajo soberbios arcos de esmeralda.
—Sienten ya desfilar tu *Submarino!*

IV

Hoy partes lejos con afán supremo
en la olas de luz de tu fe viva.
Partes en pos del más glorioso extremo
del territorio de tu patria altiva.

Te arroja al Norte desde el centro de ella
la derrota más cruel y más insana.
La trágica derrota siempre bella,
de los soldados de la causa humana!

Buscas alientos que tu fe redoble
para que ya tu fe jamás vacile.
Lo hallarás en el alma, siempre noble,
de los pueblos más ínclitos de Chile!

V

Los cien pueblos del Norte de uno en uno
sabrán probarte con la acción propicia
de su ejemplo elocuente y oportuno
que no ha muerto en tu patria la justicia!

Ellos no dejarán que al fin perezca
entre un montón de ruinas y de escombros
el mundo de la idea gigantesca
que llevas en la frente y en los hombros!

Son pueblos grandes! Siempre sus hazañas
fueron trofeos del progreso eterno!
Del progreso que incuba en sus entrañas
la aurora universal del Sol moderno!

No te detengas! Adelante! Al Norte!
Saludará tu arribo un vasto coro
cuando la quilla de tu nave corte
la media luna de sus golfos de oro!

ASTEROIDES

En uno de los últimos cuadernos de versos de González, dejó copiadas la serie de poesías que van a continuación, bajo el título de «Asteroides». Seguramente pensaba él darle después forma de volumen, titulándolas independientemente. Algunas de ella, *Hiemal*, por ejemplo, había sido publicada antes. Nosotros hemos querido respetar la última voluntad del poeta conservando el orden y la distribución que les dió a estos «Asteroides» que, por lo demás, nada pierden en su agrupación presente si mucho pudieron haber ganado en cuanto a belleza tipográfica.

Gracias a la gentileza, que nunca agradeceremos lo bastante, de don Carlos Valenzuela Cruchaga, hemos obtenido una copia de los «Asteroides», que él había entregado, para publicar en volumen con las poesías completas del poeta, a la Casa Ollendorff de París.

ASTEROIDES

I

LOS muertos son ya quimeras,
espectros mudos, pasivos,
y entre tanto muchos vivos
son bandidos y rameras.

Ten, pues, los ojos abiertos.
Sube armado tu agria falda:
los que marchan a tu espalda
son los vivos, no los muertos!

II

Bate el mar el peñón de la caverna.
Sonda la noche de la duda el hombre.
Mas Dios no quiere que el peñón se escombre
ni que alce su crespón la noche eterna!

Dios ve impasible, desde el gran Misterio,
el choque colosal de la batalla.
Dios sabe que en su vértigo no estalla
ni un átomo de arena de su imperio!

III

Niña!—Conozco el sin igual tormento
que te arrancan los ayes que hoy exhalas!
Angel!—No mires más el firmamento!
No lo puedes tocar. No tienes alas!

IV

El águila caudal que se pasea
por el fondo sin límites del cielo,
llena de orgullo, majestad y calma,
no es nada comparada con la idea
que audaz despliega su gigante vuelo
por el fondo sin límites del alma!

V

Qué grande que fué tu anhelo.
Santa visión del Calvario!
Fué unir la Tierra y el Cielo
en un beso pasionario!

En un beso que vibrara
como una inmensa armonía
de Sol en Sol, de ara en ara,
más allá del postrer día!

VI

¡Qué ardiente que estalla el rayo
en tus pupilas brillantes
cuando en mis cálamos ensayo,
en las vendimias de Mayo,
la canción de las Bacantes!

Si parece que quisieras
imitar sus locas danzas,
columpiando tus caderas
en las lúbricas quimeras
de un espasmo que no alcanzas.

Si parece que sin tino
te arrojaras en mis brazos
y aunque riendo del destino
en el frenesí del vino
yo te hiciera al fin mil pedazos!

VII

Allá en el brumoso país de la Luna
yo he visto una Virgen que va sin sendal.
Es ella una Virgen que como ninguna
se acerca a mi puerta, se asoma a mi umbral.

La nítida espuma del lago no iguala
la tez de la Virgen de labios de miel.
No hay cisne que tenga más cándida el ala.
ni armiño que tenga más blanca la piel.

El mármol de Paros—que Apolo saluda—
con ser que es de Paros, no iguala su albor.
Parece que fuera la Virgen desnuda,
de carne de nieve, de sangre de icor.

VIII

Pastor Sacro! ya la piara
que tú guardas en tu viña
odia el aprisco de tu ara
y a tu acento no se apiña.

No extrañes, no, que tus reses
allá cuando el Sol se escombra
huyen lejos muchas veces
del espectro de tu sombra!

Tu recua no quiere que haga
su víctima el lobo en ella.
Y ella sabe que tu daga
la trasquila y la degüella!

IX

A ti los hosannas, ¡oh Espacio sin bordes,
por donde dilata; por donde pasea,
al ritmo de ardientes y audaces acordes,
su cauda de fuego la intrépida Idea!

La intrépida Idea, que irradia y ondula,
y alumbra tu angosto, recóndito Imperio,
y escruta y presiente, sondea y calcula
tu arcano, tu enigma, tu enorme misterio!

A ti los hosannas, ¡oh Espacio sin fondo,
por donde se cierne la intrépida Idea,
que allá en lo más alto, que allá en lo más hondo
del Eter inmenso sus alas pasea!

X

El bajel primitivo se lanza,
y los mares preveen su pujanza.

Desde el Polo nordeano la Osa
vibra rayos con su arco de Diosa,

Y el bajel que se mece en los mares
la saluda con áureos cantares.

Con hosannas que el viento encamina
bajo el son de sus remos de encina.

La saluda con himnos supremos
al vaivén de sus ágiles remos.

La saluda en su música esdrújula
como su alta y espléndida brújula!

XI

Amemos, amemos las múltiples cosas
que forman la escala del vasto Universo.
Amemos las zarzas, amemos las rosas,
la hormiga y el cóndor, el aura y el cierzo.

Amemos las cosas—que son una parte
que se une a nosotros—que somos un punto.
Un punto que miran la Ciencia y el Arte
como algo divino que integra un conjunto.

Amémoslo todo como algo que es nuestro,
como algo que somos, como algo en que estamos,
como algo que es Numen, como algo que es Estro,
en cuya armonía venimos y vamos!

XII

¡Oh Cosmos gigante que el ámbito pueblas
de soles y mundos que incuban tus nieblas!

Los ínclitos sabios la Vida interrogan
cuando ellos a solas contigo dialogan.

Dialogan contigo porque ellos son Reyes
cuyo astro de Oriente son todas tus Leyes.

Son todas tus Leyes la Estrella que marca
el vasto sendero de tu ínclita barca!

XIII

Nos bastan los abrojos de la Tierra!
la turba grita todavía: ¡Guerra!

Aun la turba ruin no desentraña
que es siempre algún tirano quien la engaña.

¡Oh, pobre turbamulta que aun ignora
que es la paloma que el halcón devora!

No surja un redentor allá en sus penas
a limar con sus manos sus cadenas.

No surja, no, con su misión divina!
Tendrá,—si no la cruz—la guillotina!

Tuvieron ya—por dilatar su ruta—
Unos la hoguera y otros la cicuta.

XIV

Bajo el tul de la pálida bruma,
en el tibio crepúsculo vago,
se dan besos de luz y de espuma
la estrella y el lago.

Y confunden sus rítmicas ondas
en las sienes de mármol de Ucle
de las pálidas vírgenes blondas,
el aura y el bucle.

Y entre el cielo azulado y la cuna,
bajo un nimbo de cándido armiño,
se dan cita en un rayo de Luna
el ángel y el niño.

Y pasean en triunfo en la cima,
coronados de mirto y de nardo,
en las olas de luz de la BIBLIOTECA NACIONAL
la Musa y el Bardo! SECCION CHILENA

XV

Tu talle en mis sueños se yergue y se cimbra.
Tu voz en mis sueños se argenta y se timbra.

Tú alegras de nuevo mi lira de plata
que el cántico alado de nuevo desata.

De allá del Oriente venía una Musa
flotando en un rayo del alba difusa.

Hundióse mi lira, cuando ella no vino
allá en el silencio de allá del camino.

Por ti, solamente, como antes de ahora,
de nuevo mi lira saluda la aurora.

Quién sabe si acaso también tú te alejas
y en otro silencio sumida la dejas.

En otro silencio que sea de muerte,
de modo que nadie después la despierte!

XVI

Parece que llorara la Palmera
que el terso río, que en el mar se pierde,
ve columpiarse al viento en su ribera
de arenas pardas y de musgo verde.

Parece que llorara bajo el viento!
Él a su copa arrebatando pasa
el vaporoso tul que el firmamento
le ciñe en torno como blanca gasa.

Oh!—Si parece, cuando el Sol se escombra,
dejando un rastro de oro en el vacío,
que ella ensayara con su triste sombra
la danza de la muerte sobre el río!

Ah!—La melancolía que le agobia
bajo la luz efímera del Cielo
se parece a la pena de la Novia
que ve al destino desgarrar su velo!...

XVII

Noche de Invierno.—La mustia Luna desde el Ocaso
desparramaba como la antorcha de una necrópoli
la luz postrera de su remoto fulgor escaso
sobre las mudas calles desiertas de la metrópoli.

Yo caminaba, sin rumbo fijo, con paso lento,
bajo los golpes de las glaciales y húmedas rachas
que descargaba la tenebrosa legión del viento
como implacables y silbadoras y agudas hachas.

Una serpiente de luminosas roscas de nieve
se dilataba, se retorcía, de flanco en flanco,
sobre el mosaico de las baldosas de alto relieve
de las aceras de los palacios de mármol blanco.

Yo tiritaba bajo los haces de las agujas
de los siniestros y diluvianos dardos de hielo
que desde su alta y obscura selva de nubes mujas
sin paz ni tregua contra la Tierra lanzaba el Cielo.

Vi de soslayo súbitamente tras de mi paso
marchar un bulto tan silencioso como yo mismo.
Se deslizaba pegado al muro, temiendo acaso
turbar mi extraño y hondo coloquio con el abismo.

El bulto errante siguió el calvario de mi agria senda
sin un suspiro, sin una queja, sin un reproche.
Era un mendigo tal vez sin patria, tal vez sin tienda,
que Dios me enviaba como un hermano para mi noche.

Yo allá en el antro de la nostalgia desconocida
de mi nefasta suerte de mártir pensé en su suerte.
Su inmensa pena tenía el dejo que no se olvida
sino tan sólo bajo los brazos que abre la muerte.

Yo compasivo me acerqué al bulto de mi trayecto
sobre la nieve que se extendía como una alfombra:
Yo le llevaba como una ofrenda mi último afecto.
Yo le llevaba mi último llanto... Y era mi *sombra!*

XVIII

Misterioso Piloto que conduces
la barca de ciprés en que navego:

muéstrame el Faro que con su haz de luces
marca el puerto al cual voy y al cual no llego.

La noche me da horror! Nunca sus fraguas
rompen y alumbran—ni de cuando en cuando—
la fúnebre negrura de las aguas
del mar sin playas que yo voy cruzando.

Misterioso Piloto!—Yo sondeo
la caótica noche que me abisma,
y a ti tan sólo sin cesar te veo...
Tú eres más negro que la noche misma.

Por más que en las etapas de mi Exodo,
temblando de pavor mi labio se abra,
y te interrogue a ti de cualquier modo,
no me responde el tuyo una palabra!

Hay en el solitario Cementerio
Esfinges melancólicas de piedra
delante del umbral del gran Misterio...
Pero ninguna, como tú, me arredra!...

Él:—Por vez primera y última en tu Exodo,
yo voy a responderte, ¡oh Peregrino!
Me basta un solo acento—que lo es todo—
pues, escúchalo bien:—*¡Soy tu Destino!*...

XIX

Sacerdote que marchas con los ojos
clavados en la Tierra, donde pisas:
en la Tierra que hartastes de despojos:
en la Tierra que ahogaste de cenizas!

Parece que temieras que su seno
te devolviera el eco de tus pasos
en alas del estrépito de un trueno
cuyo rayo te hiciera mil pedazos!

Cuando tu mano trémula bendice
parece que sintieras en ti mismo
que Dios desde la altura te maldice
y que ríe Satán desde el Abismo!

XX

El invierno está sombrío,
melancólico Lutero!
No des al mar tu navío
mientras el Sol del Estío,
no depeje el derrotero.

No todas las estaciones
son propicias a los nautas:
unas tienen aquilones
que derriban pabellones,
rompen quillas, borran pautas!

Aleja tu fantasía
de la idea que te asedia:
Espera a que luzca el día.
No arranques ¡ay! todavía
de su sueño a la Edad Media!

Ella alzaría una racha
de sus templos seculares:
Ella empuñaría un hacha
del vino de sus altares!

XXI

Detrás de la niebla que el céfiro mueve
y enluta la margen del lago de acero,
el cisne despliega sus alas de nieve
y entona la Luna su canto postrero.

—Yo he soñado, blanca Luna, que tus lagos son más
[blancos
que el plumaje vaporoso de mis alas sin mancilla.
Yo he soñado, blanca Luna, que no surten tus estancos
más que arroyos cuya espuma los argenta cuando brilla.

Cuando asoma tu alto disco, mi pupila queda absorta.
Me parece que yo entonces me remonto, me sublimo.
Me parece que ya el vuelo de mis alas me transporta
de la Tierra que es de barro; de la Tierra que es de limo!

Me parece que ya el vuelo de mis alas me arrebata
más arriba de la bruma, más arriba de la sierra.
Me parece que en tus lagos mi garganta de oro y plata
rompe un himno que no ha oído lago alguno de la Tierra!

XXII

¡Qué triste que asomas, oh luna lejana,
por entre las nubes que el Bóreas esparce;
parece que fueras la pálida hermana
del último sueño que vi disiparse!...

Parece que fueras, allá en la penumbra
que ciñe a tu disco crespones extraños,
la antorcha gemela del cirio que alumbra
la selva dantesca de mis desengaños...

Parece que fueran tus rayos marchitos
las gotas del llanto monótono y lerdo,
del alma de todos los grandes proscriptos
que llevan a cuestas la cruz del recuerdo...

Acaso tu disco, que trémulo riela,
remonta la noche llorando el estrago
del Bóreas, que a solas con su hálito, hiela
el último cisne y el último lago!...

XXIII

De día y de noche golpean mis sienes
fantasmas fugaces, imágenes rápidas,
de tristes, marchitos, perdidos Edenes,
tal como los muertos golpean sus lápidas.

De Edenes lejanos que allá cuando niño,
a mí con sus alas me abrió una paloma,
de Edenes lejanos en que mi cariño
fué como una brisa, fué como un aroma!

Debajo del arco del iris inmenso
que alzaban sus linfas allá en sus estancos,
inmáculos lirios, cargados de incienso,
abrieron entonces sus pétalos blancos!

Edenes divinos!—El gran panorama
de su murmurante y undívaga flora,
fundió los matices de toda la gama
que esfuma en las nubes la diáfana aurora!

XXIV

Siempre errante peregrino,
nunca vislumbró una luz!

Quizá cruzó el torbellino
antes que yo mi camino
y lo envolvió en su capuz.

No apaga ninguna fuente
el infierno de mi afán.
Quizá con su ala candente,
bajo el arco de mi frente,
siempre en él sopló Satán!

Apuro la hiel amarga
del Calvario de Jesús.
Envidio bajo mi carga
el sueño con que aletarga
bajo su sombra el sauz!

XXV

¡Oh, raudo Río salobre!
Suban tus ondas o bajen,
nunca en tu espejo de cobre
pone una estrella su imagen.

Tú en tu espejo sólo finges
nubes que en él, cuando pasan,
no dibujan más que esfinges
en las siluetas que trazan.

Siempre tú bregas y bregas;
y el guijo tu espejo trunca;
y a tu término no llegas,
jamás, jamás! nunca, nunca!

Si algún día vas a hundirte
en un piélago remoto,

ya no habrá ningún usirte
que tu espejo no haya roto.

¡Qué trenos—cuando caminas—
no brotan de los acordes
con que interrogas las ruinas
que bate el cierzo en tus bordes!

Allá en la noche del Invierno
cuando el gran silencio hieres,
parece que al cielo eterno
tú alzaras cien Misereres!

Cien Misereres que entonces
hundieran en los ocasos
el ¡ay! de todos los bronces
que el dolor hizo pedazos!

Te conozco, raudo Río,
aunque siempre tú te escondas!
Tú eres mío! Tú eres mío!
son mis lágrimas tus ondas!

XXVI

El hielático Terral
desde los Andes sopló,
y a su paso no dejó
ni una rosa en el rosal.

La golondrina después
voló del alero azul
donde colgó el primer tul
del nido que está a mis pies.

Desde entonces yo sentí
crecer el frío polar
del mundo crepuscular
que llevo dentro de mí.

XXVII

Cuántas veces, cuántas veces
ya el acíbar de la vida
no ha colmado mi medida
con las heces de sus heces!

Me da ya remordimiento
ser siempre mañana y tarde,
sólo un ludibrio cobarde
al torpe compás del viento!

Es muy triste la batalla
que a mí me impone la suerte!
Yo sostengo un duelo a muerte
hasta contra la canalla!

Detesto y odio la vida!
Envidio al que a un tiempo mismo
sobre el puente del abismo
es asesino y suicida!

XXVIII

Ya cruza a lo lejos el triste bohemio
las lóbregas sombras en pos de la orgía,
buscando en el vaso la gloria del premio
que el mundo le niega con su hipocresía.

Parece un espectro que deja vacío
su féretro helado, su féretro mudo,
cubriendo con mano que tiembla de frío
de harapos de niebla su cuerpo desnudo.

Sus órbitas lanzan relámpagos de hornos,
tomando en la bruma por danza de soles
la danza macabra que ensayan en torno
las trémulas luces que dan los faroles.

Sus órbitas lanzan miradas inciertas
que vagan en uno y en otro vestíbulo,
tomando, delante de todas las puertas,
por las del Olimpo las que abre el prostíbulo.

XXIX

Apoyo la cabeza en mi antebrazo
y de homérico júbilo me inundo!
Veo, al fin, en las heces de mi vaso,
como un náufrago ruin flotar el mundo!

El mundo es ya un cadáver!—Él se escombra
dejando el rastro funeral del miasma!
No es ya más que el sarcasmo de una sombra!
No es ya más que la sombra de un fantasma!

El mundo es ya un cadáver! Puesto, entonces,
que yo no cupe en él, ni él en mí cupo,
y él siempre a traición me hundió sus bronces,
justo es que yo lo escupa, y yo lo escupo!

XXX

A veces lloramos. A veces reímos.
Y así de año en año tejemos las horas.

Y así viviremos en tanto morimos,
quizá si tras pocas o muchas auroras.

Mas cuando arribemos al último día
podrá por lo menos al fin consolarnos
que es ya nuestra débil, postrer agonía
lo más que la muerte tendrá que arrancarnos!

XXXI

Llevando los haces de la cabellera
prendidos del manto que cubre su talle,
recorre la noche la errante ramera
bajo la garúa que empapa la calle.

Va pálida de hambre. Va yerta de frío.
Quizás tras sus hondos y negros cuidados
su estómago quede como antes vacío;
sus músculos queden como antes helados!

Tan sólo a lo lejos le deja su angustia
traer a su mente la casta fragancia
de la inmaculada violeta ya mustia
del vago recuerdo de allá de su infancia!

Va hundida en un hondo y oscuro marasmo.
El hambre la rinde y el frío la agobia.
Evoca sin pena, ni amor ni entusiasmo,
el día en que fué ángel y virgen y novia!

XXXII

Embriaga mis extáticos sentidos
la ardiente ondulación que se levanta,

al compás de tus rítmicos latidos
debajo de tu mórbida garganta.

Tras los encajes de la gasa leve
que tus senos de virgen medio encubre,
yo entreveo dos copos de la nieve
que torna en manantial el sol de Octubre.

XXXIII

Oh Musa que habitas el Este remoto!
Qué bien que tu bogas, qué bien que tu bregas,
allá si me buscas, allá si navegas,
trayéndome un nardo, trayéndome un loto!

La tersa esmeralda del piélago troncha
con su hélice de oro la quilla que marca
la estela que deja tu olímpica barca
que el genio de Apolo talló en una concha!

Yo adoro tus alas, oh Musa divina,
porque ellas me traen de allá del Parnaso
los himnos de Safo con los de Corina,
que alegran las sombras de mi último ocaso!

Si muero en silencio, mañana o ahora,
sabré, por lo menos, que ya dos mujeres
llevaron en su alma mi noche y mi aurora,
mis Epitalamios y mis Misereres!

XXXIV

La esbelta bacante columpia su talle
debajo del soto de los pabellones

que teje y despliega la vid en la calle
que forman los amplios, hirvientes jarrones.

Circunda su frente—su frente de nieve—
un haz de hojas verdes y pámpanos rojos,
que sobre sus hombros de mármol se mueve
y encuadran las lunas que rielan sus ojos.

Parece que siguen las frondas ligeras,
debajo del viento cargado de ozona,
el ritmo con que ellas sus combas caderas
al son de sus sistros, danzando abandona.

No hay coro más grato que el férvido coro
que ensaya en su lengua sonora y eximia
la virgen espuma de su ánfora de oro
que colma de nuevo la roja vendimia!

La esbelta bacante sus senos dilata
al ímpetu loco del loco entusiasmo
que sobre sus alas al fin la arrebata
de ensueño en ensueño, de espasmo en espasmo!

La esbelta bacante sus pies precipita,
trazando en sus giros la mágica rúbrica
del vértigo ardiente que evoca y suscita
las glorias que canta la música lúbrica!

XXXV

Tendía la noche su lóbrego velo
cubriendo de luto la tierra y el cielo...

Y habló entre sollozos el buen pobre diablo,
sufriendo la bruma que entraba en su establo;

—Satán. Yo soy tuyo si acaso me enseñas
alguna venganza de las que tú sueñas:—

Hirióme de muerte mi Diosa de lodo
y huyó de mi templo, manchándolo todo!...

Satán oyó el ruego del buen pobre diablo
y alzóse del antro del mísero establo.

Y bajo el susurro del ábrego frío
le dijo en la lengua del mal.
—Tú eres mío.

Pero, antes, escucha. Tú harás mi consejo,
pues tengo más siglos que el mundo más viejo:

Mira mi grandeza, mira mi pujanza.
Déjame a mí solo tomar tu venganza...

Y tú, si te agobia tu negro destino,
levanta la copa, y apura su vino...

Después, dijo a solas el buen pobre diablo,
sufriendo la bruma que entraba en su establo:

—Lírico latino:
dame de tu vino!

Permite que apague la sed que me ofusca
libando el Falerno de tu ánfora etrusca.

¡Hosanna a las vides de pámpanos rubios
que allá en la Campania te dan sus efluvios!

¡Hosanna al Falerno
que alegra tus noches allá en el invierno!

Él pone en tu lira de timbres de plata
el canto que triunfa del llanto que mata.

Permite que sueñe que mato mis penas
en las saturnales del viejo Mecenas:

Del viejo Mecenas que elige de amigos
a todos los grandes poetas mendigos.

Permite que sueñe que tengo los goces
que sólo el Falerno le roba a los Dioses...

No importa que digan mi cruel vaticinio
las foscas Sibilas allá en su triclinio.

¡Bien vale el infierno
un ánfora llena de ardiente Falerno!

XXXVI

Oh, vieja Tierra del Asia
que nunca, nunca te agostas!
En ti mi mente se espacia,
y en moldes de oro al fin vacia
los perfiles de tus costas.

Hacia ti mi mente vuela,
recorriendo de una en una
las etapas de la estela
con que el Pacífico riela
la melancólica Luna!

En ti nacen sin afanes,
sin dolores, sin infamias
Las Evas y los Adanes,
en vaporosos Ceilanes
y en vagas Mesopotamias.

Detrás de las nieblas tuyas
bajo palios de rubíes
cantan dulces Aleluyas
en las áureas liras suyas
Saras, Querubes y Huríes.

En ti, pálidos Moiseses,
al golpe de sus bordones
y al conjuro de sus preces,
les arrancan muchas veces
agua viva a los peñones.

En ti, Mahomas y Budas,
y Cristos y Zoroastros,
van con las sienes desnudas
en pos de las tumbas mudas
encendiendo nuevos astros!

XXXVII

Más cándida que la nieve
desciende sobre el desierto
el fresco maná que llueve
de la lumbre que se mueve
en el crepúsculo incierto.

Bajo la lóbrega bruma
que enluta los altos cirios,

brilla su blancura suma
más que una alfombra de espuma,
más que una alfombra de lirios.

La nube azul que lo trae
sobre el campamento hebreo
se dilata y se contrae
como un tul que flota y cae
del cenit del Eritreo.

Va en pos de la Palestina
desde la Tierra de Osiris.
Y a medida que camina
parece que la ilumina
la mágica luz de un iris.

Moisés lleno de congoja,
siente que al pasar le arranca
una gran lágrima roja
que ardiente y trémula moja
su enroscada barba blanca!

XXXVIII

Alma escéptica y suicida!
Acude a la nueva Sión
en pos de la comunión
de las hostias de la vida!

La nueva Sión se levanta
sin media Luna, ni cruz,
quebrando una nueva luz
sobre su cúpula santa.

Sión del Arte y de la Ciencia
flota en ella lo Ideal,
transformando lo real
en un cáliz de su esencia.

XXXIX

Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.

Quizá cuando la luna se alce incierta
yo esté ya lejos de la luz que vierta.

Quizá cuando la noche ya se vaya
ni un rastro haya de mí sobre la playa.

Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.

No sé quién de este mundo al fin me llama
de este mundo que no amo y que no me ama!

XL

Poeta!—sé tu cruel melancolía.
Sé que no hay otra que con ella alterne.
Se que ella en torno tuyo, noche y día,
como un fatal crepúsculo se cierne.

Poeta!—Mira la explosión del campo!
—De cada lago, como fresca nube,
de cada otero, como ardiente lampo,
el vasto hosanna de la Tierra sube!

En derredor de ti todo se mueve.
En derredor de ti trabaja todo.
Es la obra del Sol sobre la nieve,
la hirviente espuma que fecunda el lodo!

Todo estremece el aire que tú absorbes.
Todo en él su equilibrio por fin halla.
Es la obra de Dios sobre los Orbes,
la inmensa Vida que en lo inmenso estalla!

Sé que alzaste a una virgen himnos sacros.
Sé que encontraste que la virgen era,
rotos ya sus falaces simulacros,
solamente una cínica ramera!

Una ramera imbécil que hizo alarde,
ante la santidad de tu cariño,
de la ruin puñalada que cobarde
clavó en tu hermoso corazón de niño!

Pero también yo sé que tu alma olvida
que si se hunde en el fango alguna estrella,
ella ya para Dios está perdida,
y que Dios pasa por encima de ella!

ÍNDICE

TEMAS

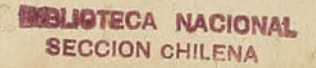
POEMAS

NUEVOS RITMOS

HIMNOS ESCOLARES

ÚLTIMOS TEMAS

ASTEROIDES



Lista de algunas obras poéticas de nuestro fondo

Binvignat Fernando.—*La Luna de oro*...	$ 4.—
Bruner Carmen.—*Herida*..............	7.—
Donoso Armando.—*Nuestros poetas*......	10.—
González Pedro Antonio.— *Poesías*, IV Edición..........................	6.—
González Abel.—*Versos viejos*..........	3.—
Tierra chilena.......................	5.—
Guerra Junqueiro Abilio.—*Sus mejores poemas*..........................	6.—
Guzmán Cruchaga Juan.—*Agua de cielo*, poemas..........................	6.—
Lillo Eusebio.—*Poesías completas*........	6.—
Magallanes Moure M.—*Sus mejores poemas*..........................	6.—
Mistral Gabriela.—*Desolación*, III edic.	8.—
Monvel María.—*Fué así*. Poemas......	4.—
Moreno M. Alberto.—*De las Zonas Vírgenes*. Poemas....................	4.—
Nervo Amado.—*Sus mejores poemas*.....	6.—
Pablo Neruda.—*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Poemas.......	6.—
Crepusculario. Poemas..............	6.—
Tentativa del hombre infinito. Poema..	5.—
Pablo de Rokha.—*U*. Poema...........	4.—
Singermann Berta.—*Poesías recitadas*...	6.—

Sienna Pedro.— *El tinglado de la farsa.* Sonetos........................... 6.—

Silva José Asunción.—*Poesías completas..* 6.—

Silva Víctor Domingo.—*Sus mejores poemas*............................ 6.—

Vega Daniel de la.—*La música que pasa.* 2.50

Las montañas ardientes................ 2.50

Los horizontes........................ 4.—

Un año de inquietud................... 6.—

Velasco Reyes Benjamín.—*Música lejana* 5.—

Alomia A.—*Mis alboradas* .... $ 5.60

Arboleda J.—*Poesías*................... 7.—

Barra E. de la.—*Rimas chilenas*......... 5.60

Blanco B.—*Poesías* .... 7.—

Brissa José.—*Parnaso español*.......... 9.—

Calcaño J. M.—*Obras poéticas*.......... 7.—

Campoamor R. de.—*Doloras y Poemas.* —Pasta. 2 tomos...................... 14.—

Poesías completas. Rústica, 3 tomos... 9.—

Caro Grau F.—*Parnaso Colombiano*...... 6.—

Carriego Evaristo.—*Misas herejes*...... 5.30

Chocano y Santos.—*Poesías completas,* 2 tomos .... 9.—

Echeverría C. S.—*Poesías*.............. 7.—

Espronceda J. de.—*Obras poéticas*...... 4.50

Ercilla A. de.—*La Araucana.* 2 tomos... 9.—

Flores M.—*Pasionarias*................. 5.60

García Torres.— *Flores de amor*......... 7.—

Heredia J. M. de.—*Poesías líricas*...... 5.60

Hernández Ramón.—*Flores y lágrimas*.... 7.—

Herrera y Reyssig.— *Los peregrinos de piedra*.............................. 8.—

Páginas escogidas..................... 5.30

León XIII.—*Poesías*.................... 4.50

Marmol J.—*Obras poéticas*.............. 7.—

Maristany Fernando.—*Antología general de poetas líricos franceses*............ 6.80

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua española.................... 3.80

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua francesa.................... 3.80

Las cien mejores poesías (lyricas) de la lengua inglesa..................... 3.80

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua portuguesa.................. 3.80

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua alemana..................... 3.80

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua italiana.................... 3.80

Pagano y L.—*Parnaso Argentino*......... 6.—

Pérez y Curis.—*El poema de los besos*.... 7.—

Peon y Contreras.—*Romances*.......... 7.—

Peza J. de Dios.—*Poesías escogidas*...... 4.50

Plácido.—*Poesías*..................... 7.—

Rebolledo Efren.—*Joyelero*............ 5.—

Rueda Salvador.—*Poesías completas*..... 9.—

Verlaine Paul.—*Amor*................. 6.—

Luisa Lecrerq....................... 6.—

Canciones para ella.................. 6.—

Los poetas malditos.................. 6.—

Villaespesa Francisco.—*Mis mejores poesías*........................... 4.50

El Sol de Ayacucho.................. 6.—

———

